ALFAGUARA

Sergio Olguín

Media Verónica



Narrativa Hispánica

Sergio Olguín

Media Verónica

Verónica Rosenthal 5

ALFAGUARA

A Julieta Obedman, Liliana Varpukevicius y Carlos Ulanovsky

No se conoce bien a dos seres así unidos si no se saben sus intimidades en la cama.

MARGUERITE YOURCENAR, *Recordatorios*

Para mí es suficiente el honor de pertenecer al universo: un universo tan grandioso y un plan tan grande de las cosas. Ni siquiera la Muerte podrá robarme ese honor. Porque nada puede alterar el hecho de que he vivido, he sido yo, aunque sea por un tiempo tan breve. Y cuando esté muerto, la materia que compone mi cuerpo será indestructible y eterna, de modo que pase lo que pase con mi "Alma", mi polvo seguirá existiendo y cada átomo separado de mí desempeñará su papel por separado: todavía estaré de algún modo en todas partes. Cuando esté muerto, podrán hervirme, quemarme, ahogarme, dispersarme... pero no podrán destruirme: mis pequeños átomos no harán sino reírse de una venganza tan severa. La muerte solo puede matarnos.

W. N. P. BARBELLION, *El diario de un hombre decepcionado*, citado por David Lodge en *La vida en sordina*

No habrá flores en la tumba del pasado.

Primera parte

¿Qué queda de nuestro amor?
¿Qué queda de esos días hermosos?
Una foto, vieja foto,
de mi juventud.
¿Qué es lo que queda después de todo
de los amores de abril,
de nuestros encuentros?
Son recuerdos que me persiguen
sin cesar.

Felicidad marchita,
cabellos al viento,
besos robados,
sueños que se van.
¿Qué es lo que queda de todo eso?
Decímelo.

CHARLES TRENET, "Que reste-t-il de nos amours?"

1. Negocios en el Hurlingham Club

I

Era joven y no lo sabía. O no le importaba. ¿Quién quiere ser joven cuando realmente lo es? No había tiempo para pensar en eso. La vida había comenzado a abrirse en muchas posibilidades y no estaba dispuesto a perdérselas. Tenía un plan para su carrera profesional, un plan claro y preciso, lleno de esfuerzo, que culminaba en su éxito como abogado. Creía que la vida profesional era la vida, lo seguiría pensando siempre. Pero durante un tiempo esa convicción se rompió en pedazos, se hizo trizas como suele destrozar todo el amor, o algo oscuramente parecido.

Aarón Rosenthal encendió el décimo cigarrillo del día a las trece horas, mientras esperaba en el auto en la entrada del Hurlingham Club. De la caseta salió un hombre de seguridad y se acercó a la ventanilla abierta del auto.

—Vengo a ver al doctor Bazán.

El hombre miró el listado de invitados del día y encontró su nombre. Levantó la barrera.

—Puede estacionar el vehículo donde quiera.

Casi no había autos en la playa de estacionamiento. Seguramente el martes no concurrían muchos socios. Era lógico. ¿Quién tenía tiempo para ir a un club un día de semana? Algún jubilado que jugara al golf, alguna esposa que practicara equitación para distraerse mientras los hijos estaban en la escuela, algún estanciero que usara las instalaciones para sus negocios, como lo hacían los ingleses ricos en esos clubes masculinos que eran orgullo de Londres. Este último era el caso del coronel retirado Guillermo Morrison.

No hacía frío ese martes de mayo de 1975. El sol brillaba sobre los techos de estilo Tudor del club. Aarón dejó el sobretodo en el auto, no lo iba a necesitar. Apenas salió vio venir a Bazán, siempre sonriente y con esa energía tan deportiva que contradecía su cuerpo algo obeso. Aarón también estaba tomando esas formas, hacía cuentas: Bazán tenía unos cuarenta años, bastante más que él. Debía cuidarse, tal vez hacer ejercicio, aunque nunca podría desplegar la energía que tenía su colega.

—Puntualidad inglesa, muy digna de los socios de este club —dijo Bazán mientras le daba la mano y luego lo palmeaba.

Marcos Bazán también era abogado, aunque jugaba en las ligas mayores, esas ligas a las que aspiraba Aarón. Se habían cruzado algunas veces en la Sociedad Pedro y Antonio Lanusse, en la que trabajaba Rosenthal. La Sociedad se dedicaba sobre todo al mercado de hacienda, al de frutos, a la administración de estancias, hipotecas de campos, venta de semillas y cereales. Bazán compartía o derivaba algunos clientes y eso los había llevado a trabajar juntos. Enseguida descubrió el talento de Rosenthal y en algún almuerzo le propuso dejar la empresa e irse a trabajar con él. Para Aarón eso

hubiera significado un crecimiento importante. Dejar de ser uno de los tantos abogados que tenía la sociedad de los Lanusse para convertirse en la mano derecha de Bazán, en un estudio jurídico de primer nivel nacional. Sin embargo, Aarón rechazó la invitación. Le explicó que cuando dejara Pedro y Antonio Lanusse lo haría para poner su propio estudio. Bazán no se mostró enojado o frustrado por su respuesta. Más bien le expresó su admiración. Desde ese día comenzó a tratarlo como un igual.

Poco tiempo después, Bazán vio cómo los responsables del Estudio Lanusse dejaban a su colega afuera de un caso millonario. Hasta ese momento lo había manejado Rosenthal con mucha eficiencia. Sin embargo, los abogados principales, por envidia y avaricia, lo separaron de esa causa. Fue entonces cuando el propio Bazán le dijo que el tiempo de armar su propio estudio había llegado.

Hacía meses que Aarón venía pensando en tomar esa decisión, pero no tenía un número de clientes importantes para comenzar como él quería. Sabía que algunos empresarios y hacendados que trabajaban con Lanusse lo iban a seguir, porque confiaban en él, y que otros aparecerían en poco tiempo. Además, contaba con Mario Iñíguez, un muy buen abogado de la firma, también desaprovechado, que estaba dispuesto a seguirlo y con quien se complementaba muy bien.

Necesitaba un gran cliente. El cliente. Ahí apareció nuevamente Bazán. Él tenía a la persona adecuada y no le interesaba llevarla a su propio estudio por razones que Aarón no llegaba a comprender. Bazán lo invitó al bar del Claridge, que funcionaba como un anexo a su propio estudio, y entre tragos le dijo de quién se trataba.

—Guillermo Morrison: dueño de media pampa húmeda, ganadero y agricultor. Vacas y trigo. Quiere que un buen estudio le lleve los papeles. Tiene que resolver rápido unos conflictos. Le hablé de vos.

—¿Y por qué querría trabajar con un estudio nuevo?

—Porque yo se lo dije, pero hay una razón más. Casi un capricho de rico. Si hay una palabra que odia en el mundo es Lanusse.

Bazán tomó su whisky con la delectación de quien sabe que tiene una buena historia para contar.

—Hay un detalle que olvidé decirte. O dos. Morrison es descendiente de estancieros ingleses y de uno de los fundadores del ferrocarril. Y es militar, o ex, si es que alguna vez se deja de serlo. Coronel de caballería retirado. Cuando Morrison fantaseaba con llegar a ser general y ministro de Agricultura y Ganadería de Levingston, llegó Lanusse a la presidencia y lo pasó a retiro. Celos de estancieros, los oficiales de caballería tienen más puteríos entre ellos que un cabarute.

—Y yo trabajo para la firma Lanusse.

—Nada le divierte más que sacarle un abogado, aunque el expresidente no tenga nada que ver.

A Aarón esa razón le pareció escandalosa, aunque no se animó a decírselo a Bazán, que sonreía como si estuvieran haciendo una travesura. Si la decisión de Morrison era tan endeble como para considerar ese motivo, seguramente se mostraría arbitrario en muchos otros aspectos de la vida profesional. Y Aarón detestaba a la gente que se presentaba como principiante en un mundo de poder y disputas.

—¿Te interesa? —preguntó Bazán mientras le pedía al mozo con un gesto otro whisky.

A Aarón ese hombre particularmente no le interesaba; lo que podía significar para su futuro profesional, sí.

II

En el aire se respiraba un aroma a gramilla recién cortada y se oía el cantar de pajaritos. Era como haber ido al campo. En ese ambiente bucólico, Aarón comenzaba a escribir la historia de su propio estudio. Cruzaron el parque y rodearon una edificación de estilo neotudor, que parecía arrancada de alguna mansión de Wimbledon Village, y entraron a un salón. Si el parque era la campiña inglesa, el interior del edificio era un viaje a algún club londinense, donde varones de la realeza e importantes burgueses bebían su gin tonic o el té, mientras hacían negocios o simplemente leían *The Times*. Sobre el fondo había una barra, pero el resto del salón no parecía un pub sino el interior de un castillo, con sus acogedores sillones, las mesas bajas, los pisos de roble de Eslavonia y los cuadros que colgaban de las paredes. A esa hora, no había gente, salvo el barman y un hombre en uno de los sillones, que leía el *Buenos Aires Herald*. Era Guillermo Morrison.

Se dieron la mano con fuerza. Rosenthal le sonrió, pero no fue correspondido. Morrison no tenía la sonrisa fácil y mantenía una cautela al borde de la desconfianza. Como era de esperar, fue Bazán el que intentó aflojar la tensión.

—Le explicaba a nuestro joven abogado algunas cuestiones con respecto al estilo cosmopolita de este lugar. Lo llamamos Bar

Americano, está dentro de nuestro club británico y nuestro barman… Ya lo vas a conocer.

Bazán lo buscó con la mirada y lo llamó:

—Jean-Pierre.

El hombre se acercó. Si bien era rubio, su rostro y su aspecto eran muy similares a los de Alain Delon. El traje que usaba de uniforme le daba aspecto de haberse escapado de una película de espionaje. Él sí sonrió cuando llegó a la mesa. Bazán se pidió un whisky, Rosenthal solo agua sin gas. Creyó notar un gesto de asentimiento de Morrison hacia él.

—Aarón Rosenthal —dijo como si recién descubriera su nombre—. ¿Es judío?

—Así es. Espero que no sea un problema.

—En principio no debería serlo. ¿Usted cree que sí?

—Para nada.

—Mejor así. Si bien no son muchos, en el Hurlingham tenemos algunos socios judíos.

—También estoy yo, que apenas tengo un cuarto de sangre británica —dijo Bazán, tal vez para evitar que Morrison se metiera en un terreno que los militares no manejaban sin prejuicios—. Gracias a mi abuela escocesa puedo jugar en el maravilloso campo de golf de dieciocho hoyos.

—¿Juega al golf, Rosenthal? —le preguntó Morrison.

—No. Los deportes no son mi fuerte.

—Cada vez tenemos más casos como el del doctor Bazán. Él, por supuesto, es un excelente partenaire del club, pero hay otros a los que deberíamos haberles puesto una bola negra. A veces pienso que estamos incorporando a gente que no es digna de esta institución. Y

ese es uno de los problemas de este país, ponemos gente indigna en lugares claves: las fuerzas armadas, el gobierno, los clubes.

Aarón se sentía un poco incómodo. Era el tipo de conversación en la que solo se podía estar de acuerdo. Imposible aportar nada ni, mucho menos, poner en duda. Así que sus pocas palabras eran solo reafirmaciones de lo que decía Morrison. Bazán, por su parte, también se había llamado a silencio y tenía una sonrisa casi beatífica. Como si todo estuviera saliendo de la manera correcta.

Morrison hizo una pausa para encender una pipa y Aarón pensó que ese gesto lo habilitaba a encender un cigarrillo. Bazán movió el vaso de whisky y miró en su interior. Parecía estar leyendo el futuro en las ondas de la bebida.

—El doctor Bazán ya lo habrá puesto al tanto de mis necesidades. Durante años trabajé con diferentes abogados, incluso el propio doctor Bazán atendió varios de mis problemas. Pero estoy tratando de concentrar todo en un solo estudio que maneje con soltura cuestiones de bienes raíces, pero que pueda ocuparse de un amplio abanico de situaciones. El doctor Bazán me dijo que usted va a ser el mejor abogado de los próximos cincuenta años y le creo.

—Le agradezco tamaña exageración al doctor Bazán, pero yo que usted no lo tomaría de manera tan literal.

—Digamos que tomo esto que usted acaba de decir como su primer consejo y pienso hacerle caso. Muy rápidamente puedo darme cuenta de su valor. Quiero un abogado que gane más en la negociación que en tribunales. Los jueces tardan mucho. Yo tengo paciencia, pero ya estoy viejo y no me gusta desperdiciar mi tiempo.

—Soy de los que piensan que siempre es mejor un excelente arreglo antes que un pésimo fallo judicial.

Morrison se rio por primera vez.

—Entonces nos entendemos perfectamente. Como ya sabrá, soy un militar retirado que vive del campo. Nunca he sido un hombre de ciudad y tal vez eso me ha costado caro, pero no me arrepiento. A este país lo han hecho grande sus farmers y yo, humildemente, soy uno de ellos.

Chupó la pipa con empeño y se tomó unos segundos para continuar.

—Tengo problemas con los títulos de propiedad de tres campos. Uno es en provincia de Buenos Aires, cerca de Lobos; el otro en Córdoba y el tercero en Chubut, unas hectáreas que mi familia posee desde antes de que existiera la provincia, pero que el gobierno provincial decidió apropiárselo. En los otros dos casos los conflictos son con líneas sucesorias de mi familia materna, que están flojas de papeles, pero que cuentan con buenos abogados. Los administra la Compañía General Inmobiliaria.

Aarón se removió en su asiento.

—Usted sabe que yo trabajo para la sociedad Pedro y Antonio Lanusse.

—Por supuesto. ¿Le parece que hay un conflicto de intereses?

—No. La Compañía General Inmobiliaria tiene como presidente a Antonio Rómulo Lanusse, que es primo hermano del general. Si bien no somos la misma empresa, tanto por el vínculo familiar como por los intereses profesionales solemos trabajar juntos.

—Ahora tendrá que seguir trabajando a la par de ellos, pero en el bando contrario.

Bazán no le había dicho nada de que Morrison quería litigar en contra de los intereses de la familia Lanusse. Ya no se trataba de

quitarle un abogado junior, como él pensaba, sino de pelearle negocios. Los campos movían mucho dinero y la familia Lanusse tenía puestas sus garras en infinidad de empresas: desde la explotación de yerbatales en Misiones a estancias en Paraguay, exportadoras de tanino y el manejo de gran parte del mercado ganadero nacional. Si Bazán le hubiera adelantado las intenciones de Morrison, muy probablemente él no hubiera aceptado. No se sentía preparado para lidiar contra esos monstruos sagrados del derecho que tomaban mate con los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, si existiera la posibilidad de que los supremos tomaran mate. Pero ahora ya no podía negarse. Ya se había hecho a la idea de que Morrison le abriría un mundo profesional nuevo y no lo pensaba soltar.

—Lo veo dudar —le dijo Morrison.

—Le aseguro que nunca me va a ver dudar.

Después hablaron de los honorarios, ya convenidos de antemano por los buenos oficios de Bazán, que había adelantado al militar cuánto le costaría tener un abogado para que manejara todos sus negocios inmobiliarios y agrícola-ganaderos.

Habían terminado de arreglar los números cuando entró una mujer. Aarón no le prestó mucha atención, aunque le llamó la atención que estuviera vestida con ropa de tenis. Ella se acercó a la barra y se estiró para darle un beso a Jean-Pierre. Las piernas parecieron todavía mucho más largas. Mientras Aarón respondía a una pregunta sobre el abogado que lo acompañaría en el Estudio Rosenthal, vio por el rabillo del ojo que la mujer se dirigía hacia ellos. Morrison seguramente había percibido su presencia porque giró un poco su cuerpo para hablarle.

—Hija, vení que te presento a mi flamante abogado. Al doctor Bazán lo conocés.

—Por supuesto, ¿cómo anda doctor? ¿Mi papá lo echó y contrató a otro leguleyo?

Le dio un beso en la mejilla y Bazán se rio con ganas ante ese comentario.

—El doctor Aarón Rosenthal —dijo Morrison.

Aarón estiró la mano, pero ella le dio también un beso, por lo que su mano tocó sin querer la cintura de la chica.

—Mucho gusto, Aarón. Me llamo Cecilia. Cecilia Morrison.

Tenía la cara transpirada, la ropa blanca ya no estaba inmaculada y tenía raspones verdes de las canchas de césped. Llevaba una vincha en el pelo que se sacó antes de sentarse y dejó al aire una cabellera rubia. Hubiera podido ser modelo. No desentonaría en una publicidad de shampoo. Se acomodó en un sillón y los miró a todos para que continuaran la conversación. Actuaba como si hubieran estado esperándola.

—Te podrías haber cambiado —la amonestó su padre.

—Moría de ganas de tomar algo.

Jean-Pierre apareció con un jugo de naranja. Cecilia bebió largo de la pajita. Aarón tuvo que hacer un esfuerzo para sacar la mirada de la chica. Siempre se había comportado como una persona medida, capaz de controlar sus sentimientos y reacciones, pero notó enseguida que Cecilia Morrison podía hacer temblar los cimientos de la vida que quería construir.

—Cecilia —dijo Bazán— también estudia Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

—Muy a pesar de mi padre —agregó ella—. Primero quiso que estudiara una carrera más femenina.

—Me hubiera gustado tener una hija médica o veterinaria —pareció disculparse Morrison. Su hija fingió no escucharlo y continuó.

—Y después quiso que estudie Derecho en la Católica.

—Quería evitar que vayas a un nido de subversivos —dijo con más convencimiento Morrison.

Rosenthal se preguntó si debía tratarla de usted o tutearla. Se decidió por el tuteo.

—¿Y a qué altura de la carrera estás?

—Haciendo materias de segundo año. Debo alguna de primero.

Morrison trató de encauzar la conversación en los detalles que debía saber Rosenthal.

—En unos años, mi intención es dar un paso al costado y dejar que mis hijos se hagan cargo. Tal vez para entonces ya tengamos una abogada que le podría ser útil. Pero quien va a administrar los campos es mi hijo mayor, el capitán de caballería Walter Morrison —dijo esto último con orgullo.

—No sabía que tenía un hijo que había seguido la carrera militar.

—En realidad dos, porque mi hijo menor, Daniel, está en la escuela de cadetes. Pero Walter ya ha hecho gran parte de la carrera. Pronto será mayor, luego teniente coronel y nada le va a impedir ser general, no lo van a frenar como a mí.

—Y ya sabemos cuál es el destino de un general de caballería —dijo con complicidad Bazán.

—No le extrañe. Mi hijo tiene pasta para ser presidente. Podría sacar adelante este país de desquiciados.

Cecilia le habló a Aarón en tono confidencial:

—Yo creo que mi papá viene tanto al Hurlingham para sentirse cerca de su hijito, que está en Campo de Mayo.

Esta vez fue Morrison el que hizo como si no escuchara a su hija. Tal vez esa era la dinámica de esa familia.

—Me gustaría que mi hijo visite su estudio para que se conozcan. Él está al tanto de todo lo referido a mis campos. Hablar con él es como hablar conmigo.

Antes de despedirse, Aarón le dejó su tarjeta personal a Morrison. Estuvo tentado de darle una a Cecilia, pero no se animó.

—El número de teléfono que aparece no es de mi estudio, pero lo va a atender mi secretaria. Ella me va a pasar los mensajes.

Bazán, que sabía la verdad de ese teléfono, le clavó una mirada divertida.

III

De regreso a la firma Lanusse, Aarón condujo en estado de gracia. El auto parecía ir por el aire en la General Paz y él no registraba nada a su alrededor. Era consciente de que estaba comenzando una etapa nueva de su vida, con la que había soñado durante toda la carrera. Los años en Pedro y Antonio Lanusse le habían permitido templar el carácter, aprender los trucos de magia reservados a los elegidos, desprenderse de cualquier idea confusamente relacionada con la moral o la religión: desconfiar de las verdades, no tener piedad, recelar del prójimo, mucho menos poner la otra mejilla. Ahora solo restaba implementar esas ideas o principios en su propio estudio.

Ese mismo día debía renunciar y un poco más tarde lo haría Mario Iñíguez. De alguna manera repetían lo que había ocurrido cuando llegaron: primero se incorporó Rosenthal y a los pocos días Iñíguez, la joven promesa del Derecho Constitucional. Aarón pensaba que su compañero tarde o temprano terminaría siendo juez de la Corte Suprema. Era expansivo, elocuente y tenía una memoria prodigiosa. Podía recordar de memoria como si nada una norma del Derecho británico o una indicación de la Constitución noruega.

Iñíguez nunca se había terminado de sentir cómodo con los Lanusse. No sin pedantería, consideraba a los demás abogados de la firma como tortugas a la hora de moverse, burros cuando les tocaba pensar y monos cuando repetían sin reflexionar leyes o jurisprudencia. La única excepción era Rosenthal, a quien respetaba y hasta le demostraba cierta admiración. A pesar de todo esto, no habían llegado a ser amigos. Su vínculo era estrictamente profesional y no acostumbraban a comer los dos solos ni mucho menos a irse de copas. Pero si les tocaba trabajar juntos, la maquinaria se ponía en marcha de manera perfecta. Eran imbatibles. Aarón no dudó en proponerle que trabajara con él si salía lo de Morrison y Mario no dudó en decirle inmediatamente que sí.

Cuando llegó a la firma, pasado el mediodía, Aarón se reunió con Marcelo Puy, uno de los socios principales, y le explicó que se iba para armar su propio estudio. No le aclaró que ya tenía un cliente importante, mucho menos quién era. Puy lo miraba tratando de adivinar las verdaderas razones, pero no le preguntó nada. Sabía con qué buey araba y no iba a caer en la tentación vana de preguntarle por qué se iba. Le pidió que cerrara o trasladara los pendientes, que esa semana deberían verse todos los días para

despejar dudas. En ese punto, Aarón notó que Puy resopló de cansancio anticipado. Una pequeña satisfacción le recorrió la espalda. Era un silencioso reconocimiento a lo mucho que él trabajaba y cómo les facilitaba la vida a los otros abogados del estudio.

—¿Todo bien? —preguntó Mario Iñíguez cuando lo vio salir de la reunión con Puy, aunque tal vez también preguntaba por su encuentro con Morrison. Para ambos casos su respuesta era la misma:

—Mejor imposible.

A la salida de la jornada laboral fueron juntos hasta un café. Aarón le contó su diálogo con Morrison, los tres campos en conflicto.

—Con los Lanusse me arreglo yo —dijo Aarón—, pero voy a necesitar que te pongas con el campo de Chubut. Es grande como media Tucumán.

—Ahí deberíamos ir primero con el gobierno provincial.

—Tenés llegada al gobernador, ¿no?

—Sí, Benito Fernández. Le arreglamos unos problemas que tenía Aluar.

—Hay que resolver eso antes que nada, para no permitir que Lanusse lo llame a Gelbard y el tipo se meta en el medio.

—Podríamos ir por la vía judicial, el juez federal de Madryn es amigo. Pero sospecho que en esas tierras hay población local viviendo y eso es mejor resolverlo políticamente. Primero voy a hablar con Fernández.

—Si hay que sacar gente y trasladarla, se traslada. Quieran o no quieran. Si hay que pagar algo, seguramente va a haber fondos.

En ningún momento Aarón pensó en asociarse con Iñíguez en partes iguales. No quería compartir las decisiones con nadie. E Iñíguez lo sabía. Él tampoco lo plantearía. Era un abogado brillante, pero le faltaba la iniciativa que tenía Rosenthal. Apostaba al cambio de jefe porque él también se daba cuenta de que Aarón podía convertirse en uno de los abogados más influyentes del país. Y eso era dinero y poder también para Iñíguez. Los Lanusse derramaban poca plata en sus empleados y no temían perder un abogado excelente para poner a uno simplemente bueno. Usaban su apellido como una marca y las ganancias de esa marca no las compartían con nadie.

—Morrison tiene una hija que estudia abogacía.

¿Por qué dijo eso? Ellos no hablaban de cosas personales, pero Aarón quería hablar de Cecilia. No tenía con quien más hacerlo.

—Qué mala suerte. Seguro que te va a pedir que las pongas a trabajar en el estudio.

—No creo. Esa chica no tiene aspecto de saber qué es un trabajo. No la veo ejerciendo en toda su vida.

—Nació con la cuchara de plata en la boca.

—De una belleza deslumbrante —agregó Aarón y se arrepintió.

—Ah, voy a tener que conocerla entonces. Tal vez le dé clases particulares de Derecho y todo.

—Antes vamos a tener que conocer al capitán Walter Morrison. Es militar, como su padre. Morrison lo quiere preparar para que sea el administrador de todos los campos. Y vamos a tener que soportarlo nosotros en los próximos cuarenta años.

Cuando salieron del café ya era de noche. Aarón necesitaba caminar, ordenar sus pensamientos. Nadie debía estar cerca de él en

su diálogo consigo mismo.

Llegó a su departamento poco antes de las nueve de la noche. Se sentía agotado y exultante a la vez. Le sorprendió que el living comedor estuviera solo a media luz. Sobre la mesa había varios platos con comida y cubiertos para dos. Miriam salió de la cocina y se arrojó a sus brazos.

—Te estaba esperando —le dijo en tono de reproche y le señaló la mesa—. Mirá todo lo que preparé.

—¿Para nosotros dos? Estás loquita. ¿Qué festejamos?

—Que vas a armar tu propio estudio y además cumplimos dos meses.

—¿Dos meses ya? ¿Y falta mucho?

Ella le pegó un golpe en el brazo, él se rio por primera vez en el día y se dieron un largo beso. Comieron solo una parte de todo lo que Miriam había preparado, tomaron el mejor vino que tenían y después fueron a la cama a festejar los dos meses de casamiento.

IV

Aarón se había acostumbrado a moverse en una ciudad en la que la violencia estaba siempre a punto de desencadenarse. Había uniformados por todas partes, desconfianza en la mirada de la gente, también miedo, enojo y, casi siempre, resignación. Debía evitar las calles en las que se ubicaban comisarías, porque no quería ser víctima involuntaria de una bomba. No era común que ocurriera algo así, pero estaba en el imaginario de todos.

Por su aspecto, Aarón salía del radar de cualquier control policial. Estaba muy lejos de la imagen de un guerrillero o de un militante político. Andaba siempre de traje, impecable en su hechura y bien planchado, el pelo castaño corto, el rostro despejado, anteojos para su leve miopía. Alto, de buen porte, aunque no era especialmente musculoso ya que no hacía ejercicio ni actividades deportivas. Olía a auténtica colonia alemana y siempre lo acompañaba el maletín de cuero que le había regalado su padre cuando se recibió. Tenía aspecto de lo que era: un abogado de causas importantes, que se movía entre peces gordos con una seguridad envidiable.

Alquiló una oficina bastante grande (dos despachos y uno mayor que servía como sala de reuniones) con línea telefónica. Estaba ubicada en el quinto piso de un edificio en Tucumán y Montevideo, bien cerca de Tribunales. Miriam lo ayudó a elegir los muebles. El escritorio lo compró en una casa de antigüedades y le salió una pequeña fortuna, pero pensó que lo acompañaría durante décadas. No se equivocó: la oficina de Tucumán fue la primera de varias y jamás cambió de escritorio.

Su salida de la firma Lanusse no fue para nada complicada. La desconfianza que los socios tenían no la manifestaron abiertamente y solo se hizo evidente cuando Aarón tuvo que comenzar a negociar con la otra empresa de la familia, la Compañía General Inmobiliaria. Hubo algunos reproches, pero ambas partes sabían que todo se trataba de dinero. Y de poder, en el doble sentido de la palabra.

Mientras ponían el estudio a punto, el teléfono de su hogar siguió funcionando como "oficina telefónica". Miriam atendía y decía ser la secretaria que le pasaría los mensajes al "doctor Rosenthal".

Apenas se instalaron en la calle Tucumán, contrataron a una secretaria de verdad, Fanny, que había estudiado en la Academia Pitman y que durante varios meses también fue recepcionista. Era una recomendación de Elías, el padre de Miriam.

Un profesor, que Rosenthal había tenido en la facultad y con el que había mantenido contacto, acercó algunos clientes más: un importador de insumos médicos y un ingeniero que había armado su propia empresa de obra pública. Eso les dio margen para incorporar a Gustavo, un estudiante de derecho que haría las veces de asistente y de cadete. Ese profesor también había intentado convencer a Aarón para que diera clases en su materia. Si bien a Rosenthal le tentaba la idea, no se sentía cómodo con la efervescencia política que se vivía en la facultad. No tenía ganas de quedar en el medio de las disputas entre las fuerzas de izquierda y de derecha.

Las primeras gestiones que hicieron por el campo chubutense en litigio fueron favorables, algo que predispuso positivamente a Morrison. El estudio ya estaba listo para recibir a los clientes, por lo que invitaron al capitán Walter Morrison para conocerse. El hijo del estanciero concurrió una tarde. Rubio, alto y delgado, se parecía mucho a su hermana Cecilia en versión masculina. Con otro uniforme militar, por su prestancia y modales delicados, fríos y astutos, Walter Morrison podría haber pasado por un integrante de las SS alemanas.

Aarón solía hacer un análisis rápido de las personas. Las etiquetaba para actuar en función de sus debilidades y atacar o convencer por ese lado. Walter Morrison era un hombre joven ambicioso y sin escrúpulos, características que eran también las de

su padre; pero mientras el estanciero era parte del pasado, el capitán representaba el futuro. Y eso lo hacía un hombre peligroso.

Morrison parecía observar cada detalle de la oficina con ojo clínico, desde la servicial Fanny al distraído Gustavo, que casi vuelca los cafés. Iñíguez, Aarón y él repasaron el estado de situación de las disputas rurales. No puso ninguna objeción.

Aarón abrió una botella de Johnnie Walker, que había comprado para visitas importantes, y le sirvió un whisky al capitán. Ni Aarón ni Iñíguez bebieron, pero los tres fumaron. No quedaba mucho más para hablar de los campos en conflicto. Morrison agregó un tema conflictivo.

—No sé si estás al tanto de los departamentos de Punta del Este y Pocitos —dijo resoplando, como si le molestara tener que sacar el tema.

Aarón no sabía de qué estaba hablando.

—Mi madre tenía un primo soltero que murió hace dos años, poco antes de que ella falleciera. No tenía ninguna familia salvo nosotros. En principio íbamos a hacer la sucesión para que heredase mi madre, pero cuando iniciamos los trámites apareció un testamento en el que le dejaba lo que tenía (dos departamentos y una casa) a mi hermana. Lo lógico es que la heredera fuera mi madre y luego dividiéramos en partes iguales entre los hermanos.

—Por lo que decís, ese primo no tenía herederos forzosos. Si hay un testamento es difícil contradecirlo.

—Bueno, la justicia uruguaya no convalidó el testamento encontrado en Buenos Aires. Me imagino que no es tan complicado convencer a la escribanía de que lo retire.

—Es complejo. Pero a ver si entiendo, ¿vos querés trabar judicialmente la herencia de tu hermana?

—¿Por qué no?

—En estos casos yo siempre recomiendo que lleguen a un acuerdo sin la presencia de abogados entre los familiares, mucho más si son hermanos.

Morrison apagó el cigarrillo. Parecía algo desilusionado. A Aarón le resultó incómodo lo que planteaba. La fortuna de los Morrison era muchísimo mayor que el valor de tres propiedades en Uruguay. Generar un conflicto legal con su hermana por eso era, como mínimo, un gesto de avaricia y, también, de estupidez.

El joven oficial se puso de pie y miró con detenimiento algo que estaba colgado en la pared. El rostro adusto dejó lugar a una sonrisa. Se acercó al cuadro.

—¿Y esto? —preguntó.

Aarón lo siguió con la mirada:

—Ah, esa una larga historia. Por lo pronto, no es una pintura.

—Ya sé. Es un mapa. ¿Es auténtico?

A pesar de que seguía molesto, Aarón se sintió halagado por su interés. Le gustaba contar la historia de ese mapa.

—Mi padre nació en Moisés Ville. Mi abuelo era un inmigrante judío que llegó a la Argentina escapando de los pogromos rusos. Vino acompañando al rabino Aarón Halevi Goldman y participó de la fundación de Moisés Ville en 1889. Era originario de Kamianets-Podilski, una ciudad ucraniana que alguna vez perteneció a Polonia. Es un lugar famoso por haber resistido la invasión de distintos pueblos como los otomanos, los rumanos, los tártaros. Y todo

gracias al castillo que era inexpugnable. Ese castillo es el que aparece en la parte inferior del mapa.

—Ya veo —susurró Morrison acercándose más al mapa, que estaba protegido con un vidrio y un marco de madera.

—Mi abuelo heredó ese mapa de su padre que, antes de perderlo todo, había sido imprentero. Mi familia fue una de las primeras que tuvo imprenta en esa región. Según decía mi padre, desde el siglo XVI, pero no sé si es verdad. Lo cierto es que de generación en generación lo único que nos quedó de esos tiempos de gloria es ese mapa. Lo hemos cuidado de las guerras, las persecuciones, los vandalismos y hasta de los viajes interoceánicos en tercera clase. Mi abuelo lo trajo escondido en un cartapacio tapado por supuestos dibujos que él hacía. Pero no era dibujante, solo quería que no se lo robaran sus compañeros de viaje o al llegar a la Argentina.

—Los textos están en francés.

—Sí, eso es extraño. Siempre supuse que lo habíamos impreso nosotros, pero que esté escrito en otra lengua que no sea el polaco, el ruso o el alemán, me hace pensar que tal vez tiene otro origen.

—¿Es original?

—Hasta donde yo sé, sí.

—Soy coleccionista de mapas. Tengo los más antiguos de la Argentina, muchos de regiones de América y varios europeos. Pero este es de una belleza increíble.

—Ah, sos un conocedor. Me alegra entonces que lo hayas visto. No cualquiera es capaz de captar su importancia.

—Te lo compro.

Rosenthal se rio nervioso. Esperaba que fuera un chiste.

—Ponele precio y te lo compro. Te pago en dólares, libras. Te deposito la plata en una cuenta en Suiza.

—No voy a vender un recuerdo familiar.

—Con lo que te puedo pagar no necesitás trabajar más. ¿Cien mil libras? Te podés comprar cuatro Ferrari con ese dinero.

Rosenthal se volvió a reír.

—¿Para qué quiero cuatro Ferrari?

Morrison no insistió. Se fue después de saludarlos y recordarles unos pendientes por el campo de La Pampa, que ya habían sido acordados, pero al repetirlo remarcaba que el que mandaba era él. No volvió a nombrar el conflicto con su hermana. Cuando se quedaron solos, Iñíguez le preguntó:

—¿No es peligroso tener un cuadro tan valioso?

—¿Valioso? Son locuras de este tipo. Así son los coleccionistas. Si entraran ladrones se llevarían antes la botella de whisky que este mapa.

V

Desde que habían abierto la oficina de la calle Tucumán y habían contratado a Fanny, Miriam ya no atendía el teléfono como si fuera la secretaria del estudio. Pudo regresar a la zapatería de su padre para hacerse cargo de algunas tareas administrativas que llevaba cuando era soltera. Sin embargo, una tarde se encontraba en el departamento cuando sonó el teléfono. Del otro lado de la línea una voz femenina le preguntó:

—¿Está el doctor Rosenthal?

—No se encuentra en este momento. ¿De parte de quién?

—De Cecilia Morrison.

—Le paso el teléfono del estudio.

—Ah, pensé que este era el estudio.

—Se acaba de mudar de oficina.

—¿Estoy hablando a su casa?

Miriam dudó. Nadie le había hecho una pregunta así cuando llamaban por su marido. Su primera reacción siempre era decir la verdad y fue lo que hizo.

—Sí, es su teléfono particular.

—Mil perdones, no quería molestar. Usted debe ser la esposa, ¿no?

—Sí, ¿tiene para anotar el número de teléfono?

Cuando Aarón regresó del estudio, Miriam le comentó que lo habían llamado.

—Cecilia Morrison. Es la hija del coronel Morrison, ¿no? ¿Trabaja con el padre?

Aarón no le dio importancia y se fue a pegar una ducha. No se animó a preguntar nada, pero quedó intrigado. Si necesitaba hablar con él lo hubiera llamado inmediatamente después. ¿Qué habían hablado Miriam y ella? Esa noche durmió intranquilo y se sintió un idiota por no manejar esa situación.

Recién dos días más tarde, Cecilia se puso en contacto con él. El diálogo fue breve. Aarón esperaba que le hablara de su conflicto con el hermano, pero ella solo le propuso tomar un café. Quedaron en verse esa misma tarde en Usía, un bar de abogados cerca del estudio. No hubo en esa charla telefónica excusas ni frases de circunstancia. Como si se conocieran desde hacía mucho. No,

tampoco era eso porque la gente que se conoce desde hace años hace preguntas de compromiso, mantiene la comunicación abierta sin decirse nada significativo. La conversación entre ellos era la de amantes que no podían perder tiempo, o de cómplices que no pueden revelar demasiado por ese medio. Sobreentendían muchas cosas, pero Aarón no tenía idea de qué era lo que estaba sobreentendiendo.

Cuando llegó al bar, ella ya estaba ahí. Llevaba unos pantalones verdes con botamanga ancha, una blusa estampada y zuecos blancos. Tenía los ojos muy maquillados. Aarón pensó que Miriam rara vez se maquillaba, salvo por el uso de lápiz labial.

—¿Siempre vestís de traje? —le dijo ella después de saludarlo con un beso.

—Es mi uniforme —le respondió, pero se sintió un poco avergonzado por ser tan formal. Como sin darle importancia, desabrochó el botón superior de la camisa y aflojó un poco la corbata.

—El karma de mi vida: los uniformes.

Aarón le ofreció un cigarrillo antes de encender el suyo, pero ella no lo aceptó. Prefería fumar uno de su paquete, un Virginia Slims.

—¿Sabías que no puedo fumar delante de mi padre? No me lo permite.

—Un padre muy rígido, de costumbres tradicionales. No me resulta extraño.

—¿Tenés hijos?

—No.

—¿Piensan tenerlos?

—Seguramente.

—Hablé con tu esposa. Me pareció muy simpática.

—Me gustaría saber la razón por la que querías que nos encontremos.

—Cierto, la razón. Estoy algo confundida con la carrera de Derecho y no sé si seguir o dejarla.

Cecilia tomaba un café. Él necesitaba algo fuerte, un whisky, una ginebra. Pero no se animó a pedir alcohol. El café mantenía la conversación en un contexto más neutro, menos íntimo que el vaso de whisky o de una Bols.

—¿Qué materias estás cursando?

—Penal y Familiar.

—Bueno, Familiar es una buena razón para abandonar la carrera. Pero deberías evaluar otras cosas.

—¿Vos por qué sos abogado?

—Creo en la justicia, me gusta que las reglas sean claras y para todos iguales. El Derecho es una estructura tan poderosamente construida que nada lo puede tirar abajo.

—Creés en la justicia. Sos como una especie de sacerdote del Dios Derecho.

—Tu descripción no me resulta cómoda, pero podría ser. ¿Y vos por qué entraste a la carrera?

—Porque no creo que haya justicia, las reglas son oscuras y distintas según quien seas. El Derecho me parece un monstruo que hay que cazar y encerrarlo en una jaula.

—Bueno, son los mismos motivos con pequeñas variaciones.

Los dos se rieron. Aarón conocía a los profesores de las materias que Cecilia estaba cursando, así que intentó darle consejos de cómo moverse con ellos. Debía contenerse, porque era capaz de hablar

mucho sobre la carrera. Una clara muestra de que tenía vocación docente y debía plasmarla dando clases, aunque no fuera el momento adecuado.

Aarón se levantó para ir hasta el teléfono público. Llamó al estudio para saber si había alguna novedad que lo ocupara, pero Fanny lo tranquilizó: Iñíguez podía solo con las actividades de esa tarde.

Tomaron un segundo café.

—¿Mi hermano te quiso convencer para anular la herencia de mi tío segundo?

—Algo así.

—Qué pesado mi hermano. De chico tenía celos de que me regalaran muñecas traídas de Estados Unidos. Me las escondía o les cortaba un brazo o una pierna. No soporto a la gente celosa. ¿Sos celoso?

—Creo que sí.

—No tenés aspecto. Al contrario: parecés alguien no muy interesado en las cuestiones del amor. Los celos ocurren cuando alguien te cala hondo. Nacen en el estómago. De ahí pasan al cerebro y al corazón. Te vuelven loco y sufrís de amor. Vos debés ser de las personas a las que nadie conmueve. Una roca contra la que uno puede chocar y chocar sin conseguir entrar.

—¿Todo esto aprendiste de mí en dos cafés?

—No. De todo esto me di cuenta observándote mientras hablabas con mi padre.

¿Y él? ¿Qué descubrió de ella cuando la vio en el club Hurlingham? Creyó ver a una chica superficial, malcriada, consciente de una belleza deslumbrante. Una gata buscando a un ratón para jugar con él. Después, el llamado a su casa, cuando podría haber averiguado

el teléfono del estudio pidiéndoselo a su padre (al fin y al cabo, el número particular lo había obtenido de Morrison). La gata había encontrado al ratón y jugaba con él. Pero no, había algo que le indicaba que no era así, que se había equivocado en su apreciación. Cecilia era indescifrable. Así lo sentía ahora. Si quería saber quién era de verdad, iba a tener que meterse en aguas peligrosas. ¿Contaría con fuerza suficiente para no ahogarse?

—Me sorprendió gratamente que tu hermano fuera coleccionista de mapas.

—¿Mi hermano colecciona mapas? No lo sabía y no me parece posible. Lo único que colecciona son galones militares. Hasta que no tenga los de teniente general no va a parar.

Cuando regresó a su departamento ya había oscurecido. Fue caminando, como acostumbraba desde que abrió el estudio. Se sorprendió al ver que había unos vehículos militares sobre avenida Callao y que la calle Paraguay estaba cortada. Aceleró el paso porque tuvo un mal presentimiento. Al llegar a Paraguay, una barrera de policías no lo dejó pasar. Recién entonces notó que había un helicóptero sobrevolando la zona. Unos soldados vigilaban con armas largas apuntando a los edificios, como si buscaran francotiradores detrás de las ventanas. El corazón pareció detenerse en el momento en que se dio cuenta de que un grupo de uniformados salía del edificio donde él vivía. Llevaban a unas personas, pero en la oscuridad no pudo reconocer de quiénes se trataba. Un policía lo apartó de mala manera. Aarón sabía que ni siquiera su vestimenta de señor serio serviría para ablandar el maltrato de las fuerzas del orden. Descubrió a un vecino que también intentaba infructuosamente cruzar la barrera policial. Aarón

se alegró al ver a alguien conocido, aunque no sabía siquiera su nombre, y se acercó a él.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Encontraron un nido de terroristas.

—¿En nuestro edificio?

—Están en todos lados —respondió con amargura.

Tuvieron que esperar veinte minutos larguísimos hasta que habilitaron el paso. Para entonces, ya no quedaba ningún coche militar o policial, los únicos uniformados en el lugar eran de la consigna policial. El vecino y él casi corrieron hacia sus departamentos. Agitado, temblando, quiso abrir la puerta, pero no podía embocar la llave en la cerradura. Fue Miriam la que abrió desde adentro. Aarón la abrazó, ella le decía que estaba todo bien, pero él no la escuchaba. Cuando vio que estaba cortada Paraguay y luego confirmó que los hechos ocurrían en su edificio, Aarón sintió que la vida lo estaba castigando. Por su culpa, algo le había pasado a su mujer. La besó asustado, aturdido, al borde del llanto. Miriam le contaba que el operativo había sido en otro piso, tal vez el primero o el segundo y que no dejaban salir a nadie de los departamentos. Que eso fue todo.

Aarón amaba a Miriam. Su vida se había unido indefectiblemente a ella. Eran felices, tenían todo el futuro por delante. No necesitaba nada por fuera de su matrimonio. No le interesaba tener una amante, ni vivir aventuras, ni descubrir emociones nuevas. Su entrada apasionada los llevó a los dos a la cama, se desnudaron y cogieron como casi todos los días desde que se habían casado. Después de acabar, mientras seguía acariciando la espalda de Miriam, Aarón pensó que lo de Cecilia era una estupidez, un intento

absurdo de sabotear su felicidad y su futuro profesional. Le pareció tan inverosímil que pudiera vivir un romance con esa chica, que se sintió avergonzado, como si lo hubieran descubierto masturbándose.

2. Doble vida

I

Hay veces que las circunstancias se alinean de tal manera que no se puede dejar de pensar que la buena o la mala estrella existen. A Aarón lo acompañó la buena estrella en esos primeros meses del Estudio Rosenthal. No hubo que llegar a juicio en ninguno de los tres conflictos que le había presentado Guillermo Morrison. El gobierno de Chubut facilitó la escrituración de las tierras, al punto de ocuparse con discreción y efectividad de trasladar a los pobladores. Hubo alguna nota crítica en medios locales, pero en el caos en el que estaban inmersos la provincia y el país, que un grupo de familias autóctonas tuvieran que mudarse a nadie le pareció lo suficientemente escandaloso.

En los campos de Buenos Aires y Córdoba hubo que hacer un trabajo más fino. Antonio Rómulo Lanusse no era un hueso fácil de roer y Morrison tuvo que mostrar su generosidad al ofrecerles a los usurpadores (así los llamaba él) un porcentaje importante en una empresa constructora y en una importadora de insumos agrícolas. A corto plazo parecía un muy buen acuerdo para la otra parte, pero a largo plazo Morrison hacía un negocio excelente. Se quedaba con

campos muy valiosos y cuando quisiera podría vaciar esas empresas para armar otras nuevas sin tener que compartir porcentaje con nadie.

La facturación del Estudio Rosenthal fue lo suficientemente alta como para pensar en contratar un abogado más o, llegado el caso, derivar a otro estudio algunos de los casos nuevos. El propio Iñíguez ya ganaba más del doble de lo que le pagaba la sociedad de los Lanusse.

Morrison estaba tan feliz que los invitó a cenar al Hurlingham Club un sábado a la noche. Costaba sacarlo del club a Morrison, que pasaba los fines de semana jugando al golf o viendo los partidos durante la temporada de polo. Bazán le había contado un detalle que a Aarón le pareció inquietante: a Morrison le gustaba pasearse desnudo por el Pabellón, el bar que estaba adosado a los vestuarios masculinos.

—Si te cita en el Pabellón —le dijo en tono de broma—, preparate.

Esa noche se trataría de una cena con la familia Morrison en pleno. El militar había invitado a las esposas de los abogados, pero Iñíguez era soltero, Bazán separado y Miriam prefería no participar activamente en las actividades profesionales de su marido. Morrison, por su parte, era viudo, y la única esposa era la mujer de su hijo Walter, María Teresa Álzaga Unzué. Aarón sabía que la familia Álzaga Unzué tenía negocios con los Lanusse y Morrison debía saberlo. Había un entramado familiar oscuro, en el que Aarón prefería no profundizar, que seguramente era una parte importante de las disputas, entre las que también estaba la maniobra de Walter para quitarle una herencia a su hermana. Había gestos y reacciones de la burguesía argentina que Aarón no llegaba a comprender.

El sábado a las nueve de la noche el Hurlingham Club tenía una vida más intensa que aquella tarde en la que Aarón conoció a Morrison. El primer estacionamiento estaba completo y tuvieron que ir al siguiente. Aún se veía gente caminando por los espacios verdes del club. El comedor se encontraba a medio llenar, pero no tardaría en completarse.

Tenían una mesa reservada. Iñíguez y Aarón fueron los primeros en llegar. Bazán y Morrison aparecieron enseguida provenientes del Bar Americano. Seguramente habían estado bebiendo y haciendo algunos acuerdos comerciales. Los cuatro hombres se acomodaron en la mesa redonda mientras esperaban a los otros comensales, que llegaron unos minutos después, los cuatro juntos. María Teresa era una mujer lánguida, de una belleza insulsa, cargaba con una lasitud de otra época, tal vez influida por una infancia con tías que entendían ese estado de ánimo como un arma para seducir a los jóvenes ganaderos. Cecilia venía junto a su hermano menor, Daniel, el cadete del Colegio Militar de la Nación, un adolescente de diecisiete años de aspecto deportivo. No era tímido, pero sí silencioso. Cuando se le preguntaba algo respondía con inteligencia. La hermana lo miraba con cierta admiración, como lo habría hecho su madre, que había muerto un par de años atrás. Tal vez esa muerte prematura influía en Morrison, que parecía disfrutar (a su manera, parca y poco demostrativa) con la presencia de sus tres hijos. Bazán se comportaba como el verdadero anfitrión, dándoles conversación a todos los integrantes de la mesa.

De entrada, comieron jamón crudo, quesos roquefort y provolone y palta con camarones. Aarón pidió como plato principal un lomo a

la Wellington. Las botellas de Chateau Montchenot se renovaban con bastante rapidez, ya que todos tomaban vino, incluso Walter.

A las diez de la noche ya no había una mesa disponible y los mozos se movían con una rapidez y pericia admirables. Podían llevar hasta cuatro platos a la vez, sin necesidad de usar bandeja. Y en la puerta de doble circulación jamás se equivocaban por donde entrar y salir. Cuando Morrison recorría el salón camino al baño saludaba a varios comensales o se detenía para cruzar unas palabras. Se notaba que el Hurlingham era como su segundo hogar (o tal vez el primero). Bazán comentó que el club había recibido amenazas de bomba. Algunos socios le habían comentado su temor por los secuestros. Walter descartó esa posibilidad: los terroristas no secuestrarían a nadie tan cerca de Campo de Mayo. Bazán quiso saber más. Le preguntó si en la escuela militar les habían ordenado extremar la vigilancia de la zona.

—En Campo de Mayo nos ocupamos de formar soldados y de las tácticas a seguir frente al enemigo interno. La vigilancia está bajo control de la policía.

Cecilia estaba tan atractiva como la primera vez que Aarón la vio en el club, aunque algo cambiada: la larga cabellera rubia había dejado paso a un pelo corto, que remarcaba más la belleza de su rostro. Desde su encuentro en el bar Usía no se habían vuelto a ver. Muchas veces pensaba en Cecilia. Alguna vez estuvo tentado de pedirle a Bazán un contacto con ella con la excusa de ofrecerle una pasantía en el estudio, pero no se animó a quedar en evidencia ante un viejo zorro. Ella lo había saludado con un beso cálido en la mejilla, un poco más largo de lo normal. Lo miró a los ojos desde muy cerca y lo felicitó por los éxitos profesionales. Después se

perdió en el saludo a los demás presentes. En la mesa había quedado frente a él, pero sus miradas no se cruzaron. Ella estaba sentada al lado de Iñíguez y se pasaron gran parte de la cena hablando entre ellos. Iñíguez era soltero, tenía derecho a coquetear con Cecilia. Y viceversa. Él quedaba afuera de la discusión. Sintió rabia y alivio.

II

Al terminar la cena, Morrison invitó a los abogados a tomar un trago en el bar. Dejaba afuera a sus hijos y a su nuera. Walter y esposa partieron enseguida, pero Cecilia y Daniel se quedaron, porque había amigos de ellos en el club. Mientras se trasladaban de un ambiente al otro, Aarón salió al parque a tomar aire. Ya no quedaba nadie caminando por los caminos que bordeaban el campo de golf. A Aarón le fascinaba el olor del césped. Tenía un perfume especial, como lo había notado la primera vez que estuvo ahí. La luna cayendo sobre el campo de golf y los árboles de fondo daban al lugar un aspecto irreal, casi onírico. Difícil creer que a pocos metros estaban las vías del tren Urquiza, o que más allá del horizonte estaba Campo de Mayo, con sus tropas militares inquietas, listas para salir a la caza de guerrilleros y militantes.

Decidió caminar alejándose del salón. Necesitaba pensar. Ver de nuevo a Cecilia le había resultado mucho más movilizador de lo que hubiera podido suponer. Fue avivar una herida o un deseo que creía obturados. El encuentro en el bar crecía como un mito personal: lo recordaba como la vez en la que disfrutó de charlar con una chica

que lo podía volver loco con un gesto o una palabra. Con qué ganas le hubiera dicho que se sentara a su lado, hablarle bajito al oído como había hecho Iñíguez, oler su perfume todo el tiempo. Ya entrado en divagaciones inconfesables, se representó a él en pareja con Cecilia, sentado ahí no por ser abogado de su padre sino por ser su marido. Pero él ya estaba casado. El número de insensateces que puede pensar un hombre movido por el deseo es infinito.

En medio de la soledad de la noche, a la altura de un chalet ubicado de manera extraña entre el campo y el estacionamiento, un chico de unos ocho o nueve años jugaba solo en el parque. Tenía una pelota de tenis, pero la usaba como si fuera de fútbol. Iba y venía con la pelota en un espacio no muy grande y no se animaba a patearla lejos. En un momento se tiró al césped. Debía estar imaginándose ser un jugador de fútbol en una cancha profesional. Aarón se acercó y vio que no estaba solo sino que lo cuidaba una mujer. El chico dejó de jugar cuando lo vio y hasta pareció esconder la pelota. Aarón dijo "buenas noches" con una sonrisa, para que no lo confundieran con un cuidador nocturno enojado porque un menor usaba el campo de golf como canchita de fútbol. La mujer le respondió al saludo.

—Difícil jugar al fútbol con una pelota tan chica —le dijo Aarón al pequeño.

—Por lo menos se entretiene un rato —dijo la mujer, que debía tener más de cuarenta años.

—Creo que en este club no hay fútbol. ¿Usted es socia?

—No, soy la esposa del concesionario del club y él es mi hijo.

—Si es el que maneja los restaurantes, felicítelo de mi parte porque esta noche cenamos de maravilla.

—Le va a gustar saberlo. Este sábado está él en la cocina porque se enfermó el chef.

—¿Es su único hijo?

—No, es el más chico. Tiene tres hermanas mayores.

—¡Tres hijas mujeres! Suena a maldición bíblica.

—No lo crea. Salieron muy trabajadoras. Ayudan al padre acá en el club.

—Cuídense entonces, usted y su marido, porque este —le señaló al chico— les va a comer toda la plata que ganen.

La mujer se rio, al chico pareció no hacerle gracia el comentario. Aarón se despidió de ella. Cuando comenzaba a recorrer el camino hacia el bar, se acordó de despedirse del niño. Se detuvo, giró un instante y se dirigió al pequeño:

—Chau, campeón. ¿Cómo es tu nombre?

—Sergio —dijo, y ya liberado de la mirada de Aarón volvió a jugar con la pelotita de tenis, tal vez soñando con ser futbolista.

III

Mario Iñíguez era el abogado que todos querrían tener de su lado. Sabía contener a sus clientes, atemorizar a la parte contraria, negociar con el poder judicial o político, todo sin despeinarse. La calma lo definía. Aarón vio desde un primer momento la calidad profesional de su colega. Si llegaban al primer año de trabajo juntos —y nada parecía ponerlo en duda—, Aarón ya había decidido darle el diez por ciento de las ganancias. Eso sumado a sus honorarios, le permitiría ganar una cifra considerable.

A pesar de la admiración y el respeto mutuos que sentían, Aarón no podía traspasar el ámbito profesional y convertir el vínculo personal en algo más cercano. No eran amigos y muy probablemente nunca lo fueran. Las pocas veces que compartían un almuerzo o un café siempre terminaban hablando de causas y clientes. No había confidencias, ni abrían su corazón, ni hablaban mucho del pasado, ni contaban sus sueños para el futuro. Cuando surgía algún tema personal, los comentarios eran más bien generales y ninguno intentaba dar detalles.

Difícilmente Iñíguez le contara algo de Cecilia. Aarón se moría de ganas de saber si después de estar toda la cena seduciéndola, algo que a Iñíguez no le costaba considerando sus virtudes profesionales, la había invitado a salir, si se habían encontrado nuevamente, si pasaba algo entre ellos.

No fue Iñíguez la persona que lo puso al tanto, sino la propia Cecilia. Apareció una tarde por el estudio de manera inesperada. Aarón pudo notar su presencia sin haberla visto ni oído. Estaba trabajando en su despacho cuando algo lo intranquilizó. Se levantó y observó la recepción: ahí estaba ella, sentada, las piernas hermosas cruzadas, su pulóver multicolor, un cigarrillo en la mano que casi no fumaba.

No podía dejar de sentirse un tonto por haberse emocionado como un adolescente virgen. En un primer momento pensó que venía a verlo a él y se enojó mentalmente con Fanny por no avisarle, ni que estuviera ocupado. Después cayó en la cuenta de que había ido a visitar a Iñíguez. Quizás se habían estado viendo con frecuencia desde la cena en el Hurlingham. Lo estaba yendo a buscar, lo llevaría a una boîte y después a su departamento,

cogerían. Quizás harían algún comentario sobre él, se burlarían de su formalidad, o de su vida matrimonial. Cecilia le contaría de manera irónica su encuentro en el bar.

Fanny acompañó a Cecilia hasta el despacho de Iñíguez. Aarón canalizó su enojo imaginando las normas que deberían cumplirse en el estudio: las visitas personales no tenían que estar permitidas, solo las profesionales. Era poco serio que comenzaran a recibir a amigos, novias o queridas como si fuera un club social. No era el Hurlingham, era un estudio. Había bares en la zona donde encontrarse con otra gente.

Estuvo a punto de ir al despacho de Iñíguez y decírselo sin siquiera saludar a Cecilia. No se trataba de ella, era una regla que había que imponer a todos. No lo hizo porque le quedaba en el cuerpo un mínimo de temor al ridículo.

Oyó las voces de Cecilia e Iñíguez. Habían salido de su despacho y ahora se dirigían al suyo. Abrieron la puerta sin golpear y apareció Iñíguez.

—Tenés visita —dijo. Aarón notó un tono sarcástico o tal vez exasperado.

Cecilia le agradeció a Iñíguez, que no ingresó, y ella misma cerró la puerta sin que Aarón se lo pidiera.

—Hola —exclamó como si dijera "hola, perdido, al fin te encuentro y esta vez no te vas a escapar", pero no dijo nada más hasta oír hablar a Aarón. Solo se sentó frente a él sonriendo.

Aarón le preguntó por la facultad. Ella dijo que seguía con dificultades en Penal. Él se ofreció a repasar la bibliografía juntos.

—Es más de lo que me animaría a pedirte. Tal vez te haga alguna pregunta puntual antes del examen.

Esta vez Aarón no quería que ella manejara la conversación. Fue él quien hizo las preguntas. Como abogado sabía que el que interroga tiene el poder. Cecilia respondía como una alumna aplicada: no, no vivía con su padre. No trabajaba, su padre le pasaba una mensualidad, aunque ella tenía una renta que heredó de su madre. Alquilaba un departamento compartido, aunque no quedaba claro con quién vivía, ni el género ni el vínculo. Siempre pareció más joven de lo que realmente era. A los veinte años no la dejaban entrar al cine a ver películas prohibidas para menores de dieciocho. Ahora que tenía veintiséis todos le daban veinte. Confiaba que al llegar a la vejez y tuviera cuarenta, la gente creería que era una viuda de treinta. Sí, estaba segura de que a los cuarenta años sería viuda.

En un momento, pareció cansarse del interrogatorio. Se puso de pie y le dijo:

—Te espero mañana en el Florida Garden a las veinte. Avisale a tu esposa que vas a llegar cerca de medianoche.

Aarón no respondió, ni ella esperó que lo hiciera. Todo comenzaba a estar claro. O era lo que Aarón creía.

IV

Aarón nunca se había planteado la idea de ser fiel o infiel. No era algo en lo que pensara, ni discutiera con nadie. Daba por hecho que él y Miriam se eran fieles porque estaban unidos por el amor (y si no, ¿por qué se habrían casado?). Aarón había tenido novias, historias de una noche o dos, pero nunca una amante. Ninguna de

las mujeres con las que se había involucrado de soltero estaba casada o de novia. La infidelidad era algo que le pasaba a la gente mayor, aburrida de su vida matrimonial, que sobrevaloraba la aventura y que derrochaba esfuerzo en pos de mentiras, ocultamientos y culpa. Y ahora él estaba golpeándose la cabeza contra la pared y pensando: no puede estar pasándome.

Si algo no quería era parecer un adolescente, ni un enamorado, ni un calentón, ni un idiota (le daba terror la idea de que ella le dijera que no a último momento). Debía moverse con cuidado.

Tampoco le gustaba mentirle a Miriam, aunque quedaba claro que la honestidad en este caso sería lo más parecido a un suicidio. O a un asesinato, considerando el carácter de Miriam y su familia. La opción era disminuir la mentira al mínimo, decir simplemente: "Tengo una reunión más social que laboral con Morrison". Al fin y al cabo, ese era su apellido.

Imaginó distintas estrategias para su charla con Cecilia en el bar, que variaban de acuerdo a sus posibles respuestas. Debía quedar claro que él no estaba en crisis matrimonial, pero que tampoco le parecía que ella fuera una chica para una aventura y nada más. Avanzaría firme si ella se lo permitía; le dejaría claro que estaba interesado en ella pero que no la quería apurar, si la veía titubear; se iría por las ramas, si ella no le daba pie para algo sexual. No debía descartar la posibilidad de que Cecilia solo quisiera divertirse con la idea de tener un romance, sin llegar a concretarlo. Debería haber una materia en Derecho que analizara todas estas posibilidades.

Había llovido desde la mañana y Buenos Aires estaba pegajosa, destemplada y tan gris como puede ponerse la ciudad en invierno. Con el paraguas, el piloto puesto y el maletín en la mano se sentía

más un agente secreto yendo a una cita con un espía de un país extranjero, que un hombre yendo a una cita amorosa ilegal.

Vio a Cecilia de lejos, parada al lado de la entrada del Florida Garden. No llevaba paraguas. Fumaba y cuando reparó en él, tiró el cigarrillo. ¿Por qué no había entrado al bar? ¿Tan rápido se había arrepentido? Al menos no sería por su conversación, ni por nada que pudiera decir.

Ella le sonrió y la sonrisa casi se convierte en carcajada al llegar a su lado. El rostro de Aarón debía expresar una gran perplejidad. ¿O se estaba burlando de él?

—Te esperé acá afuera para no perder tiempo. Caminemos. Hay un hotel en Tres Sargentos. ¿Lo conocés?

No, no lo conocía. Así que ella agregó para que no quedaran dudas:

—Un hotel alojamiento.

Tenía lógica, aunque en sus previsiones Aarón imaginaba que ella lo llevaría a su departamento, o al de alguna amiga. La idea de ir a un hotel alojamiento y que alguien lo reconociera al entrar o salir no le causaba ninguna gracia. Por suerte la lluvia espantaría a los mirones. Aarón quiso cubrir a Cecilia con su paraguas.

—Cerralo, odio los paraguas.

Aarón obedeció y pensó que tal vez se engriparía, tendría fiebre y Miriam terminaría cuidándolo, todo por culpa de esa aventura. Fue el peor pensamiento que tuvo esa noche.

Entraron al hotel empapados por la lluvia. Les dieron una habitación en el segundo piso. Cuando entraron sonaba una música.

—Es viernes y estoy enamorada —dijo Cecilia. Aarón la miró extrañado. No era la confesión que esperaba tan pronto. Ella movió

la cabeza negativamente y agregó:

—Serás un gran abogado, pero te falta cultura.

A Aarón le molestó el comentario. Se disponía a contestarle cuando ella lo besó en los labios. Se besaron como si necesitaran el oxígeno del otro. El cuerpo de Cecilia era mucho más liviano de lo que parecía. No atinaban a sacarse la ropa, solo a abrazarse y moverse como un trompo roto, cayendo hacia cualquier lado, golpeando contra la pared, la mesa, el sillón. Se manoseaban, se apretaban, se agitaban y buscaban más vida en la boca del otro. La mano de Aarón buscó una teta corriendo bruscamente el corpiño. La recorrió con fuerza, sintiendo el pezón en su palma. Ese gesto en medio de todos los otros movimientos fue para él la confirmación de que se habían convertido en amantes. Había un mundo, una existencia, antes y después de ese pezón rígido aplastado torpemente por su mano.

Cayeron sobre la cama. Ella se rio nuevamente. Como pudieron se desvistieron hasta quedar solo con la ropa interior, el último bastión de pudor que no podía resistir mucho más tiempo. Ella metió la mano dentro del calzoncillo y tomó la pija. Aarón le quitó la bombacha y quiso subirse sobre ella, pero Cecilia tenía otros planes. Se montó sobre él, muy lentamente. Apoyó primero las manos en los hombros de él y se puso derecha. Subía y bajaba sobre la pija.

—¿Te gusta? —le preguntó ella—. ¿Te gusta lo que ves? ¿Te gusto?

Aarón quiso decir sí, pero la voz le salió ahogada por la agitación. Él no era de los que hablaban mientras cogían. Ella sí. Comenzó a moverse más rápido, mientras él se aferraba a las tetas y empezaba a acompañar con su pelvis las sacudidas de Cecilia. Aarón intentó

aguantar todo lo que pudo, pero en un momento ya no se contuvo y acabó. Ella empezó a moverse cada vez más lentamente hasta acostarse sobre él.

Aarón no sabía si estaba bien que le preguntara, pero lo hizo.

—¿Acabaste?

Cecilia ronroneó como un gato.

—Hace un montón.

V

Había algo absurdo en la relación entre Aarón y Cecilia: él no tenía cómo contactarla. En su departamento no tenía teléfono. Tampoco le dio su dirección. Como Aarón insistía, ella le dijo que, si por alguna emergencia debía comunicarse, llamara a la casa de su padre y le dejara el mensaje a Berta, la ama de llaves.

—Es como mi madre y no porque mamá haya muerto hace dos años. Desde que tengo uso de razón, Berta fue más madre que la que me parió.

Igualmente, Aarón no tuvo oportunidad porque ella lo llamaba todos los días al estudio: para arreglar un encuentro, para saludarlo, para decirle palabras dulces o soeces. Los fines de semana se convertían en la caída a un pozo del que a Aarón le costaba salir y que intentaba simular lo mejor posible.

Había algo que lo tenía inquieto. No habían utilizado ningún método anticonceptivo. La vez siguiente que se vieron, de manera un poco torpe, le preguntó si se cuidaba. Ella lo miró seria, sin un dejo de ironía le respondió:

—No te preocupes, tomo la pastilla.

Titubeando, Aarón ofreció usar forros, pero Cecilia le dijo que no era necesario. Aarón esperaba que ella aprovechara la ocasión para hacer algún comentario malicioso sobre embarazos no deseados, pero no lo hizo. No volvieron a hablar de ese tema.

Ahora que todo estaba claro entre ellos, Aarón prefería que fueran en su auto a hoteles alojamientos fuera de la Capital. Sin ninguna razón en especial, no le atraía la idea de ir a la Panamericana, ruta habitual de las parejas ilegales. Le parecía mucho más discreto ir a la zona Oeste del Gran Buenos Aires. Tomaban por la avenida Gaona, cruzaban la General Paz y terminaban en algún hotel de Ramos Mejía o Haedo. A veces tenían que detenerse ante los controles policiales o militares, pero siempre los dejaban pasar. Seguramente, la policía imaginaba que era una pareja de trampa yendo a un telo, presunción totalmente cierta.

Cada vez que los detenían, Cecilia exclamaba "qué fastidio", miraba a los uniformados con la prepotencia que daba ser la hija de un oficial del ejército y, si podía, no les hablaba. Los policías no sabían quién era su padre, pero los amedrentaba esa actitud de superioridad. Aarón, en cambio, trataba de ser empático. No le interesaba una discusión, ni demostrar nada. Colaboraba en todo lo que le pedían y saludaba cordialmente al volver a arrancar.

Como prefería no justificarse con Miriam, evitaba encontrarse con Cecilia siempre de noche. Las citas se producían en horarios azarosos, dependientes de los tiempos que podía hacerse Aarón. Cecilia rara vez se encontraba ocupada, y cuando lo estaba no era de dar explicaciones. En más de una oportunidad, pasó por el estudio. Parecía una reunión formal a la vista de todos. Aarón le

traía un café, cerraba el despacho, pero eso lo hacía con cualquier cliente. Claro que nadie creía que Cecilia fuera por alguna causa en trámite. En alguna reunión con Iñíguez, Aarón notó que su colega lo miraba interrogante, como si esperase una confidencia que nunca llegaba. Cecilia siempre que iba saludaba a Iñíguez y él le preguntaba por sus estudios. Un paso de comedia embarazoso para ambos.

Hubo un día que fue distinto. Ella había conseguido una cabaña de unos amigos en el Tigre. La idea era pasar veinticuatro horas juntos y escapar de la rutina de encerrarse en la habitación de un hotel. Cecilia podía quedarse una semana, pero eso resultaba imposible para Aarón, incluso ausentarse una jornada completa lo obligaba a una ingeniería laboral que despertaría sordos reproches de Iñíguez. Después de mucho pensarlo, Aarón decidió tomarse el día.

Cecilia había preparado una canasta con comida para pasar una jornada en la naturaleza salvaje del Delta. Compraron unas bebidas antes de tomar la lancha colectiva, que los días de semana hacía el recorrido con pocos pasajeros. Sentados atrás, muy juntos y con su canasto dominguero, parecían una parejita de enamorados, tal vez turistas. Los dos disfrutaban de verse así, al menos por unas horas.

La propiedad quedaba en una isla a una hora de la Estación Fluvial. Era más una casa de fin de semana que una cabaña rústica. Contaba con todas las comodidades: un living grande con buenos sillones, televisor, un tocadiscos, salamandra, ventiladores, una nutrida biblioteca, dos habitaciones (una matrimonial y la otra con dos camas marineras), heladera, alacenas con algunos productos, cocina, parrilla y un horno pizzero en el enorme parque que la rodeaba. Cogieron en el sillón grande del living, con la mitad de la

ropa puesta. Después prepararon unos sándwiches de pollo y una ensalada como almuerzo.

Aarón se puso a mirar la biblioteca: sacaba un libro, lo hojeaba y lo volvía a poner en su lugar. Después de repetir el procedimiento varias veces, se quedó unos minutos leyendo uno. Cecilia, que lo había visto concentrado en la lectura, se acercó y lo abrazó de atrás.

—¿Qué lees?

Aarón giró y le mostró la tapa del libro.

—Una novelita policial.

—*Pietr el letón* —leyó Cecilia en voz alta—. De Georges Simenon. Si te gusta, llevátela.

—¿Cómo me voy a llevar un libro que no es mío?

—Leelo tranquilo y después se lo devolvemos. Yo se lo alcanzo y listo.

Aarón dudó, pero las ganas de seguir con la historia que había comenzado a leer unos minutos antes fueron más fuertes.

A la tarde volvieron a tener sexo, esta vez en la habitación principal. Aarón se quedó dormido, no muy profundamente porque podía oír a Cecilia moviéndose por la casa. En un momento le pareció que ella estaba parada delante de él y abrió los ojos: Cecilia le sonreía y le apuntaba con una pistola.

—¿Qué hacés? —dijo Aarón levantando la voz. Ella bajó el arma.

—La encontré en un cajón. No está cargada.

Aarón se levantó de la cama.

—¿Cómo vas a hacer eso? ¿Estás loca? No se juega con un arma.

Cecilia dejó la pistola sobre la cómoda de lapacho.

—Eso dicen los que no saben usarla. ¿Te asustaste?

Aarón se sentía tan furioso que se fue al baño. Cuando salió, el arma no estaba a la vista. Cecilia había ido a preparar mate a la cocina y miraba la hornalla encendida como si dependiera de sus ojos que la pava se calentara. Aarón se acercó a ella y la abrazó.

—No me asusté. Es que no me gustan las armas de fuego. Y olvidé que vos eras hija de un militar. Seguro que en tu cuna en vez de tener un sonajero tenías un FAL.

—No, tonto, tenía un sonajero hermoso de Daisy, la novia del Pato Donald.

Prepararon el mate y lo fueron a tomar al muelle de la casa. Lo acompañaron con un paquete de bizcochitos de grasa, que fueron comiendo hasta no dejar ninguno. El brazo del Delta estaba sereno y con unos pocos grados más hubieran dado ganas de tirarse a nadar.

—¿El arma es de tus amigos?

—Supongo.

—¿Ellos son de la familia militar?

—La familia militar. Qué feo suena. Es como si le dijera a mi papá coronel y capitán a mi hermano. Mi mamá sería la generala. Y yo la caba primera. No, mis amigos no son de la familia militar.

—¿Qué hacen?

—Viven, trabajan, procrean. Tienen dos hijos pequeños. Él da clases de filosofía y ella es profesora de inglés.

Aarón se estiró, miró el cielo, los árboles que los rodeaban. Podía ser muy feliz viviendo en ese lugar con Cecilia, comiendo bizcochitos y hablando de temas poco importantes. No era que ahora descubría que no le gustaba su vida pequeñoburguesa en Barrio Norte, con estudio de abogados propio, con Miriam, que lo colmaba de felicidad y cuidados, y que seguramente pronto le daría hijos. Él podía ser

feliz de dos maneras distintas. No había una sola vida posible. Eso era lo que Cecilia, sin expresarlo, le enseñaba. Tenía ganas de abrazarla de nuevo, decirle "somos felices" y que ella le dijera "sí, somos felices y lo seguiremos siendo". Ahora y siempre.

El viaje de vuelta en la lancha colectiva fue un poco triste, como ocurre siempre que se vive de manera extraordinaria y hay que volver a la vida cotidiana. Cuando después de la lancha tomaran el tren y se bajaran en Retiro, habrían vuelto a un mundo gris e indiferente en el que ellos se movían muy bien; pero qué ganas de ser otro, al menos por unos días, unos años. Se separaron en la salida de la terminal del Mitre, se dieron un beso en la mejilla, disimulando ante el mundo lo que sentían por el otro.

VI

Si tiempo después (un año, diez años, cuatro décadas) a Aarón le hubieran preguntado si él no había visto señales, hubiera respondido que tal vez algunas, pero que eran tan poco visibles en esa chica burguesa, jugadora de tenis, con aspecto de modelo escapada de una publicidad de shampoo, estudiante un poco gris de Derecho, hija y hermana de militares, de familia tradicional argentina, que era imposible suponer que todo eso no fuera más que una fachada, un disfraz del que ella se valía. Lo más llamativo había sido el episodio de la pistola. Muchas veces en esos días, y en los años siguientes, recordaría en detalle, como si fueran primerísimos planos cinematográficos, las manos de Cecilia sosteniendo el arma, la postura de su cuerpo, el control de su mirada. Cecilia jugaba, como

juega el gato cuando se tira con delicadeza encima de otro animal sabiéndose capaz de atacar. Cecilia jugaba a ser lo que realmente era.

Las semanas siguientes se vieron mucho menos que antes. Ella aducía exámenes en la facultad, estados gripales, tener que ayudar a una amiga que se estaba separando de un tipo violento. Aarón sospechaba que Cecilia se había cansado un poco de él y lentamente había comenzado a alejarse, aunque cuando se volvían a ver terminaban siempre en un hotel alojamiento. Aarón tenía ganas de compartir otro día juntos, en el Tigre o en cualquier lado, pero no se animaba a plantearlo, por temor a parecer un enamorado y que eso espantara mucho más a la chica.

Un lunes a primera hora de la mañana recibió un llamado extraño de Cecilia. No se perdió por las ramas de la conversación romántica, sino que le propuso tomar un café. Era urgente. Quedaron en verse en el bar Usía una hora más tarde. El tono no hacía presagiar nada bueno. Para él, había dos temas posibles: estaba embarazada o había decidido dejarlo. Durante esa hora no pudo llegar a ninguna conclusión ni anticipar cómo lo tomaría cuando algo así saliera de sus labios.

Llegó diez minutos antes insultándose por ansioso, justo él que era capaz de manejar los tiempos judiciales con la precisión y la frialdad de un cirujano. Lo que no se imaginaba era que Cecilia ya estuviera en el bar. Esperaron a tener el café delante de ellos antes de que entrara en tema.

—¿Te acordás de Carlos, mi amigo profesor de filosofía?

—El dueño de la casa del Tigre, esposo de la profe de inglés.

—Exacto. Lo detuvieron. Carlos es delegado gremial del sindicato docente. Le armaron una causa absurda, a él y a otros compañeros. En realidad, están deteniendo a varios delegados. Necesitamos un abogado que haga una presentación judicial. Si los representa un profesional como vos resultaría mucho más fácil liberarlos.

Aarón oía todo como si Cecilia le estuviera diciendo que le habían hecho una infracción de tránsito a un plato volador y que sus ocupantes extraterrestres necesitaban asistencia de un abogado. Nada podía resultarle más absurdo que lo que acababa de escuchar.

—Cecilia, hay varias cosas que no entiendo. ¿Vos sabías que tu amigo era militante político? Cuando decís compañero, ¿es compañero de tu amigo, de vos, lo decís en términos peronistas? ¿Por qué te preocupa que estén deteniendo delegados sindicales?

—Ay, Aarón, en tus preguntas están todas las respuestas. No me obligues a callar lo que no puedo responderte. Tampoco voy a decirte que no lo entenderías, porque sé que podés entender perfectamente.

—No sé si me gusta lo que comprendo.

—Hoy no necesito que te guste, aunque siempre muero porque todo lo mío te guste y lo quieras. Hoy lo que necesitamos es tu ayuda profesional.

—¿Necesitan? ¿Vos y quién más?

Cecilia buscó el atado de cigarrillos en la cartera como si ahí se escondiera el elixir del entendimiento. Sacó el atado y lo dejó sobre la mesa sin abrirlo. Lo miró.

—¿Me vas a ayudar o no?

—No represento a detenidos por razones políticas.

—Ya sé. Pero podés hacerlo.

—¿Qué tenés que ver con ellos?

—Te prometo que vamos a hablar de todo esto y voy a responder a tus dudas en otro momento. Ahora quiero saber si puedo contar con vos.

Si ella le hubiera dicho que esperaba un hijo de él, Aarón se habría hecho a la idea de ser padre con alguien que no era su esposa. Su vida cambiaría indudablemente y muchas de sus certezas y expectativas se habrían transformado en forma drástica. Si ella le hubiera dicho que lo dejaba, habría estado dispuesto a cualquier cosa con tal de retenerla. Dejaría a Miriam si fuera necesario. No le importaba nada. Pero se enfrentaba a un escenario inimaginable. No le preocupaba arruinarse la vida. Era otra cosa, indefinida aún, que lo llevaba a aferrarse a su postura, sin importarle las consecuencias.

—No lo voy a hacer.

Cecilia volvió a guardar el atado de cigarrillos. Antes de retirarse y de dejarlo solo en esa mesa de bar, le dijo:

—No puedo confiar en vos.

3. Siguiendo una sombra

I

—No puedo confiar en vos.

La frase le retumbó en la cabeza todos esos días. Que ella no confiara en él significaba que él la había traicionado. No había estado a la altura de las circunstancias. Cecilia no volvió a llamarlo. Él intentó saber quiénes eran los detenidos, pero apenas tenía el nombre de Carlos y su profesión de docente de filosofía. Le dejó un mensaje en la casa de Morrison diciéndole que necesitaba hablar con ella, pero no le respondió: no confiaba en él. La había defraudado.

Sin embargo, supo de ella una semana más tarde. Iñíguez esperó que se hubieran ido Fanny y Gustavo para ir a su despacho. No era común que Iñíguez quisiera reunirse al final del día por alguna de las causas que llevaban adelante. Además, su conducta habitual era la de un optimista nato, algo que tranquilizaba a los clientes, mientras que ahora aparecía con una carpeta en la mano como si lo estuviera invitando a un velatorio.

—Hace unos días me reuní con Cecilia Morrison. Me contó que te había pedido ayuda por unas personas detenidas y que vos te

negaste. Me preguntó si yo la podía ayudar.

—¿Y qué hiciste?

—Se me cruzaron dos cosas por la cabeza. Primero, que Cecilia estaba muy preocupada y necesitaba ayuda. Segundo, que no dudo de que vos hubieras hecho cualquier cosa por ayudarla y algo te lo impidió. Tal vez no querías que el Estudio Rosenthal quedara pegado a causas políticas, sobre todo por el perfil de clientes que recurren a nosotros. Los perderíamos a todos. Así que hice lo correcto: me ofrecí a ayudarla. Mi nombre no salta tan rápidamente en los pasillos de Tribunales y además le pedí a Silvani que me acompañara.

—¿El Cholo Silvani?

—Es ideal. Abogado mediocre, pero excelente político. De cualquier causa te hace una affaire Dreyfuss. Él hace el show y yo el trabajo fino. Bueno, un poco como acá —dijo y los dos se rieron, aflojando la tensión de la charla. Aarón se levantó, tomó la botella de whisky y sirvió dos vasos sin consultarle.

—¿Y cómo las ves? Las detenciones.

—Son absurdas, arbitrarias e inconsistentes. Pero por menos hay tipos detenidos hace más de un año. Te traje una carpeta con cada caso, porque seguramente la querés hojear. Calculo que nos va a llevar unas semanas para que los liberen. Si se te ocurre algo, todo consejo será bienvenido.

Aarón estaba sorprendido. No porque Iñíguez hubiera aceptado prestarles asistencia legal a esas personas, sino porque sus vínculos con la política —que los tenía en abundancia— eran siempre de signo conservador o liberal, algún gobernador peronista, pero más por necesidad que por otra cosa, y jamás con políticos de izquierda.

—No tengo que decirte que andes con cuidado.

—De eso te quería hablar yo. Estoy tratando de sacar de la gayola a un docente de filosofía, a un arquitecto y a un taxista. Por más que los presente con su rostro más inocente, es obvio que estos tipos no son carmelitas descalzas. O son montos, o del ERP, o de alguna otra agrupación guerrillera. Como mínimo, son simpatizantes, si es que no andan calzados.

A Aarón le vino a la mente el arma de la casa de Tigre. Cecilia no la había encontrado de casualidad. ¿Por qué le había apuntado? ¿Para ponerlo a prueba?

Iñíguez siguió hablando:

—Por extensión, Cecilia es simpatizante, o está metida hasta las manos. Ya sé qué me vas a decir: que es la hija de Morrison. Pero los hijos muchas veces no quieren ser como sus padres. A veces sí, a veces no. En todo caso, Cecilia está en problemas. A vos te va a costar verlo así, porque te une una relación afectiva. Admiro que no te hayas dejado arrastrar por su pedido. Te tuvo que haber resultado difícil, pero tené cuidado. No siempre vas a tener esa fuerza de voluntad si está Cecilia del otro lado.

Era la primera vez que Iñíguez y Aarón mantenían una conversación tan íntima. Iñíguez había podido romper ese vidrio que los separaba y con toda naturalidad daba por hecho el vínculo entre Cecilia y él. Quedaba claro que todos en el estudio estaban enterados de su relación con la hija de su cliente, aunque no conocieran los detalles.

—Gracias, Mario. Una vez más, hiciste todo de manera perfecta.

—Tené en cuenta lo que te acabo de decir.

—Te aseguro que lo voy a tener muy presente.

Iñíguez se fue y Aarón se quedó solo en el estudio. No tenía ganas de regresar a su casa. Cecilia estaba en su cabeza, mucho más que cualquiera de esos días en los que pasaban horas en la cama.

Aarón abrió la carpeta. Carlos se llamaba Nicolau de apellido, tenía treinta y cuatro años y era soltero. No se hablaba de hijos. Quizás la profesora de inglés fuera su pareja sin estar casado y los hijos fueran de una relación anterior de ella. O tal vez Cecilia inventó todo. No sabía qué pensar.

II

Aarón tenía una memoria prodigiosa para las fechas, los nombres y los lugares. No encontraba ninguna inconsistencia en lo que le había dicho Iñíguez. Lo único inconsistente eran las palabras y actitudes de Cecilia. Aarón no creía en la verdad. Al menos, en la verdad absoluta. Consideraba que las certezas más simples escondían siempre su propia negación. El Derecho, para él, era moverse en esos márgenes de relatividad. No exigía ni ofrecía verdades. No le parecía justo reprocharle nada a Cecilia, que había hecho y dicho lo que podía. Y, sin embargo, Aarón creía que merecía una explicación, un detalle más preciso para saber quién era ella, con qué persona había estado cogiendo, de quién se había enamorado o algo inevitablemente parecido.

Había también una circunstancia que le producía angustia y fastidio según el momento: no poder comunicarse cuando él quería, depender siempre del deseo de ella, de sus apariciones o ausencias sin ninguna explicación o aviso. Aarón odiaba la arbitrariedad y las

reacciones ilógicas. Cecilia actuaba de esa manera. Por momentos sentía que iba detrás de una sombra. Como ese cuento de Gustavo Adolfo Bécquer que había leído hacía muchos años en la escuela. Un hombre se enamoraba de una mujer vestida de blanco que apenas entreveía en la noche y la perseguía hasta descubrir que estaba enamorado de la luz de la luna. Ese cuento le había parecido estúpido. Y ahora él estaba como el protagonista de esa historia.

Se sobresaltó al oír el sonido del teléfono. Era la una y media de la mañana y ya estaban durmiendo. Aarón se levantó sabiendo que las llamadas a la madrugada solo podían ser malas noticias. En este caso, no quedaba claro.

—Soy Cecilia —dijo, como si necesitara presentarse—. Estoy en la habitación de un hotel en la esquina de Mitre y Jean Jaures. Habitación 207. Vení.

Cuando cortó y se dio vuelta, vio que estaba Miriam mirándolo.

—Falleció la madre de Mario —fue lo primero que se le ocurrió decir—. Voy a tener que ir al velatorio.

—Te acompaño.

—No. Prefiero ir solo. Descansá.

Qué desolada parecía Buenos Aires a esa hora de la noche. Los árboles se agitaban un poco por el viento y eran lo único vivo de la ciudad. ¿Dónde estaba la gente, los noctámbulos, los insomnes, los que esperaban despiertos el amanecer? Cuando él se iba a dormir pensaba que allá afuera había un mundo de rebeldes y desesperados (dos características de las que él carecía) que salían a vivir de noche. O era mentira, o la policía y los militares estaban matándolos, metiéndolos presos.

Llegó al barrio de Once. La estación de trenes y la plaza Miserere estaban desiertas, como el resto de la ciudad. Apenas un par de colectivos esperaban salir hacia el Conurbano. Dejó el auto estacionado sobre Mitre, a media cuadra del hotel alojamiento, que mantenía un bajo perfil, apenas lo delataba la luz roja encendida en la entrada y salida de los vehículos.

Por un momento, pensó que al verlo no lo iban a dejar pasar. El tipo de la recepción lo miró raro, pero no parecía sorprendido. Aarón dijo el número de habitación y antes de que agregara alguna explicación, el tipo le señaló detrás de él. Subió por la escalera alfombrada. Pasó por delante de una puerta por la que se colaban los gemidos de una mujer. Llegó a la habitación, golpeó la puerta y Cecilia le abrió.

Tenía puesto un jean y una remera, descalza. La habitación estaba demasiado calefaccionada. Aarón se sacó la campera y el pulóver. Esos primeros segundos parecían cargados de un patetismo ridículo, como dos actores que no se saben muy bien la letra e improvisan sin ningún talento.

—No podés llamar a esta hora a mi departamento. Podría haber atendido Miriam.

—Hubiera cortado y hubiera vuelto a llamar hasta que atendieras.

Aarón no quiso insistir con el reproche.

—Hace rato que quería hablar con vos —dijo Cecilia.

Había una silla. Aarón se acomodó ahí, mientras ella se sentaba al borde de la cama y cubría su cara con las manos, los codos apoyados en las piernas. Levantó la cabeza.

—Antes que nada, te pido disculpas por haberte hecho venir acá. Desde hace un tiempo no me resulta tan fácil moverme segura.

—¿Por qué?

—Porque a los militantes populares nos persiguen, nos secuestran.

—Los detienen, no los secuestran. ¿Vos sos una militante popular? Lo último que supe de vos es que eras una chica que jugaba tenis y estudiaba Derecho, sin demasiadas preocupaciones.

—Espero no haberte defraudado.

—La última vez que nos vimos me dijiste que no podías confiar en mí.

—Estaba enojada. Ahora ya no lo estoy. Quería contar con el mejor abogado del país. Pero no tuve en cuenta que esos abogados ya están contratados por la oligarquía terrateniente, o sea, por mi papá.

—La típica historia de la hija que se rebela.

—¿Te parece típica? Yo conozco muchas hijas de terratenientes y empresarios que serían incapaces de poner en duda la honestidad de sus padres o considerarlos responsables de las desgracias de este país. ¿Típico rebelarse? Ojalá, nos falta gente. Que haya más historias típicas.

—¿Monto, erpiana?

Aarón lo preguntó poniendo ironía en el tono de su voz. Cecilia sonrió. No le hacía mella su reacción despreciativa.

—No me volví montonera porque mi viejo es mal tipo. Y lo es, y mi hermano, y muchos de mis parientes. Tengo compañeros que provienen de familias maravillosas, con padres amorosos, o luchadores, o comunistas. Vivimos en un mundo de mierda y hay que cambiarlo. Si no lo cambia nuestra generación no lo va a cambiar nadie.

—Cecilia, no necesitás ser una guerrillera e irte al monte para cambiar el mundo.

—No creo que me vaya al monte, pero si no actuamos ya, nos van a terminar destruyendo. No sé si me interesa que me entiendas, me conformo con que me aceptes. En mi fantasía, vos dejás a tu mujer, dejás de defender a los canallas y te venís conmigo. Te ponés unos pantalones vaqueros y luchás por un país sin pibes hambrientos, sin viejos abandonados a la buena de dios, sin hombres y mujeres esclavizados. El hombre de mi vida convertido en el abogado de la Revolución.

—En mi fantasía tomamos daiquiris en una playa.

—¿Por qué no? Pero antes hay algo que hacer.

—La revolución.

—¿Lo dijiste con minúscula o con mayúscula?

—Con minúscula.

—La Revolución con mayúscula. Sí, tenemos que hacerla.

Cecilia se levantó y se acercó a él, se arrodilló, le tomó las manos y le buscó los ojos.

—No quiero convencerte de nada, aunque se supone que debería intentarlo. Dejame decírtelo una vez y para siempre: te quiero. Dejá a tu mujer, vení conmigo. Vamos a ser felices. Pero si no dejás a tu mujer y no venís conmigo, yo voy a seguir luchando, con un fusil al hombro. Y un día, cuando venza la Revolución, voy a volver más vieja, cansada y feliz y te voy a buscar. Quizás no te pida que dejes a tu mujer, pero sí que me quieras, porque necesito tu amor tanto como necesito vivir en un mundo distinto.

Aarón la tomó de los brazos y la subió hacia él. Se besaron frenéticamente. Se quitaron la ropa, mortajas de una realidad que

los alejaba. Desnudos todo parecía fácil, posible, victorioso.

Cuando acabaron, Aarón sintió que una congoja crecía en su pecho. Tuvo ganas de llorar. La abrazó con fuerza. No quería que se le escabullera, ni que anduviera indefensa en un entorno de muerte.

—No me resulta fácil dejar a mi mujer, pero lo haría. Ni siquiera tenemos hijos, eso creo que ayudaría. Y vos deberías salir de ese mundo. No te digo que dejes de luchar, lo único que quiero es que no te expongas ni arriesgues tu vida.

Cecilia le acarició el pelo, le despejó la frente, lo miraba con dulzura.

—No hay marcha atrás posible, Aarón. Cada día que pasa, la persecución es mayor. Tarde o temprano habrá un golpe militar y solo nosotros podemos detener una dictadura. No podría dejar la lucha porque eso sería traicionar a mis compañeros y es lo único que no estoy dispuesta a hacer por amor.

Se vistieron y salieron juntos. Faltaba poco para el amanecer y hacía mucho frío. Fueron hasta el auto. Ella le pidió que la dejara apenas unos metros más adelante, en la entrada a la terminal de trenes. Él le preguntó adónde iba, si pensaba regresar a casa de su padre, pero ella no respondió. No se besaron en la mejilla como hacían siempre, atentos a la mirada de los otros, sino que se dieron un beso profundo, de amantes que sufren por separarse. Nadie los vio besarse en esa ciudad desolada.

III

Iñíguez lo mantenía al tanto de las causas de los militantes detenidos como si fuera parte del trabajo del estudio. El propio Aarón había tomado la costumbre de revisarlas y opinar al respecto. Cecilia no se había vuelto a contactar y él no encontraba la forma adecuada de actuar. No le parecía bien llamar a la casa de Morrison para dejarle un mensaje al ama de llaves, ni consultar al padre o al hermano sobre ella (mucho menos ponerlos en alerta, ya que debían ignorar la militancia de Cecilia), ni siquiera se animó a preguntarle a Iñíguez si ella seguía en contacto con él. No creía que fuera así porque ella no podía hacer nada más por los detenidos y las circunstancias no eran propicias para que se pusiera a averiguar por el estado de unas causas judiciales.

Aarón se refugió en el crecimiento del estudio. En pocos meses ya se habían convertido en una referencia incluso para empresas del exterior. Un banco brasileño con inversiones en la Argentina los contrató para demandar a una financiera local. Una minera chilena los juntó con otro estudio de Buenos Aires en una causa contra el Estado Nacional por incumplimiento de contrato. Tuvieron que incorporar a un tercer abogado, Álvaro Drinka, pero no estaba a la altura de las expectativas de Aarón. Igualmente, pensaba sostenerlo un par de meses más. Al fin y al cabo, lo había sacado de un estudio muy importante y no era tan fácil ni conveniente quitárselo de encima por incompatibilidades técnicas más que por incapacidad.

En ese marco profesional, Morrison y sus actividades inmobiliarias y agrícola-ganaderas seguían siendo muy importantes para la facturación del estudio y para su prestigio (si Morrison trabajaba con ellos debía ser porque eran los mejores, razonaban empresarios y latifundistas), con la ventaja de que no tenían conflictos legales

importantes. Aarón había delegado en Iñíguez casi todo el trabajo con Morrison. Eso le evitaba las reuniones en el Hurlingham Club.

Una tarde de primavera que hacía presagiar un verano caluroso, apareció una señora de más de sesenta años por el estudio. Pidió hablar con Aarón. Fanny solía ser un buen filtro de la gente que llegaba por razones insólitas, como vender la Enciclopedia Británica en cuotas o litigar contra un vecino por roncar fuerte todas las noches. La señora no quiso decir para qué iba, solo insistió en que quería ver al doctor Rosenthal. Dio su nombre: Berta. Cuando Fanny le preguntó si el doctor la conocía, ella dudó. Dijo que sí, pero no personalmente. Habían hablado por teléfono. A Fanny le resultaba extraño. Por otra parte, la señora Berta no parecía estar loca ni pretender vender nada. No llamó a Aarón por el intercomunicador, sino que fue directamente al despacho. Cuando le mencionó el nombre, Aarón la hizo pasar inmediatamente. Se llamaba como la empleada de Morrison, la madre sustituta de Cecilia.

Y era ella. La señora Berta no dio muchas vueltas. Cecilia le había dado un sobre para que se lo entregara a él en mano. Que no se la diera a nadie más que a él. Era un sobre blanco, pequeño.

—¿Ella estaba de visita en la casa de su padre?

—No, señor. Vino solo para saludarme y darme la carta.

—¿No se quedó?

—Yo quería que se quedara porque la vi muy flaca y pálida. Necesitaba comer, descansar. Me sonreía, pero yo me daba cuenta de que estaba triste o preocupada.

—¿Le dijo algo más?

—Que no le dijera nada a su padre y que confiara en usted.

Cuando la señora Berta se fue, Aarón abrió el sobre y leyó la carta que había adentro:

Querido y Misterioso Hombre de las Nieves:

Hoy escuché una canción de Roberto Carlos. No debería haberlo hecho, lo reconozco. Y mientras la escuchaba, como en esas escenas de telenovela de Migré, se aparecía tu rostro y tu sonrisa, una sonrisa que reíte de Arturo Puig o García Satur. La canción se llama "Un modo estúpido de amar", por si querés buscarla en alguna disquería.

Te extraño y cada día vuelvo a nuestra excursión al Tigre. Qué bien la pasamos. Te extraño a vos y los bizcochitos de grasa que comimos ese día. ¿Te acordás? ¿Te acordás de mí? ¿Pensás que estoy loca? ¿Eso es bueno o malo para mi abogado judío?

Me pregunto cómo es compartir con vos las cosas tontas de la vida. Después me doy cuenta de que también compartimos cosas tontas, porque la vida no es mucho más que eso. Ahora no, en este momento es otra cosa para mí. Esperar, esperar y actuar. Estar atenta, endurecerme sin perder la ternura (te leí esa frase, ¿te acordás?, creo que no me prestaste atención esa vez).

Converso mucho con vos en mi cabeza. Y en todas esas conversaciones yo te explico por qué este mundo es una mierda y tenemos que luchar para que sea un lugar mejor para todos. Siempre tengo razón. Es la ventaja de conversar sola.

Soy la heroína (la mujer, no la droga) que un día va a volver. Cansada, transpirada, oliendo mal (eso nunca se dice de los héroes: huelen mal porque luchan contra todos los monstruos y eso te hace sudar mucho). Silbando (aprendí). Y te voy a ir a

buscar. Esperame por favor. No se te ocurra morirte o casarte con otra (cierto, ya estás casado).

Te quiero empalagosamente.

C.

Aarón leyó dos veces la carta. Le temblaban las manos. Después la guardó en el sobre y lo puso en el último cajón de su escritorio, donde dejaba cosas que no usaba jamás. Lo acomodó bien en el fondo y abajo. No lo estaba escondiendo. Solo que había decidido no volver a leer las palabras de Cecilia hasta que ella regresara, habiendo vencido a los monstruos o no, transpirada o no, a buscarlo o no.

IV

Aarón leía el diario todas las mañanas con el temor de encontrar el nombre de Cecilia en un listado de guerrilleros ejecutados por las fuerzas armadas. Antes de cada cena, veía el noticiero de la noche con el mismo estado de ánimo. Que nada se dijera de ella lo tranquilizaba hasta el próximo diario o noticiero.

Guillermo Morrison lo citó a una reunión en el Hurlingham. Usó el mismo tono urgente que su hija, por lo que Aarón concluyó que ese modo formaba parte del carácter de la familia.

Llegó al club y saludó al hombre de seguridad, que lo dejó pasar sin preguntarle el nombre. Ya lo conocían y casi lo trataban como a un socio más. Fue al Bar Americano. Lo esperaba sentado Morrison mientras leía los diarios. Jean-Pierre, desde la barra, hizo como si no

notara su llegada. Era evidente que tenía orden de no servirle nada. Mala señal.

—¿Usted sabe que este diario de la comunidad inglesa registra cada muerto que ocurre en la Argentina, ya sea un policía, un soldado o un subversivo? —dijo Morrison mostrándole la portada del *Buenos Aires Herald*.

Aarón movió negativamente la cabeza.

—Me parece una decisión arbitraria y demagógica —continuó Morrison—. No se puede dar el mismo valor a la vida de un héroe y a la de un terrorista.

Aarón estuvo de acuerdo y esperó a que Morrison le dijera cuál era la razón de la cita. Seguramente no se trataba de discutir sobre el estilo periodístico del *Buenos Aires Herald*.

—Me enteré de que Iñíguez defiende a subversivos. ¿Usted lo sabía?

Aarón había imaginado un planteo así, por lo que tenía preparada una respuesta.

—Tanto Iñíguez como cualquier abogado que trabaje en mi estudio puede tomar causas por fuera. No tiene por qué darme explicaciones de lo que hace, siempre y cuando no tenga intereses encontrados con causas de nuestros clientes.

—Le voy a ser honesto, Rosenthal. No esperaba que su estudio se maneje así, parece más propio de una comunidad hippie que de una firma que pretende ser importante en este país.

—Morrison, si usted tiene una queja acerca del accionar de mi estudio con respecto a sus intereses dígamelo, por favor.

—Usted sabe que estoy muy conforme con todo lo que ha conseguido en este año. No se preocupe, no voy a cortar con el

Estudio Rosenthal, al menos por ahora. Pero hay cosas que un militar de carrera como yo no puede permitir que ocurran. Iñíguez ha superado todos los límites posibles. Le voy a pedir que lo despida inmediatamente.

Rosenthal le prometió que iba a analizar el caso, trató de llevar la conversación a la venta de la siembra gruesa, pero Morrison no quería hablar de nada más. Con un gesto bastante desagradable, volvió a tomar el diario dando por terminada la reunión.

No era intención de Aarón echar a Iñíguez ni mucho menos, pero necesitaba ganar tiempo. Volvería a ser él el vínculo directo con Morrison y le daría a entender que Iñíguez ya no formaba parte de la firma. Tarde o temprano, Morrison lo descubriría, pero Aarón esperaba que para entonces el militar estanciero ya se hubiera curado del enojo, o notara que era más valioso mantener su estudio jurídico.

Habló con Iñíguez, le explicó la situación y su socio lo tomó con naturalidad.

—Lo que proponés es la mejor solución. Es posible que Morrison en unos meses se olvide de mí y ya no sea un problema.

—Está claro que para el resto de nuestros clientes nada cambia.

—Aprovecho y te cuento que Carlos, el profesor de filosofía, y uno de sus amigos ya están afuera. Quedó detenido el tercero. A ese lo veo difícil. Lo trasladaron al penal y va para juicio.

Al menos al dueño de la casa del Tigre lo habían liberado, pensó Aarón. ¿Ese profesor seguiría en contacto con Cecilia? ¿Se habrían visto después de su liberación? Algo parecido a la furia —y que no era más que unos vulgares celos— le explotó en el cuerpo. La duda de un posible encuentro entre ellos dos no lo dejó concentrarse en

nada más durante ese día. Cuando llegó a su hogar, le dijo a Miriam que tenía un malestar estomacal, o tal vez el hígado, y se metió temprano en la cama, algo que solo aumentó su incomodidad. Acostado no podía hacer otra cosa que pensar, y no pudo dormir durante gran parte de la noche.

La ducha matutina le sirvió para sacarse de encima su obsesión. Llegó temprano al estudio y se puso a trabajar en una presentación judicial que tenían que hacer en poco tiempo. Cuando se acordaba de sus pensamientos de la víspera, se sentía avergonzado y triste. Al menos el trabajo lo alejaría de sus debilidades.

Fueron días extraños, de falsa despreocupación. Con Miriam hicieron una excursión a Chascomús y llevaron a Ariel, el hermano menor de su esposa. Pasaron un día andando en lancha, pescando, tomando el aire de campo debajo de unos árboles frondosos. El verano se acercaba y ya se hacía notar. Miriam estaba hermosa con sus shorts crema y una camisa floreada que había atado en la cintura dejando al aire su ombligo.

El abogado nuevo, Drinka, que seguía siendo nuevo dos meses después de haber comenzado, había mejorado, pero Aarón no estaba convencido. Para Iñíguez, Drinka era un profesional correcto, había que darle todo lo rutinario y quitarle todo lo creativo que podía tener una causa. Aarón refunfuñaba, pero no se le ocurría una solución mejor, al menos por el momento.

Desde que había tenido el diálogo con Morrison, puso bajo su control directo los expedientes del militar. Había solo cuestiones administrativas, que debían resolverse pronto para que no se convirtieran en problemas judiciales. Nada que él no pudiera solucionar con los ojos cerrados. Morrison no era de esos clientes

pesados que exigían reunirse todas las semanas para recibir un informe de lo actuado. Él solo quería que las cosas se hicieran y ya. Sin embargo, la necesidad de unas firmas y la sospecha de que uno de sus administradores había cometido un pequeño fraude, llevó nuevamente a Aarón al Hurlingham Club.

Primera sorpresa: al entrar al Bar Americano no vio a Morrison sentado en el sillón de siempre. Jean-Pierre notó su confusión y salió del otro lado de la barra para acompañarlo, invitarlo a sentarse y hasta le preguntó si quería su habitual café cortado y una Villavicencio. Aarón encendió un cigarrillo y esperó unos minutos hasta que apareció Morrison desde el interior del club. Se lo veía tenso e incómodo.

—Por suerte el señor Abbott, gerente del club, me deja usar su oficina para hablar a solas por teléfono. Hay unas cabinas frente a la escalera, pero no tienen nada de privacidad.

A Aarón le pareció que Morrison estaba contando demasiadas cosas superficiales como para que no estuviera pasando algo grave. Asintió con la cabeza sin tener claro a qué asentía y esperó a que Morrison siguiera hablando.

—¿A qué no sabe de lo que me acabo de enterar?

—No puedo imaginármelo.

—En fin. Se lo digo, pero sea discreto. No me gusta que mi familia esté en el centro de ninguna noticia.

¿Por qué en ese mismo momento Aarón tuvo la certeza de que Morrison le iba a decir algo terrible sobre Cecilia? *Está muerta*, pensó Aarón. Pero no podía ser, no sería esa su reacción de padre. Lloraría desesperado.

—Cecilia ha sido detenida por formar parte de una célula terrorista. Mi hija. Le dimos la mejor educación y los mejores ejemplos para que me pague de esta manera, bastardeando nuestro apellido.

—¿Pero cómo…?

No lo dejó hacer la pregunta. Morrison siguió con su monólogo.

—Hay que estar loca para juntarse con esos asesinos y perversos. Lo ha hecho para arruinarme la vida. Justo yo, a quien nadie pudo jamás pasar por arriba, voy a dejarme amedrentar por la demencia de esta desagradecida. Ya no puedo llamarla hija.

—Morrison, no sea tan severo. Quiera o no, es su hija. Tal vez pueda quedar todo como una confusión. Una detención por error. Yo puedo ir hasta donde esté presa y con sus contactos dentro del Ejército seguramente van a estar bien predispuestos para liberarla.

—¿Liberar a una terrorista? ¿Eso me está diciendo?

—Liberar a su hija, Morrison.

—No. No pienso mover un dedo por esa mujer. Si hizo algo malo que pague. No merece llamarse Morrison. Es una vergüenza para la familia.

Aarón se fue del club sin haber resuelto las cuestiones que lo habían llevado hasta ahí. La situación de Cecilia no le permitió hablar de otra cosa. No pudo convencer al militar para que moviera sus influencias. Un llamado de Morrison y su hija estaría libre en un par de minutos. Era algo con lo que siempre contó Aarón cuando sopesaba los peligros que corría Cecilia: creía que podía morir o ser herida en un enfrentamiento, pero en caso de ser detenida, el apellido Morrison le daría un salvoconducto para sobrevivir y liberarse de cualquier tormento o vejación al que fueran sometidos

los militantes y guerrilleros. Nunca había considerado la tozudez y crueldad de su padre.

Morrison tampoco le había querido dar detalles de cómo la habían detenido, bajo qué cargos, qué estaba haciendo ella en ese momento, si fue por casualidad o si se trató de una operación de inteligencia, qué grado de participación tenía ella en la guerrilla. Morrison no parecía interesado en ninguno de esos datos. Le bastaba con repetir que era una terrorista o una subversiva. Incluso de manera absurda la había llamado "vietnamita". El único dato adicional que mencionó fue que la detención se había producido en la provincia de Córdoba.

Al llegar al estudio, Aarón puso al tanto a Iñíguez. Debían liberar a Cecilia. Contrariamente a lo que había pensado, Iñíguez se mostró reticente.

—Te dije que Cecilia era un problema grave. Para vos y para el estudio. Si Morrison le soltó la mano, no hay mucho por hacer. No deberíamos meternos en el medio.

—¿Vos defendiste a tres tipos que no conocías, que podían ser guerrilleros, y me decís esto de Cecilia?

—Justamente, porque lo hice me siento en libertad de pensar lo mejor para todos nosotros. Hay puertas que es mejor no abrir.

Aarón no estaba dispuesto a escuchar consejos como los de Iñíguez. En casos así, a él solo le quedaba demostrar que tenía capacidad de mando.

—Vamos a hacer lo siguiente. Vas a averiguar a qué juzgado se derivó su detención, de qué se la acusa y yo voy a viajar a Córdoba y me voy a hacer cargo de su defensa.

Iñíguez no dijo más nada y se puso a trabajar. Aarón revisó los diarios del día. Ninguno traía la noticia de su arresto. Tal vez se había producido durante la noche y por eso no aparecía en los periódicos de la mañana. Siendo la hija de un coronel retirado tan importante, su captura como guerrillera tenía que reflejarse en la primera plana de los medios.

Dos horas más tarde Iñíguez volvió a verlo. Parecía perplejo.

—Llamé a todos los juzgados de Córdoba, lo puse a Gustavo a llamar a las comisarías, tanto de la ciudad como del resto de la provincia. Nadie sabe de la detención de Cecilia Morrison.

—No puede ser.

—Tal vez Morrison se equivocó de provincia.

—Imposible. No es un tipo que diga una cosa por otra. Mucho menos si estamos hablando de su hija.

—Quizás Morrison hizo alguna gestión para que la liberasen y ahora desde Tribunales no quieren decir nada, nunca existió ese arresto.

Aarón estaba perplejo.

—¿Entonces por qué me diría que no iba a mover un dedo? No tenía por qué hacerse el malo conmigo.

—Es lo único que se me ocurre. O que la hayan detenido en el límite de Córdoba y haya ido a parar a una comisaría o juzgado de alguna provincia limítrofe.

—No, eso no ocurre nunca.

Se fue del estudio al atardecer, que en esos días de diciembre era casi a las ocho. Había mucho movimiento de autos, seguramente porque los viernes la gente venía con sus coches al centro. Algunos comenzaban a disfrutar del fin de semana. Siempre le hacía bien

caminar esas cuadras hasta su casa. Le permitía quitarse de encima los lastres profesionales y comenzaba a pensar en la vida con Miriam. Fue lo que intentó ese día, aunque seguía preocupado. Ya había tomado la decisión de llamar al día siguiente a Morrison y pedirle alguna precisión. Si se negaba a dársela, o si se enojaba, peor para él, pensó Aarón y esa seguridad en sí mismo lo hizo sentirse más fuerte.

Antes de llegar a Rodríguez Peña, Aarón tuvo una rara sensación: alguien caminaba bastante cerca de él. Aflojó el paso para que la persona lo pasara y quedarse tranquilo, pero el otro hizo lo mismo. No quiso darse vuelta; por el tipo de paso debía ser un varón. De pronto, escuchó la voz de la persona que venía detrás y que parecía no dirigirse a él.

—Hay un bar en Lavalle y Callao. Lo están esperando.

Los pasos quedaron rezagados hasta ya no oírlos. Al llegar a Callao, en vez de doblar hacia su casa, fue en dirección a Lavalle. Era un bar viejo, algo descuidado, donde a esa hora aparecían los bebedores de ginebra, los que pedían una más para matar angustias y soledades. Aarón entró como buscando a alguien y un hombre le hizo un gesto. Fue a su mesa.

El hombre tenía un bigote frondoso, que le daba aspecto de mayor edad, pero no debía tener más de treinta años. Usaba una campera de cuero y sobre la mesa tenía una carterita como la que usaban los colectiveros. Aarón calculó que adentro debía haber un arma. Al llegar frente a él se dieron la mano como si se conocieran. Tenía un pocillo y un vaso de alcohol vacíos.

—Soy Carlos.

—Lo supuse.

—¿Le gustó la casa?

—Muy acogedora. Dan ganas de quedarse a vivir.

—Me pasa lo mismo.

Y sin solución de continuidad, agregó:

—A Cecilia la levantaron en ciudad de Córdoba.

—Hoy estuvimos llamando a todos los juzgados y comisarías, pero no la tienen.

—Sí que la tienen.

—¿Usted está ciento por ciento seguro?

—Viajamos juntos hasta Córdoba. Nos separamos por razones operativas. Si nos seguían a los dos deberían haberme agarrado a mí también.

—Cosa que no ocurrió.

—¿Oyó hablar de las pruebas médicas de doble ciego? Bueno, yo era el placebo y ella la medicina. Yo no llevaba nada y ella era el correo. Muy poca gente lo sabía. Pero los milicos sí. A mí ni me siguieron. A ella se la llevaron.

—Todos los días, a lo largo y ancho del país, caen decenas de guerrilleros o de militantes políticos y gremiales. Lo vemos en las noticias, en el diario, lo dicen en la radio. ¿Por qué con Cecilia es distinto? ¿La están cuidando porque es hija de un militar?

Carlos tuvo que contener una risa.

—No, no está entendiendo. No la cuidan, ni a ella ni a otros compañeros que cayeron en Córdoba. Al contrario. Ella seguramente está en el D2.

—¿Dedos?

—De-dos —separó las sílabas—. El Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba.

Carlos hizo una pausa, antes de continuar:

—Ella siempre confió en usted, por eso estoy acá, rompiendo más de una regla y contándole cosas que no debería divulgar. Pero ella habría hecho lo mismo por mí. Haga todo lo que pueda para ayudarla.

"Ella siempre confió en usted", resonó en la cabeza de Aarón. Si ella le había lanzado que no podía confiar en él. Había sido una frase dicha desde el dolor y la desilusión. Él debería demostrar ahora que era merecedor de esa confianza. Tenía que conseguir ubicar a Cecilia y, como fuera, salvarla.

4. Un mapa es solo un mapa

I

Dos años atrás, Aarón había tenido que lidiar con un juicio laboral vinculado con un emprendimiento agrícola que pertenecía a la sociedad Pedro y Antonio Lanusse. La causa estaba radicada en Córdoba y él debía viajar seguido para los tribunales de esa provincia. Fue un trabajo difícil, torcido desde el principio. La empresa que defendía Aarón contaba con todo a favor: predisposición de los jueces, falsos testigos bien entrenados y hasta aprietes escandalosos a los trabajadores que se habían animado a reclamar por su situación laboral. A pesar de los esfuerzos de Aarón, perdieron el juicio. Y a él no le cabía la menor duda de que la derrota se debía al trabajo impecable que hicieron los abogados de la otra parte: Lucio Garzón Maceda era el abogado laboralista y Gustavo Roca su socio. Si algo no quería Aarón era volver a cruzarse en tribunales con esos dos viejos linces.

A pesar de todo se había generado cierta buena relación entre ellos, como ocurre con los profesionales que saben reconocer el talento ajeno. Muchas veces, Aarón había visto a Garzón Maceda defendiendo a trabajadores en reclamos laborales. Roca, por su

parte, participaba más en causas políticas representando a dirigentes de movimientos sociales, incluso a guerrilleros.

Aarón había descartado la idea de volver a hablar con Morrison. Con quien necesitaba hablar era con el doctor Gustavo Roca. Fue lo primero que hizo cuando llegó al estudio.

—Doctor Rosenthal, no me diga que nos vamos a volver a cruzar en Tribunales —dijo Gustavo Roca cuando lo atendió con el tono jovial y campechano que Aarón siempre relacionaba con la gente de las provincias.

—Espero que no, doctor Roca. Se lo digo de corazón.

—Ya me parecía, pero como las causas laborales las lleva Garzón Maceda, a veces me entero a último momento.

—Lo llamo por algo personal.

—¿Los Lanusse lo echaron?

—No, pero me independicé. Ahora tengo mi propio estudio.

—Lo felicito y lo compadezco.

—Lo llamaba porque detuvieron a una persona en Córdoba, una militante.

—¿Gremial, social, política, estudiantil?

—Milita en Montoneros. No sé cuán metida está, si es una militante orgánica o si solo los apoya.

—¿Varón, mujer?

—Es una joven de unos veintiséis años. Vive acá en Buenos Aires. Viajó a Córdoba, llevando algo.

—¿Armas?

—No, no. Supongo que era un correo.

—No sería raro, en este momento están todos acá.

—¿Todos?

—La plana mayor de los montos.

—¿Es seguro hablar esto por teléfono?

—¿Qué quiere que le diga? A seguro lo llevaron preso. Nada de lo que hablemos va a ser una novedad para nadie. Al menos hasta ahora. Usted me dice que una militante fue detenida en esta provincia. ¿La procesaron?

—Ese es el tema. No aparece detenida en ninguna comisaría, ni hay nada en los juzgados de la provincia.

—Ah, entiendo.

—Es muy raro, como verá.

—Lamentablemente, no es tan raro.

—¿No?

—Hace unos meses que acá en Córdoba estamos viviendo una situación muy particular. El caso de esta mujer no es el único. Ya hubo varias denuncias de gente detenida que no aparece en ningún lado.

—Me han pasado la información de que podría estar en una unidad denominada D2. El Departamento de Informaciones de la Policía.

Aarón se sentía como si estuviera hablando con un médico, contándole los síntomas y esperando un diagnóstico. Se quedó callado y Roca también hizo un silencio.

—No le voy a mentir, Rosenthal. Cualquier detención de estas características puede ser grave, muy grave le diría. La situación de la provincia desde la intervención militar es terrorífica. Si usted me lo permite, puedo acercarme al D2. Obviamente también habría que presentar un habeas corpus. ¿Cuándo ocurrió la detención?

—No sé exactamente, pero hace menos de 48 horas.

—Bien. ¿Cómo se llama la detenida?

—Cecilia Morrison.

—Morrison como los Morrison militares.

—Es la hija.

—¿Del coronel retirado?

—Así es.

—Ah, pero entonces hablemos con el padre.

—Ya lo hice. De hecho, él es cliente mío. Se niega a hacer algo por la hija.

—¿Y el capitán?

—¿El hermano mayor?

—Exacto. Un hombre importante en el Ejército. Lo van a ascender muy pronto. Me han dicho que tiene un equipo propio de trabajo en Campo de Mayo.

—Con él no hablé. Pienso que si el padre no quiere saber nada, él tampoco. Estas familias suelen ser tan verticalistas como las fuerzas armadas que representan.

—No se equivoque. No siempre es así. Hagamos una cosa. Usted hable con el hermano, mientras yo averiguo acá. A ver si sacamos algo en limpio.

—Me parece bien. Muchas gracias, doctor.

—Le quiero hacer una pregunta más. No lo tome a mal. Me responde si usted quiere. ¿Su interés es personal o está trabajando en la defensa de perseguidos políticos?

—Es personal.

II

El panorama que le había pintado Roca no era para nada alentador. Sin embargo, Aarón ya no estaba tan angustiado. Necesitaba que alguien lo entendiera, lo organizara y lo ayudara a tomar decisiones. Roca había sido la persona perfecta para hablar: era el abogado más capacitado para un caso así y estaba en el lugar de los hechos.

Encontrar al capitán Walter Morrison era complicado. No quería llamar a su teléfono particular, así que intentó ubicarlo en Campo de Mayo. No fue fácil, pero después de que lo pasaran por distintas reparticiones consiguió una respuesta: el capitán no estaba, pero le devolvería el llamado a la brevedad. Y fue lo que ocurrió. Aarón le dijo que necesitaba hablar con él de modo urgente. El capitán Morrison no podía dejar Campo de Mayo ese día, pero si Aarón se animaba a llegar, podrían verse allí mismo.

Campo de Mayo quedaba pasando el club Hurlingham. Si el predio del club le había parecido enorme, Campo de Mayo lo superaba con creces: tenía el tamaño de una provincia, más o menos. Tuvo que pasar por varios controles donde lo miraban con suspicacia y le hacían abrir el baúl del auto. Aarón sabía que eso podía ocurrir, por lo que había ido cargado de paciencia. Ni siquiera el nombre del capitán Morrison o su aspecto de abogado corporativo aceleraban los controles. Eran muy puntillosos o estaban experimentando un miedo enorme, que intentaban disimular con ese protocolo repetitivo.

Walter Morrison lo esperaba en una oficina de aspecto franciscano. El crucifijo colgado en la pared no hacía más que remarcar el espíritu católico que predominaba en el lugar.

—¿Café, whisky, agua? ¿Mate? —preguntó Morrison, contradiciendo el aspecto austero de la oficina y señalando por

último al soldado que estaba para cebar mate. Aarón no quería nada. El soldado dejó la pava de agua caliente sobre el escritorio y se retiró. Aarón aprovechó para ir al grano.

—No sé si estás al tanto de que Cecilia fue detenida en Córdoba.

Morrison se aflojó en el sillón, más tranquilo.

—Pensé que venías a hablar de mi padre. No me extrañaría que un día se salga con un martes trece —dejó pasar unos segundos para que el tono de despreocupación se convirtiera en fastidio—. Sí, sé lo que está pasando mi hermana. Me sorprende mucho que haya tomado una decisión así. Nunca dijo nada que delatara que era una comunista soviética.

—Tal vez no fuera ni comunista ni soviética.

—Peor entonces, porque debe ser peronista.

A Aarón no le interesaba debatir con Walter Morrison, que debía pensar igual que su padre. No podía irse de esa reunión de la misma manera que con el coronel retirado. Para eso debía estar atento al punto de quiebre por donde podía entrar al capitán y convencerlo de ayudar a su hermana.

—A veces nos equivocamos, Walter.

—Cecilia se equivocó y feo.

—Por eso mismo, hay que ser más indulgente con los errores del otro, o de la otra en este caso. Cecilia se equivocó. Probablemente estaba aburrida y le pareció divertido jugar a la revolucionaria.

—El tenis es un juego. La revolución no. Si quería divertirse, que se siguiera acostando con su profesor de tenis y no se fuera a revolcar con terroristas.

—Como sea, no podemos abandonarla a su suerte.

—¿Vos sabés dónde está?

—Detenida en Córdoba, pero no figura en ningún registro policial o judicial.

—Sí, sí. Eso ya lo sé. Fui al primero que avisaron. "Tenemos a su hermana, capitán". No hubo iniciativa propia para llamarme. Seguro que cuando lo hicieron ya estaba al tanto Menéndez. Él les tuvo que decir que me alertaran, para que yo lo llame a él y le ruegue que la libere, así después yo quedaba obligado a hacerle algún favor al comandante. Menéndez no da puntada sin hilo.

—¿Y lo llamaste?

—Mi padre me dijo que no lo hiciera. Y yo obedezco a un superior.

—Tu padre está retirado y tiene el enojo de todo progenitor que se siente traicionado por un hijo. Vos sos el hermano, sabés que a la familia no se la abandona nunca, incluso cuando se equivoca.

—¿Cuál es tu interés por mi hermana?

—Mi deber implícito con la familia Morrison es cuidarla para que no se meta en problemas. Lo haría con vos, tus hermanos o tu padre.

—No te creo.

—¿Qué querés decir?

—Vos debés andar con mi hermana.

—Walter, somos grandes. Tu hermana, yo. No me parece que cambie en nada la situación de Cecilia: está detenida, pero no aparece registrada como tal. Si no se actúa rápido, vos sabés que puede aparecer muerta. Y el único que puede hacer algo sos vos.

—A pesar de lo ordenado por mi padre.

—A veces hay que ir en contra de los mandatos paternos —dijo repitiendo una frase que alguna vez le había dicho una novia, cuando decidió estudiar Derecho.

—Si vos defendés a los Morrison entonces no deberías oponerte a lo que pretende mi padre.

—Yo sé que, tarde o temprano, si le pasa algo a Cecilia, por más mínimo que sea eso, él se va a arrepentir de no haberla ayudado. Me estoy adelantando a un problema futuro.

Walter Morrison tomó una lapicera que tenía sobre el escritorio. No parecía a punto de escribir nada, solo hacía tiempo para responder. Estaba pensando, midiendo pros y contras. Aarón conocía ese recurso: lo usaba cuando se sentaba a negociar un acuerdo y sabía que ya había ganado, que solo faltaba acomodar el precio. Como siempre trabajaba para gente con mucho dinero, el precio nunca era un problema. ¿Qué le pediría Morrison? Tal vez Cecilia tendría que ceder las propiedades heredadas en Uruguay. O la obligarían a entrar en un convento de monjas. Aunque no estaba seguro de si los protestantes tenían conventos como los católicos.

—Esto no va a ser fácil, Aarón. Ni gratis.

—Acá estamos en confianza, Walter.

—Puedo llamar a Menéndez, al interventor de la provincia, al jefe de policía. ¿Está Telleldín?

—No lo sé.

—Bueno, no importa. Puedo llamar a quien sea. Explicarle que mi hermana es flor de boluda, que se equivocó y que no lo va a volver a hacer. Como mucho me pedirán que se vaya un tiempo a mostrar las tetas a la Costa Azul. La subimos a un avión de Air France y vacaciones pagas por dos o tres meses. Vuelve bronceada y nadie la reconoce. Deja los estudios de Derecho y toma horas extras de clase de tenis o de la boludez que se le ocurra, lejos de la universidad.

—Me parece excelente todo esto.

—No, no. Esto no es lo que propongo yo. Esto es lo que podría ocurrir si yo fuera un hermanito bueno rescatando a su hermana menor. Y yo no soy bueno. Lo sabés, para qué nos vamos a mentir.

—No dudo de que bajo ese aspecto de soldado imperturbable hay un hombre de buen corazón.

—No es así, pero no importa, al menos ahora no importa.

Aarón, a pesar suyo, se movió incómodo en su sillón. ¿Hacia dónde quería ir Walter Morrison? No intentaría argumentar más, solo escucharía lo que el capitán tenía en mente.

—Si no hago nada, por como vienen las nuevas disposiciones en Córdoba lo más probable es que termine muerta, tirada al costado de una ruta, o ni siquiera sepamos dónde. Y a mí, mi hermana me sirve más muerta que viva. Pasaría a heredar el cincuenta por ciento de la fortuna familiar, en vez del mísero treinta y tres por ciento. Además, podría heredar lo que le dejó el primo de mi madre. Y todo eso lo conseguiría con no hacer nada. ¿Por qué debería esforzarme en rescatarla si gano más quedándome quieto?

Morrison hizo una pausa, como si esperase una respuesta de Aarón, que nunca llegó. Por lo que continuó desarrollando su idea:

—Reconozco que esa idea me hace un poco de ruido. Te voy a confesar algo y espero que no lo repitas: todos los oficiales del ejército se comportan como vecinas de barrio. Son chismosos, les gusta hablar pestes de los camaradas de armas. Se generan complicidades y odios por las pavadas más grandes: una infidelidad, un error menor, un acto vergonzoso. No me extrañaría que si se conoce mi decisión de soltarle la mano a mi hermana, algún coronel o general pueda pensar que no soy confiable. La familia ante todo,

van a decir para relegarme en los próximos años y ese es un lujo que no me puedo dar.

La cabeza de Aarón había comenzado a embotarse, ya no podía seguir muy bien la línea de pensamiento de Walter Morrison. Lo único que quería era que le dijera qué pretendía para salvar a Cecilia.

—Esto es lo que vamos a hacer: Cecilia va a firmar un testamento en el que me nombra heredero de las propiedades de Uruguay. Para el mundo, pero sobre todo para el registro civil, Cecilia Silvina Morrison va a morir el 22 de diciembre de 1975 en un accidente en Córdoba. Habrá una linda partida de defunción que me va a servir a futuro para la sucesión de mi padre. A Cecilia le vamos a dar documentos y un pasaporte con otro nombre, también algo de dinero, una cuenta con algo de plata para que se arregle no unos meses, sino unos años. Es todo lo que va a obtener de la familia Morrison. Va a tomar el pasaporte y se va a subir al primer avión que parta a Europa o a Estados Unidos, o al lugar lejano que ella prefiera. Nada de quedarse en una playa brasileña. Y se va a ir de por vida. No tiene nada más que hacer acá. A los montos les tiene que quedar claro que ella los traicionó, para que no le den ganas de hacerse la heroína. ¿Te queda claro?

—Muy claro, pero encuentro un problema. No podemos obligarla a que firme o que se vaya si ella no quiere.

—Con lo que debe estar pasando en Córdoba, creo que va a agarrar viaje. Pero por las dudas, tengo un arma secreta para convencerla: vos.

—¿Yo?

—Sí. Vas a ir Córdoba y la vas a convencer de que acepte, como hacés siempre cuando tenés que defender los intereses de los Morrison. Que firme los papeles y se vaya carpiendo del país.

La deja vivir, pero la quiere muerta, pensó Aarón. Debía controlar su furia. Jamás se ganaba una negociación enojándose. ¿Pero estaba ganando? Sí, estaba ganando, debía darse cuenta de eso: estaba consiguiendo que no mataran a Cecilia. Lo demás eran derrotas menores.

—Está bien. Voy a hacer como vos decís.

No había más nada que discutir. O eso era lo que Aarón pensaba.

—No, Aarón, acá no sos solo el abogado que negocia. Sos parte del problema. No me gusta que me mientan y vos entraste acá tratando de hacerme creer que defendías los intereses familiares cuando lo único que te interesa es salvar a Cecilia.

Aarón intentó hablar, pero Morrison lo hizo callar con un gesto. El capitán del ejército hablaba con un civil.

—Cuando al comienzo te dije que esto no iba a salir gratis era por vos. Hay algo más que quiero. El mapa que tenés colgado en tu despacho.

—¿El mapa de mi familia? —preguntó incrédulo.

—Ese que no me quisiste vender por cien mil dólares. Ahora retirate que tengo muchas cosas que resolver.

III

Aarón partió a la noche del día siguiente hacia Córdoba sin decirle siquiera a Iñíguez cuál era el propósito de su viaje. En cambio, tuvo

que hablar con el escribano Malvernat para preparar los papeles que debía firmar Cecilia. Malvernat era el escribano de los Morrison desde antes de que Aarón trabajase con ellos y conocía muy bien todos sus movimientos, los legales y los que había que legalizar de alguna manera. Aarón no tuvo que darle ninguna explicación, solo pedirle los documentos. En cuanto al pasaporte, estaría disponible un día más tarde. Walter Morrison tuvo el cinismo de pedirle que eligiera el nuevo nombre para Cecilia. Aarón se sintió tan apabullado que no se animó a negarse. Se puso a pensar y le dijo:

—Valeria Moreno.

No sabía por qué había elegido ese nombre de pila. El apellido se le había ocurrido porque estaba leyendo un libro sobre la Revolución de Mayo y se le apareció la figura de Mariano Moreno en la mente.

Walter Morrison le había dicho que le entregaría el pasaporte y el pasaje a Madrid para su hermana cuando Aarón le llevara el mapa de sus ancestros. La decisión de retener el pasaporte como rehén le pareció a Aarón, más que nada, una vulgaridad suprema. Hablaba de lo mediocre que era el capitán de caballería del ejército y lo miedoso que podía ser. En el fondo temía que Aarón tuviera una carta escondida que le permitiera quedarse con el mapa, cuando él en realidad no había vuelto a pensar en eso. Desde que nació lo vio colgado, primero en la casa de su abuelo, luego en la de su padre. Había aprendido a reconocer las letras cuando todavía no sabía leer, había acompañado con su dedo el entorno del pueblo de Kamianets-Podilski, que parecía la copa de un árbol y que se estrechaba en un tronco donde estaba dibujado el castillo, el "château neuf", tal como decía en francés. Siempre había pensado que ese mapa pasaría a manos de sus hijos, luego de sus nietos. Envejecería viéndolo en el

living de alguno de ellos y recordaría su infancia, su juventud, los primeros años del Estudio Rosenthal. Ahora ese hijo de puta se iba a quedar con el mapa. No tenía nada planeado para no entregárselo. Habría hecho cualquier cosa por salvar a Cecilia, pero hubiera preferido perder un brazo a lo que estaba por hacer.

No le gustaba manejar de noche, mucho menos por la ruta 9, que le parecía peligrosa con los camiones que se cruzaban de frente o que se ponían en fila y no permitían el adelantamiento, o la volvían una ruleta rusa. Se detuvo poco después de salir de Rosario para cargar nafta y tomar un café doble. Había cenado con Miriam, le había dicho que por cuestiones del estudio debía viajar a Córdoba y que lo esperaban dos días complicados de trabajo. Miriam no quería que se esforzara así, temía que se fuera a enfermar.

—No quiero enviudar tan joven.

—Tan joven no, después sí —dijo tratando de parecer divertido.

—Después de que tengamos hijos y los hayamos criado, creo que podría resignarme a la viudez. Pero ahora no, aflojá con el trabajo o te va a dar un síncope.

Pensaba encontrarse con Gustavo Roca en un café a las diez de la mañana. Había hablado con él la tarde anterior, él ya sabía que Cecilia se encontraba en la D2. No pudo aportarle muchos más datos, pero se había ofrecido a acompañarlo a hacer las gestiones indicadas por el capitán Morrison. Aarón se sentía más seguro con Roca a su lado, era un ambiente que su colega conocía muchísimo mejor que él.

El amanecer lo encontró pasando por Oncativo. Faltaban unos ochenta kilómetros para la ciudad de Córdoba. Volvió a detenerse en una estación de servicio para lavarse, afeitarse y acomodarse la

ropa. Quería llegar a su cita con el aspecto de un profesional acicalado.

Poco antes de arribar a Córdoba se topó con un retén. Militares con ropa de fajina paraban a todos los autos que ingresaban a la ciudad. Aarón suspiró resignado al control de rutina. Cuando llegó al punto de detención se acercaron dos soldados, uno por lado, apuntándole con los fusiles. A los gritos le dijeron que se bajara, lo hicieron tirarse cuerpo a tierra. Desde ahí apenas podía ver los borceguíes del soldado que le apuntaba. Le preguntaron quién era: "Aarón Rosenthal, abogado del capitán Morrison del Primer Cuerpo del Ejército". Oía como abrían las puertas del auto, el baúl. Le hicieron sacar los documentos que llevaba en el pantalón sin que pudiera levantarse. Qué iba a hacer a Córdoba: por mandato del capitán Morrison debía reunirse con el comisario Telleldín. Un auto que venía detrás de él también se había detenido y habían hecho bajar a los ocupantes, que debían ser varios. Se oyeron más gritos. Rosenthal confiaba en que nombrar a un oficial del ejército le serviría para predisponerlos positivamente, pero ahora pensaba lo contrario. Que el hecho de estar vinculado con los militares y declarar que se dirigía al encuentro de uno de los jefes de la policía solo servía para que desconfiaran más. Aarón no se animaba a levantar la cabeza. Temía que, si lo hacía, el exceso de celo del soldado le propinara una bala en el cerebro con su Fusil Automático Liviano.

Después de quince minutos de averiguaciones por radio y al ver que el auto estaba limpio, lo dejaron levantarse y esperar sentado en el vehículo. Diez minutos más tarde lo dejaron ir, sin una disculpa. Cuando el retén quedó bien atrás, se miró por el espejo

retrovisor: había quedado a la miseria. El saco estaba lleno de tierra, la camisa ya no era de blanco inmaculado. Se observó el pantalón: se había hecho un agujero a la altura de la rodilla.

Unos cinco kilómetros más tarde lo detuvo otro retén, con fuerzas del orden que llevaban ropa de fajina distinta. Aarón se preparó para lo peor, pero ahora solo le pidieron los papeles del auto y lo sometieron a un interrogatorio similar al de los controles aduaneros de frontera. Conformes con su respuesta, lo dejaron pasar.

La capital cordobesa parecía una ciudad sitiada: grupos de militares y policías se encontraban apostados cada pocas cuadras. Los carros de asalto estaban detenidos en calles y avenidas a la espera de que algo inminente ocurriese. Porque esa era la sensación: que en cualquier momento todo podía explotar y él quedaría en el medio con su Opel K-180. De hecho, oyó disparos no muy lejos de la zona por donde circulaba. Sirenas, gritos. Aceleró todo lo que pudo en esa avenida, que había perdido la calma provinciana.

Tuvo que dejar el auto en un estacionamiento a más de diez cuadras de su punto de encuentro con Roca, porque el microcentro estaba totalmente vallado y vigilado. Para poder pasar a esa parte de la ciudad había que poner las manos en la nuca mientras los policías palpaban a los transeúntes. Llegó al bar El Ruedo en la calle Obispo Trejo a la hora que había quedado con su colega. Él ya estaba ahí, frente a una taza de café con leche, un plato vacío que antes debió tener medialunas y *La Voz del Interior* abierta en la página de deportes.

—Puntualidad inglesa, se nota que trabaja para los Morrison.

—Lamento presentarme en este estado deplorable —se disculpó Aarón. Roca lo observó de cabo a rabo. No sin ironía le dijo:

—Bienvenido a La Docta, colega. Usted no tiene idea de dónde se está metiendo.

IV

Como no lo sabía, Roca se apuró en ponerlo al tanto de cómo estaba la provincia, mientras tomaba el segundo café con leche y Aarón el primero. En el tono de su voz había cierta resignación. Aarón volvía a imaginarlo como a un doctor que debía explicarle a la familia del paciente que su ser querido tenía una enfermedad incurable.

—Me gustaría decirle que la situación está descontrolada, pero sería faltar a la verdad. En realidad, está controladísima por el general Menéndez. Hace rato que Córdoba está en manos de grupos parapoliciales, al menos desde el Navarrazo y las intervenciones. Patotas que asaltan, secuestran y matan a cualquiera que pueda tener algún vínculo con la guerrilla.

—¿Pero eso no ocurre en todo el país? La Triple A está en todas partes.

—Así era, pero hubo cambios desde que llegó Menéndez al Tercer Cuerpo del Ejército. Lo que eran grupos autónomos, casi ejércitos privados que se movían por distintos intereses, pero que estaban unidos por su anticomunismo y antiperonismo, pasó a ser una fuerza unificada por Menéndez. Ya no se puede hablar de grupos parapoliciales y paramilitares. Son la policía y el ejército. Menéndez

delega el trabajo sucio en el inspector mayor Raúl Telleldín, que dirige el Departamento de Informaciones de la Policía. Todos estamos bajo vigilancia de este policía oscuro y despiadado: obreros, estudiantes, militantes políticos, periodistas, abogados. Allanan casas, fábricas, se cagan en la autonomía universitaria. Se llevan a la gente, la encierran, no la blanquean nunca con la justicia, la torturan, la someten a vejaciones. Muy pocos son liberados, supuestamente porque cantaron, con lo que eso significa si son de alguna agrupación guerrillera. Pero la mayoría no vuelve a aparecer, imposible saber si se encuentran en el D2. También dicen que hay muchos que están en el Campo de la Ribera, en el barrio San Vicente, cerca de un cementerio.

—Pero esa gente detenida…

—Yo dejaría de hablar de detenciones y lo llamaría directamente secuestros, porque eso son.

—¿No están en ningún registro? No digo judicial, pero la entrada a la comisaría o adonde los lleven.

—Si lo hay, no es público. Imposible saberlo para la familia o sus abogados.

—En circunstancias normales habría que intervenir la provincia, pero ya está intervenida.

—No quiero ser pesimista, pero el golpe está a la vuelta de la esquina y lo que pasa en Córdoba se va a expandir por todo el país como una mancha de aceite. Pero no vino acá para que un viejo lo ponga al tanto de las actividades parroquiales de esta provincia. Le cuento que hice los deberes con Cecilia Morrison. Me presenté ante el juez e hice un pedido de habeas corpus. También solicité, a título

de urgente, una pericia médico-forense a fin de que se constate su estado físico de inmediato.

—Excelente. Era lo que podíamos hacer hasta el momento, pero por suerte el capitán Morrison consiguió la autorización para que la liberen.

—Después de haberse negado. Eso pudo haber sido fatal. Estar en manos de la patota del D2 es lo peor que le podía pasar a esa pobre chica. Me imagino que Menéndez está al tanto de la detención de la hija del coronel Morrison. ¿La detuvieron por azar o sabían que era hija y hermana de militares? Veo una interna ahí entre el Tercer Cuerpo y Campo de Mayo. Según me dijeron, el capitán Morrison participa de algo inquietante, como si le dijera un gobierno en las sombras listo para tomar el poder si hay un golpe de estado. ¿Lo querrán dejar afuera a Menéndez? Dígame, Aarón, ¿vio algo extraño cuando fue a Campo de Mayo?

—Muchos militares, pero eso no es extraño en un regimiento militar.

—¿Reconoció a algún otro militar? ¿Tenían mapas o algún tipo de croquis en los despachos?

—¿Me está interrogando, doctor Roca? —Aarón lo miró con suspicacia.

—Le pido mil perdones, pero siempre que podemos contar con alguna información de buena procedencia no queremos desperdiciarla.

Aarón le contó lo poco que vio o, mejor dicho, notó. Había ido pensando en Cecilia, no en hacer un informe propio de espías. Roca debió haberse dado cuenta porque no insistió.

—Ya es la hora de nuestra reunión con Telleldín. Arréglese un poco en el baño y vamos. ¿Necesita un peine?

Minutos más tarde salieron hacia el Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba. Caminaron por el pasaje Santa Catalina, una calle que parecía de los tiempos de la Colonia, al igual que el convento, que estaba a su costado, y el Cabildo. La paz que había en esos pocos metros era una excepción en relación con el resto de la ciudad. O tal vez fuera la paz de los sepulcros.

Antes de ingresar, Roca le dijo en tono confidencial.

—Si le preguntan si su apellido es judío, diga que no. Diga que es alemán. Son antisemitas, pero son brutos. Así que le van a creer lo que les diga.

Subieron al segundo piso del Departamento de Informaciones y entraron a una sala de reuniones en la que los esperaba Telleldín, un militar de alto rango cuyo nombre de pila Aarón no retuvo, otros dos oficiales de la policía y un civil, al que ni siquiera lo presentaron, que estaba parado a un costado, como si fuera un asistente. Todos saludaron amablemente, sobre todo a Roca, al que trataban como a alguien con quien tenían un vínculo cotidiano. Roca también parecía cómodo en esa reunión. Miró al civil, que había bajado la vista. Roca le dedicó un saludo.

—Hola, Charly, no sabía que andabas por acá.

—Buen día, doctor.

Telleldín le lanzó a Roca una sonrisa cómplice.

—¿Qué toman? ¿Café, té, mate?

—Vamos a tomar mate —dijo Roca y Aarón no se animó a contradecirlo.

Charly se puso a prepararlo, sirvió el primero y se lo tomó. Recién después le pasó el segundo mate a Telleldín. Sirvió luego a todos los demás siguiendo la ronda.

—Con el capitán Morrison acordamos que su hermana saldría de acá bajo un nombre nuevo —dijo el militar—. No sé si ya tienen el documento.

—Recién lo vamos a tener esta noche.

—Bueno, no importa. Lo que sí es importante es que ya está lista la partida de defunción que nos pidió y que se la entrego en este momento. También nos dijo que ella debe firmar algunos papeles antes de partir.

—En ese punto, capitán, le pido que dejemos al doctor Rosenthal que se reúna a solas con la joven. Necesitamos que esto sea con su consentimiento, para evitarnos dolores de cabeza.

—Si el doctor quiere reunirse con la detenida, no hay problema —dijo Telleldín—, pero le recuerdo que mi equipo cuenta con los mejores para convencer a alguien.

V

A diferencia de la sala de reuniones en la que habían estado, confortable y moderna, el cuarto al que lo enviaron a Aarón parecía una celda de convento: las paredes desnudas, un escritorio desvencijado, dos sillas incómodas, un pequeño ventiluz muy alto. Y hacía más calor que en cualquier otra parte. Aarón tuvo que esperar un cuarto de hora hasta que apareció Cecilia. No se acercó a darle un beso, sino que se sentó del otro lado de la mesa. Tenía puesta

una camisa y un jean que le quedaban grandes. No debían ser de ella. Quizás por efecto de la ropa, Cecilia parecía mucho más flaca. Tenía unas marcas en el rostro, que Aarón no supo definir: ¿golpes, quemaduras?

—Dame un cigarrillo.

Fumaba cerrando los ojos, disfrutando cada pitada. Parecía agotada, física y mentalmente.

—Me avisaron que el abogado de los Morrison traía los papeles para que yo firme. Debí suponer que eras vos.

—Tenés que salir de acá lo más pronto posible, Cecilia.

Se encogió de hombros.

—Yo ya estoy muerta. Todo lo que viva a partir de ahora es de prestado.

—Tu hermano es un hijo de puta. Me imagino que ya lo sabés.

Cecilia se lo quedó mirando un largo rato.

—Y vos sos su abogado.

—Estoy acá por vos. Ya habrá tiempo para que hablemos en detalle. Ahora necesito que firmes estos papeles.

Aarón ya los tenía sobre el escritorio. Solo los corrió hacia ella.

—Por lo que me explicaron, tengo que firmar un testamento dejando todo al capitán de caballería Walter Morrison, tengo que morirme inmediatamente y resucitar bajo otro nombre. ¿Cómo me voy a llamar?

—Valeria Moreno.

—No está mal el nombre. ¿Pero qué pasa si no firmo, si no acepto las condiciones?

—Creo que hay dos posibilidades: te dejan libre sin ninguna protección y hacen correr la bolilla de que hablaste o marcaste a

compañeros tuyos de militancia.

—Y soy mujer muerta.

—La otra opción es que te torturen y te maten.

—Ya me torturaron. Fue lo primero que hicieron cuando me trajeron.

—Hay que sacarte de acá ya.

—Tendrías que ver tu carita de preocupación y de amor. Si no fuera porque me duele terriblemente el cuerpo y porque me hicieron mierda en todos los sentidos, habría valido la pena para verte así.

Cecilia firmó todos los papeles que le indicó Aarón.

—Ahora llevame con vos.

VI

Almorzaron en el estudio de Garzón Maceda y Roca. No era conveniente que Cecilia se mostrara en lugares públicos. La podía reconocer un compañero o algún quebrado de los que participaban en los grupos parapoliciales. Roca los invitó a comer en el estudio, actividad a la que se les agregó Garzón Maceda. Habían pedido milanesas con papas fritas para los cuatro. Cecilia apenas comió la mitad de su plato. Les dijo que necesitaba un pantalón, una blusa, zapatillas, ropa interior, una crema para las quemaduras, aspirinas y un paquete de algodón. Mandaron a la recepcionista, que regresó antes de las dos horas con todo lo pedido.

Cecilia fue al baño y estuvo un buen rato. Cuando salió, con la ropa nueva, parecía más joven, aunque seguía demacrada. Había puesto las prendas viejas en una bolsa para tirar. Eso lo pidió

especialmente: que no se la regalaran a ningún indigente. Nadie debía volver a usar esa ropa.

Telleldín le había dado indicaciones a Aarón para llegar a Buenos Aires. Le pidió la marca y patente del auto. Nadie los iba a parar en Córdoba. Si pasaba algo en Santa Fe o en Buenos Aires, que la policía lo llamara a su teléfono directo, número que le dio a Aarón. Que toda la protección a Cecilia terminaba al día siguiente al mediodía, cuando subiera al avión que la sacaría del país, tal como se había acordado con el capitán Morrison.

Roca los acompañó hasta el estacionamiento con su aspecto de patriarca protector que brindaba seguridad con solo caminar al lado de ellos. Aunque Aarón no se sintió tranquilo hasta que pasaron los primeros retenes y nadie los detuvo. Al menos, Telleldín estaba cumpliendo con lo prometido.

En plena ruta 9, Aarón abrió su ventanilla. Entró un viento cálido. Respiró profundo. Pensaba que los riesgos más graves habían quedado atrás. Un día antes ni siquiera tenía la certeza de poder rescatar con vida a Cecilia. Ahora ella viajaba a su lado, silenciosa, fumando, la mirada perdida en la ruta desierta. Tuvo ganas de acariciarle la pierna, no por seducción o deseo, sino como una comprobación de que ese cuerpo que amaba estaba junto a él. Pero no se animó. Cada tanto probaban poner alguna estación de radio, que no se escuchaba bien y terminaban apagándola. En uno de los pocos diálogos que cruzaron, Aarón le contó que Roca le había pedido que dijera que su apellido era alemán. Estaba sorprendido por el nivel de antisemitismo que manejaba la policía.

—No solo la policía. Mi padre se refiere a vos como "el judío".

Habían cargado nafta poco después de salir de la ciudad de Córdoba y no pararon hasta Leones. Comieron unos sándwiches y tomaron una Teem de litro. Cecilia quería saber cómo se enteró de que estaba en Córdoba.

—Se puso en contacto conmigo Carlos.

—¿Carlos? No debió arriesgarse así.

Aarón aprovechó para llamar a Buenos Aires. Primero habló con Miriam. Le contó que recién regresaría al día siguiente. Después habló con Iñíguez. Si bien no habían hablado de lo que estaba haciendo Aarón, Iñíguez debía suponerlo. Le preguntó si todo estaba bajo control y Aarón le dijo que sí. Que cuando estuviera en Buenos Aires lo volvería a llamar.

Compraron cigarrillos (cada uno su marca), chicles y un chocolate Aero. Aarón no quería llegar tarde a Buenos Aires. Tenía aún una reunión pendiente con Walter Morrison. Cecilia, como si le leyera la mente, le preguntó:

—¿Qué te pidió mi hermano para que me dejaran salir?

—Lo que firmaste.

—Lo que firmé es lo que me pidió a mí. Lo conozco a Walter. Le gusta hacer daño. Seguramente, sospecha que hay algo entre nosotros y no se la iba a perder. ¿Qué te pidió?

—El mapa que tengo en el estudio.

—¿El de tu familia? ¿Ese que tenés desde hace siglos?

—Ese mismo.

—No se lo des. ¿Qué va a hacer? ¿Me va a hacer fusilar? Si ya estoy muerta, como él quería. Ni se te ocurra dárselo.

—Un mapa es solo un mapa.

Llegaron a Buenos Aires ya de noche. Aarón estaba destruido de tanto manejar y no dormir, pero tenía que resistir un poco más. Se registraron en el Hotel Mundial de Avenida de Mayo. Como le pidieron solo el documento a él, los anotaron como "el señor y la señora Rosenthal". Una vez en la habitación, Aarón lo llamó a Iñíguez y le dejó el teléfono del hotel por si necesitaban contactarse con él. Luego se preparó para salir a encontrarse con Walter Morrison en el Círculo Militar. Al menos no tenía que ir hasta Hurlingham. El pantalón seguía roto en la rodilla, no se había dado cuenta de comprar uno en Córdoba. Ahora ya era tarde y tampoco podía regresar a su departamento para cambiarse. Se arregló como pudo y salió dejando a Cecilia sola en la habitación.

Pasó por el estudio. Ya no quedaba nadie a esa hora. Buscó en la cocina algo para envolver y encontró un papel madera que le iba a servir. Descolgó el mapa y lo miró detenidamente. Leyó en voz alta: "Kamieniec Podolski Ville Forte des Estats de Pologne et de la Haute Podolie avec Titre d'Évéché et de Palatinat". No le salía como a su abuelo que tenía una hermosa pronunciación en francés. Él había estudiado solo para poder leer en voz alta como su abuelo, pero nunca lo había podido igualar. Se volvió a preguntar lo que nadie en su familia supo responderle: ¿por qué el mapa de un pueblito ucraniano, que había heredado su familia judía, estaba escrito en francés?

Lo envolvió en papel madera y salió.

Lo llevaron hasta el salón en el que estaba el capitán Morrison. Parecía imitar a su padre en el Hurlingham. Debía sentirse orgulloso de ese rincón confortable que tenía en el Círculo Militar. Tomaba whisky y Aarón notó con desagrado que estaba borracho. Unos

segundos antes se había preocupado por mostrarse con el pantalón agujereado.

Le dio los papeles firmados y el cuadro como si todo fuera un trámite administrativo, no quería ponerle el mínimo sentimiento a ese acto. Morrison sacó el pasaporte y un sobre más grande.

—Acá hay pesetas, libras y dólares. También está el pasaje a Madrid y la información de su cuenta en Suiza. Mi hermanita se va a dar la buena vida.

Aarón chequeó el pasaporte y que el pasaje coincidiera con los datos de su nuevo documento. Después guardó todo en su maletín. Morrison seguía hablando, más para él mismo que para Aarón.

—La guerrillera se va a ir a poner bombas a los gallegos. Se lo merecen.

Aarón se incorporó para irse, pero Morrison le hizo un gesto para que se sentara.

—Todavía me falta ver si me trajiste el mapa auténtico o hiciste una copia.

Morrison rompió el papel como pudo. El alcohol en sangre le había quitado motricidad. Observó el mapa con detenimiento.

—Muy bien, Rosenthal, trajiste el mapa verdadero. Jamás pensé que lo harías. Debés querer mucho a la puta de mi hermana.

—Si ya no me necesitás, me voy.

—¿Te creíste que colecciono mapas? Tengo alguno en casa, pero te lo dije para provocarte. Quería verte gatear por la plata que te ofrecí, pero te hiciste el digno y no me lo quisiste vender. Ahora me lo terminás regalando. ¿Para qué quiero esta cosa judía en mi casa? Lo voy a poner en mi despacho en Campo de Mayo, como lo tenías vos en el tuyo.

VII

La angustia nacía en los músculos del estómago y subía hasta ahorcarle el corazón y la garganta. Cuarenta años después seguía convencido de que no era por el mapa, sino por la certeza de que estaba perdiendo a Cecilia. Lo paradójico era que, en los días anteriores, mientras temía por su muerte, no se le había cruzado esa idea. Pero ahora que sabía que Cecilia estaba viva y muy probablemente libre de persecuciones, la angustia era insoportable.

Antes de subir a la habitación, compró una pizza y una cerveza. Esperaba que no le hicieran problema en el hotel si lo veían entrar con comida. El recepcionista no le prestó atención y respondió maquinalmente a su saludo. Cecilia se alegró al verlo regresar y se alegró también por la pizza. Aarón descubrió que no tenía para abrir la cerveza, ni esa habilidad que tienen algunos para abrirla con un golpe o con los dientes. Bajó a recepción y le prestaron un destapador.

—Decime que no le diste el mapa.

—Ya está, Cecilia. Mañana a primera hora deberías comprar una valija y algunas cosas para el viaje.

—En Ezeiza venden.

—Como quieras.

—¿Me vas a llevar al aeropuerto?

—Claro. No estaría bueno que te cruzaras con algún problema legal antes de estar en el avión. Te conviene la compañía de un abogado.

—Me conviene.

Cecilia tomó del pico de la botella y se la pasó a Aarón que la imitó.

—¿Y si no me subo a ese avión? No digo que no me voy. Pero puedo sacar otro pasaje para dentro de unos días.

—¿Y por qué harías eso?

—Para darte tiempo a que tomes la decisión de irte conmigo.

Aarón sonrió amargamente.

—No puedo irme.

—¿Vas a ser un señor burgués, metido en un matrimonio rutinario, viendo aumentar tu cuenta bancaria como única expectativa de vida?

—En parte sí, en parte no. Mi expectativa de vida es mucho más que estar casado y ganar dinero.

—Yo te ofrezco mucho más.

—Tu hermano dijo que ibas a poner bombas a los gallegos.

—Es un idiota. Reduce la lucha por la justicia a la violencia. Vos sos abogado, sabés lo que es justo y lo que no.

—Nunca me llevé bien con la filosofía del derecho. Soy un tipo práctico.

—Mirá si conseguimos hacer un mundo mejor. Vos y yo, juntos. ¿Querés tener hijos? Los tenemos. ¿Querés abrir un estudio jurídico en otra parte del mundo? Lo vas a conseguir porque sos brillante.

—Te quiero, Cecilia.

Cecilia se puso a llorar.

—No me digas Cecilia. Cecilia se murió. Soy Valeria Moreno.

—No puedo medir el amor, pero puedo definirlo. Y mi amor por vos es único.

—No quiero escucharte.

En esa época, Aarón era flaco y torpe como un adolescente, pero hizo todo lo posible para abrazarla y cubrirla como si fuera un oso con su cría. Ella se acurrucó en él y siguió llorando, sin estridencias, con la suavidad de una llovizna de otoño. Él también lloraba, pero no se daba cuenta. Y ella no lo vio.

Se quedaron dormidos abrazados. Ninguno de los dos atinó a tener sexo. Aarón se quedó tan profundamente dormido que le costó oír el ruido del teléfono sonando.

—Por fin atendiste —le dijo Iñíguez desde el otro lado de la línea.

A Aarón le costaba entender qué estaba ocurriendo. Miró a Cecilia y se encontró con los ojos de ella que lo observaban muy seria.

—¿Qué pasó, Mario?

—Me acaba de llamar tu suegro. Miriam se descompuso y la internaron. Está en el Hospital Israelita.

—¿Qué le pasó? ¿Está bien?

—Elías me dijo que se sintió mal, se desmayó. Por suerte estaba en la casa de tus suegros. No sé su situación, porque Elías no supo decirme si era para preocuparse o una pavada. Tenés que ir al hospital, Aarón.

—Estoy acá con Cecilia. En unas horas viaja a Madrid y tengo que acompañarla a Ezeiza.

Cecilia escuchaba o al menos entendía perfectamente la conversación. Le dijo en voz baja.

—Andá, voy a estar bien.

Aarón la miró superado por la situación. Cecilia se dio cuenta y le quiso facilitar la decisión:

—Decile a Mario que me acompañe.

—Mario, tenés que hacerme un favor. Vení en un par de horas a buscar a Cecilia y llevarla a Ezeiza. ¿Ubicás el hotel?

Iñíguez lo conocía. Aarón cortó y miró a Cecilia sin saber qué decir.

—Andá al hospital. Te deben estar buscando por todos lados.

Aarón se puso la ropa como un autómata. Cecilia lo miraba hacer desde la cama sin demostrar ninguna emoción. Cuando él estuvo listo para irse, ella se puso de pie. Le dio un beso en los labios.

—¿Volveremos…

Cecilia no le dejó terminar la frase.

—¿Te acordás del cuento de Borges? Bueno. Estamos en el jardín de los senderos que se bifurcan. Nadie sabe adónde van a dar estos senderos. Dale, apurate.

Como las despedidas más importantes siempre se disfrazan de banales, antes de salir Aarón recordó que tenía que devolver el destapador. Lo agarró y dijo "chau".

Chau.

Cerró la puerta. Los senderos se bifurcaban de manera salvaje.

VIII

Llegó al Hospital Israelita y buscó a alguien que le diera información. Encontró a sus suegros en la sala de espera. Debía tener el rostro muy desencajado porque su suegro se apuró a decirle:

—Miriam está bien, solo se descompensó.

Pero su suegra lloraba. Algo había pasado y no se lo decían.

—Podés verla en la habitación ocho, está sola —le explicó Elías—. Andá que se va a alegrar cuando te vea.

Aarón entró a la habitación. Miriam estaba despierta, con el torso un poco levantado. Ella le sonrió y le dijo:

—Se te rompió el pantalón.

—¿Estás bien?

—Me descompuse.

—¿Pero cómo, qué te pasó?

—Hay algo que no te había dicho. Estaba esperando el momento adecuado, pero hace varios días que te veo muy nervioso y yo quería darte la noticia cuando estuvieras bien. Estaba embarazada y anoche lo perdí. Tuve una hemorragia. Fue horrible. Quería darte una sorpresa y mirá cómo estamos.

Miriam se puso a llorar. Aarón la abrazó y le besó la cabeza.

—Ya vamos a tener un montón de hijos.

—¿Y si no puedo? ¿Si esto me pasa cada vez que quedo embarazada?

Aarón le dijo que no fuera pesimista, que los hijos llegarían, pero tampoco él estaba seguro de qué podía ocurrir.

A las pocas horas, Miriam ya estaba de regreso en el departamento. Aarón se tomó también ese día para quedarse con ella. Su suegra les había dejado preparado un pescado, y Aarón solo tuvo que ponerlo en el horno. Él regresó al estudio al día siguiente. Iñíguez le sugirió que se apurara con las presentaciones pendientes para que la feria judicial no los tomara por sorpresa.

Ese fin de año fue especialmente triste. Él seguía pensando en Cecilia, que no había vuelvo a comunicarse con él. Más de una vez le había preguntado a Iñíguez si en Ezeiza había estado todo bien y su

socio le respondía que sí, que Cecilia había tomado el vuelo a Madrid y que no se informó ninguna irregularidad de ese viaje.

Miriam seguía mal por el embarazo perdido, pero intentaba disimularlo. Y como él también trataba de que sus sentimientos por Cecilia no se transformaran en un problema entre él y Miriam, los dos hacían como que estaba todo bien. Y con el tiempo, con las semanas primero, los meses después, estuvo todo más o menos bien.

Aarón no esperó tanto tiempo para decirle a los Morrison que el Estudio Rosenthal no iba a representarlos más y que trasladarían todo lo que estaba pendiente a los abogados que designaran. Eso significó un duro golpe para el estudio, que vio perder de repente la mitad de su facturación. Pero Iñíguez estuvo de acuerdo y fue una buena excusa para sacarse de encima a Álvaro Drinka, el abogado que nunca entendió como trabajar con Aarón. Sería un verano duro, pero no había dudas de que el Estudio Rosenthal estaba llamado a convertirse en uno de los más poderosos del país.

A principios de año, Aarón llamó a Gustavo Roca, le agradeció todo lo que había hecho por Cecilia y por él. Terminó haciéndole un ofrecimiento:

—Si alguna vez necesita apoyo o lo que fuera de un estudio de Buenos Aires, cuente conmigo. No es mi intención hacerles competencia desde acá, pero en lo que usted o Garzón Maceda necesiten yo voy a hacer todo lo posible para ayudarlos.

Pensó en tomar otra decisión importante para su vida el 24 de marzo de 1976. Se acordaba perfectamente porque fue el día del golpe de Estado y el inicio de la dictadura cívico-militar. Estaba preocupado: ¿cómo vivir en un país marcado por la violencia, la

injusticia y el autoritarismo? ¿Tenía sentido traer hijos a este mundo? No. Miriam y él no debían tener hijos. La noche del 24 se había ido a dormir pensando que al día siguiente le explicaría a Miriam su decisión. Ella lo entendería.

Pero la mañana del 25 Miriam le dijo que estaba embarazada. Se sentía tan preocupada como feliz. Tendrían un hijo. Ella y él. Aarón no se animó a decir nada. Iba a ser padre. Se lo tuvo que repetir muchas veces para comenzar a creerlo. Un hijo. Tal vez ese hijo el día de mañana también fuera abogado. Trabajarían juntos en el Estudio Rosenthal. Se imaginó discutiendo con él su concepción de justicia.

Segunda parte

Paciente: Sólo quisiera morir con un poco de dignidad.
Dr. House: No es posible. Todos los cuerpos colapsan. A veces a los noventa, a veces incluso antes de nacer. Pasa siempre, y sin la menor dignidad. Me importa un bledo si podés o no podés caminar, ver o limpiarte el culo, o no. Es horrible. En todos los casos. Podemos vivir con dignidad. No podemos morir con ella.

Dr. House, capítulo 1

5. Verónica inicia

I

La obra en construcción estaba totalmente a oscuras. Solo la iluminaba la luz del alumbrado público que llegaba débilmente al tercer piso, por los intersticios de la losa que estaba sin terminar. Verónica se había quitado la ropa, la había dejado a su lado, junto a la cartera y los anteojos. Un coche pasó por la calle, pero no llegó a verlo. Como un zumbido, a lo lejos, se oían los autos que iban por la autopista. Ni pasos, ni ladridos de perros, ni risas. El silencio y la soledad absoluta en esa manzana de Parque Patricios. Parecían estar ellos dos solos: Verónica y Ahmadou.

El senegalés la miraba, más bien la escrutaba. El blanco de los ojos resaltaba en el negro de su cara. Verónica intentó mantenerse serena, pero el cuerpo comenzó a temblarle. No era de frío, porque a esa hora de la madrugada todavía hacía calor. No era miedo. O al menos no era miedo hacia él.

—Vestite —dijo Ahmadou.

Ella lo miró esperando algo más. Una explicación.

—No confiás en mí. Así es imposible lograr algo.

—Confío en vos, por eso estoy acá.

—Tu cuerpo tiembla.

No sabía cómo explicar que no era falta de confianza hacia él, ni miedo a estar en una obra en construcción abandonada a las tres de la mañana, con un hombre al que veía por segunda vez, un inmigrante senegalés de unos treinta años, que debía medir un metro ochenta y cinco. No confiaba en ella misma y temía que nada tuviera sentido. Así y todo, necesitaba aferrarse a algo.

—Por favor —dijo Verónica y no se vistió.

Ahmadou hizo un gesto de resignación y se acercó. Verónica cerró los ojos y pudo oler el perfume frutal que él desprendía. El hombre comenzó a hablar en un idioma incomprensible. Las palabras salían cada vez más aceleradas. Resonaban como el discurso de un loco o de un santo. Ahmadou se paseaba alrededor de ella, sin mirarla. Elevaba los ojos al cielo o los dirigía al piso. Cada tanto se tenía la impresión de que hablaba con alguien, un ser invisible. Se detuvo frente a ella. Estiró la mano hacia su cuerpo. Era tan alto y corpulento que pareció cubrirla con un manto negro, pero era su torso desnudo.

—Ahora —dijo levantando la voz—. Ahora, Verónica, decilo.

—Que desaparezcan todos los tumores.

—¡Más!

—Que mi padre sane.

—¡Decilo!

—Que mi padre no se muera.

Volvió a hablar en esa lengua que sonaba a instrumentos de viento, aunque de manera más lenta, las palabras separadas. Ella podía sentir que se le metían en el cuerpo. Transpiraba y ya no temblaba. Hubiera querido abrazarlo.

Ahmadou se sentó en el piso. Era ágil como un gato. Se tomó la cabeza con las manos.

—Podés vestirte —dijo sin levantar la vista. Parecía agotado.

Verónica se puso la ropa y buscó la plata en su cartera. Ahmadou continuaba en el piso. Ella solo quería que levantara la vista.

—Tengo tu dinero.

Ahmadou la miró, estiró el brazo y tomó la plata que ella le ofrecía.

—Si en cuarenta días tu padre no mejora, vení a la pensión y te devuelvo la plata.

Verónica pensó en decirle que no hacía falta, que le creía. Que estaba desesperada y por eso recurría a él. Si hubiera considerado que estaba siendo víctima de un estafador convertido en manosanta no habría ido. Estaba porque creía. O como él quería que ella dijera: porque confiaba. No iba a reclamarle nada si su padre no se recuperaba. Lo menos que le iba a importar en ese caso era el dinero.

—Andate —le dijo él sin levantarse y volviendo a mirar el piso.

Ella no dijo nada. Bajó por las escaleras de cemento sin terminar, tal como había subido veinte minutos antes, cuando se encontró frente a la entrada de la obra y él apareció desde el interior. Luego habían subido juntos. Ella adelante, pensando absurdamente que él le estaría mirando el culo. Ahora esperaba que eso hubiese ocurrido. Que ese hombre hiciera cosas normales, como todos.

Ya afuera del edificio, apuró el paso hacia el auto que le había prestado su hermana Daniela. Al llegar al vehículo, giró y miró el bloque de hormigón abandonado. Extrañamente, ya no estaba angustiada. Ahmadou había conseguido calmarla. Confiaba en él. Su

padre se recuperaría. Dijo "gracias" en voz baja, subió al coche y aceleró por la calle desierta.

II

Había puesto "Perfect Day" de Lou Reed como alarma para despertarse. Esa canción tenía el mérito de empezar muy bajo. Podía comenzar el día con unos sonidos suaves, pero si no lograban despertarla (noche de juerga o de mucho laburo), Lou Reed hacía sonar todos los instrumentos juntos bien alto y su cantante favorito levantaba la voz diciendo algo que podía ser "Levantate, Vero, vas a llegar tarde", porque siempre estaba llegando tarde. La puntualidad era una virtud que no le había sido otorgada.

A esa altura, ya no se asombraba al despertar en su habitación de la casa de Recoleta. Al principio, sentía que vivía una pesadilla, que su madre pasaría por la puerta y le diría que se preparara para ir al colegio. Se veía en el espejo y era una adolescente vieja, treintañera larga, cada vez más larga en su treintañerismo. *Y el pescado sin vender*, pensó repitiendo una frase que había dicho Rodolfo Corso el día anterior en la redacción de *Malas Noticias* y que a ella le parecía el colmo de la vulgaridad.

Ya no se asombraba porque hacía un poco más de seis meses que había vuelto a esa casa para acompañarlo a su padre. En realidad, ella y Chicha, la perra salchicha. No se arrepentía. No dudaba de que estaba aprovechando bien el tiempo y que era casi milagroso poder hacerlo. La muerte ataca por sorpresa, o se convierte en una condena más o menos cercana (en realidad, siempre es cercana),

pero pocas veces se puede dedicar a la persona querida el tiempo que se merece. Verónica podía y si bien sus hermanas debían ocuparse de sus familias, tenían la cortesía de enviar representantes suyos a la casa: sus hijos. Los hijos de Daniela (Benjamín y Santino) y las hijas de Leticia (Clara y Nuria) llenaban la casa los fines de semana y feriados. Los cuatro niños le habían tomado el gusto a vivir bajo el mismo techo, junto a un abuelo permisivo, una perrita supercariñosa y una tía loca (eso debían decirles sus madres: "Vayan con la tía loca"). Los chicos se habían adueñado de todas las habitaciones libres. El abuelo Aarón les había preparado un cuarto de juegos con un enorme televisor y consolas de PlayStation, algo que despertó en Verónica más celos de lo esperable. Los pibes gritaban, se peleaban, reían, ululaban, comían como bestias salvajes. Hacían feliz a su abuelo.

Las madres se sentían satisfechas con sus embajadores. Igualmente, estaban muy atentas a Aarón. Debido a su profesión de médica, Leticia era la responsable de seguir de cerca las cuestiones de salud. Lo acompañaba al oncólogo y a hacerse los estudios. Daniela se aparecía día por medio con algún plato cocinado por ella, que recordaba los que hacían su madre o su abuela Esther. A veces se quedaba y comían juntos Aarón, Verónica y ella. Por su parte, Verónica, aprovechando su condición de hija menor, se dejaba mimar por su padre como cuando tenía ocho años. Aarón le daba todos los gustos, salían a comer juntos, le regalaba libros, le contaba alguna historia familiar. También se enfrascaban en largas discusiones políticas en las que nunca se ponían de acuerdo y en las que Aarón hacía de abogado del diablo ante cualquier postura

progresista de Verónica. A veces, ella se enojaba y terminaba dejándolo solo, pero al rato volvía con cualquier excusa tonta.

Unos meses antes, Aarón había decidido consultar con uno de los mayores especialistas de cáncer cerebral del mundo. Manuel Cobos García, un español que tenía su consultorio en Nueva York. Viajaron Aarón y Leticia, para que el médico lo viera y le hiciera diferentes estudios. A la semana se incorporaron Daniela y Verónica y pasaron otra semana más los cuatro juntos.

Cobos García, contó Leticia a sus hermanas, no había sido optimista. Compartía la opinión de los médicos que lo atendían en Buenos Aires: Aarón tenía un cáncer con metástasis irreversible. Podía atrasar la situación con una batería de medicamentos oncológicos (algunos solo se conseguían en Estados Unidos), pero probablemente eso le arruinaría otros órganos y el resultado final sería el mismo.

—Olvídese de cuánto tiempo va a vivir, que eso no lo sabe nadie, y preocúpese de cómo lo va a vivir —le dijo el doctor.

Lo que contaba sorprendida Leticia, que lo había acompañado en sus visitas a distintos médicos, era que Cobos García y Aarón pegaron buena onda y mantenían conversaciones sobre el sentido de la vida, que culminaban irremediablemente en comentarios de humor negro.

—Ni yo me animo a repetir sus chistes, y eso que me los conozco todos desde hace años.

La camaradería entre ellos hizo que Cobos García lo invitara a Aarón más de una vez para charlar, incluso almorzaron juntos, actividades de las que Leticia no participó.

—Preferí ir de compras que ser testigo de los diálogos socráticos del viejo y el andaluz.

—¿Andaluz? —preguntó sorprendida Verónica, que se imaginaba que todos los andaluces eran gitanos, bailaores y practicaban el cante jondo, no que curaban el cáncer.

—Así dijo. Y hablaba raro, como hablan los andaluces. Y, entre nosotras, me pareció un poco amanerado.

Comentario que Daniela y Verónica prefirieron ignorar, para dejarla más en evidencia.

La semana que los cuatro pasaron juntos la disfrutaron como turistas. Recorrieron museos, se subieron a rascacielos, escucharon jazz y hasta obligaron a Aarón a mirar una comedia musical que se había estrenado hacía poco: *Hamilton*. Contrario a lo que suponían, a Aarón le gustó.

Los cuatro eran muy conscientes de lo que significaba ese viaje, pero nadie dijo nada.

III

Por suerte ese día de comienzos de otoño era viernes y el sábado, cuando llegara la tromba de niños y preadolescentes, Verónica pensaba ir a su departamento de Villa Crespo, al que mantenía con vida. A la pobre Chicha la dejaría en la casa de su padre, porque la perra también disfrutaba de la presencia de los pequeños.

Se levantó y se dirigió a la cocina, donde ya estaba su café preparado por Antonia, la mujer que trabajaba con la familia desde hacía veinte años y que conocía los gustos de Verónica. Ella tenía

ciertas objeciones con el trabajo doméstico, pero le pareció que podía meterse sus ideas en el bolsillo por un tiempo y disfrutar de los servicios de la empleada. Eso sí: Verónica se hacía la cama todos los días.

En *Malas Noticias* tenían la posibilidad de trabajar cada uno desde su casa, pero Verónica continuaba yendo a la redacción cuando no estaba metida en una investigación. No se sentía cómoda escribiendo un artículo encerrada en su habitación. Lo bueno era que tanto a su jefa como a sus compañeros más cercanos les pasaba lo mismo, y seguían concurriendo como cuando estaban en *Nuestro Tiempo*. Otra cosa a la que no se acostumbraba Verónica era a trabajar en un medio exclusivamente digital. Que no hubiera una versión en papel la desconcertaba, le daba la sensación de que sus notas no tenían el mismo valor. Para colmo, gran parte de la promoción de los artículos se hacía por medio de las redes sociales, que ella no tenía, aunque la estaban presionando amigablemente (valga el oxímoron) para que se hiciera una cuenta de Twitter y recomendara sus notas o las de sus compañeros. Había respondido que lo pensaría, pero solo para dilatar lo más posible el momento de entrar al infierno digital.

—Los medios digitales se convirtieron en cuevas de individualistas y francotiradores —decía levantando la cabeza de su computadora, dirigiéndose a sus compañeros—. ¿Dónde quedó el trabajo en equipo de los periodistas? No hablo de que se junten dos o tres para escribir una nota. Antes el trabajo en equipo consistía en que mientras una escribía la nota de fondo, aburrida pero documentada, otro colega entrevistaba a la nueva estrella de la TV, el de deportes hacía una cobertura previa al Mundial de fútbol y hasta la doble

página de notas breves formaba parte del atractivo de la revista. El lector compraba el paquete, la suma de esfuerzos, de estilos y de intenciones. Ahora tenemos que todo se valora por el clickbait. Todos contra todos, el más leído será el que sobreviva. Vale más una fake news divertida o escandalosa que un artículo serio, que obliga a un esfuerzo de lectura. Y el editor felicita al boludo que escribió la noticia falsa porque tuvo un millón de visitas, mientras mira de reojo al periodista que pasó una semana para escribir su nota. Y hace cuentas: el que escribe fake news puede hacer cinco por día, veinticinco por semana, cien por mes. En cambio, el periodista profesional solo puede escribir cuatro artículos en el mismo periodo. ¿Adivinen con quién se va a quedar el empresario de medios?

Alguno hacía como que la escuchaba y respondía "qué barbaridad", otro movía la cabeza negativa o positivamente, tratando de acompañar las afirmaciones de Verónica. La primera vez que lo había dicho todos escucharon respetuosamente, pero ahora lo repetía dos o tres veces por semana. Era agotadora.

—Si no sumamos visitas y circulación por las redes sociales nuestros patrocinantes se van a ir a otros medios, corazón. Así que apurate con esa notita con la que estás hace dos días —le dijo Patricia Beltrán, alias la Beltraneja, directora de *Malas Noticias*, mientras pasaba con un café rumbo a su despacho.

—Ocho testimonios, varias fuentes anónimas y revisión de cientos de documentos. Esa es la notita sobre la estafa piramidal de los hermanos Rocha que te voy a entregar.

María Magdalena, que había sido ascendida a secretaria de redacción, aunque ella prefería seguir escribiendo artículos, aprovechó para pedirle ayuda:

—Cuando termines, ¿podés darme una mano picando cables de noticias internacionales?

Greta, la pasante, se había enfermado, no había ido en toda la semana y recién entonces se dieron cuenta de que la chica hacía la mitad de la revista ella sola: las notas breves, las de salud, las de tránsito y el servicio meteorológico. Cuando no estaba, Verónica aprovechaba para acusarla de escribir notas falsas. La pasante tenía veinte años y la trató de señora en más de una oportunidad. Ahí estaba el origen del rechazo que le despertaba.

Salió de la redacción cuando todavía no había anochecido. Pensó en tomarse el colectivo hasta Palermo, pero no tenía ganas de viajar parada. Se subió a un taxi y llegó a Martataka antes que sus amigas. Se había citado con Paula, Pilar, Alma y Catalina. Esta última no era tan amiga del grupo. La invitaban siempre para romper el número cuatro porque no querían parecerse a las mujeres de *Sex & The City*. Paula era su mejor amiga, la que conocía todos sus secretos y debilidades. Según el día podía ser su cómplice, su madre o su terapeuta, aunque nunca quedaba claro qué estaba siendo en cada momento. Pili, la mayor del grupo, era una española que vivía en Buenos Aires desde hacía quince años. Tenía el alma de una chica de veinte (*y el coño también, vamos,* diría ella) y solo quería vivir de fiesta en fiesta, lo que no estaba mal considerando que su trabajo era en una mesa de dinero, una cueva financiera dedicada básicamente a comprar y vender dólares, aunque tal vez ese negocio ilegal solo servía para tapar otros negocios más ilegales aún. Además, tenía una muy exitosa cuenta de Instagram donde mostraba muebles y artefactos de diseño, y se daba tiempo para criar a un hijo en edad escolar. Alguien del grupo de amigas la había

llamado “la loba de la City” —clara referencia a la película de Scorsese— y ahora cada tanto le decían la Loba, pero siempre era Pili, o simplemente “la gallega”. Alma, llamada a veces Ánima, era la más joven del grupo, apenas había pasado los treinta años y era profesora de Castellano y Literatura en colegios secundarios. Odiaba su trabajo, por lo que soñaba con casarse con un millonario y dedicarse solo a leer. Había otras amigas que formaban parte del grupo, como Marian y la otra Verónica, psicóloga la primera, y emprendedora fabricante de ropa para niños la segunda. Ninguna de las dos podía reunirse esa noche, así que llamaron a Catalina, Cata, Cathy y alguna vez “Catito maullador”, según Paula, que podía ser muy mala. Fisioterapeuta de día y cantante melódica de noche, cuando conseguía que la contratara algún boliche o, incluso, algún crucero Buenos Aires-Río de Janeiro, o ruta similar. Catalina nunca había notado que siempre que se reunían eran cinco (con las otras cuatro alternando su presencia). Mejor así.

Verónica se pidió un gin tonic, porque ya sabía que en Martataka no tenían bourbon y no quería empezar con un whisky. En algunas mesas vio gente conocida, algún tipo con el que una o más de una de su grupo había cogido, y se preguntó si no debían empezar a rotar de bar. Habían conseguido convertir un boliche de Buenos Aires en un barcito pueblerino, donde la gente inevitablemente se cruzaba cada noche del fin de semana. Por suerte para ella, no pudo seguir con sus reflexiones porque llegó Paula.

—Renuncio —fue lo primero que dijo como todo saludo, Paula siempre estaba renunciando a su trabajo de jefa de prensa de una editorial. Verónica pensó que su amiga seguramente se había peleado con su jefe, o con un autor un poco hinchapelotas, o con

una autora víbora que le habría criticado el outfit informal, un poco demodé o vintage con el que iba a trabajar.

—Son todos unos hijos de puta —dijo Verónica para adelantar la respuesta que se iba a repetir como un mantra el resto de la noche.

—Un pisco sour —dijo Paula a la moza y le preguntó a Verónica—: ¿Qué estás comiendo? ¿Nada? ¿Estás anoréxica? —y de nuevo a la moza—: Traé una porción de papas fritas. No, mejor una picada. Pará, mejor una picada y las papas también.

—¿No almorzaste? —fue la pregunta sarcástica de Verónica, que Paula no se dignó a contestar. Le interesaba más saber otra cosa.

—¿Fuiste con el brujo?

—¿Con Ahmadou? Sí, fui.

—¿Y?

—Una experiencia muy particular.

—No sé cómo te animaste. A vos sola se te ocurre hacerle caso a la otra Verónica, que cree en constelaciones, platos voladores y hace homeopatía.

—A ella le funcionó.

—Eso dice. También dice que se cogió a Darín.

—Yo le creo.

—Bueno. ¿Y?

—Mi mente atea y positivista no me permite creer en nada. Pero no son tiempos para ser racional. Fui sabiendo que sería frustrante, una estupidez como rezar o ir a una peregrinación. Pero en algún punto, fue todo tan extraño, tan inverosímil que me hizo bien. Si lo imposible se convertía en posible, si ponerme en bolas en una obra en construcción por decisión propia era posible, lo que yo anhelo no tiene por qué ser imposible.

—Pará, ¿cómo que te pusiste en bolas en una obra en construcción? ¿O estás hablando con metáforas?

—Te pido que no me empieces a juzgar.

—No te voy a juzgar, te voy a diagnosticar: idiotez irrecuperable. ¿Vos sos tarada?

En ese momento llegó Pili, con bolsas de hacer compras. La española no podía tener más aspecto de *Sex & the City*.

—No sabéis las ofertas que se han perdido —dijo arrojando las bolsas sobre una silla libre. Verónica y Paula no volvieron al tema del brujo.

La conversación tomó el rumbo de las promociones de fin de temporada. Pili estaba convencida de que había comprado barato, pero las otras dos se escandalizaron con los precios pagados. Paula decía que en la Argentina las ofertas no existían, como en Chile o en Estados Unidos. Verónica recordó lo que había comprado en Nueva York, aunque no aprobaba los viajes que hacía Pili a Miami una vez al año para hacer shopping. Sin solución de continuidad, terminaron discutiendo sobre las freidoras de aire. No se pusieron de acuerdo sobre si eran una genialidad o una estafa.

Alma, en cambio, traía una bolsa con libros recién comprados. Paula miró con cierta distancia y hasta con desprecio los libros de las editoriales que competían con la suya. Verónica se puso a hojear una novela de Hiromi Kawakami y preguntó si era buena. Alma afirmaba que sí, que había leído tres libros de ella y le gustaba, pero que a ella le atraía todo lo japonés.

—¿El *Kama Sutra* es japonés? —preguntó Pili, justo cuando entró Catalina. Verónica aprovechó que la moza se había acercado y pidió un segundo gin tonic y Catalina bebió lo mismo. Cata contó que

tenía una edición del *Kama Sutra* que le había regalado un primo para un cumpleaños. No pudo convencerlas de que fue un regalo en broma y las otras cuatro estuvieron de acuerdo en que el primo era un perverso que se la quería coger. El tema del incesto empezó con fuerza, pero se apagó enseguida ante la sospecha de que tal vez no era un tema tan superficial como para tratarlo esa noche.

Más platos y bebidas. Verónica pidió un whisky y volvió a repetirle a la moza que no podía ser que no tuvieran una mísera botella de Jim Beam. La moza hizo lo que hacía siempre: no le prestó atención. Cuando decidieron irse ya era cerca de la una de la mañana. Se despidieron todas juntas en la puerta porque iban para distintas partes, pero cuando Verónica estaba por tomar un taxi rumbo al departamento de Villa Crespo, Catalina la detuvo y le dijo:

—¿Podemos hablar diez minutos? ¿Tenés tiempo para un café?

La invitación la tomó tan por sorpresa que no pudo o no supo negarse. Por suerte, a media cuadra había un bar común y corriente. Catalina empezó a hablar apenas se sentaron.

—Disculpá que te moleste, pero como vos sos periodista pensé que te podía interesar una historia.

—En general, los que se interesan por historias son los escritores. Nosotros escribimos lo que nos piden los editores y jefes.

—Claro, claro. Entiendo. Es una historia de violencia de género.

—¿Te pasó algo a vos?

—A mí no, a una prima de mi madre.

—Te puedo pasar teléfonos de organismos que defienden y protegen a mujeres víctimas de violencia.

—Te lo agradezco, seguramente van a servir. Aunque hasta ahora nadie quiso hacer nada. La prima de mi madre es una mujer grande,

cincuenta y pico. Se separó del marido con el que no tiene hijos, pero él no quiere saber nada de separarse y empezó a acosarla, a amenazarla. Fue a la policía, a la fiscalía, pero nadie hace nada porque el marido es un tipo poderoso.

Verónica sintió una ola de indignación que le subía desde las entrañas. Escuchaba por enésima vez la misma historia. Siempre terminaban mal. Esa mujer podía ser asesinada en cualquier momento.

—¿Está viviendo sola? Tal vez tenga que irse de donde está.

—Vive ahora con mi mamá. Yo tengo miedo de que un día el tipo venga con su arma y las mate a las dos.

—¿Tiene un arma?

Catalina se sonrió.

—¿Un arma? Las tiene todas. Es militar.

—Ah, esto toma un color más oscuro. Dos cosas: mañana mismo hablo con una abogada conocida que puede hacer la presentación para pedir una orden de restricción del tipo. Eso lo puede calmar. O no. ¿Ella está dispuesta a contar su historia para un artículo?

—Ya le dije que tenía una amiga periodista y me dijo que sí. Que quiere mandarlo al frente. Se llama Andrea Benítez.

—Perfecto. Me puedo encontrar con ella el lunes. Mandame el contacto así la llamo. Y trato de que la abogada se comunique para la parte judicial.

—Gracias, Vero, sos una genia. Te admiro muchísimo, siempre se lo digo a Paula.

Paula nunca le había dicho nada. Debía considerar ridículo que alguien la admirase. Verónica sacó una birome y tomó una servilleta de papel.

—Decime cómo se llama el milico, así trato de averiguar algo.

—El apellido es Morrison. Daniel Morrison se llama.

IV

En otros momentos la primera persona que se le hubiera ocurrido para ayudarla con una causa judicial era Federico, pero ya no. En realidad, sí. Pensó primero en Federico, pero su mente se apuró a rechazarlo, como cada vez que pensaba en él. Por ejemplo, si se le cruzaba el nombre de Federico Córdova en su cabeza, su cerebro decodificaba Federico Reverendohijodeputa Córdova. El segundo nombre variaba según la inventiva del momento. Así que decidió ir por otra persona vinculada al Estudio Rosenthal sin ser parte de él. Llamó a Diana Veglio, especialista en derecho de familia. Ella la atendió con cierta desconfianza. Tal vez creía que la llamaba para hacerle juicio a Federico. Cuando Verónica le explicó la razón, se puso a total disposición de Andrea Benítez. De hecho, le pidió el contacto para llamarla.

Verónica también habló por teléfono con Andrea. Quedaron en encontrarse el lunes por la tarde. Antes de cortar, Verónica le preguntó por la seguridad. La mujer intentó tranquilizarla: no pensaba que el ex se animara a ir a buscarla ahí, a la casa de su prima, no armaría un escándalo, a él le interesaba mucho su prestigio militar, aunque ya estaba retirado.

—Eso no le impidió que te amenazara.

—Es verdad. Pero si viniera hasta acá, yo no le abriría y llamaría inmediatamente a la policía.

—La misma policía que no te tomó la denuncia.

—Me la tomaron, pero no hicieron nada.

—Bueno, nos vemos el lunes. Pero pensá en irte de ahí. Al menos hasta que actúe la justicia.

Verónica aprovechó la mañana del sábado para pedirle a Marcelo que le arreglara la descarga del inodoro que se había soltado. Ahora que no lo veía tan seguido al portero del edificio, le pareció que estaba un poco más gordo y más viejo. Se preguntó si él también la veía así a ella. No se animó a indagar. A ver si Marcelo interpretaba su duda para el lado de los tomates. A lo que más le temía en la vida era a la esposa del portero, que siempre que podía le dedicaba una mirada asesina. Prefirió hacerle preguntas más técnicas, como cuánto le saldría pintar el departamento. El hombre quedó en averiguar con su cuñado, que era pintor y albañil.

—¿Y cómo está tu padre?

—A simple vista, bien. A veces tiene mareos, náuseas, dolores. Todo está bajo control de médicos y una enfermera que viene casi a diario. Disimula los síntomas. Si le duele la cabeza es porque se quedó leyendo hasta tarde, las náuseas son por comer mariscos, si le duele algo son achaques de viejo y no por el cáncer. Hay días que está muy cansado y se queda en la cama. Cuando se recupera, se levanta como si hubiera hecho una cura de sueño y derrocha vitalidad.

—Le está dando batalla a la muerte, Vero.

—A veces me enoja que no se quiebre y llore. A veces me alegra no tener que ser la madre de mi padre, ni yo ni mis hermanas.

—¿Y vos?

—¿Qué?

—¿Te quebrás alguna vez?

—Ah, sí. No delante de él.

Después Marcelo le dijo que extrañaba a Chicha, que la trajera más seguido o se la dejara una temporada. Verónica pensó que si de nuevo se la dejaba unos días, como en otros tiempos, la esposa las iba a cocinar al horno. A la perra y a ella.

Pasó gran parte del sábado quitando el polvo del departamento y limpiando las alacenas, que tenían ya algunos alimentos vencidos. Le gustaba recuperar su lugar. A pesar de que la casa de su padre era la misma en la que ella había crecido, no terminaba de sentir que ese fuera un espacio que le perteneciera. En cambio, el departamento era su cueva, su refugio. Y además disfrutaba de la soledad. Desde que se había ido a vivir con Federico, casi no había tenido oportunidad de estar sola. Apenas se separaron, ella se mudó a la casa de Recoleta para acompañar a su padre. Esos fines de semana que se escapaba a Villa Crespo los vivía con la felicidad que da reencontrarse consigo misma. Tarde o temprano volvería allí, pero eso implicaba que su padre estuviera muerto, y no estaba preparada para eso. Hacía seis meses que lo sabía, pensaba que con el tiempo se haría a la idea de lo que estaba por ocurrir, pero no era así. Su alma era una montaña rusa de sensaciones: se angustiaba, era feliz como una nena, se enojaba, se abrazaba a toda esperanza posible, caía en el duelo por adelantado. Trataba a Aarón con la indiferencia típica de una hija que cree que su padre es inmortal o se mantenía atenta al menor gesto para descubrir una dolencia, una tristeza, un síntoma de lo que le pasaba.

El sábado a la noche estaba invitada al cumpleaños del novio de una amiga. Un buen lugar para encontrar algún espécimen macho

que cumpliera dignamente con las funciones higiénicas del sexo. Pero desde la separación de Federico, el embarazo de su amante Ángeles y la enfermedad paterna, a Verónica se le habían ido las ganas de coger. En esos meses lo intentó con algunos, pero era como intentar comer teniendo un ataque de hígado. No la había pasado muy bien y ahora la perspectiva de hacerse la veterana (exchica) sexy la agotaba por adelantado.

Prefirió quedarse en el departamento todo el fin de semana, limpiando, escuchando música, leyendo los diarios, disfrutando de *La campana de cristal* de Sylvia Plath y viendo realities exóticos, como el de los vendedores de casas de lujo, los sobrevivientes en una selva, los coleccionistas de mariposas o *El precio de la historia*.

El domingo al mediodía llamó al teléfono fijo de la casa de su padre, uno de los pocos que seguían funcionando en la ciudad. Habló con Antonia, que le contó que su padre estaba de buen humor, los chicos se portaban muy bien (lo que Verónica sabía que era mentira) y que irían a almorzar Leticia y su marido. Le preguntó qué estaba cocinando. Ñoquis de papa amasados por ella con salsa boloñesa. Verónica cortó y miró con rencor las empanadas compradas que pensaba comer.

V

Su plan para ese lunes era reunirse con Andrea Benítez en la casa de San Telmo donde estaba parando; pasaría luego por la casa de su padre para almorzar con él, aprovechando que ya se habían ido los pequeños de la familia, y después iría a la redacción. En el camino a

San Telmo llamó a María Magdalena para contarle el proyecto de nota. María Magdalena estaba de acuerdo en todo. Era mucho más fácil tratar con ella: Patricia le hubiera puesto un montón de peros antes de autorizarla, cosa que, en definitiva, siempre terminaba haciendo.

Llegó al departamento de Roxana, la madre de Catalina, casi en la esquina de Defensa y Brasil. Cata, que había ido especialmente, le presentó a su madre y a Andrea. Las dos eran mujeres de unos sesenta años, de aspecto juvenil y alegre, que habían preparado café y comprado unas masas secas. Más que una entrevista para denunciar a un tipo violento, parecía una reunión social. Tomaron el café, sin entrar en tema. Recién lo hicieron cuando Verónica vio que Andrea estaba predispuesta a hablar. Ni Roxana, ni Cata amagaron a irse. Se quedaron a escuchar la charla. En las circunstancias actuales, a Verónica le pareció lógico. En el fondo eran cuatro mujeres protegiéndose mutuamente.

—Si te parece vamos desde el comienzo. ¿Cómo se conocieron? ¿Cuándo se casaron? ¿Tienen hijos?

—Mi familia materna es socia del club Hurlingham desde hace años. Yo a Daniel lo conocí ahí de chica. Él ya era un adolescente (nos llevamos siete años) y formaba parte de la bandita de chicos del club, igual que mi hermano mayor. Al principio, solo nos saludábamos, pero cuando crecí me empezó a prestar más atención. Yo creo que no le habría dado bolilla, pero la guerra de Malvinas me hizo cambiar de actitud. Él había hecho toda la carrera militar y le tocó ir a las islas. No sé por qué, pero me angustió mucho el tema de la guerra. Le dije a mi hermano que me averiguara si se le podía escribir. Le envié cartas contándole pavadas del club y de mi vida

para distraerlo. También le enviaba chocolates y muñequitos de papel. Cuando regresó de la guerra, después de un tiempo en el que lidió con demonios personales muy fuertes (según me contó después), llamó a la casa de mis padres para agradecerme. Nos vimos, empezamos a salir y nos casamos en 1985, cuando cumplí los veinte. No tuvimos hijos. Descubrimos que yo no podía por un problema congénito. Él quiso adoptar, pero yo no quería. Durante años fue tema de discusión. Yo no estaba a favor de la adopción y no me pudo convencer. Si bien nos casamos cuando ya había democracia, siempre se me cruzaba por la cabeza la cantidad de militares que se habían apropiado de chicos.

Roxana fue a preparar otra jarra de café. Catalina hizo un comentario sobre los juicios a los apropiadores, que estaban en proceso.

—¿Cuándo comenzó a ser violento con vos? ¿Lo fue siempre?

—No. Bueno, siempre fue autoritario. Lo que él decía no podía objetarse. Por eso, al día de hoy me sorprende mi firmeza con respecto al tema de la adopción. Tal vez era violento, pero era una violencia que en esa época nadie definiría como tal: un zamarreo, un no dejarme ir a tal lado, un comentario desubicado sobre mi ropa o sobre alguna amiga. Lo veía como parte de su carácter fuerte y su formación militar. Además, ser esposa de un oficial de carrera te obligaba a mantener una conducta intachable. Me acuerdo de una pavada: en el noventa quise ir a un recital de los Redonditos de Ricota con unos amigos y fue un escándalo. No solo no pude ir, sino que terminé pidiéndole disculpas por mi actitud tan poco considerada con su carrera militar.

—Y eso fue empeorando…

—Más bien fue una constante de autoritarismo, que yo soportaba como parte de la relación. En otros momentos era tierno, atento, preocupado por mi bienestar. Me incluía en todos sus planes. Era, de alguna manera, un esposo modelo. Incluso cuando algún desubicado sacaba el tema de la paternidad, él no me echaba la culpa a mí, sino que decía que Dios así lo quería. En una familia como la suya, en la que todos eran muy cara de culo, él resultaba agradable a todos. Pero con los años yo me fui cansando. No quería pasar el resto de mi vida con él, quería ver qué había en el mundo y qué me había perdido por casarme a los veinte años. Los problemas empezaron cuando le dije que me quería separar.

Verónica se quedó callada mientras rogaba para que Roxana y Cata no hicieran ningún comentario. Había que darle tiempo a Andrea para que pudiera decir lo que seguramente muchas veces se había contado a sí misma, imaginando que se lo decía a una policía, a una jueza, a una periodista.

—Cuando se lo dije, se rio. Era la forma habitual de despreciar una opinión mía. Pero esto no era una opinión, sino una decisión. Yo ya lo había pensado. No quería quedarme con la casa del country de Pilar, enorme, difícil de limpiar. Nosotros tenemos un departamento en Barrio Norte que alquilábamos. Justo se había vencido el contrato y los inquilinos se habían ido. Yo quería irme sola a ese departamento. Un dos ambientes muy lindo sobre Paraguay. Le dije que me iba a mudar ahí. No me tomó en serio. Ese día no me dirigió la palabra. Al día siguiente, cuando él se había ido al Círculo Militar, llené dos valijas con lo básico, llamé a un remís y me fui.

”Unas horas más tarde me escribió para preguntarme dónde estaba. Le dije que me había mudado, tal como le había dicho el día

anterior. Me ordenó regresar. Le dije que no. Me empezó a mandar mensajes de voz insultándome. Yo le decía que se calmara y que no estaba dispuesta a cambiar mi decisión. Se apareció en el departamento a la una de la mañana. Obviamente, le abrí. Primero me trató de ladrona, por llevarme cosas de la casa, después de usurpadora porque me había traído los dos juegos de llave del departamento. Me preguntó si había otro hombre. Le dije que no. No me creyó. Insistió. Le dije de nuevo que no, porque era así. Entonces me pegó un cachetazo. Me tomó por sorpresa, nunca me había pegado. En vez de llorar o asustarme, me largué a reír, no sé por qué reaccioné de esa manera. Creo que lo que me causaba gracia era que pensara que tenía un amante. Daniel no lo tomó bien. Me dio otro cachetazo. Y otro. Me decía puta y cosas horribles. Terminé en el suelo, pidiéndole que no me pegara más. Ahora sí lloraba. De pronto, él me miró horrorizado. Fue como si tomara consciencia. No me dijo nada y salió casi corriendo del departamento.

”Me llamó por teléfono más tarde. Noté que había tomado alcohol. Me preguntaba cómo estaba, me pedía disculpas, me decía que yo era lo más importante de su vida. Lloriqueaba. En ese momento lo que yo sentía era un profundo desprecio por ese hombre con el que había vivido treinta años. Muy fría le dije que habláramos en unos días cuando estuviera más tranquilo.

”A partir de ahí todo fue un caos. Regresó a buscarme un día, pero como me negué a irme con él, volvió a pegarme. Yo salía del departamento y estaba él con el auto a media cuadra. En esos días fue nuestro aniversario de casados y me mandó un ramo de rosas. Me escribía por WhatsApp pidiéndome que volviera, preguntándome

el nombre de mi amante, me llamaba puta. Se puso en contacto con mis padres para decirles que había enloquecido. Me vino a ver mi madre y le dije que simplemente me había separado.

”Me tocaba el timbre los sábados a la madrugada para saber si estaba en el departamento o si estaba por ahí con algún tipo. Me cansé y fui a la comisaría. Cometí el error de decir que mi marido era mayor del Ejército. No me quisieron tomar la denuncia. Me dijeron que debía dirigirme a una repartición militar, que ellos tenían su propia justicia.

—Qué barbaridad —fue el comentario de Roxana. Las cuatro respiraron. Habían mantenido el aliento durante todo el relato de Andrea, que continuó.

—Después de una serie de acosos, que incluían amenazas de suicidio, de que me iba a matar y después se iba a suicidar, fui a otra comisaría. Cuando me preguntaron cuál era su oficio, les dije que era empleado público. Me tomaron la denuncia, pero después no pasó nada.

—Ahí fue cuando yo le dije que se dirigiera directamente a una fiscalía —acotó Catalina.

—Fue lo que hice. Me tomaron la denuncia. Pero ya pasó un mes y ni siquiera lo llamaron a declarar.

Verónica no necesitaba más para su nota. Solo le pidió los datos exactos de las comisarías y la fiscalía que habían actuado (mejor dicho, no actuado). Le contó que la iba a llamar una abogada de su confianza, la doctora Diana Veglio. Que ella la representaría y haría todas las gestiones. Andrea le agradeció y Catalina casi que le besa las manos. Los agradecimientos pueden ser un momento incómodo, sobre todo para alguien como Verónica, que no sentía estar

haciendo algo extraordinario. Para salir de esa situación, dijo algo sobre los militares y la violencia contenida.

—Ni me hables —le respondió Andrea—. Esta familia tiene antecedentes de todo tipo.

—¿La familia de tu exmarido? ¿Por qué lo decís?

—El padre era coronel y el hermano mayor también. Ya fallecieron los dos. El hermano de Daniel estuvo detenido por crímenes de lesa humanidad. Murió hace unos meses.

—Uff, te metiste en una familia complicada.

—Eso no es nada. A la hermana la hicieron pasar por muerta en un accidente, pero parece que la mandaron a matar para heredarla.

—Me estás jodiendo.

—Eso me contó Daniel una madrugada, borracho, después de discutir con su hermano por cuestiones de dinero.

—¿Pero cómo que la mandaron a matar?

—Daniel no me dio muchos detalles y después no volvió a hablar de eso. Pero dijo que el padre y el hermano eran los responsables de la muerte de la hermana. Ellos la mataron o la mandaron a matar.

—¿Cómo se llamaba la hermana?

—Cecilia. Cecilia Morrison.

VI

No fue un almuerzo inolvidable el que tuvo ese día con su padre, sobre todo porque Aarón había pedido a Antonia que preparase unas ricas ensaladas para compensar todo lo que había comido en el fin

de semana. Verónica le preguntó a Antonia si habían sobrado ñoquis del mediodía anterior.

—Sobraron, pero se los llevó Daniela cuando pasó a buscar a los chicos.

—¿O sea que mis hermanas comieron ñoquis con boloñesa y a mí no me guardaron?

—Hasta Chicha comió boloñesa. Le puse un poquito en el plato.

Por suerte las ensaladas eran variadas, tenían ingredientes que no solían estar en su heladera como palmitos, bacalao ahumado y alcaparras. Antonia también sirvió un queso provolone, que era lo único que había quedado del almuerzo dominical.

Aarón le preguntó en qué andaba.

—Hoy entrevisté a una mujer está siendo acosada por su exmarido, que es un militar. Voy a escribir una nota sobre ese caso.

—Detrás de todo violento se esconde un cobarde. Dale miedo y no se va a animar a exponer su violencia.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Ah, hay algo que no te conté. Ayer les avisé a tus hermanas. Viene de viaje de descanso el doctor Manuel Cobos García. Yo lo invité. No puede ser que no conozca Buenos Aires.

—¿Invitaste a tu médico neoyorquino?

—Español, de Andalucía.

—Bueno, ese. ¿Va a parar en casa?

—No, hay demasiado bullicio los fines de semana y justo ahora se vienen unos feriados. Lo invité a pasar unos días en el Alvear. Así está cerca.

—¿En el Alvear?

—Es un gran doctor. Se merece lo mejor. Me gustaría que vos y tus hermanas lo saquen a pasear, a recorrer la ciudad. También le podés decir a Paula.

Su amiga Paula la había acompañado en varias actividades con su padre. Ella lo tuteaba y hasta le coqueteaba un poco, algo que a Aarón lo ponía de buen humor. Verónica soportaba todo con estoicismo.

Llegó a la redacción un poco tarde. Se reunió con María Magdalena, Patricia y Rodolfo Corso. No era exactamente una reunión de sumario, porque en esos casos participaban otros periodistas. Esta era una reunión de mesa chica. Los cuatro venían de *Nuestro Tiempo* y formaban un grupo dentro de la redacción. Se hablaba de notas, de cómo iba el portal de *Malas Noticias*, se chusmeaba sobre todos y se tomaba mate. Cuando se terminaba el termo, la reunión se daba por concluida.

—Hay dos notas. Una la resuelvo entre hoy y mañana y es el caso de Andrea Benítez: violencia de género y acoso por parte de su exmarido, que es militar retirado, mientras la justicia no hace nada. Diana Veglio la está representando y me prometió una columna de opinión.

—Decile que te mande una fotito para la columna.

—Cuando ya habíamos terminado la entrevista, Andrea dijo algo que me pareció inquietante. Todavía no sé cuánto tiene de verdad o de delirio. Según ella, su marido en estado de ebriedad le contó que su hermano mayor y su padre, todos militares, mandaron a asesinar a una hermana, Cecilia.

—Es muy fuerte. ¿Qué hicieron? ¿Cómo murió?

—No sé, María. Se supone que fue en la primera mitad de los años setenta, pero Andrea no lo sabía con claridad. No tengo otra data.

—Si mal no recuerdo, un militar de apellido Morrison está procesado por crímenes de lesa humanidad durante la dictadura —dijo Patricia.

—El mayor Walter Morrison, por la megacausa de Campo de Mayo. Estuvo preso, pero ya murió —aclaró Rodolfo.

—¿Esa causa la lleva un tribunal de San Martín?

—Así es. Morrison estaba hasta las manos. El padre era milico de los tiempos de Onganía y Lanusse. Un tipo con mucho poder político, dueño de media Patagonia. Se murió durante la dictadura. Son de familia inglesa. Cada generación hizo más plata, hasta la última. Los dos hermanos se comieron los campos. A eso sumale los juicios por crímenes durante los años de plomo.

—Sos un especialista en la familia Morrison —le dijo sorprendida Verónica.

—Milicos garcas y asesinos es una de mis especialidades. ¿Qué te parece si hacemos la nota juntos?

—Me parece excelente.

—Si encuentran algo es un golazo —los alentó María Magdalena.

—Pongan a trabajar a Greta. Que busque información —pidió Patricia.

—Olvidate —le dijo Rodolfo—. Se va a poner a buscar en internet. Acá hay que volver a las fuentes. A los viejos archivos de papel y a visitar gente.

VII

Verónica se dedicó al artículo sobre Andrea Benítez. Leyó toda la documentación disponible, visitó las comisarías y la fiscalía. Solo obtuvo respuestas ambiguas, negaciones, algunas aseveraciones difíciles de comprobar: lo habitual cuando el Estado se lava las manos y abandona a una persona a su suerte, mejor dicho, a su desgracia. Pero con todo ese material, sumado a la entrevista que le había hecho a Andrea, pudo armar un artículo sólido, que era su marca de fábrica. María Magdalena le sugirió unos cambios menores, después editó títulos y subtítulos, buscó una ilustración simbólica (no pensaban publicar la foto de Andrea, tampoco la de su exmarido), le hizo una buena bajada y la envió al portal digital como nota principal.

Verónica se había centrado en el caso y no se ocupó de Cecilia Morrison. Si la familia la había matado en los setenta, cualquier investigación periodística podía esperar. Sin embargo, Rodolfo Corso ya había comenzado a moverse. Estaba leyendo revistas y diarios de la época y entrevistando a algunas posibles fuentes. Verónica había terminado por rendirse a la capacidad periodística de Corso y lo admiraba.

En esos días llegó el doctor Manuel Cobos García a Buenos Aires. Aarón y Leticia fueron a recibirlo a Ezeiza. Verónica no estuvo disponible ni en esa ocasión, ni la siguiente cuando fueron a comer a lo de Daniela, pero esta vez fue ella la que mandó una embajadora. Paula se unió al grupo familiar, para alegría de Aarón. A las hermanas tampoco les molestaba su presencia, porque tenían mucha confianza con su amiga y creían que cuanta más gente estuviera en contacto con su padre, mejor para él.

—Comida casera judía, tu papá encantador, un médico español que tal vez sea un buen partido, tus hermanas brujas que te van a criticar toda la noche, ¿qué más le puedo pedir a la vida? —dijo Paula, aceptando la invitación.

Un día más tarde, fueron a tomar un café en la esquina de la redacción de *Malas Noticias*. Paula le hizo un resumen de la noche.

—A tu papá lo veo muy bien. Estaba de un humor excelente. Tus hermanas se parecen tanto a vos que me quedo asombrada mirándolas.

—Que te recontra.

—La comida espectacular. Pedí el péquele, se rieron como si hubiera dicho un chiste, pero no me lo dieron.

—El péquele es solo para la gente de mi pueblo, no hay para los goyim.

—Es cierto que la culpa judía me es totalmente ajena. Volvamos al doctorcito. Spoiler: creo que es gay.

—Es goy y gay.

—Hizo algún chiste sobre eso.

—¿Sobre ser gay?

—No, boluda. Dijo que en Andalucía todos tienen sangre cristiana, judía, árabe y gitana, en partes más o menos iguales. Pero sí, che. Ojo de loca no se equivoca. Es puto. Y si bien no dijo nada, sospecho que salió del placard hace rato. Seguramente quiere recorrer los antros gay friendly de Buenos Aires. ¿Te imaginás a tus hermanas yendo a boliches de putos? Quiero ver eso, por favor.

—Es muy probable que me toque a mí ir a esos lugares.

—Conmigo mucho no cuentes. No estoy saliendo tanto de noche y cuando salgo no quiero desperdiciar la ocasión yendo a un lugar en

donde no voy a encontrar un tipo para mí.

—Pero si nunca te levantás a nadie.

—Qué perra que sos. Perra y mala amiga.

Verónica conoció a Manuel Cobos García la tarde siguiente. Antonia le avisó que su padre estaba en su estudio reunido con el médico español. No quiso interrumpirlos y se fue a su habitación para leer un rato. Había reencontrado entre sus libros de adolescencia un ejemplar de *Cumbres borrascosas* y estaba releyéndola con renovado placer. Le encantaba volver a descubrir la pasión loca de Heathcliff por Catherine. A la hora bajó con el libro y fue hacia el estudio. La reunión continuaba. Se iba a poner a leer en el living, pero justo en ese momento salía su padre y la vio en el pasillo. Fue hacia ella.

—Verónica, vení a saludar al doctor Cobos, que te quiere conocer.

—Yo también. De hecho, venía para eso.

—Ya vengo —dijo su padre, que seguramente se dirigía al baño.

Verónica dudó en esperarlo o ir al escritorio. Fue un segundo de duda, porque era lógico que tenía que entrar. Como si el doctor le leyera la mente, desde adentro dijo en voz muy alta.

—Verónica, tu fama te precede.

Ella entró, él estaba todavía sentado, dándole la espalda. Cuando Verónica ya estaba adentro, el doctor se puso de pie y se dio vuelta. Manuel tenía el pelo muy negro y la piel levemente morena. Los ojos debían ser también negros o, al menos, oscuros. No era muy alto, más o menos como ella, entre un metro setenta y un metro setenta y cinco. Muy delgado, de aspecto frágil y una sonrisa cálida.

—Si es la fama que me pudieron hacer mis hermanas preferiría que la olvides.

Ella tendió la mano, en un gesto tonto (¿por qué le daría la mano si besaba a todo el mundo, incluso a los desconocidos?) y él le dio dos besos en las mejillas a la usanza europea.

—Estoy dispuesto a debatir cada punto al que hicieron referencia tus simpáticas hermanas.

En todo ese momento se habían mirado a los ojos (sí, eran negros, brillosos). Verónica pensaba: *este tipo es menos puto que Pappo. No es gay ni a palos*. Él dijo algo, que ella no llegó a escuchar, y le señaló ¿las tetas? No, no eran las tetas. Es que había apoyado el libro en su pecho tal vez para tapar la remera vieja de entrecasa que tenía puesta.

—*Cumbres borrascosas*. Déjame ver —le quitó el ejemplar de las manos—. Ah, es una edición argentina. Las traducciones españolas son flojas, pero nunca me animé a leerla en inglés. Déjame verlo.

—¿Leíste *Cumbres borrascosas*?

—En mi adolescencia. En una edición en la que Catherine se llamaba Catalina.

Manuel le recordaba a alguien, ¿a quién? No le podía sacar la ficha. Era muy parecido a… ¿a quién? Él seguía hablando con ese tono con el que hablan los andaluces, con las eses aspiradas, las consonantes cambiadas. Parecía arrancado de… ¿De dónde?

—El franquismo nos hizo mucho daño a los lectores. Las traducciones venían censuradas. Espero que no hayas leído la traducción de *Romeo y Julieta* que se publicó en España. Y hasta la Guerra Civil teníamos buenos traductores. Nunca más nos recuperamos.

La Guerra Civil… Claro ya sabía a quién le hacía acordar. A Federico García Lorca. Esos ojos, el rostro, la forma de hablar de

Manuel le traían a la memoria los poemas de García Lorca. ¿Por eso sus hermanas y Paula pensaron que era gay? No, si sus hermanas creían que Lorca es calor al revés. Había algo femenino en Manuel, una supuesta fragilidad. Pero ella sabía bien que la fragilidad no es sinónimo de mujer. Esa fragilidad que él parecía exhibir era su forma de vivir en el mundo.

Me voy a enamorar como una pelotuda de este catador de ediciones españolas, pensó, y justo sonó su teléfono celular.

Era Federico. No podía ser, el tipo la espiaba, no quedaba otra. Era la primera vez que la llamaba desde que se habían separado. ¿Justo cuando ella acababa de conocer a Manuel? ¿Federico había puesto cámaras escondidas en el estudio de su padre? ¿Con qué excusa tonta la estaba llamando?

—Hola, Federico.

—Hola, Verónica.

—¿Qué necesitás?

—Sé que estás haciendo una investigación periodística sobre Cecilia Morrison. Tenemos que hablar de la relación entre el Estudio Rosenthal y la familia Morrison. ¿Cuándo nos podemos ver?

6. Descubrimientos inesperados

I

Rodolfo Corso conocía parte de lo ocurrido con el Estudio Rosenthal, a través de lo que Verónica había contado en algún after hours de la mesa chica de *Malas Noticias*.

Como Aarón quería dedicarse a sus afectos y a cuidarse de su enfermedad terminal, había decidido delegar su lugar en la dirección del estudio. Desde hacía años que su abogado favorito era Federico, mucho más cuando se puso en pareja con Verónica. Sin embargo, sentía también un especial agradecimiento por Mario Iñíguez, que había estado desde los comienzos. Sin él, el Estudio Rosenthal no habría sido tan importante. Eso lo pensaba Aarón, aunque si se les hubiera preguntado a colegas y jueces, todos habrían dicho que el estudio era, para bien o para mal, mérito de Rosenthal. A su capacidad intelectual, que lo había destacado de joven, le fue agregando con los años una enorme fuerza de persuasión entre los poderosos. Cuanto más importante el cliente o el adversario, más se agrandaba Rosenthal hasta dejarlos pequeños. Era como un superpoder que le reconocían amigos y enemigos, beneficiados y víctimas de sus acciones. Si no había llegado a la Corte Suprema era

porque no le interesaba la política partidaria, ni tener que responder a intereses que no eran los de un cliente y los propios. En los últimos años le gustaba parodiar a un empresario y decía: "¿Juez de la corte?, puesto menor".

Iñíguez hubiera sido su reemplazo natural diez años atrás, pero Federico se había impuesto como el abogado más destacado. Las malas lenguas podían decir que brillaba porque se había convertido en su yerno, pero la realidad era otra. Si bien Aarón había impulsado la carrera de Federico, el joven profesional se ganó su lugar llevando adelante causas muy importantes. Tenía un estilo distinto al de Aarón. No despertaba el temor que Rosenthal construyó desde un comienzo. Más bien parecía un abogado algo distraído, pero tenía un sexto sentido para saber cuándo negociar, en qué momento parar o decidir ir a juicio. Manejaba las causas como si jugara al póker e hiciera trampa con las cartas para quedarse siempre con las mejores. Pero no, jugaba limpio, mucho más limpio que el propio Rosenthal. Y ganaba igual. Eso lo fascinaba a Aarón, tal como se lo dijo alguna vez a Verónica (que luego se lo contó a Federico y más tarde a Rodolfo en el after hours).

Durante un tiempo, Aarón dudó entre el mejor abogado o el más antiguo, que también era muy bueno. Pero Daniela y Leticia presionaron para que fuera Federico. Al fin y al cabo, algún día Verónica y él tendrían hijos, alguno sería abogado y el control del estudio estaría en manos de su nieto. Verónica no apoyaba la teoría de la tercera generación, pero por lo demás se mantenía prescindente de opinar.

Aarón ya se había decidido por su yerno cuando estalló el escándalo. Federico tenía una amante: una abogada joven del

estudio llamada Ángeles Basualdo, que había quedado embarazada durante sus actividades no muy ajustadas a derecho. Federico y Verónica se separaron. Durante días el estudio se convirtió en un hervidero de chismes, que hubiese hecho palidecer a los programas televisivos dedicados a la farándula. Se decía que Aarón iba a despedir a Federico y llevarlo a juicio, que Ángeles había decidido abandonar la abogacía, que Federico y ella se irían a vivir a Suiza, que el hijo no era de Federico sino de un diplomático, que Verónica había herido a Ángeles y por eso terminó en un hospital. Por supuesto que los chismes no llegaban a oídos de Aarón. Nadie en su sano juicio se hubiera animado a decir algo delante de él.

Lo cierto era que a Aarón lo tenía sin cuidado la vida sexual de sus hijas, de sus yernos, de sus empleados. No era ese tipo de lealtad la que él apreciaba. Si había soñado con un Federico yerno, era porque creía que Verónica y él se querían más de lo que ellos mismos estaban dispuestos a reconocer. Aarón jamás hubiera opinado sobre la convivencia de la pareja. Tampoco lo haría si se separaban, mucho menos por una infidelidad de alguno de los dos. Federico seguía siendo el elegido para dirigir los destinos del estudio.

Pero ahí empezó el trabajo fino de Verónica. *O el trabajo sucio*, se dijo Rodolfo mientras la escuchaba.

Primero habló con sus hermanas cuando todavía el cadáver de Federico estaba caliente, figurativamente hablando. Las hermanas no podían creer lo sucedido. Ellas esperaban algo así de sus maridos, pero no de Federico, que era el hombre ideal. Daniela intentó una débil defensa, pero ante la amonestación de Leticia, se quedó callada. Difícil defender a un hombre infiel que embaraza a su amante.

En medio de los lamentos y los insultos, Verónica sacó el tema del estudio. Que el padre no podía poner en manos de Federico algo tan importante. Leticia dudaba al respecto, y creía que las infidelidades del muchacho no tenían por qué influir en su comportamiento profesional. Daniela opinó que no era el momento adecuado para hablar de eso. Pero Verónica insistió. No sabían si Ángeles era la única amante que tenía. ¿Y si había acosado a alguna otra empleada? El Estudio Rosenthal no soportaría un escándalo sexual. Lo que había construido el padre en cuarenta años se vendría abajo en dos días. Además, un hombre que pierde tiempo en seducir a una colega demuestra que no tiene la cabeza puesta en el trabajo. Daniela y Leticia terminaron por darle la razón. Entonces Verónica dobló la apuesta: ellas debían ser las que hablaran con su padre y no ella, para que él no pensara que era una decisión tomada por despecho. Tenían que transmitir el mensaje de que las hermanas Rosenthal no aprobaban que Federico Córdova se hiciera cargo del estudio. Que Iñíguez, a pesar de su edad, era una excelente opción. Y así lo hicieron.

Aarón las escuchó, sopesó las razones, y aunque seguramente notó la mano de su hija menor en la argumentación, suspiró profundo y terminó dándoles la razón. Iñíguez sería el nuevo mandamás del Estudio Rosenthal.

Terminó concediendo a sus hijas mayores que el hecho de que Federico embarazara a Ángeles le había hecho más ruido de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Días después, Aarón comunicaba a los integrantes del estudio que Mario Iñíguez se haría cargo de la toma de decisiones.

Así las cosas. Rodolfo había construido durante años un sólido vínculo con Federico. No era una amistad en el sentido estricto, sino una relación de colaboración mutua y generosa. Si Federico necesitaba que un periodista lo ayudara a investigar, lo llamaba a Corso. Y cuando este requería los servicios de un abogado, utilizaba la asistencia del doctor Federico Córdova. Pero no era solo una relación utilitaria, a veces también se reunían para tomar una cerveza, hablaban de sus trabajos y opinaban sobre lo que el otro debía hacer. Federico lo había invitado a alguna reunión social cuando era soltero.

Ahora, el periodista necesitaba los servicios del abogado.

Corso se había puesto a investigar lo ocurrido con Cecilia Morrison. No encontraba información periodística sobre su muerte. Si había sido un accidente, los diarios de Buenos Aires de los años setenta no reflejaban el hecho. En cambio, encontró una información más que inquietante.

Quien solía aparecer cada tanto en los medios de la época era su padre, Guillermo Morrison, un coronel retirado de Caballería. Era también un rico estanciero dedicado a los múltiples negocios que podía generar el campo fecundo de la pampa húmeda. Ya estaba retirado durante la dictadura, mientras su hijo mayor, Walter, se convertía en un destacado oficial en los años de plomo.

Buscando en diarios y revistas anteriores al golpe del 76, Rodolfo encontró un artículo de julio de 1975 en la revista *Cuestionario* en el que se denunciaba cómo Guillermo Morrison se había quedado con un extenso territorio de la provincia de Chubut. Para eso hubo que desalojar a una comunidad entera de indígenas mapuches. Se

nombraba como abogado de Morrison a Mario Iñíguez. No podía ser otro que el socio actual de Rosenthal. Corso llamó a Federico.

Se encontraron en el bar Lavalle, habitual lugar de reuniones del abogado. Rodolfo no podía hacerse el tonto respecto a lo ocurrido en esos meses.

—Doctor Córdova, esperaba verlo enjuto y destrozado por tantos cambios en su vida, pero está rozagante.

—Lo que no te mata te fortalece.

—¿Y estás muy fortalecido?

—Digamos que preferiría ser domador de leones en un circo en lugar de estar en mi situación actual, pero no me doy por vencido.

—No sé si corresponde, pero felicitaciones por incorporar a este valle de lágrimas un nuevo ser.

—Nunca entendí las felicitaciones en casos como este, porque no hice nada extraordinario, pero igual te agradezco.

—¿Y cómo llevás la jugada que te hicieron las hermanitas Rosenthal?

—Ah, eso me tiene sin cuidado. Hago mi trabajo, Iñíguez el suyo. Reemplazar a Aarón es imposible. Su ausencia me resulta más dura que cualquier otra cosa. A veces estoy apático, sin ganas de seguir, pero no es porque hayan puesto a Iñíguez. Es porque me cuesta mucho no tener encima de mi cabeza a Rosenthal. Es duro.

—Me imagino. De Iñíguez te quería hablar.

Corso le hizo un resumen de los hechos. Le habló del artículo de Verónica sobre el militar acosador de su ex. Le contó que la hermana de Morrison habría sido asesinada por su familia, y que Verónica y él escribirían una nota al respecto. Finalmente, le dijo que el nombre de Iñíguez aparecía vinculado al militar estanciero.

—Por la fecha que me das, Iñíguez ya formaba parte del estudio. Pero recién empezaban. Es posible que en los primeros años cada uno tuviera sus propios clientes.

—¿Me podrías pasar el contacto de Iñíguez para preguntarle?

—Venite al estudio y le preguntás ahora mismo.

Los tiempos habían cambiado desde que Aarón no estaba a cargo. A Federico jamás se le hubiera ocurrido llevarlo a las oficinas y se habría limitado a darle el teléfono interno de Iñíguez como única ayuda. Caminaban por Lavalle, con cierto apuro por encontrar al viejo abogado, que debía estar por irse.

—No entiendo por qué el Estudio Rosenthal sigue en el anticuado barrio de Tribunales en vez de mudarse a un piso de Puerto Madero, que está más cerca de Comodoro Py.

—Es que Aarón siempre fue un clásico. Y no todo pasa por Comodoro Py.

No estaba en Puerto Madero, ni tenía el derroche de nuevos ricos con oficinas vidriadas con vistas al Río de la Plata, pero el último piso de ese edificio, cuyos balcones decimonónicos daban hacia la Plaza Lavalle, tenía el discreto encanto de la burguesía de tiempos pretéritos, con más roble de Eslavonia por metro cuadrado que los bosques de Croacia. Pasaron por delante de un señor de seguridad privada y luego de una recepcionista, sin detenerse. Entraron a una habitación no muy grande con una mesa de trabajo. Corso pensó que esa no debía ser la sala de reuniones principal sino una para llevar a cabo encuentros de menor porte.

—Esperá.

Federico lo dejó solo durante un cuarto de hora hasta regresar con Iñíguez. Era un hombre alto y delgado, que vestía un traje gris

impecable y una corbata de seda azul cobalto que resaltaba de forma notable. El pelo cano y los ojos claros le daban aspecto de hombre de Europa del Norte, a pesar de su apellido español. No representaba los setenta y pico de años que seguramente tenía.

Se presentaron y tomaron asiento. Federico se quedó con ellos, como si quisiera participar de la charla.

—Estaba buscando información sobre la familia del mayor Daniel Morrison y encontré que usted representó a su padre en 1975.

—¡Cuántos años! —dijo con una sonrisa profesional. Corso podía lidiar con eso.

—Sí, claro. ¿Usted ya formaba parte del estudio?

—Bueno, Aarón y yo comenzamos a trabajar juntos en ese año, por lo que supongo que sí.

—¿Guillermo Morrison fue cliente de ustedes?

—No recuerdo mucho ese año, pero es posible que hayamos tenido alguna causa de bienes raíces, que era nuestra primera especialidad. Ahora que lo pienso… sí, fue cliente nuestro.

—¿Y en los años siguientes?

—No volvimos a trabajar con Morrison.

—¿Cambió de estudio?

—Eso pasa todo el tiempo.

—En realidad, me interesa su hija, Cecilia Morrison. ¿Usted llegó a conocerla?

Iñíguez hizo un esfuerzo por recordar, parecía buscar en su cabeza el archivo con la información de ese año. No debía ser fácil, pensaba Rodolfo, que era incapaz de recordar adónde iba a bailar en la adolescencia.

—La vi en alguna oportunidad, pero no mucho más.

—¿Tiene idea de cómo fue que murió?

—Creo que fue un accidente o algo así.

—Esta pregunta que le voy a hacer le va a resultar muy rara. ¿Cree que puede haber alguna posibilidad de que la haya matado alguien de su familia? ¿Su padre, su hermano mayor?

Iñíguez lo miró como tratando de entender si le estaba haciendo un chiste, o simplemente si Corso era un tipo con problemas mentales.

—En absoluto. ¿Cómo van a matar a su hija, a su hermana?

II

Federico escuchaba la charla con una sonrisa beatífica. Los conocía muy bien a los dos y un poco le divertía verlos conversar. Se daba cuenta de que Iñíguez mentía y de que Corso notaba que había algo raro. Fue Federico el que dio por terminada la reunión y acompañó a Corso hasta la puerta.

Iñíguez parecía esperarlo en el pasillo solo para decirle:

—Che, no me traigas más a estos locos.

—Viste como son los periodistas. Aman las teorías conspirativas.

—Que hagan lo que quieran, pero que no metan al estudio en el medio.

Federico le dio la razón y lo dejó solo. Fue hasta la recepción y le pidió a Mercedes la llave de "al lado", como llamaban al departamento que quedaba dos edificios más allá por la calle Talcahuano y que funcionaba como depósito y archivo. Estaba también en un último piso, pero no tenía el lujo del estudio. Más

bien, todo lo contrario: era un edificio de estilo francés, que en su origen reservaba el piso más alto para el personal de servicio y que con los años se habían transformado en bauleras. Rosenthal había comprado todo el piso y reconvertido el lugar en depósito de las causas llevadas por el estudio desde sus inicios. Todavía hoy se archivaban ahí las más recientes. Cuando Federico entró a trabajar, lo tuvieron semanas enteras ordenando carpetas.

En el rincón más alto y lejano de uno de los cuartos estaban los archivos más antiguos. Federico usó la escalera que servía para esos menesteres y bajó los expedientes. No tuvo que buscar mucho: enseguida encontró la causa de los campos patagónicos de la que había hablado Corso. Esa había sido la primera. Imposible que Iñíguez apenas se acordara del primer caso exitoso, aunque hubieran pasado mil años.

Pero le llamó especialmente la atención que la mayoría de las causas que llevaron ese año las hicieron representando a Morrison. No era un caso aislado: fue el primer cliente que tuvieron y les generó mucha actividad. Sin embargo, no había ninguna causa nueva a partir de 1976. Era muy extraño, sobre todo considerando que todas las negociaciones comenzadas en 1975 tuvieron un final positivo para el militar estanciero. Nadie cambia de abogados cuando le va tan bien. ¿Qué había ocurrido con Morrison?

En la primera época del estudio —y durante mucho tiempo— hubo un personaje mítico: Fanny, la secretaria personal de Aarón, una mujer que ya rondaba los cincuenta cuando la contrató Rosenthal por recomendación de su suegro. Trabajó hasta mucho después de tener la edad de jubilarse y murió de un infarto un feriado del 2000. Que para morirse hubiera elegido un día no laborable fue el chiste

que más se repitió en su velorio. Federico no llegó a conocerla, pero su figura seguía siendo importante para todos, y el estudio se fue dividiendo en dos grandes grupos: los que la habían conocido y tenían un montón de anécdotas de ella, y los que no la conocieron y escuchaban con envidia a los otros.

Fanny era mucho más que una secretaria. Llevaba la contabilidad del estudio, ordenaba las cuentas y —según se decía— era la que decidía cuáles debían ser los honorarios de los abogados. De una prolijidad absoluta, había guardado desde el comienzo todos los comprobantes y las notas de gastos. Como ella fue la que organizó los archivos, también incorporó a cada expediente los recibos o las indicaciones de pagos realizados. Bendita Fanny que le hablaba a Federico desde el lejanísimo 1975.

En julio de ese año, el estudio contrató a unos abogados uruguayos por una herencia que debía cobrar Cecilia Morrison. O sea que en julio estaba viva. No se aclaraba qué necesitaba el Estudio Rosenthal, tal vez era un simple asesoramiento. En diciembre de 1975 aparecían unos comprobantes bastante confusos. Porque del 15 de ese mes había gastos de escribanía para una certificación de firmas de Cecilia y Walter Morrison. Dos días más tarde, los gastos eran por un certificado de defunción. Se lo habían cobrado a Walter Morrison, pero no se aclaraba de quién era. Sin embargo, escrito a mano y en lápiz, con su letra firme y clara, Fanny había agregado dos iniciales mayúsculas: "C. M.". ¿Se refería a Cecilia? ¿Moría dos días después de certificar la firma? ¿Por qué Fanny había agregado ese dato que, evidentemente, no debía figurar de manera oficial? ¿Por si alguien, alguna vez, quería saber la verdad? ¿La verdad sobre qué?

Tuvo un momento de iluminación y lo llamó a Corso.

—¿Buscaste en las necrológicas de *La Nación*?

Considerando que era una familia poderosa, alguien habría publicado un aviso llorando la muerte de la joven Cecilia.

—Me hacés sentir un tarado. Revisé las noticias, pero no los avisos fúnebres.

—Fijate diciembre 1975. Especialmente los días posteriores al quince de diciembre.

—¿Por algo en especial?

—Un pálpito. ¿Hablaste con Verónica de todo esto?

—Todavía no.

Era lo que Federico había imaginado. Tanto Corso como él se daban cuenta de que Aarón podía estar involucrado más de lo pensado con la familia Morrison. Pero a diferencia de Corso, que prefería guardarse todo lo posible ese dato, Federico consideraba que había que avisarle ya a Verónica. No tanto por ella, sino para cuidar a Aarón.

Pensó en Verónica y las manos comenzaron a transpirarle, el corazón se le aceleró y se le secó la boca. Debía superar sus temores y llamarla. No debía pensar. Solo buscar el número de ella y presionarlo. Fue lo que hizo. Del otro lado de la línea, la voz de Verónica le resultó exaltada. Estaba molesta por su llamado. No había dudas.

—¿Qué necesitás?

Mejor no andar con vueltas. Le dijo rápidamente el motivo y quedaron en verse en el Petit Colón, como cuando eran jóvenes. Para que se le hiciera más corto el tiempo de espera hasta encontrarse con Verónica, siguió leyendo los archivos del estudio del

año 1976. Si estaba desorientado por lo ocurrido en 1975, cuando avanzó con los años siguientes, Federico quedó totalmente confundido.

III

Rodolfo Corso cortó el llamado con Federico y se fue directamente a la Biblioteca del Congreso. Los avisos fúnebres del diario *La Nación* eran un clásico mortuorio entre las familias ricas del país. Cuando se moría un pariente, se fijaban cuántos avisos habían puesto en su homenaje y comparaban con otros familiares ya muertos o con otros linajes. A mayor número de avisos, más prestigio tenía el difunto. Era una competencia post mortem, el último gesto frívolo de un mundo construido de apariencias.

Consiguió los diarios del mes de diciembre. Nada el día 15, ni el 16. Revisó el 17: ninguna mención. El 18 tampoco, ni el 19, ni el 20. Pero el 21 aparecieron. No uno, ni dos: ocho avisos dedicados a Cecilia Morrison. Que en paz descanse, acompañamos a su familia. Crucecitas negras, fecha de nacimiento y fecha de deceso: 19-12-1975. Saludos de la familia militar, de familias patricias, de sus amigas del club Hurlingham. Solo dos avisos hacían mención a cómo fue su muerte: un cruel accidente. Y uno, con cierto afán informativo, decía el lugar: provincia de Córdoba. Había un aviso de la propia familia Morrison. Aparecían nombrados el padre, los hermanos, la cuñada. Rogaban por una oración para la hija y hermana.

Corso fotografió la página y llamó a Marcos Aguirre, un amigo periodista que vivía en la ciudad de Córdoba. Un hombre de unos cincuenta años, que en los últimos años se dedicaba a escribir libros sobre la vida política de la provincia. Tenía uno sobre la lucha estudiantil de 1918 y otro sobre el Cordobazo. Ahora escribía uno sobre el Navarrazo, el levantamiento del jefe de policía provincial Antonio Navarro en 1974, que culminó con el derrocamiento del gobierno legítimo de Ricardo Obregón Cano.

—¿Me podés averiguar si en *La Voz del Interior* salió alguna noticia sobre la muerte de Cecilia Morrison? Ocurrió el 19 de diciembre de 1975, por lo que la noticia tuvo que haber salido el 20 o el 21.

—¿Y yo qué gano si te averiguo algo?

—Una botella de fernet.

—Que sea de whisky. Acá fernet hay mucho.

Un par de horas más tarde lo llamó Aguirre. Se notaba que estaba exultante.

—Me vas a deber varias botellas de whisky con lo que te conseguí.

—Siento un cosquilleo en el cuerpo que me avisa que estás por contarme algo importante.

—Te envío por WhatsApp algunos documentos que te van a servir. El primero es la nota que salió en *La Voz* el 20 de diciembre. Es una nota corta, la más pequeña de la sección política.

—¿En Política? ¿Los accidentes no los publican en Información General o en Policiales?

—Depende el accidente y este ameritaba que estuviera en Política. Cecilia Morrison muere manejando un auto en las afueras de la ciudad. Quedó en medio de un enfrentamiento entre policías y

guerrilleros montoneros. Supuestamente, una bala proveniente desde los subversivos, así dice el texto, mató a Cecilia, hija del coronel retirado Guillermo Morrison. Primera cosa rara: muere la hija de un militar mientras se tirotean milicos y montos. ¿Le vas a dar el menor espacio posible cuando amerita un título en tapa del diario y hasta fotos de la joven muerta? Está claro que esa notita fue publicada porque los obligaron. Algo muy común en la época: tenías que poner como artículos lo que no eran más que gacetillas enviadas por la policía o los militares.

—Pará. Yo tengo otra teoría. *La Voz* es un diario cordobés, la muerta es hija de un militar porteño ya retirado. Tal vez evaluaron que con tantos muertos propios, dedicarle más espacio a una porteña era desmedido.

—Podría ser, no lo descartaría. Pero lo importante ocurrió unos días antes. Sabés que estoy con el libro del Navarrazo, ¿no?

—Sabía. ¿Cómo venís?

—Casi terminado. Bueno, para investigar la época tuve acceso a muchos archivos, sobre todo de una pareja de abogados que defendían a guerrilleros, gremialistas y militantes populares, Lucio Garzón Maceda y Gustavo Roca. Te la hago corta. Lo que te envío es copia de un pedido de habeas corpus que presentó Roca ante la justicia cordobesa. Piden por la aparición de Cecilia Morrison.

—No entiendo. ¿Por qué un habeas corpus?

—En Córdoba la dictadura empezó unos meses antes. O si lo preferís: Córdoba constituyó la prueba de laboratorio de lo que fue después el gobierno de Videla. Acordate del tristemente célebre Comando Libertadores de América. En diciembre de 1975 ya era común que hubiera desaparecidos. Gente a la que levantaba alguna

patota cívico-policial-militar y no volvía a aparecer. Roca presenta el habeas corpus porque Cecilia Morrison debió ser chupada por algún grupo paramilitar.

—Pero si ella era hija y hermana de militares.

—Acá funciona mejor la teoría porteña. El padre estaba retirado, el hermano era parte del Primer Cuerpo del Ejército y acá estaba el Tercer Cuerpo. Tal vez no la reconocieron, o tenían alguna cuenta pendiente con los Morrison. Lo cierto es que a ella seguramente la detuvieron. Pero nada sabemos de lo que pasó después.

—Salvo que murió en un accidente.

—Eso me hace ruido. Si la detuvieron, lo lógico es que haya sido porque tenía contactos con la guerrilla o con militantes sindicales o estudiantiles. En esos casos lo común era matar a la persona detenida diciendo que se quiso fugar. ¿Por qué inventar lo del accidente, pero a su vez, poniendo en escena a milicos y montos?

—Tal vez Cecilia no era guerrillera y la detuvieron por error.

—La hubieran liberado poco después de la presentación del habeas corpus.

—O no querían manchar el honor de los Morrison diciendo que la chica estaba en la guerrilla.

—Conseguiste intrigarme.

—¿Y el abogado que lo presentó?

—Gustavo Roca ya falleció. Si descubrís lo que realmente ocurrió con Cecilia Morrison, llamame para contarme. Tal vez lo incluya en mi libro.

Rodolfo se quedó confundido. Estaba claro que alrededor de Cecilia Morrison había un misterio. No era extraño en los sesenta y los setenta que hijos o parientes de militares fueran guerrilleros,

pero eran casos que trascendían, se comentaba la situación paradójica. Acá había un silencio extraño. Primero debía confirmar si era guerrillera.

A la mañana siguiente fue a verlo a Carlos Salaberry, un viejo estudioso que se había dedicado a reconstruir los movimientos guerrilleros en la Argentina. Cuando Corso le propuso encontrarse en un bar, Salaberry le pidió que pasara por su casa en Barracas, donde tenía su biblioteca y los archivos que había acumulado durante cuatro décadas.

Salaberry vivía en un viejo caserón venido a menos que, según él mismo contaba, había heredado de sus padres, dueños de una distribuidora de bebidas alcohólicas. Hijo único, se gastó la fortuna familiar leyendo e investigando. Había escrito algunos libros, que solo interesaban a los eruditos y otros autores que con sus investigaciones hacían best sellers y pasaban por historiadores. A él no le molestaba con tal de que lo dejaran seguir leyendo e investigando en paz. No era el dinero ni la fama lo que lo movía, sino el placer diletante de la lectura y el pensamiento a los que no quería renunciar. Salaberry lo esperaba con el mate y la pava.

—Nunca me acostumbré al termo. Prefiero calentar el agua cada tanto.

Debía ser por eso que Salaberry no tenía celular, solo teléfono de línea. No le gustaban las nuevas tecnologías, ni siquiera el sencillo y práctico termo.

Entrar en su casa era acceder a un universo hecho de libros y revistas. Las paredes estaban pobladas de bibliotecas. Delante de los libros había portarretratos, banderines, muñequitos, como cualquier biblioteca viva. Lo llevó hasta una habitación llena de estantes que

contenían cajas etiquetadas. Buscó una, la abrió y sacó una revista. Fueron al patio, donde había una mesa y bancos de granito revestidos con venecitas de colores.

—A los Morrison —dijo cuando se acomodaron, mientras le cebaba un mate— los tenía como militares, pero a su vez no es un apellido tan raro. Por eso nunca me llamó la atención cuando leí el nombre de Cecilia Morrison.

Corso tomó el mate y miró la revista que le ofrecía. El interior era en blanco y negro, con el poco sentido del diseño gráfico de una revista revolucionaria de los setenta. Lo que tenía en sus manos era un ejemplar de *Evita Montonera*.

—Como sabrás, esta revista fue la voz oficial de los montoneros a partir de 1974. Es en el único lugar en el que se nombra a Morrison.

Era un pequeño párrafo, metido en una nota más general que enumeraba distintas acciones guerrilleras. Podría haber sido una sección de chismes y vida social de cualquier revista, si no fuera porque en esas páginas se hablaba de ajusticiamientos, atentados, tiroteos, militantes secuestrados por la patota militar, militantes acusados de traición por la cúpula montonera. Entre otras muertes registradas en esas páginas, se afirmaba que Cecilia Morrison había sido fusilada en la unidad D2 de Córdoba. No decía nada de quedar en medio de dos fuegos.

—No hay otra mención a esta joven en ninguna publicación montonera. Lo que por otra parte no es raro porque no podía nombrarse a todos los que participaron de la guerrilla.

—Supongamos que fue fusilada, como dice acá, ¿creés que la familia pudo haber tenido algo que ver con su muerte?

—Tal vez sí. O tal vez no. No fue la única asesinada. Por ejemplo, hubo un intento de copamiento de la D2 por parte del ERP y esas acciones se pagaban con la muerte de las personas detenidas, como modo de venganza y lección para los guerrilleros.

Rodolfo Corso comenzaba a hacerse una imagen de esa chica de familia militar, que había roto el pacto de clase para meterse en una organización revolucionaria. Lo que seguía sin tener claro era el papel del padre y del hermano. El viejo Morrison y su hijo mayor estaban muertos, pero el hijo menor, Daniel, seguía vivo. ¿Qué era lo que sabía o había visto el estudiante del Colegio Militar?

IV

—Si no supiera que los fantasmas no usan móvil, diría que has hablado con uno.

A Verónica esas palabras le llegaron desde muy lejos. La llamada telefónica la había subido a una montaña rusa, la había arrojado desde arriba hasta el suelo y había acelerado con toda la fuerza antes de ponerla boca abajo en un rulo. El responsable no era otro que Federico. Tardó unos segundos en responder al comentario de Manuel, que le sonreía intrigado.

—Considerando que los fantasmas son muertos que volvieron, podría decirte que sí, acabo de hablar con un fantasma.

Por un momento, Verónica evaluó contarle toda su relación con Federico, pero un mínimo dejo de raciocinio la llevó a pensar que no era el momento adecuado y tal vez nunca lo fuera, por lo que prefirió cambiar de tema.

—Creo que soy una de las conductoras asignadas para pasearte por Buenos Aires.

—Afortunado soy yo entre todas las mujeres Rosenthal.

—No sé si tenés algo planificado, qué te gustaría conocer.

—Pues hay muchos sitios a los que quiero ir. El Museo de Bellas Artes, el Malba, la casa del Diego, el pasaje Barolo, la Avenida de Mayo, Caminito, la Bombonera, algún lugar donde se baile tango.

—Bueno, todo eso lo podés hacer con mis hermanas. Yo te voy a llevar al único lugar que vale la pena conocer.

—¿El estadio de Atlanta?

Verónica lo miró sorprendida. ¿Ese hombre podía leerle la mente?

—¿Pero cómo…?

—Tus hermanas ya me avisaron que ese era el primer lugar al que querrías llevarme. Oye, que haces reír mucho a tus hermanas.

Ah, son unas pelotudas, pensó Verónica. *¿Yo me meto en la vida de ellas? No.*

—En realidad vamos a ir a cenar a Los Bohemios, que está pegado a la cancha de Atlanta.

—Suena de lujo.

Verónica se despidió de su padre y le dijo que esa noche llevaría a Manuel a conocer la ciudad. Lo pasaría a buscar por el Alvear y lo devolvería a su hotel sano y salvo. El padre buscó el atado de cigarrillos que estaba sobre su escritorio y encendió uno. Se tomó su tiempo para responder.

—Es un muchacho bueno, no le compliques la vida.

—Papá, ¿qué imagen tenés de mí?

Lo miró con un leve enojo, pero él sonrió, algo bastante inusual, y ella no pudo evitar abrazarlo. Le dio un beso. Era un hombre

tradicional, al que le preocupaba cualquier episodio que saliera de la normalidad pretendida. Él habría sido feliz si Verónica hubiera sido como sus hermanas: bien casadas, madres ejemplares y no una mujer sin un proyecto personal definido, según su óptica. No era una cuestión de mandato paterno sino algo distinto: el temor de que ella sufriera. Su padre no podía entender las singularidades y solo aceptaba como válida la existencia común y corriente.

Faltaban todavía dos horas para encontrarse con Federico, pero no se aguantaba en la casa de su padre. Necesitaba estar sola, no hablar con nadie hasta su cita. Se metió en un bar cualquiera a tomar un café. Tenía una llamada perdida de la abogada Diana Veglio. Si bien no quería distraerse, le pareció que podía hacer una excepción con algo tan importante. La llamó.

—Hola, Verónica. Tengo novedades. Hoy hice la presentación en Tribunales. Le pusieron una orden de restricción a Daniel Morrison. No se puede acercar a Andrea Benítez a menos de quinientos metros. Y lo van a llamar a declarar la semana que viene.

—Bueno, avanzamos bastante.

—Es que si caés azarosamente en una comisaría o fiscalía, lo más probable es que pase lo que le sucedió a Benítez. Se ponen las pilas cuando hay una abogada que les habla de igual a igual. ¿Salió tu artículo?

—Lo suben mañana.

—Perfecto. Estamos al habla.

Pensó en llamar a Andrea o a Cata, pero lo podía dejar para más tarde. Mejor concentrarse en su encuentro con Federico.

A medida que iba decantándose la conversación telefónica entre ambos, Verónica bajaba la actitud confrontativa. Si lo pensaba bien,

el tono de Federico era de preocupación. Pudo haberse comportado miserablemente con ella, pero quería a Aarón como a un padre.

Lo que debía tener claro era que su amantazgo con Ángeles y su paternidad futura ya no podían ser temas de discusión entre ellos. No había nada para hablar. Ni reproches de parte de ella, ni explicaciones de parte de él. Si por alguna razón él le recriminaba haberle frustrado la dirección del estudio, ella debería limitarse a decir que fue su padre el que eligió a Iñíguez, aconsejado por Leticia y Daniela. Le gustaba la idea de mandar al frente a sus hermanas, que siempre se habían mostrado condescendientes con las actitudes de Federico. Que supiera que ya no estaban de su lado. Pero todo esto solo lo diría si él preguntaba o comentaba algo. Y su respuesta debía estar restringida a estas cuestiones. Sin perder un minuto tendría que levantarse, saludarlo y dejar que pagara él. O tirar un par de billetes sobre la mesa, como en las películas.

Aprovechando que era temprano, decidió llegar al bar media hora antes, elegir un lugar desde donde pudiera verlo entrar y analizar rápidamente si estaba mejor o peor que cuando cortaron. Mejor y peor en valores físicos, anímicos, morales y de vestuario. Si conseguía analizar su estado en pocos segundos, ya podía aspirar a un trabajo de observadora en un aeropuerto.

Llegó al Petit Colón. Había poca gente, así que era posible elegir un lugar estratégico. Recorrió con la vista y ¡sorpresa!: en una mesa del fondo, con buen control de la puerta, estaba sentado Federico, que le hizo un gesto, como si ella no lo estuviera viendo.

Tenía un largo recorrido hasta la mesa, el suficiente para que él pudiera evaluar su situación actual. Sonrió (una sonrisa al mundo,

no a él), levantó el pecho todo lo que pudo y trató de que su paso fuera decidido. Llegó a la mesa al borde del llanto.

Se saludaron con un beso frío, ni el mínimo contacto con las manos, nada de palmear el hombro, aunque fuera levemente, o amagar un abrazo. Podría ser el saludo de un vendedor de seguros a su clienta. Extrañamente, esa distancia la tranquilizó un poco. Cuando se sentó, se dio cuenta de que no había analizado nada de él (debía olvidarse de trabajar en Ezeiza), y lo que ahora veía no le servía de mucho. Parecía más joven, pero eso era imposible. Estaba bien afeitado, como siempre. No había engordado ni adelgazado. El traje que llevaba lo tenía desde hacía años. La corbata era un regalo de cumpleaños de Leticia. Tal vez la camisa fuera nueva. No se había puesto perfume o ya había perdido su fragancia.

—Pensé que ibas a llegar más tarde —le dijo él.

—Si en otra ocasión hubieras pensado, tal vez no habrías embarazado a tu amante.

—Vero, no vine a pelear.

—No es mi intención pelear. Fue una reflexión al paso.

El mozo llegó con un café para Federico y ella pidió lo mismo. Tenía sed, se hubiera bebido el vaso de agua de él, algo que hacía antes, pero no quería que lo tomara como un gesto de confianza. Esperaría el suyo.

—Estuve con Rodolfo Corso. Me contó sobre la investigación que están haciendo sobre la familia Morrison.

—No sé qué puede tener que ver mi padre con esos militares.

—Rodolfo descubrió que, cuando arrancaron con el estudio, Iñíguez había defendido al padre, Guillermo Morrison, por un problema de tierras en la Patagonia.

—¿Le preguntaron a Iñíguez?

—Sí, pero contestó ambigüedades y hasta es posible que haya mentido.

—Bueno, tal vez sea tu mala onda con él, considerando que se quedó con el puesto que…

—Pará, Vero. Pará un poco. No estoy acá por nada de nuestro pasado, ni de la elección de Iñíguez, ni nada así.

Verónica suspiró hondo.

—Disculpá, tenés razón. Seguí contándome.

—El estudio guarda todos sus archivos desde los orígenes. Me puse a revisarlos. Encontré material que puede servirles para la nota. Algo le adelanté por teléfono a Rodolfo, pero para el resto quería hablar primero con vos porque tal vez implica a Aarón.

—Te lo agradezco —dijo en un tono más sumiso del que hubiera querido usar.

—Durante gran parte de 1975, año de nacimiento del Estudio Rosenthal, tanto Aarón como Iñíguez atendieron los asuntos legales de Guillermo Morrison y algunos otros menos importantes de su hijo mayor, Walter. El otro hijo, Daniel, todavía era menor de edad. Cecilia aparece nombrada por una herencia que recibió de un pariente lejano en Uruguay. Tu padre pidió unos papeles a Montevideo, pero no queda claro para qué eran, ni tampoco resulta relevante. Lo que sí parece importante es que, a fines de 1975, el estudio certificó las firmas de un testamento de Cecilia Morrison a favor de su hermano Walter por las propiedades uruguayas. Días más tarde, el estudio pagó un certificado de defunción de Cecilia.

—Firma un testamento y muere al toque. Muy conveniente para el heredero.

—No seamos prejuiciosos. Quizás fue una casualidad.

—Supongamos que no. El hermano le hace firmar y ella muere unos días más tarde. Podemos sospechar que el responsable fue el militar. Pero entonces, si mi viejo participó de ambos actos jurídicos, hay dos posibilidades: o fue cómplice del asesino, o se enteró de lo ocurrido después y no lo denunció.

—Eso implica ser cómplice también. En estos casos, es una obligación denunciar el delito.

—Es horrible esto, Fede. ¿Sería posible que lo haya hecho Iñíguez sin que mi viejo se enterase?

—Si lo hizo Iñíguez, él hubiera estado al tanto. Al revés tal vez no.

—Debería hablar con mi viejo. Qué mierda. En estas circunstancias…

—¿Cómo sigue?

—Un poco caído, un poco más débil y escondiéndose cuando está mal. Pero salvo eso, le pone toda la garra para estar con nosotras y sus nietos. Podrías venir un día a verlo. Solo, por supuesto.

Verónica sintió ganas de fumar. Hacía varios meses que no lo hacía y le había perdido el gusto, incluso había comenzado a molestarle la gente que fumaba en lugares cerrados, salvo su padre. Pero ahora necesitaba imperiosamente un cigarrillo. O alcohol.

—Volvamos a los Morrison.

—Hay otros detalles importantes. Un tiempo antes de lo ocurrido con Cecilia, Iñíguez defendió a unos militantes detenidos. Según pude averiguar, murieron en enfrentamientos o están desaparecidos, salvo uno, que vive y es profesor de secundaria. Es muy raro lo de Iñíguez, porque el Estudio Rosenthal no llevaba ese tipo de causas.

—Bueno, Iñíguez siempre tuvo un perfil más progre que mi viejo, algo que no es difícil.

—Entonces preparate para escuchar lo que falta. Solo tuve tiempo de revisar los años 1975 y 1976. ¿Sabés qué encontré? Varios habeas corpus pedidos por Aarón.

—¿Mi viejo defendiendo a militantes políticos? No puede ser. Entiendo perfectamente que defendiera a los Morrison, incluso hasta podría creer que mató con sus propias manos a Cecilia para hacerles un favor. Pero defender a "terroristas", como los llama él cuando habla de la guerrilla, es imposible.

Sonó el teléfono de Federico.

—Es Rodolfo Corso.

—No le digas que estoy acá.

Federico escuchó durante un buen tiempo. Tomó nota en una servilleta de algunos datos que le pasaba Corso. Verónica veía la mejor versión de él, cuando se ponía una causa al hombro y no paraba hasta develar cómo ocurrieron los hechos. No dejaba de ser irónico que su padre siempre le dijera a ella que hubiera sido una buena abogada. Ella pensaba que Federico podía ser un excelente periodista. *Eligió bien, al menos en cuanto al salario*, pensó Verónica con resignación.

—No puede ser. ¿Estás seguro? Repetime las fechas.

Después de que cortó, le dijo:

—Bueno, Cecilia Morrison murió en Córdoba, supuestamente en medio de un tiroteo entre policías y guerrilleros o fusilada por los militares. Pero Cecilia era montonera, por lo que se puede suponer que no estaba en el medio sino del lado de sus compañeros. Más allá de este detalle, que es importante, pero no fundamental, hay un

dato inquietante. La fecha de fallecimiento que aparece en el certificado de defunción es anterior a la fecha en que supuestamente murió.

—¿Qué mierda hacía mi viejo metido en medio de esta historia retorcida?

V

Verónica siempre se burlaba de las películas en donde si un personaje vivía una situación dramática, terminaba vomitando. Nunca entendió qué vínculo había entre el malestar moral y el estomacal. Le parecía una convención idiota, un truco vulgar y torpe, que le bajaba el puntaje a la película o la serie. Por eso mismo se sintió muy idiota cuando llegó a su departamento y lo primero que hizo fue correr al baño.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había vomitado. Ni siquiera le había pasado en el breve tiempo de su embarazo. Y ahí estaba: de rodillas, como una creyente ante Dios, las manos apoyadas en el borde del inodoro, en un show penoso de arcadas.

No estaba dispuesta a admitir que ese vómito era consecuencia del encuentro con Federico, ni de las dudas sobre la participación de su padre en el asunto Morrison. Debía ser algo que había comido o un virus. Pero lo cierto era que no lograba sacarse de la cabeza a Federico y a su padre. No se sintió con ánimo para volver a la casa paterna, por lo que se había ido directo al departamento de Villa Crespo. Lo único que quería era terminar con las arcadas, lavarse la boca y meterse en la cama bien tapada.

Le hubiera gustado quedarse dormida, pero no tenía nada de sueño, ademásde que jamás dormía la siesta. En su estómago persistía una sensación horrible. Utilizando un método no muy recomendado por la medicina occidental ni la oriental, se sirvió un Jim Beam doble y lo tomó mirando por el ventanal del living.

—Qué vida de mierda —dijo en un claro caso de autoconmiseración.

Una vez en la cama trató de concentrarse en Cecilia Morrison, en lo que Rodolfo Corso había averiguado. Hasta ahora ella veía una víctima, alguien que pudo ser asesinada —directa o indirectamente— por su familia. Pero aún no podía ver a la persona. ¿Cómo una chica de clase acomodada, de familia militar, decidió entrar en la guerrilla? La comparaba con ella misma. Si bien los Rosenthal no tenían ni una parte del dinero de los Morrison, ella había nacido en cuna de oro. ¿Qué habría hecho Verónica si hubiera sido joven en los setenta? No tenía una respuesta clara e intuía que si descubría las motivaciones de Cecilia Morrison terminaría por saber algo más de sí misma.

Cuando sacó la cabeza de debajo de la sábana se encontró con muchísimos mensajes de diferentes personas en el celular. Por un momento se había olvidado de que esa tarde subían su nota sobre Andrea Benítez. Como no tenía redes sociales, los colegas, amigos y conocidos le escribían por WhatsApp. Tal vez era hora de abrir una cuenta en Twitter o en Instagram o donde fuera para que la dejaran tranquila.

Entre los mensajes estaban los de la propia Andrea, que le agradecía por el artículo y por el contacto con Diana Veglio, que ahora llevaba su causa. Su amiga Cata también le había escrito: “Hay que hacer mierda a ese hijo de puta”, terminaba su mensaje.

Verónica leía todo con una atención leve. Su cabeza seguía trabajando en la personalidad de Cecilia Morrison. ¿Cómo era esa chica? Llamó a Andrea. Hablaron un rato de la nota, de la orden de restricción que le habían puesto a Daniel Morrison y de que pronto el exmarido debería declarar. Cuando pudo, le preguntó lo que le interesaba:

—¿Qué sabés de Cecilia? ¿Cómo era?

Andrea titubeó, tuvo que pensar bastante.

—En realidad, sé muy poco. Daniel, por lo general, no habla mucho de su familia, salvo aquella vez que estaba borracho. Sé que salió campeona de tenis varios años.

—¿Cómo lo sabés?

—En los años ochenta íbamos bastante seguido al Hurlingham Club. En el Bar Americano había algunas fotos históricas y Walter me señaló una en la que estaba Cecilia levantando un trofeo.

—¿Tenés alguna foto de ella?

—En casa había alguna guardada, pero no puedo ir a buscarla.

—Sí, claro. ¿Se puede visitar el Hurlingham?

—Creo que no, aunque tiene el restaurante que abre a los no socios.

En ese momento escuchó que Catalina le decía algo a Andrea.

—Me dice Cata… Pará que te paso con ella.

—Siempre quise conocer el mítico Hurlingham Club. Si querés vamos a almorzar.

La perspectiva de estar varias horas a solas con Catalina no era el mejor plan para Verónica, por lo que le dijo:

—Dale, le decimos a Paula por si también quiere venir.

Cuando cortó, se dio cuenta de que se había hecho tarde. Que debía bañarse y prepararse para su encuentro con Manuel Cobos García. La reunión con Federico le pareció lejanísima, aunque una parte de ella seguía atrapada en una discusión eterna con él.

VI

Las reinas si no mueren, resucitan. Era una frase que usaba con Paula y otras amigas, cuando alguna se deprimía y había que sacarla de la cama para ir de joda o al menos para que no se suicidara esa misma noche. No estaba en los planes de Verónica quitarse la vida, pero se repitió varias veces la frase, que sería contradictoria, pero era de ellas. *A resucitar*, se dijo, y se levantó de un salto, se bañó, eligió ropa interior como si fuera a coger (no sería la primera ni la última vez que lo hiciera sin resultados efectivos) y un vestidito de Rapsodia que le encantaba y ya había usado varias veces, pero que para Manuel sería nuevo. Un poco de maquillaje, unas gotas de Tom Ford Noir (regalo que le había hecho Federico, a instancias de Daniela seguramente, porque él no entendía nada de perfumes y este estaba bastante bueno y no iba a dejar de usarlo porque él anduviera embarazando amantes; no había correlación entre una cosa y la otra, pensó de manera bastante correcta).

Era absurdo el camino que tenía que hacer: ir a buscar a Manuel a la otra punta de la ciudad para llevarlo a Villa Crespo. Cuando planeó el encuentro pensaba estar en lo de su padre, a pocas cuadras del Hotel Alvear. Podría haberlo llamado y citado en la estación Malabia de subte, pero se resignó a su error de cálculo y lo fue a buscar con

el auto de su hermana, que ya se lo había reclamado y que ella pensaba devolver al día siguiente.

Le mandó un mensajito para no tener que bajar del auto a buscarlo. Cuando llegó al Alvear, él ya estaba en la puerta. Relucía con un pantalón verde oscuro y una camisa de vivos azules y naranjas. Era imposible no mirarlo. Verónica le tocó bocina y Manuel la vio, le sonrió y se subió. Verónica descubrió que dar dos besos dentro de un auto no era fácil, pero lo consiguió sin que se rozaran los labios, que era lo que temía y esperaba.

—Qué rico perfume tenés —le dijo ella. No recordaba haber hecho un comentario así a un varón en la última década.

—Claro, es el olor de mi piel.

—Me estás cargando.

—Por supuesto. Cómo va a ser mi piel. Es Tom Ford Noir Venetian Bergamot.

—Me estás cargando —las sílabas le salieron remarcadas una por una.

—Ahora te he dicho la verdad.

—Es que yo también me puse Tom Ford Noir.

—Ah, pero estamos predestinados a amarnos —exclamó en un tono teatral—. Ni que fuéramos personajes de una novela de Corín Tellado. Arranca que está en verde.

Qué bueno que no lo había citado a la salida de una boca de subte. Ni siquiera le importaba que la avenida Córdoba estuviera recargada como siempre. Disfrutaba de la presencia perfumada de Manuel. Se sentía obligada a explicarle todo lo referido a la ciudad. Quería ser una buena guía.

—Cuéntame, ¿qué has hecho hoy?

—Estoy con un artículo periodístico y para eso tuve que encontrarme con mi ex.

Peligro, peligro. A la menor repregunta de Manuel, corría el riesgo de ponerse a contar su historia con Federico desde que se habían conocido, cuando él era un pasante alimentado con sándwiches de milanesa y pizzas Ugi's y ella estudiante de Ciencias de la Comunicación. Tenía que contenerse.

—¿Tu ex también es periodista?

—Nada que ver —respondió usando un tono que intentaba ser superficial—. Es abogado. Del estudio jurídico de mi padre.

—¿Hace mucho que os separasteis?

—Unos seis meses, si mal no recuerdo.

Seis meses, catorce días, dieciocho horas, según lo que considerase el momento de la separación. Ella contaba desde que lo había dejado en el hospital a la espera de que le hicieran las curaciones a Ángeles, la amante embarazada.

—¿Y vos qué hiciste?

—Salí a pasear. Me he quedado leyendo en el Rosedal. Qué sitio tan bonito.

—¿Qué leías?

—Para no extrañar a mi ciudad de adopción, me traje un pendiente: *Cuento de hadas en Nueva York*, de Donleavy. Está muy bien. ¿Lo has leído?

—No leí nada de Donleavy. Ahora mismo lo incluyo en mis pendientes.

Verónica se quedó callada a propósito. Quería que él siguiera o comenzara una nueva conversación, pero miraba por la ventanilla, en silencio. Verónica lo observaba por el rabillo. ¿En qué estaría

pensando? Y le asaltó una terrible duda: ¿no estaría pensando en su esposa? Nunca nadie le había hablado de su estado civil.

—¿Vos estás casado? —le preguntó en un tono más alto del que venían utilizando. Él se rio.

—¿Cómo voy a estar casado? ¿Tú crees que un hombre casado usaría una camisa como esta? Ninguna mujer admitiría un marido vestido así. Solo un hombre casado infiel se pondría esta camisa de seda Versace.

—No creas. Hay tipos infieles que se visten muy discretamente.

Y pasó el resto del viaje contándole la versión corta (de veinte a veinticinco minutos sin interrupciones) de lo que había hecho Federico. Verónica era consciente de que debía cortarla, pero a su vez le parecía que Manuel estaba realmente interesado en el tema y que seguía su historia con mucha concentración. Ni una sola vez bostezó, o pareció perderse en la trama, ni intentó desviar la conversación hacia un tema distinto. Estacionaron el auto justo cuando Verónica le contaba lo ocurrido ese día.

—Llegó media hora antes, ¿podés creerlo?

—Los hombres también podemos ser muy ansiosos.

Llegaron temprano a Los Bohemios para poder encontrar mesa. Después de ocupar una, lo llevó hasta la pared en la que estaban exhibidas las camisetas de Atlanta.

—Las veo y me emociono —dijo Verónica, que realmente se emocionaba.

Ya de regreso a la mesa, Manuel le pidió que eligiera la comida. Verónica revisó el menú, que se conocía casi de memoria. Había demasiados platos típicamente españoles (gambas al ajillo, tortilla, papas bravas) y no quería que Manuel comparase, por lo que decidió

pedir de entrada un vitel toné; de principal y para compartir, uno bien clásico: milanesa a la napolitana con fritas. Por último, de postre, un flan mixto y café. Tomaron una botella de vino La Linda y dos sodas.

Había una pregunta que Verónica venía guardando para cuando estuvieran cómodamente sentados:

—¿Cómo lo encontraste a mi viejo?

—Muy bien, dentro de los avances lógicos de la enfermedad. Hoy estuve reunido con uno de los oncólogos, mañana veo al clínico. El oncólogo me ha dicho que está sorprendido de lo bien que ha reaccionado el cuerpo de tu padre.

—¿Eso quiere decir…?

—No quiere decir que vaya a mejorar. Cada día va a estar menos bien. Pero es muy positivo que ese deterioro haya sido tan poco significativo en estos meses. A estas alturas, según los cálculos que había hecho el oncólogo y yo también, tu padre debería estar postrado y casi inconsciente. Y no es así.

Verónica asintió. Por un momento se había ilusionado y esperaba que Manuel pusiera una luz de esperanza, pero había sido honesto y le había dicho lo que temía: su padre estaba cada vez peor.

—¿Sueles ir al estadio a ver a Atlanta? —le preguntó, cambiando de tema.

—Siempre que puedo. En este momento estamos pegados a la cancha. ¿Te lo dije?

Cuando pidieron la cuenta hubo una pequeña discusión, porque los dos querían pagar. Verónica dijo que era su invitado, que la próxima vez que ella fuera a Nueva York lo dejaría pagar todo.

—Tú pagas la cena, yo pago las copas —dijo Manuel, planteando la idea de seguir adelante.

VII

Verónica pensó adónde lo podía llevar. Los boliches de Palermo no eran más que una exacerbación del no lugar. El intento de ser distintos los igualaba y los convertía en espacios sin personalidad, como los aeropuertos o los shoppings. Una vez adentro dejaban de estar en Palermo, para ser como un bar de Barcelona, un pub irlandés, un café neoyorquino (¡esas mesas comunitarias!). Los dueños se sentían orgullosos de parecerse a otros lugares del primer mundo. Ante ese panorama y las cero ganas que tenía de llevarlo a una tanguería o un equivalente autóctono, Verónica decidió arrastrarlo hasta Martataka. Ese día no estarían sus amigas (y si estaba alguna la saludaría, pero nada de sentarse en la misma mesa), además habría poca gente, como ocurría siempre después de las diez de la noche, salvo viernes y sábados.

Error: Martataka estaba bastante lleno debido a una reunión de oficinistas y un cumpleaños de amigos, que debían ser rugbiers por su contextura física, sus chombas rosas y sus camisas Lacoste. Por suerte encontraron una mesa en el fondo, pero las mozas casi no llegaban hasta ahí. Era más práctico ir a la barra y pedir. Verónica quiso saber qué iba a tomar.

—Bourbon. Y si no hay, whisky con hielo. Pero con un solo hielo.

Verónica no quiso arriesgarse a quedar como una tonta si remarcaba que ella también tomaba bourbon, o whisky cuando no

había el destilado de Kentucky.

—Te vas a tener que conformar con el whisky.

Los de la oficina eran muchos, los rugbiers eran ruidosos. Ambos grupos exasperaban a Verónica, que tenía ganas de pedir que los echaran. Pero en la caja de Martataka estarían felices con los consumos dignos de un sábado.

—Una vez me agarré un metejón con un andaluz —le confesó Verónica, ya bajo los efectos del primer whisky.

—¿Que te has agarrado qué?

—Un metejón. Un enamoramiento, digamos.

—Madre mía, yo pensé que era el primero.

—Fue hace muchos años, en otra vida. Había ido a Sevilla a hacer un curso de periodismo y con un colega de allá fuimos en auto al Algarve. De regreso, en la ruta vi un cartel que decía "Jaén". Entonces yo dije: "Andaluces de Jaén" y él respondió: "Aceituneros altivos". ¿Cómo no te vas a enganchar con alguien que reconoce el comienzo de un poema de Miguel Hernández?

Manuel acercó el asiento a ella, le tomó el hombro y le habló al oído para que el ruido ambiente no le hiciera perder palabra. Con su tono andaluz le recitó:

—Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,

el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Verónica había entrecerrado los ojos. Hubiera querido que la mano de Manuel le apretara el hombro, con fuerza, hasta hacerle doler, pero estaba mansa sobre ella, como una caricia detenida en el tiempo.

—Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Manuel se quedó callado, movió apenas la mano y le acarició el cabello unos segundos, hasta que volvió a alejarse. Intentó beber pero el vaso estaba vacío.

—Ahora me toca a mí ir a por nuestros whiskys.

Manuel pasó por medio de la marea de rugbiers y oficinistas, mientras Verónica evaluaba la posibilidad de llevarlo a su departamento y cogérselo. Jamás llevaría a un tipo a su departamento en una primera cita, pero podía hacer una excepción. A esa altura de los acontecimientos se podía decir que Manuel era un amigo de la familia. El hecho de que fuera extranjero sumaba a la decisión de arrastrarlo hasta su departamento. Aunque si lo pensaba más seriamente, la decisión estaba tomada desde que le había recitado el poema haciéndole cosquillas con su aliento en el cuello. Cuando regresó con la bebida, Verónica le preguntó:

—¿Y a vos qué daño te hizo el amor?

—¿A mí? No me hizo nada malo. Al contrario. Me salvó la vida.

—¿Y cómo fue eso?

—Se murió para que yo no muriera.

Como si estuvieran cumpliendo una prenda, los dos tomaron largamente de sus vasos al mismo tiempo.

—¿Esa persona está muerta?

—Esa persona se llamaba Ellen y era una artista de puta madre, hacía unos dibujos bellísimos. Tenía un plan: dibujar a mano alzada a todos los habitantes de Nueva York. Se paraba en una esquina y dibujaba al policía, al vendedor de perritos, a la vagabunda, a la niña que volvía de la escuela, a la parejita de adolescentes enamorados, al ladrón de la tienda de vinilos. Eran dibujos intensos, cálidos, divertidos. No podías parar de mirarlos cuando ella te daba una resma completa de dibujos.

—Eran adictivos.

—Algo así. Y ese era nuestro problema. Ella dibujaba, yo iba a las clases del máster que estaba haciendo en la Universidad de Nueva York y cuando nos juntábamos, follábamos y nos pinchábamos. ¿Alguna vez soñaste lo mismo que otra persona al mismo tiempo?

—No, nunca.

—Bueno, nosotros sí. La heroína nos permitía compartir el mismo sueño. Volábamos, follábamos con órganos y agujeros que ni a Dios se le hubiera ocurrido inventar, gritábamos y llorábamos juntos. Hubiéramos cambiado los dibujos, los estudios de medicina, nuestra vida cotidiana por quedarnos atrapados en uno de esos viajes. Y ella lo hizo. Un día se quedó ahí, para siempre, pero esa vez yo no

estaba en su sueño ni ella en el mío. De alguna manera la traicioné o, al menos, le fallé.

Unas lágrimas asomaron en sus ojos. Verónica lo abrazó, se quedó agarrada a él unos segundos. No tenía palabras para consolarlo. Tal vez no necesitaba consuelo.

—Solo se me ocurre decir: "Gracias, Ellen, gracias por haberlo salvado y permitir que pueda abrazarlo y besarlo".

—Si no me has besado.

—Todavía.

Y le dio un suave beso en los labios. En ese breve momento sintió que podía compartir los sueños con ese hombre que lloraba.

Manuel se limpió la cara. No dijo nada sobre el beso y se levantó a buscar una nueva tanda de whiskys. Verónica pensó que tenía que ser el último si quería llegar manejando al departamento.

Cuando Manuel volvía con las bebidas, ocurrió algo que involucró a rugbiers y oficinistas. Uno de los pibes pasado de anabólicos le tocó el culo a una de las chicas del otro grupo que, como Manuel, había ido a buscar tragos a la barra. La chica se dio vuelta y lo insultó. El rugbier se rio, alguno de ese grupo le dijo algo a ella, que lanzó una serie de puteadas a los gritos. Casi todo el bar quedó atento a lo que estaba ocurriendo ahí. Al tipo no le gustó quedar en el centro de la escena y quiso negar todo. Le dijo que no le había hecho nada, que no la había tocado, que estaba loca, que se fuera de ahí.

—Oye, capullo. Yo he visto cómo le metías mano. Le debes una disculpa como mínimo.

El que había hablado era Manuel.

—Salí de acá, forro —dijo el rugbier metiéndole un empujón. Manuel, con un gran sentido del equilibrio, apenas derramó los vasos con whisky. Verónica se dio cuenta de que algo grave podía pasar y se levantó para ir a buscar a Manuel, que ahora dejaba los vasos sobre una mesa, como si fuera un mozo. Mientras tanto se acercaban los oficinistas y otro rugbier le gritó "puta" a la chica que los había puesto en evidencia. Ya liberado de los vasos, Manuel dijo en voz muy alta al rugbier pajero.

—Pero qué capullo eres. A ver si te sabes comportar.

El rugbier lo miro con asco primero y luego de manera sobradora.

—¿Qué te pasa, puto? —dijo acercándose a Manuel a una distancia muy corta. Manuel no dijo nada, pareció que se iba a dar vuelta, pero no lo hizo: le tiró una trompada que dio de lleno en la boca del rugbier, que no se la esperaba y casi cae de culo. Le sangró enseguida la boca. Fue como la campana de largada para que los otros rugbiers se abalanzaran sobre Manuel, que cayó sobre una mesa llena de vasos y botellas hechas trizas. Quedó en el piso en medio de los vidrios rotos y cuando quiso ponerse de pie le pegaron una sarta de puntapiés. Verónica intentó llegar, pero alguien (¿otro de los rugbiers?) le puso el pie y se tropezó. Vio desde el suelo cómo golpeaban por todos lados a Manuel, que intentaba protegerse. El más encarnizado era el rugbier pajero que intentaba patearle la cabeza, todavía sin conseguirlo. Verónica también vio cómo Manuel llegaba a estirar la mano, tomaba un vidrio grande de botella, esquivaba la patada del rugbier y le tiraba una puntada cortándole el pantalón y, presumiblemente, la pierna. El tipo gritó y cayó en parte sobre Manuel, que paradójicamente quedó protegido por él y lo aprovechó para arrodillarse primero y desde ahí clavarle el vidrio en

el estómago a otro rugbier, que se quedó tan sorprendido como asustado sin atinar a nada.

—No te quites el cristal que te mueres —le dijo el andaluz.

—Hacele caso que es médico —gritó Verónica, que llegó justo cuando Manuel tomaba otro vidrio del suelo y amenazaba con cortarle el cuello a cualquier rugbier que se le acercara.

Verónica lo sacó como pudo en medio de los gritos de todos, de los oficinistas que habían entrado en la pelea, de los rugbiers, especialmente el herido en el estómago que gritaba "me muero", y de Verónica, que insultaba mientras empujaba a Manuel hacia la calle. Contrariamente a lo que se podía suponer, el cuerpo de Manuel se dejaba arrastrar blando y sin fuerza. Había gastado toda la energía que tenía y ahora era piel y órganos golpeados. Salieron. Él apenas se podía sostener. Verónica le preguntó:

—¿Estás bien?

La poca energía que le quedaba a Manuel la gastó para gruñir:

—¡Es la pregunta más gilipollas que me han hecho en la vida! ¿Cómo coño voy a estar bien? Me estoy muriendo del dolor.

Parecía más indignado que al borde de la muerte. Se apoyó en ella para caminar. Por suerte habían conseguido estacionar a veinte metros de la entrada del bar. Para Verónica, fueron los veinte metros más largos de su vida. Ella, que de niña había leído la historia de Jesús, se sintió como él arrastrando la cruz hacia el monte Gólgota. Lo acomodó como pudo en el auto y salió a toda velocidad. Los efectos del alcohol se habían esfumado y estaba muy lúcida.

—¿Adónde me llevas?

—A un hospital, para que te vea un médico.

—¿Ah, pero has salido de una sitcom o qué? —dijo primero enojado y después riéndose.

Ella primero no entendió y cuando se dio cuenta de lo que había dicho también se rio. Quiso hablar, como pudo, en medio de la risa agregó.

—Otro médico, boludo, otro médico —y los dos estallaron a carcajadas.

—O me llevas al hotel o vamos a tu departamento, lo que quede más cerca, que necesito mear.

Fueron al departamento de Verónica. Le mostró donde estaba el baño y ella fue hacia la cocina a buscar hielo para ponérselo en los golpes y heridas. También puso agua en la pava eléctrica para un té, como si tomar un Cachamai fuera a ayudarlo. Oyó que Manuel salía del baño. Lo llevó a la habitación y lo hizo acostarse. No se resistió. Verónica no encendió ninguna lámpara aprovechando la luz de la luna que entraba por la persiana levantada. Le sacó los zapatos y las medias. Manuel se quejó: le habían dado una bruta patada en el pie izquierdo rompiéndole una uña. Tenía algo de sangre.

Verónica volvió a la cocina a buscar el hielo. El agua había hervido. Le preparó el té de hierbas digestivas y llevó todo a la habitación. Manuel se había sacado la camisa. Si esperaba encontrar a Schwarzenegger la realidad resultó muy distinta: era un cuerpo sin músculos marcados, hermoso por las líneas armoniosas de sus brazos, de su vientre casi plano, sin vello en el pecho. Podría ser el cuerpo de un adolescente o de una chica. Pero ella lo había visto pelear y mostrar una fuerza digna de Bruce Willis. ¿Dónde nacía esa fuerza?

—Traje hielo y te preparé un té.

Manuel agarró el hielo envuelto en una toalla y se lo apoyó en el pecho y en el vientre. Se levantó un poco para tomar el té. Verónica le puso otra almohada en la espalda. Manuel bebió.

—Muy rico. ¿De qué es?

—De hierbas digestivas. Creo que cordobesas.

—¿Cordobesas?

—Córdoba, Argentina. Me pareció que te podía servir para el estómago.

—Tenías razón. Está muy bien. Oye, perdona si te he contestado mal, no era mi intención.

—Parecías muy intencionado. Pero te perdono. Sobre todo porque te hicieron mierda.

—Algunos de ellos han terminado peor.

—¿Puede morirse el de la puñalada en el vientre?

—Todos podemos morirnos. Sí, si no le quitan bien el cristal, puede morir desangrado. Y yo pasaré los próximos treinta años en una cárcel argentina. Me siento como Brad Davis en *El expreso de medianoche*. No creo que las cárceles aquí sean mejores que las turcas.

—No, para nada. Seguro te mandan al pabellón de rugbiers para que hagan con vos lo que quieran.

—¿Hay un pabellón de rugbiers?

Manuel intentó moverse y le dolió todo.

—Creo que me rompieron una rodilla. ¿Te importa si me quito el pantalón?

Como no podía levantarse intentó empujar el pantalón hacia abajo. Verónica lo ayudo tomándolo por las botamangas. No dejaba de ser gracioso que ese hombre se estuviera desnudando sobre su

cama y que no tuviera ninguna connotación erótica. No era lo que había imaginado cuando cenaban en Los Bohemios. Y si bien la situación no resultaba molesta —al fin y al cabo el muchacho estaba muy lastimado para aspirar a otra cosa que no fuera el buen samaritanismo—, había algo ridículo y levemente patético en sacarle la ropa mientras él gemía, pero de dolor. Encima usaba un pantalón de pierna ajustada, por lo que le costó más de lo deseable quitárselo.

Manuel tenía debajo un bóxer negro clásico, de pierna corta. Verónica se preguntó si él había pensado que ella vería su ropa interior esa noche y se lo había puesto a propósito. Indudablemente sí. Así que lo miró sin vergüenza, mucho no podía verse con la luz de la luna, pero le pareció que tenía un bulto considerable. ¿Tendría una erección, una semierección o sería así en estado de descanso?

Manuel levantó la cabeza y flexionó la rodilla.

—No está rota, pero si fastidiada. ¿Me pones hielo?

Verónica tenía en algún lado una vincha. La buscó y se la puso en la rodilla junto al hielo envuelto en la toalla.

—Tienes alma de enfermera, mi pequeña Florence Nightingale.

Verónica le sonrió irónicamente.

—¿Por casualidad tendrías ibuprofeno, o diclofenac, o algún otro antiinflamatorio?

—Tengo diclofenac con vitamina B12.

Le trajo uno y un vaso de agua. Manuel tomó toda el agua y entrecerró los ojos.

—No te duermas, no podés dormirte.

—Eso es si te das un golpe en la cabeza. Pero no es mi caso, la mantuve sana y salva.

Fueron sus últimas palabras antes de quedarse dormido. Verónica no tenía alma de enfermera, así que no pensaba quedarse a su lado cuidándolo. Se sentía ridícula vestida todavía como para una fiesta, por lo que se fue a cambiar al living. Luego de sacarse todo, se puso una remera larga que usaba para dormir y se cambió la bombacha por una común y corriente de algodón. Se tiró en el sillón, pero no tenía sueño. Intentó leer, pero no podía concentrarse. Pensó que al día siguiente le contaría a Paula la noche que había tenido y su amiga se moriría de risa. "Lo fui a buscar en auto, pagué la cena, tomé el whisky berreta de Martataka, lo tuve que salvar de la horda de rugbiers, lo cargué encima, lo acosté en mi cama, le preparé un Cachamai, le puse hielo en la pierna. Le saqué la ropa y no cogí. ¿Podés creerme?", le diría como resumen de esa noche.

Miró la hora: eran las cuatro de la mañana. Demasiado tarde para irse a dormir, demasiado temprano para levantarse.

¿Y si todo empeoraba? ¿Si Manuel tenía un derrame interno y se moría? ¿Si ya estaba muerto y ella pelotudeando en el living? Se levantó y fue hacia la habitación: el andaluz dormía plácidamente, la respiración era suave y reposada. Al menos no roncaba. Estaba acostado en el mismo lugar y como lo había dejado: bocarriba, con la mano derecha sobre la pierna. ¿Tendría frío? Debía taparlo. Pero no lo hizo. Se acostó al lado. Al fin y al cabo era su cama, y él no le había dicho que se fuera.

Primero se puso bocarriba como él, oyéndolo respirar. Después se puso de costado para mirarlo. Recién se daba cuenta de que estaba despeinado, lo que lo hacía más joven. Sus hermanas le habían dicho que estaba por cumplir cuarenta años, pero parecía menos. Tenía unas tetillas pequeñas. ¿Llegaría a pellizcárselas alguna vez?

¿Se depilaría el pecho o sería lampiño? Miró el bóxer: ¿también estaría depilado?, ¿o tendría un abundante vello púbico? De cerca, le pareció que el bulto era mayor de lo que había notado antes. Por lo visto, no había recibido ningún golpe en la zona pélvica porque no le había pedido que le pusiera hielo. Así que ahí no estaba lastimado.

A veces hay que ser como Julio César y cruzar el Rubicón.

Se incorporó hasta sentarse en la cama y con mucho cuidado comenzó a bajarle el bóxer. Quería verle la pija. La curiosidad hacía feliz al gato y muy rara vez lo mataba. Cuando apoyó las manos en los bordes del bóxer, lo miró: seguía dormido. Corrió el bóxer con una lentitud tan exasperante como excitante. Lo primero que descubrió es que tenía un vello púbico oscuro. Siguió bajando y apareció la pija, descansada, algo ladeada hacia su lado, como si quisiera irse con ella. No se especializaba en pijas en reposo, pero le pareció que era más grande que la media. O tal vez fuera más ancha y eso le daba un aspecto imponente. Era tan atractiva como el lomo de un caballo. La acarició por encima, muy suave. Manuel abrió los ojos en el mismo momento en que la pija comenzaba a crecer.

—Pensé que estaba soñando.

—Quién te dice.

—Me preocupa que sea un sueño erótico y termine corriéndome.

Verónica volvió a acariciarlo. La pija ya apuntaba al cielo.

—¿Te duele?

—No.

—¿Te dejo seguir durmiendo?

—No.

Iba a hacerle una pregunta más, pero decidió suponer la respuesta. Acercó la boca y se puso a chuparla. Despacio, subiendo

y bajando la boca muy lentamente. La agarró con una mano y la lamió. Lo miró: Manuel le sonreía.

Verónica suponía que era la parte del cuerpo que no le dolía y estaba dispuesta a darle una mamada completa, hasta que él le acabase en la boca. Y estaba tan concentrada en hacerlo que no se dio cuenta de que Manuel se había incorporado: la agarró del pelo con cierta brusquedad y la subió hasta él. La besó con la misma energía con la que le había tirado del pelo. Le quitó la remera y la observó:

—Qué tetas tan bonitas.

Se las acarició, las apretó, las chupó, las mordió. Verónica se estiró para buscar en la mesa de luz algún forro que debía tener desde hacía mucho tiempo (incluso ya podía estar vencido). Lo encontró y lo abrió.

—Todavía no —le dijo él, que la acostó y empezó a besarle todo el cuerpo.

Lo que puede hacer el Oxa B12, pensó Verónica viéndolo moverse sin un quejido de dolor. La hizo dar vuelta, le besó el largo de la espalda, le corrió la bombacha a un costado, le chupó el culo y luego siguió más abajo. Verónica acabó apenas Manuel apoyó los labios y succionó sobre sus labios mayores. Manuel tomó el forro que ella tenía en la mano, se lo puso y la penetró, le hizo levantar la cadera y se aferró a su cintura. Los movimientos de él eran cada vez más enérgicos, por momentos se acercaba a ella para tomarla de las tetas, o le agarraba el cabello. Eran manos desbocadas. La pelvis de Manuel golpeaba fuerte contra su cuerpo. Si se la cogía así estando todo golpeado, Verónica quería saber cómo sería cuando estuviera bien.

—Hablame —le dijo ella.

—Eres la gachí más hermosa del mundo, Verónica.

El acabó cuando Verónica llegaba a su segundo orgasmo y los dos cayeron transpirados, todavía gimiendo. Manuel le apartó el pelo de la cara, de la misma manera que había corrido la sencilla bombacha de algodón, y le besó la mejilla con gratitud. Ella se lo merecía.

7. El regreso

I

Según el análisis de Paula y Verónica, Catalina tenía un problema: su falta de personalidad. Intentaba mimetizarse con las chicas del grupo de manera escandalosa. Si una se mostraba infiel, ella defendía la infidelidad. Si otra deseaba ser madre, Cata soñaba con una parejita de hijos correteando por la plaza. Cuando alguna se ofendía, añoraba, maldecía, festejaba, Catalina repetía cada uno de los verbos como deseos propios. Por eso solo la llamaban cuando había que romper el número cuatro de las reuniones de amigas. No era mala, pero justamente ellas no juzgaban a nadie por el grado de maldad. Si lo hubieran hecho, no habría quedado ninguna en el grupo.

Paula no aceptó de buena gana ir hasta el Hurlingham en compañía de Catalina, pero Verónica la sobornó diciendo que pagaría la comida y la llevaría a su casa en auto. Ese era otro problema, porque Vero tenía que dejar el auto de su hermana y solo le quedaba usar el de su padre, un Honda de caja automática excesivamente burgués para su gusto. Mejor eso que el tren Urquiza.

Catalina había reservado mesa en el Hurlingham, no sin dificultad, porque no habilitaban a cualquiera. Pero se hizo pasar por un familiar de Morrison y eso facilitó la gestión. Había sido ingeniosa, Verónica lo reconocía y necesitaba que Paula también lo hiciera en la próxima conversación a solas.

Llegaron las tres al club, estacionaron en una playa al aire libre, donde el auto de su padre no desentonaba, y caminaron, como les indicaron en la entrada, hacia el comedor. En el estacionamiento vieron una ambulancia, pero no les llamó la atención. Observaron, con fascinación de porteñas que viven en departamento, el enorme campo de césped. La construcción inglesa les interesó menos, ni comentaron que había canchas de tenis de polvo de ladrillo, algo impensado en un club que tenía como referencia tenística a Wimbledon. Desconocían absolutamente la historia y las tradiciones del Hurlingham y nada de eso les importaba mucho.

En el comedor había solo un par de mesas ocupadas y ellas. Atendía alguien que no estaba vestido de mozo, pero que se movía con soltura entre los comensales. Pidieron una ensalada César y dos lenguados a la meunière.

—Cuando era chica vine un par de veces con la prima de mi mamá. Al lado hay un salón con fotos de otros tiempos de socios del club. Campeonatos de polo, equipos de cricket, jugadores de golf.

La idea era almorzar y después recorrer el lugar buscando alguna excusa. Fue lo que hicieron, pero no tuvieron que inventar nada porque nadie las detuvo. El club no parecía estar muy vigilado.

El salón era enorme y tenía un aspecto majestuoso, de esos que aparecen en las películas ambientadas en otros siglos.

—Parece *Downton Abbey* —fue el comentario de Paula.

Estaba desierto, solo iluminado con luz natural. Cuando se acercaron a ver las fotos exhibidas en las paredes, se desilusionaron: todas eran de los años noventa en adelante.

—¿Necesitan algo?

El hombre que las había atendido en el comedor ahora aparecía detrás de la barra del salón. Las chicas dijeron que estaban viendo las fotos.

—El Bar Americano está cerrado —dijo el hombre, que debía rondar los cincuenta años—, pero si quieren alguna bebida puedo traérselas.

—No, gracias —dijo Paula.

—Les pido disculpas si la atención en el comedor no fue la esperada —siguió hablando sin notar que las chicas querían sacárselo de encima—. Hoy tuvimos una desgracia.

Hizo un silencio dramático y agregó:

—Se murió el mozo.

—¿Cómo? —dijeron las tres al unísono y se acercaron a la barra.

—Un infarto. Estaba por ponerse a atender las mesas cuando se descompensó, por eso atrasamos la apertura del comedor y tuve que atenderlas yo, que soy el concesionario.

—Qué desgracia —dijo Catalina, a punto de ponerse a llorar. Sin embargo, se repuso y le preguntó—: ¿No están más las fotos viejas que había acá? Yo vine al club en otra época y había un montón, muchas más que ahora.

—Cambió el gerente y decidieron sacarlas. Solo dejaron aquellas en las que aparece algún famoso.

—¿Y qué hicieron con las fotos viejas? —quiso saber Verónica.

—Pensaban tirarlas. Pero yo las rescaté. En esa época el concesionario era mi padre y yo hacía tareas secundarias. Me pareció que estaba bueno ordenar las fotos por fechas, ponerlas en carpetas y tenerlas listas por si alguna vez a alguien le interesaba escribir la historia del club. De hecho, alguna vez pensé en hacerlo yo mismo, pero no sirvo para eso, lamentablemente.

—¿Y las tenés guardadas? —preguntó Paula.

—Sí, ¿les interesa verlas?

El concesionario fue a buscar unos cartapacios enormes que tenían los años escritos en la portada. Adentro había fotos, diplomas, autógrafos y hasta sobres con estampillas inglesas y de países miembros de la Commonwealth. Las chicas le pidieron ver las del periodo 1970-1975. Además de los cartapacios, el hombre les trajo café y unos scones sin cargo. Se notaba que estaba aburrido y que la presencia de las tres mujeres le resultaba una diversión. En ningún momento preguntó para qué querían ver las fotos.

Como iban año a año, estaban ya un poco desilusionadas porque habían llegado a 1974 sin encontrar a Cecilia Morrison. En cambio, aparecía en varias su padre y en una su hermano Walter posando con un equipo de polo.

—¡Bingo! —gritó Catalina cuando encontró la foto que buscaban.

El texto decía "Torneo de tenis femenino Primavera 1974. Campeonas en dobles: Bárbara Klein y Cecilia Morrison". La foto era en blanco y negro. Las dos estaban vestidas con la indumentaria blanca de tenista y sonreían con un trofeo en las manos. Verónica miró con detenimiento a Cecilia: era rubia, alta y bella, y debía rondar los veinte años. Pero había algo más que le llamaba la atención.

—Yo a esta chica la vi antes. La conozco, pero no sé dónde. No la puedo ubicar.

Le sacó una foto con el celular y se la mandó a Federico y a Corso. A los dos les puso el mismo texto: "De dónde conozco a esta mina???".

II

Cuando llegó a la casa de su padre se encontró con Manuel. Era muy raro verlo después de haber salido juntos del departamento de Villa Crespo. Llevaba puestos unos vaqueros, camisa de manga larga arremangada, zapatillas New Balance (demasiado juveniles para él, pensó Verónica, que rara vez juzgaba que una prenda podía ser muy juvenil para ella). A punto estuvo de preguntarle qué hacía ahí, en especial porque no lo veía a su padre.

—Tuvo una recaída y se acostó. Lo vio el doctor Rinaldi y está bien. Es sobre todo agotamiento.

—¿Pero pasó algo?

—No, unos mareos, se dio cuenta de que iba a desmayarse y Antonia llamó al médico. Yo ya había quedado en pasar por aquí al mediodía, así que llegué justo cuando el doctor se iba. No te preocupes.

—¿Se va a poder levantar?

—Cuando él quiera, pero mejor que duerma la siesta y vea una película en la cama. Si no tiene nada urgente que hacer —y no debería tener—, lo ideal sería que se quede hasta mañana.

Esa indicación, en algún punto la tranquilizó. Desde su encuentro con Federico estaba preocupada por la conversación que debía tener con su padre. Que estuviera descansando le daba la oportunidad de retrasar ese momento. También barajaba la posibilidad de no preguntarle nada, de dejarlo pasar como si nada hubiera ocurrido. No tenía derecho a meterse en la vida de su padre por una investigación periodística. Pero desde otra perspectiva, ¿por qué no preguntarle sobre su pasado? ¿No debía ser honesto con respecto a su historia? ¿No podían sus hijas interrogarlo sobre su vida?

Antonia les ofreció café y fueron a tomarlo al living. Los dos solos, sentados uno frente al otro. Salvo Federico, ningún novio desde la adolescencia había estado en ese living. En realidad, salvo Federico ninguno, porque su novio de adolescencia iba directamente a su cuarto. Había que considerar que, antes que nada, Manuel era un invitado de su padre. Y además no era su novio.

—¿Cómo te sentís después de tus patoteadas en el bar?

—¿Patoteadas? Habla en castellano, mujer.

—Después de hacerte el malito con unos chicos encantadores.

—Ah, esos tipejos. Deberías haberme dejado cortarle la garganta al que se estaba acercando. Esa gente solo aprende cuando se ve sangrando.

—¿Te quedaron muchos moretones?

—Pensé que los habías visto. Un lindo mapa con islas, archipiélagos, montañas y volcanes.

—Lo importante es que estás vivo.

—Me acordé de una revista que se llamaba *Archipiélago*. Su divisa era "unidos por aquello que nos separa". Siempre me pareció una frase bellísima.

—Nunca había pensado al mar como algo que une y separa a la vez. Está bueno.

Había una sombra de inquietud en Manuel, que Verónica no llegaba a descifrar. Cuando hablaron de la salud del padre, él no le había mentido, ella se habría dado cuenta. Sin embargo, algo le preocupaba y ella no lo conocía lo suficiente para adivinarlo. Por otra parte, nada le parecía más tranquilizador que oírlo hablar de literatura con su canto andaluz. No parecía médico, más bien escritor. Mejor: poeta. Tal vez fuera un impostor y no había estudiado medicina y en noches como esa escribía los versos más tristes. Pero no, no era de noche, ni Manuel debía ser poeta.

—¿Escribís poesía?

—A veces.

—¿En serio?

—La medicina y la poesía son actividades complementarias. Deberías saberlo.

—Sos una caja de Pandora.

—No me abras entonces. Dejarías salir todos los males.

—Creo que ya es tarde.

—Bueno, entonces si miras bien en mi interior vas a ver que queda la esperanza.

Pensó que podía enamorarse de alguien así, que salvara enfermos de día, recordara citas literarias por la tarde y cogiera con ánimo venturoso de noche.

—¿Y tú, escribes poesía cuando no te dedicas a descubrir criminales?

—Ni poeta, ni detective. Escribo relatos pornográficos.

—Me gustaría leerlos.

—Creo que ganaríamos los dos si leyéramos solo tus poemas.

—¿Estudiaste periodismo?

—Ciencias de la Comunicación. Y de chiquita leía muchos diarios y revistas. Esa es mi verdadera formación.

—Y yo hice toda mi carrera de médico viendo *Urgencias*.

—¿*ER Emergencias*?

—La misma.

—Mi ex, que es abogado, como ya te conté, miraba *Ally McBeal*. Alguien debería hacer un trabajo académico sobre las series de los noventa y las vocaciones profesionales.

Por un momento, Verónica se vio en la facultad de Sociales, cargando libros de todo tipo, porque la periodista que ella ya era no se resignaba a la bibliografía fotocopiada. Utilizaba el generoso presupuesto que tenía de sus padres y lo que ganaba por escribir notas como colaboradora de medios para comprar libros: novelas, estudios sobre medios, sociología, política, feminismo y nuevas tecnologías. Se había gastado una fortuna comprando una guía de direcciones de internet. Gran parte de su biblioteca permanecía en esa casa, como quien deja algo de su historia en el lugar donde fue vivida. Tuvo ganas de que Manuel viera su biblioteca y admirase su multiplicidad de lecturas juveniles. A diferencia de su departamento de Villa Crespo, en la que abundaban libros que quería leer, en esa casa solo había libros leídos o que no serían abiertos jamás.

Lo llevó a su habitación como hacía en la adolescencia con su novio, aunque ahora perseguía otros fines, tal vez más satisfactorios que el sexo de aquellos días. Manuel era de los que se divertían observando bibliotecas y Verónica disfrutaba eso como si mirase su cuerpo desnudo.

—Al poco tiempo de conocernos, mi amiga Paula me regaló esa edición en dos tomos de los *Cuentos completos* de Dorothy Parker. "Vos que te creés inteligente, acá hay una que es más inteligente que vos", me dijo. Y tenía razón.

—Cuando nos veamos en Nueva York, te prometo que vamos a recorrer todos los rincones vinculados a Dorothy Parker.

—Acepto.

—No te pedí matrimonio.

—Estoy dispuesta a aceptar todo lo que me propongas.

—¿Incluso casarnos?

—Lo sabrás el día adecuado, ni uno antes, ni uno después.

Manuel tomaba un libro, lo ojeaba, lo volvía a poner en la biblioteca. Tomó *La balada de la cárcel de Reading* (una edición viejísima de la Colección Austral, que Verónica había comprado usada en el parque Rivadavia) y le leyó parte del poema de Oscar Wilde:

—Nos habíamos cruzado como dos barcos predestinados en la tempestad:

pero sin hacernos un signo, sin decirnos una palabra, sin tener qué decirnos,

porque no nos habíamos encontrado en la santa noche, sino en el vergonzoso día.

El muro de la prisión nos rodeaba a ambos, éramos parias los dos,

el mundo nos había expulsado de su corazón y Dios de Su interés

y la trampa de hierro que acecha al Pecado nos había atrapado.

Verónica repitió para sí misma: "Dos barcos predestinados en la tempestad". Eran ellos. Eso eran ellos. Se lo iba a decir, cuando él cambió de libro y ahora miraba los estudios políticos y feministas.

—He leído muy pocos de estos.

—Hay algunos buenísimos. Durante años mi libro de cabecera fue *El poder no cambia de manos*, un ensayo que analiza cómo las conquistas feministas no llegan a mellar el poder real, que es básicamente masculino. La autora… la autora…

Su pensamiento sobre lo que le quería decir a Manuel se desvaneció porque otra idea se le había cruzado por la cabeza. No podía ser, debía estar equivocada. Manuel la miraba esperando que completara la frase, pero ella estaba en otro planeta. *Debo estar equivocada*, pensó y se abalanzó sobre sus libros feministas. No buscaba *El poder no cambia de manos* sino el primero de esa autora, de cuando era más joven. La obra se llamaba *El feminismo como práctica de la libertad* y era más un manual de uso para la discusión, un libro de formación para dar batalla, que un ensayo novedoso. Lo encontró y buscó la solapa.

—No puede ser —dijo en voz alta y lo miró a Manuel, que no entendía nada, le mostró la solapa del libro, donde aparecían los datos biográficos de la autora y la foto.

Manuel leyó en voz alta, tratando de encontrar algo que le resultara familiar.

—Socióloga argentina. Estudió en la Universidad Complutense de Madrid, da clases en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Publicó artículos académicos y de divulgación sobre temas vinculados al lugar de la mujer en la sociedad contemporánea.

—Mirá la foto.

Verónica buscó en su celular. Le mostró la foto que había sacado en el Hurlingham.

—Mirá esta y decime qué te parece.

Manuel comparó las dos imágenes.

—Que acá era una chica muy joven a la que le gustaba usar minifaldas y en la foto de portadilla es una profesora universitaria luchadora por los derechos de la mujer.

—Son la misma persona, Manuel. ¡Cecilia Morrison y Valeria Moreno son la misma persona! Cecilia está viva.

III

Verónica llegó como una tromba a la redacción de *Malas Noticias*. En la mano llevaba el libro de Valeria Moreno. Se reunieron en la oficina de Patricia. Estaban la directora, María Magdalena, Corso y Greta, la pasante, a quien nadie había invitado, pero se metió y tampoco nadie se animó a echarla. Verónica les pasó a todos el libro y les hizo comparar con la foto de su celular.

—¿Es o no es la misma persona?

Todos estuvieron de acuerdo en que se parecía mucho y podía ser la misma, hasta Greta, que solía poner en duda las afirmaciones de Verónica.

—La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué Cecilia Morrison se cambió el nombre? ¿Por qué se fraguó su muerte? —planteó Patricia.

—No conozco otros casos similares —dijo Rodolfo—. Podemos suponer, y muy probablemente fue así, que lo hizo por alguna cuestión vinculada a la seguridad.

—¿Pero en estos cuarenta años nadie se dio cuenta? ¿Su familia lo sabía? —María Magdalena se sirvió un mate del termo que usaba Patricia.

—Cuando venía para acá, googleé a Valeria Moreno. Yo tenía sus libros, pero la verdad es que nunca me interesé por su vida. Sabía que era argentina y nada más. Ahora leí algunas notas y cuando le preguntan por la Argentina contesta ambigüedades, que se fue muy joven, que no tiene ningún arraigo importante acá, ni familia, ni amigos, ni nada. Lo cierto es que vive en Barcelona y jamás regresó en más de cuarenta años.

—Habrá que ir a Barcelona, yo me ofrezco si paga la revista. ¿Qué opinás, Pato? Puedo aprovechar y hacer otras notas.

Patricia ni siquiera se tomó el trabajo de contestarle a Corso, pero agregó una objeción:

—Que a todos nosotros nos parezca la misma persona, no significa que lo sea. Tal vez sea un caso de parecido y nada más.

—Todo lo que encontramos sobre la muerte de Morrison es muy extraño. Desde lo que dice Andrea Benítez, que fue asesinada, a la decisión de Valeria Moreno de no volver nunca a la Argentina.

—Hasta ahora.

La que había hablado era Greta. Los demás la miraron y ella aprovechó sus quince segundos de gloria.

—Vengo de cargar las actividades de la Feria del Libro que comienza este jueves. Una de ellas es la presentación del nuevo libro de Valeria Moreno, *El patriarcado contraataca*. Me acuerdo porque pienso ir a verla. La leemos mucho en TEA Arte.

Unos minutos más tarde, Verónica se había puesto en contacto con la encargada de prensa de la Feria del Libro y había pedido una entrevista con Moreno, pero le respondieron que las entrevistas las manejaba directamente la editorial. Lo malo era que la responsable

odiaba a su amiga Paula y, por carácter transitivo, seguramente a ella también. Le iba a negar la nota.

—La pido yo, corazón, vos ocupate de que nuestro informante en el mundo del Derecho nos averigüe algo más sobre la familia Morrison.

Corso habló como diez minutos con Lila Baños, la jefa de prensa de la editorial, consiguió que le mandara todos los libros de Moreno y la invitó a tomar algo. Supo por ella que la escritora había llegado hacía un par de días y que su agenda de entrevistas estaba bastante cargada, pero que por ser él le iba a hacer un lugar el día siguiente a las once en el lobby del hotel Esmeralda.

Verónica iría con él, aunque Lila Baños chillara cuando la viera, pero no iba a poder quitarles la nota.

Cuando la reunión terminó y cada uno volvió a lo suyo, Patricia le dijo a Vero:

—¿Volviste a hablar con Andrea Benítez desde que salió la nota?

—No, estuve con la hija de su prima.

—Deberías mantenerte en contacto con ella. La experiencia me indica que un artículo como el que publicamos sirve para que un juez haga bien su trabajo, pero también resulta una provocación para los violentos. Estaría bueno saber que no ha habido novedades por ese lado. Además, ella puede aportar su testimonio sobre la foto de Cecilia Morrison. Si a ella le parece la misma persona, tenemos una prueba más.

Verónica le hizo caso. Llamó a Andrea y quedaron en verse esa misma tarde en el departamento de San Telmo. Le llegó un whatsapp de Manuel que decía: "Espero que la muerta goce de buena salud". La puso de buen humor.

Verónica: Nos vemos esta noche?

Manuel: Tu hermana Daniela y su marido me van a llevar a una tanguería.

Verónica: No cuenten conmigo.

Manuel: Lo sé, niña.

Verónica: La niña de tus ojos.

Manuel: ¿Nos vemos después de la tanguería, niña de mis ojos?

Verónica: Me quedo en lo de papá. Paso por tu hotel.

Manuel: Te wasapeo cuando llegue.

Camino a San Telmo, compró facturas para llevar. No estaba su amiga Catalina, pero sí su madre, Roxana, y Andrea. Las mujeres estaban un poco inquietas. Daniel Morrison la había llamado. Había conseguido su número a pesar de que ella usaba una línea nueva.

—¿Qué te dijo? ¿Te amenazó?

—No. Parecía muy calmo, me dijo que el artículo era muy injusto, que algo así podría arruinar su vínculo con el Ejército. Me pidió que cuando hable de lo que pasó entre nosotros, trate de ser más objetiva. Después me propuso encontrarnos, pero yo me negué. Se ve que se enojó porque me cortó.

—Daniel Morrison no solo tiene una orden de restricción física, tiene prohibido ponerse en contacto de cualquier forma.

Verónica llamó a Diana Veglio y le transmitió lo que había ocurrido con Morrison. Veglio no se sorprendió y le prometió que hablaría con el fiscal.

Después, Verónica le mostró a Andrea la foto de la solapa:

— Es muy parecida a las imágenes de Cecilia que vi alguna vez. La mirada es la misma, me hace acordar a los ojos del padre. De los

tres hijos, ella era la que se parecía más a Guillermo. Pero no puede ser, porque Cecilia está muerta. De eso no tengo dudas.

IV

Cuando llegó al piso de Recoleta encontró que su padre andaba levantado. Verónica se alegró de verlo con mucha vitalidad.

—¿No debías descansar hasta mañana?

—Eso dicen los médicos, pero yo creo que debo escuchar más a mi cuerpo que a los doctores.

—¿Y qué te dice tu cuerpo?

—Que vayamos a comer unas ricas pastas. Elegí vos el lugar, pero nada de esos bodegones de los que después te vanagloriás con tus hermanas.

Fueron en auto a Pierino, que no dejaba de ser un bodegón, pero que su padre podía soportar. Mientras Verónica manejaba rumbo al restaurante, se debatía entre preguntarle por los Morrison o no hacerlo. Temía sobre todo enterarse de cosas inconvenientes. Durante toda su vida había vivido despreocupada sobre su familia. Las circunstancias la obligaron a averiguar sobre su abuelo Elías, pero era distinto. Porque sabía que su abuelo jamás se podría haber metido en algo raro. No pensaba lo mismo de su padre. Sus amigos y conocidos, sus contactos en el mundo judicial, político o empresarial lo convertían, como mínimo, en un hombre poderoso y complejo. Temía abrir una puerta y que no le gustara lo que había del otro lado. Recién ahora se daba cuenta de que su ignorancia (la

de ella, pero también la de sus hermanas) era una forma de preservar a su padre y de preservarse a ellas mismas.

Eligieron los ravioles de cordero con salsa de la huerta y una botella de Rutini.

—Voy a pedir en mi testamento que vos heredes la cava de vinos. Hay unos Weinert Malbec Estrella 77 que compré en los noventa. Llegué a tener veinte botellas, pero algunas me las bebí y las otras las regalé a gente vinculada con el estudio. Ahora quedan unas tres botellas.

—Mirá que tus otras hijas y sus maridos también son amantes del alcohol.

—Ellas creo que van a preferir unos mexicanos de oro. Y con respecto a mis yernos, me tiene sin cuidado qué quieren. Mi único yerno al que le regalaría una botella de Weinert es a Federico, pero ya no es más parte de la familia.

—Así es. ¿Es necesario hablar de testamentos y herencias?

—Bueno, es una de las pocas diversiones que tengo. Poner y quitar del testamento. ¿Seguís enojada con Federico?

—Enojada no. Desilusionada sí.

—Deberías perdonarlo.

—Y traerme al crío o a la cría a vivir conmigo. Ya fue Federico. Por suerte, Iñíguez lo va a tener cortito.

—A Iñíguez no le interesa darle órdenes a nadie. Por eso mi duda de ponerlo al frente. No porque no tenga capacidad profesional, me lo demostró varias veces, pero odia ser el jefe. Fue siempre así.

—Nunca contaste mucho de los comienzos. Eran ustedes dos solos, ¿no?

—Muy poco tiempo. Enseguida tuvimos que contratar otros abogados. Crecimos rápido.

—Elegiste un momento complicado para comenzar con el estudio.

—¿Por qué?

—Bueno, un año antes del golpe del 76. No debía ser fácil.

—Con dictadura o democracia, el sistema judicial tiene que seguir, así que no hay mal momento para los abogados.

Verónica estuvo a punto de hablarle claramente de sus dudas, pero no se sintió con fuerza. Si iban a hablar de lo que había hecho su padre para los Morrison o por qué había presentado habeas corpus durante la dictadura debía ser en otro momento, no en un restaurante mientras comían y bebían.

—Me parece que quieren que nos vayamos —dijo Aarón por el apuro del mozo de sacarles el plato vacío.

—Tomemos un café y vamos.

Verónica dejó a su padre en la casa y recibió un mensaje de Manuel: "Estoy en el hotel". Fue caminando hasta el Alvear. Como sabía el número de habitación, ni siquiera se anunció. Subió por el ascensor. Le divertía ir a un hotel de lujo y pasar a una habitación. Se sentía como una polizona o una prostituta yendo a trabajar. Su ropa era bastante discreta. Le faltaba un outfit más osado para un physique du rôle más convincente.

Golpeó la puerta y Manuel le abrió. La saludó con un casto beso en la mejilla y fue al frigobar.

—Quedan unas botellitas de whisky. Podemos beberlas todas.

—¿Cómo te trataron mi hermana y su familia?

—Daniela es una reina. Ha intentado enseñarme a bailar tango y ha fracasado. Es una danza demasiado sensual y no he podido

concentrarme en los movimientos que tenía que hacer.

¿En qué estaría concentrándose, entonces?, se preguntó Verónica. ¿En las tetas de Daniela? Seguro que ella se las apoyó con la excusa de enseñarle a bailar y lo habrá invitado a que la toquetee.

—¿Te manoseó mucho mi hermana?

—Qué va. Ella cree que soy gay. Me lo ha dado a entender, como una muestra de que me aprecia igualmente. Me pareció que se esforzaba tanto en aclarármelo que me dio ternura y no me animé a contradecirla. Al fin y al cabo, todos somos gays en algún momento de nuestras vidas.

—Yo al menos amé a una chica con locura.

—¿Y por qué cortaron? ¿Ella no correspondía a tu amor?

—Sí, correspondía. Pero murió. La mataron.

Manuel se acercó y le tomó las manos. No la abrazó. Le tomó las manos y se las besó.

—Espero que hayas encontrado paz después de su muerte.

—Bueno, hay días malos.

—Bendita. Yo tengo directamente años malos —dijo y se rio. La miraba con tristeza, como buscando medir el dolor que ella sentía. Verónica no quería entrar en una dinámica de lamerse las heridas.

—¿Te puedo usar el baño para bañarme? Es que hoy estuve todo el día afuera y me vendría bien una ducha.

—Mi bañera es tu bañera. Si quieres llenarla, aprovecha las sales y espuma. Puedes usarlas todas.

El agua de la ducha salió con una potencia que no tenía ni en lo de su padre ni en su departamento. Buscó la gorrita porque no pensaba lavarse el pelo. Se desnudó y entró a la bañera. El agua

estaba muy caliente y el baño comenzó a llenarse de vapor. Le gustaba sentir que su cuerpo se quemaba. Manuel golpeó la puerta.

—Oye, mi sol, tengo una loca fantasía.

Verónica se rio.

—¿Bañarte conmigo?

—Parecido. ¿Puedo pasar?

Manuel entró. Estaba vestido.

—Mi fantasía es bañarte, ser tu asistente en la tarea de la limpieza.

—Sacate la ropa que te vas a empapar.

Miró cómo él se sacaba la ropa. Su verga no estaba erecta del todo, pero estaba bien encaminada.

—Quítate la gorrita esa, que quiero ver tu pelo chorreando agua.

Entró a la bañera. Ella le dio el jabón con una sonrisa. Estaba a la expectativa. Manuel le pasó la mano con jabón por el cuello, por las axilas, por las tetas, tal vez con una insistencia que iba más allá de la limpieza. Llegó hasta el ombligo y la hizo dar vuelta. Volvió a los hombros y estuvo un buen rato masajeándole la espalda, hasta que llegó al culo, pasó su mano por los glúteos y metió suavemente su mano enjabonada. La hizo poner de frente una vez más, se arrodilló, su cara quedó a la altura de su vientre. Enjabonó sus muslos y subió las manos por detrás acariciándole el culo nuevamente. Después la tomó de la cintura y con una mano recorrió el contorno de la concha con una lentitud pasmosa. Finalmente, la penetró con el dedo índice mientras le acariciaba el clítoris. Verónica cerró los ojos. Por un momento pensó que el agua era otro hombre que también se la estaba cogiendo, quemándole la espalda mientras Manuel jugaba con sus dedos. Cuando estaba por acabar, Manuel se puso de pie, la

hizo darse vuelta, presionó sus hombros para que los tirase hacia delante. Ella se apoyó en los azulejos y sacó culo para que él pudiera penetrarla. Se acordó que no tenían forros, pero no quiso detenerlo. Él se la metió, ella tuvo su orgasmo y segundos antes de que él acabara la sacó y eyaculó sobre su espalda. En ese momento pensó que no le hubiera molestado que él le acabara adentro: durante unas horas jugaría con la idea de estar embarazada y después correría a la farmacia a comprar la pastilla del día después. No estaba tan loca, pero un poco loca la estaba volviendo ese médico gitano al que le gustaba hablar de libros.

V

Ando de hotel en hotel, pensó mientras corría para llegar a tiempo al encuentro con la socióloga Valeria Moreno, muy probablemente la guerrillera Cecilia Morrison. Había pasado casi toda la noche despierta. Cogiendo, hablando de libros, fumando porro, hablando de libros, cogiendo, tomando un café preparado con la pava eléctrica de la habitación. Manuel se había dormido y ella se quedó, una vez más, mirándolo. A diferencia de la noche anterior, no parecía dormir tranquilo. ¿Tendría una pesadilla? Estuvo a punto de despertarlo, pero no fue necesario. Se había calmado.

Pasó por el piso de su padre para cambiarse la ropa, bañarse de verdad e ir al encuentro de Rodolfo Corso, que la esperaba en el lobby del hotel junto con Lila Baños, la encargada de prensa. Corso le estaría tirando los galgos, pésimo gusto.

—Por fin llega la princesa —dijo Rodolfo.

Verónica sospechó que esa expresión ya la había usado unos minutos antes porque Lila Baños sonrió irónicamente. La encargada de prensa la saludó y le alabó el saco de hilo que llevaba puesto.

—Vamos al bar que ahí está esperándonos Valeria Moreno.

La mujer los vio venir y se puso de pie. Debía tener unos setenta años, pero parecía diez menos. Llevaba puesto un trajecito sastre gris elefante y una blusa celeste. El pelo muy arreglado, de peluquería. Una base de maquillaje, apenas para disimular las ojeras matutinas. Verónica no necesitó mirarla demasiado para darse cuenta de que ella y Morrison eran la misma persona.

Se saludaron cordialmente. Lila Baños hizo la presentación y Moreno no hizo ningún gesto cuando Lila dijo el apellido de Verónica. Luego, la encargada de prensa los dejó solos, no sin recordarle a la socióloga que debía estar en una hora y media en el Instituto Gino Germani.

—Me tiene cortita. Me hace trabajar todo el día —se confesó con complicidad Valeria Moreno.

—¿Tiene muchas actividades programadas? —le preguntó Corso.

—Más de lo deseable. El hecho de que no haya vuelto al país, pero haya trabajado con profesionales argentinos, me obliga a estar de reunión en reunión, más la presentación en la Feria del Libro y las notas que hay que hacer para que no se enoje mi jefa de prensa.

Hablaba con un leve acento español, sin llegar a pronunciar las zetas, pero se notaba que era argentina, por el énfasis, la elección de las palabras y porque movía las manos todo el tiempo.

—¿Y por qué nunca regresó? Me imagino que oportunidades no le faltaron —preguntó Verónica.

—Creo que el hecho de no tener familia aquí fue postergando mi regreso. Además en estos tiempos no es necesario viajar para estar en cualquier parte.

—Antes que nada —dijo Verónica— quiero expresarle mi admiración. Desde hace casi veinte años que leo sus libros y han sido muy importantes en mi formación.

—Agradezco lo que decís. Yo soy sobre todo una divulgadora de ideas que muchas feministas vienen expresando desde el siglo XIX.

—Me interesa saber por qué eligió estudiar en España en vez de hacerlo acá —preguntó Rodolfo.

—Yo me fui del país a mediados de los setenta y recién comencé a estudiar Sociología en 1979, después de probar otras carreras como Historia. España estaba en plena apertura democrática y Argentina bajo la dictadura. No era una elección difícil.

—¿Llegó a hacer estudios universitarios en Argentina?

—Sí, estudié un tiempo Derecho, pero eso se pierde en la nebulosa de la historia.

—¿Le interesaba la política cuando todavía vivía acá? —le preguntó Verónica.

—Como a todo el mundo. Con el tiempo me di cuenta de que la política tradicional no servía porque partía de una falacia: que somos todos iguales, cuando las mujeres seguían sometidas a prejuicios, leyes y sanciones históricas. Podíamos estudiar, trabajar, ser independientes, siempre con limitaciones escandalosas. El techo de cristal no era solo económico sino social. Estudiábamos igual que los varones y, sin embargo, no llegábamos a las mismas metas. Ni que hablar que se nos cobraba (y muchas veces aún se cobra) algún tipo de peaje para que nos dejen pasar al mundo masculino: ser

acosadas sexualmente, en diferentes rangos de acoso, como algo aceptado por la sociedad: ser objeto de burla o menosprecio por nuestra condición, esos chistes tontos que en realidad solo refuerzan los prejuicios en contra de las mujeres. Pagábamos un precio muy alto, muy frustrante y muy desgastante. Ni que hablar si al hecho de ser mujer se agrega alguna característica difícil de digerir por la sociedad masculina: ser lesbiana, inmigrante, trans, obesa o tener algún tipo de discapacidad. En ese caso, ya no se trata de pagar un peaje sino que se castiga a la mujer distinta. Por eso, me alejé de la mirada tradicional de la política de izquierda o de derecha y me acerqué al feminismo.

—Hay un tema que me resulta difícil plantear —dijo Verónica— y espero que no lo tome como una intromisión en su vida privada. Desde hace un tiempo, con Rodolfo, estamos investigando la muerte de una militante montonera ocurrida a mediados de los años setenta. De manera sorprendente para nosotros mismos llegamos a la conclusión de que esa guerrillera, Cecilia Morrison, tiene que ver con usted. ¿Estamos en lo cierto?

—No sé quién es.

Valeria Moreno la miraba como intentando comprender lo que decía y lo que pretendía, pero sin conseguirlo. A Verónica le costaba avanzar en su planteo al no ver en Moreno ningún tipo de emoción.

—En realidad —dijo Corso—, lo que nosotros creemos es que Cecilia Morrison y usted son la misma persona.

—¿Es alguna clase de broma que no llego a entender?

—Hemos visto sus fotos en el club Hurlingham, cuando ganó un torneo de tenis. También la esposa de su hermano menor, Daniel, coincide con que usted es la hija de Guillermo Morrison.

—Yo acepté esta entrevista porque íbamos a hablar de temas vinculados a mis libros. No entiendo lo que buscan, ni sé de qué gente me está hablando. Sospecho que su búsqueda es honesta, pero equivocada. Como sabrán tengo otras actividades, así que debemos dar por terminada esta entrevista.

Verónica jugó su última carta.

—Usted tuvo que haber sufrido mucho, haber tenido mucho miedo, para que aceptara cambiarse el nombre y no volver a la Argentina durante tantos años.

—Adiós.

Valeria Moreno se levantó tan tranquila como había estado durante la entrevista y se alejó. Rodolfo Corso se puso a comer una medialuna que había sobrado del desayuno.

—¿Qué opinás? —le preguntó Verónica.

—Muy chupamedias tu declaración de admiración. Admito que podía ser una buena forma de que ella se aflojara, aunque conociéndote me imagino que fue una declaración sincera. En cuanto a ella, no dudo de que estuvimos ante Cecilia Morrison, la chica de familia militar que un día tomó los fierros y la hicieron pasar por muerta.

—Se mantuvo impasible.

—Hace cuarenta años que viene ensayando cómo comportarse cuando alguien le pregunte por Cecilia Morrison. No te extrañe que le haya pasado antes en España, con la cantidad de exiliados que hubo. Una persona a la que se le dice que es otra no reacciona con naturalidad: se enoja, o se ríe, o simplemente se siente molesta. Ella no hizo nada. Por lo tanto, es Cecilia Morrison.

—Yo esperaba que me dijera "¿vos sos hija de Aarón Rosenthal?", pero no lo hizo.

—Lo pensó, lo está pensando en este mismísimo momento.

VI

En la redacción de *Malas Noticias* discutieron acaloradamente sobre qué hacer. Esta vez dejaron afuera a Greta, que se moría de ganas de participar de la mesa chica y lanzaba desde su escritorio miradas que oscilaban entre el enojo y la indiferencia. Nadie le prestaba atención.

—Listo, chicos, pónganse con otras notas. Vos —Patricia señaló a Corso— me debés hace un mes el artículo sobre el sindicato que compra afiliados para las elecciones.

—Es verdad, te lo debo. Pero ahora estamos con el asesinato de Cecilia Morrison.

—Los muertos que ustedes matan gozan de muy buena salud.

—No te pongas literaria, Pato —la atajó Vero, que estaba mosqueada.

—Lo que quiere decir la directora —medió María Magdalena— es que si creían que iban a descubrir un crimen familiar, no lo hay.

—Una persona pasa por muerta, cambia de nombre, sigue una vida absolutamente distinta a la anterior. ¿Cómo no va a ser una nota?

—Yo no estoy de acuerdo con que llevó una vida tan distinta. Si fue guerrillera y después militante feminista, no veo una gran distancia.

—¿Por qué el hermano mayor heredó lo que ella tenía? ¿Por qué Cecilia Morrison abandonó todo y se fue a España? ¿No habrá alguna forma de delito que inculpe a su familia sobre lo que le pasó, tal como dice Andrea Benítez?

—Con respecto a la familia —dijo Patricia—, el padre está muerto, el hermano mayor está muerto y pesan sobre él crímenes de lesa humanidad. Nada de lo que le haya hecho a la hermana puede ser peor de lo que les hizo en Campo de Mayo a detenidos desaparecidos. Y en cuanto a Daniel Morrison, tenía diecisiete años cuando ella supuestamente muere. No creo que haya participado activamente en nada contra su hermana. Yo seguiría de cerca el caso de Andrea Benítez.

—Una cosa no quita la otra. Voy a continuar haciendo un seguimiento de las novedades judiciales que haya.

—Te voy a decir lo que me pasa. En *Nuestro Tiempo* más de una vez hicimos notas sobre mujeres acosadas por parejas o por abusadores. La mayoría de los casos terminó con las mujeres muertas. No sirvieron de nada los artículos, ni las denuncias. Acordate el caso de Fabiana González.

—Como lo planteás, entonces no deberíamos hacer más notas de víctimas de violencia machista.

—No seas infantil, Verónica. Sabés que no planteo eso. Ni siquiera creo que hayamos tenido mayor responsabilidad, ni moral ni mucho menos judicial, por haber publicado esos artículos. Lo que digo es que tenemos el deber ético de no abandonar estos casos una vez que se publica el artículo. Prefiero que te concentres en eso y que Corso haga la nota del sindicalista comprador de afiliados.

—Vero, Pato tiene razón. Tal vez lo deberíamos hablar en un ámbito más distendido que delante de este paquete infame de Cerealitas. Vayamos a tomar algo y vemos qué te mueve a hacer esto.

—¿Vos lo decís por la participación de mi viejo en algo de esta historia?

—Obvio —dijeron a dúo Patricia y María Magdalena.

—Ah, bueh. En vez de terapia, hago notas.

—¿Sabés que pienso? —dijo Patricia—. Que si esa mujer decidió cambiarse el nombre y comenzar una nueva vida fue porque debía hacerlo. Ahora la vemos entera, viva, disfrutando la fama de ser una socióloga respetada. ¿No sentís que te estás metiendo en la vida de alguien que seguramente no quiere que lo hagas?

María Magdalena insistió en ir a tomar un whisky, pero Verónica se había enojado con todos, incluso con Rodolfo Corso, que salió con ella y le dijo:

—No te lo quería decir ahí, pero tienen razón.

—¿Vos también?

—"Valeria Moreno no quiere reconocer que es Cecilia Morrison". ¿Te parece un buen título de nota?

—¿Y si lo que hubo es un caso de violencia familiar?

—¿Y si ella quiere olvidarlo? Al fin y al cabo, los posibles responsables están muertos.

Verónica no quería dar el brazo a torcer, se fue casi sin saludar. Lo mejor que le podía pasar a la humanidad en esos minutos era no cruzarse con Verónica. Era verdad que necesitaba tomar algo, pero no tenía ganas de meterse sola en un bar. Se fue a su departamento, buscó la botella de Jim Beam y notó que había

quedado muy poco. No recordaba haber tomado tanto cuando había estado Manuel. Se puteó por no haberlo previsto.

Intentó pensar en Manuel para calmarse, pero el pensamiento se le desviaba hacia Valeria Moreno. ¿Por qué su padre había participado de la farsa de la muerte de Cecilia Morrison? ¿Y si él también fue engañado? Se llevaría una gran sorpresa si se enterara de que Cecilia Morrison estaba viva. Tal vez debería sacarle el tema en la cena y comentarle como quien no quiere la cosa su hallazgo. En el fondo, ella quería cubrir a su padre. Decirle "si tuviste algo que ver con la muerte de Cecilia Morrison, ella está viva". ¿Pero por qué podría haber ayudado a simular una muerte? ¿Por dinero? ¿Por miedo? ¿Y por qué después firmó habeas corpus por personas secuestradas por los militares cuando muy pocos abogados se animaban?

Egoístamente, pensó que su padre se llevaría con él todas las respuestas a sus interrogantes. Él se iba a morir. La vida podía tener muchas curvas, vueltas y contramarchas, pero la vida de su padre había entrado en una recta final. Ella, sus hermanas, todos alrededor disociaban la muerte inminente de la enfermedad terminal. Como si la segunda no estuviera ganando la batalla y se acercara a la meta. ¿Pero había otra forma de comportarse? Al fin y al cabo, la enfermedad les garantizaba poder despedirse de él. ¿Era mejor despedirse? Lo único que ella quería era que su padre no sufriera, no quería verlo destruido, fuera de sí, una mente perdida en un cuerpo que no responde. A pesar del esfuerzo, él no siempre podía ocultar lo mal que estaba. Iba a empeorar, hoy, mañana, pasado. De pronto sintió una inmensa necesidad de estar con él. Había tomado una decisión: no iba a hacer nada con la historia de Valeria Moreno.

No pensaba preguntarle a su padre. El pasado era de él y ella no tenía por qué inmiscuirse en su historia. En cuanto a Valeria Moreno, asumiría como propias todas las opiniones de sus compañeros de la revista. Era algo cerrado y cuanto más pronto lo olvidara, mejor para ella.

Tomó un taxi hasta la casa paterna. En el camino intercambió mensajes con Manuel. Estuvo tentada de decirle que quería verlo pronto, que necesitaba un abrazo y que lo extrañaba, pero de solo pensarlo un escalofrío de ridiculez le recorrió todo el cuerpo. Ella no era así. De lo que estaba segura era de que quería verlo. Le envió un mensaje.

Verónica: Tu casa o la mía.

Manuel: Mi casa está lejos. Pero si quieres cogemos un avión y vamos.

Verónica: Renovaron el frigobar?

Manuel: Sí, pero compré una botella de bourbon. La puedo llevar adonde quieras.

Verónica: OK. Te escribo más tarde y arreglamos bien.

Quedate con el que te repone la botella de whisky, pensó Verónica, satisfecha con las virtudes de Manuel.

El tránsito, para no variar, estaba complicadísimo, y se arrepintió de haber tomado un taxi que le costaría la mitad de su sueldo. Llegó mucho más tarde de lo que esperaba.

Pensó en ir a la cocina para prepararse un sándwich y buscarse una latita de gaseosa, pero se cruzó con el padre. Se lo veía muy bien, un poco tenso, algo no habitual en él, que era capaz de mantener la calma hasta en la cubierta del Titanic.

—Verónica, te convoqué con mi pensamiento. Menos mal que llegaste.

—¿Estás bien?

—Muy bien. Bueno, las cosas se van ordenando de manera extraña, pero se ordenan.

—¿Y eso qué significa?

—Vení conmigo al estudio, que hay una persona que quiere saludarte.

Verónica lo acompañó pensando que quizás estaría Manuel, aunque no podía ser porque él se lo hubiera dicho hacía unos minutos. Después se le ocurrió que podía ser Federico, ya que ella le había dicho que lo fuera a visitar. Como una tonta, comenzó a tener como palpitaciones y trató de recordar si estaba presentable. Tomó del brazo a su padre para que se detuviera. Preguntó en voz baja:

—¿Es Federico?

—No, no es Federico —dijo con una energía que hacía tiempo ella no notaba en él.

Verónica entró y vio a alguien de espaldas, sentada frente al escritorio. Al oír que llegaban, la mujer se puso de pie y se dio vuelta. Valeria Moreno o, mejor dicho, Cecilia Morrison le sonreía.

—Verónica Rosenthal, qué parecida sos a tu padre.

8. Los otros

I

Muchas veces (dos o tres por semana) se preguntaba por qué seguía yendo al consultorio del licenciado Cohen cuando tenía casi probado que no había estudiado en ninguna universidad argentina ni, probablemente, en ninguna universidad del resto del mundo. Pero, por otra parte, al menos le servía para hablar con alguien de su situación. En el entorno de Federico no había gente vinculada al mundo de la psicología y no se animaba a elegir un profesional de la cartilla de su medicina prepaga. A los dentistas y a los psicólogos se llega por recomendación. Mientras nadie le ofreciera un buen freudiano o un lacaniano misterioso, seguiría cayendo en las cuidadas garras del licenciado Cohen.

Como otras veces, el analista lo hizo esperar cinco minutos antes de bajar a abrirle. Siempre decía que era porque estaba con un paciente, pero nadie bajaba con él ni tampoco en los minutos previos. Federico evitaba ponerlo en evidencia.

—¿Cómo anda el señor Problemitas? —le dijo cuando entraron al consultorio, un cuarto atiborrado de souvenirs de todas partes del mundo, supuestamente regalados por sus pacientes. También tenía

en un costado, sobre un mueble antiguo, una colección de muñequitos Jack de la década del sesenta. Nunca se había referido al respecto, a pesar de su tendencia a hablar más que los pacientes.

—¿Por qué me dice Problemitas?

—Así lo llamo cuando hablo de usted con mi familia.

—No entiendo. ¿Usted le cuenta a su familia lo que dicen sus pacientes?

—¿Pero por quién me toma? Solo hablo de aquellos a los que aprecio especialmente. "¿A qué no saben lo que le pasó al señor Problemitas?", les digo y todos se ponen a escuchar.

—Yo pensaba que su trabajo era justamente tratar problemas. Por algo venimos a atendernos.

—Claro, está usted que es Problemitas, tengo la señora Problemas y el señor Problemones. ¿Oyó hablar de Julio Paladini?

—¿El tenor del Teatro Colón?

—El mismo. No sabe los problemas sexuales que tiene. No se los cuento como analista porque no me lo permite el secreto profesional, pero si un día vamos a tomar una cerveza, se los cuento como amigo.

Una vez más, Federico pensó que debía huir de esa consulta y buscar un psicólogo al que, antes que nada, debía hablarle de su dependencia al licenciado Cohen.

—Bueno, cuentemé, ¿ya fue padre? Quiero creer que no.

—No todavía. Faltan unos días.

—No se olvide de avisarme, le quiero llevar un recuerdo al niño a la maternidad.

—Esta semana volví a ver a Verónica.

—Con razón se lo ve tan hecho mierda, perdóneme mi alemán. ¿Quién buscó a quién? Piense bien antes de contestarme, que acá se juega su salud mental.

—Bueno, fui yo, pero…

—Sabía, sabía que lo iba a hacer —lo interrumpió—. ¿Para qué me mato diciéndole cómo comportarse si después hace un desastre?

—La llamé porque tenía algo importante que decirle sobre su padre. No fue una excusa, ni me interesaba encontrarme con ella. Se lo juro.

—Júremelo por su mamá.

—Lo juro por mi mamá.

—Le creo. Continúe.

—Nos encontramos en un bar, como habíamos quedado. Yo tenía que pasarle información sobre su padre.

—No me diga que descubrió que es adoptada.

—No. Algo de la labor de Rosenthal como abogado. Perdóneme, pero no puedo ser más preciso y no creo que interese a nuestros fines.

—No sea malo. Yo le conté lo del tenor del Colón.

—Fue un shock verla.

—Me imagino. ¿La vio más vieja, muy destruida, al borde del llanto y de rogarle volver?

—No, nada que ver. Estaba relinda, muy informal, algo que la hacía más joven. Yo quería llegar más tarde para poder verla sentada y estar yo de pie. Pensé que eso me daba una ventaja sobre ella, pero me equivoqué de hora y llegué antes. Cuando la vi entrar sentí palpitaciones.

—Reacción lógica. Continúe.

—No hay mucho más. Hablamos de su padre. Ella intentó sacar el tema de nuestra ruptura. Más bien me maltrató.

—La verdad es que yo habría hecho lo mismo que su novia.

—Ex. Ya no es mi novia.

—Ah, se equivoca. Ella va a ser su novia toda su vida. Usted se va a casar, tener quince hijos de diez mujeres distintas, se va a ir a vivir a la China o a Junín, y ella va a seguir siendo su novia cada vez que piense en ella, cada vez que la recuerde en una anécdota, cada vez que la cite en una conversación. Como mucho empezará diciendo "yo tuve una novia que…", jamás dirá "una exnovia me dijo que…". Una ex es otra cosa, una ex es alguien que nos cansó o que se cansó de uno. Cuando uno corta por circunstancias ajenas al agotamiento de la relación, uno se convierte en una especie de viudo. Nadie le dice "ex" a su esposa difunta. Nadie se lo dice a una novia que lo sacó carpiendo.

—Me parece que está exagerando.

—No solo no exagero sino que le regalo un tip y no se lo repita a sus amigos porque ellos no me pagan. Si le resulta indiferente o le despierta desprecio, es una ex; si lo dejó calentito y tiene palpitaciones, es una novia. Una novia eterna. Debe haber alguna novela de terror que hable de las novias eternas.

—La que sabía mucho de libros era mi novia. Le tendría que preguntar a ella.

—Esa es la actitud. ¿Efectivo o transferencia? ¿Ya le conté el chiste del paciente que pagó con transferencia y el psicólogo no lo quiso atender más?

—Sí, diez veces.

II

Él comprendía perfectamente lo que había ocurrido con la Virgen María. Que el arcángel Gabriel la hubiera visitado y le dijera que estaba embarazada del Espíritu Santo le parecía algo que podía suceder. Tarde o temprano, un arcángel —bajo las formas más diversas— se aparece y hace un anuncio que marca la vida y la transforma para siempre. Se imaginaba a María escuchando la voz divina, creyendo que soñaba, que al día siguiente le contaría a su prometido que había tenido un sueño rarísimo; y despertándose luego, dándose cuenta de que no había soñado, sino vivido.

A él le había pasado lo mismo. Desde que Ellen había fallecido, los sueños con ella resultaban habituales. Casi siempre eran encuentros dulces, llenos de amor, a veces angustiantes porque él o ella se perdían y no se volvían a encontrar. Ellen seguía dibujando en esos sueños, aunque no mantenía el estilo que utilizaba en vida. A Manuel le gustaba que ella estuviera presente en su mundo nocturno. Al despertar, hacía todo lo posible para que su presencia permaneciera con él el mayor tiempo posible.

Pero cuando ella apareció unos meses atrás, él supo que era distinto: no era un sueño sino un encuentro real. Vestía una remera blanca manchada de témpera, un jean rotoso, unas sandalias indígenas. Tenía el pelo largo como cuando la conoció. Hasta podía olerla, ese perfume francés que le había regalado su madre poco antes de que Ellen abandonara Ohio y se instalara en Nueva York. En ese encuentro, Ellen le tomó la mano, lo miró a los ojos y le dijo:

—Estás enfermo. Tu cuerpo comenzará a derrumbarse aunque tu mente se mantenga lúcida y tu alma amorosa.

Él le preguntó:

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ya no queda nada por hacer. O quizás quede una cosa: acortar el dolor.

Fue así como Manuel se enteró de su enfermedad, que los médicos —sus colegas— solo diagnosticaron unos meses más tarde, cuando le realizaron la resonancia magnética y le estudiaron el líquido cefalorraquídeo. Sufría de esclerosis lateral amiotrófica, para lo que solo había tratamientos paliativos, a pesar de la detección temprana. Salvo por unos pequeños accidentes, nada hacía suponer que su cuerpo se había convertido en una bomba de tiempo, pero lo era.

En las últimas semanas se había agregado un pequeño temblor en las manos, que podía calmar gracias a una medicación experimental. Había entrado al protocolo de un laboratorio para probar la droga en su cuerpo. Se entregaba a la medicación legal con la misma mansedumbre con la que usó drogas ilegales durante años, haciendo caso omiso a las advertencias: sabía que el tratamiento podía ser tan dañino como inyectarse heroína.

Por un momento barajó la posibilidad de utilizar sustancias que no había probado hasta entonces. Si su cuerpo iba a ser un conejillo de Indias, al menos iba a disfrutar de nuevas costumbres. Pero no lo hizo. Habían cambiado sus intereses y deseos. La idea de morirse en poco tiempo le parecía idiota, pero no injusta. Al fin y al cabo, él había muerto con Ellen. Lo que le fastidiaba de esa enfermedad era que iba a llegar un momento en que no podría valerse por sí mismo. No era la muerte lo que le preocupaba, sino el camino horrible que tenía que recorrer para llegar ahí. Debía suicidarse. Tarde o

temprano debía hacerlo. Esa certeza, ese gesto activo ante el avance irremediable de la ELA, lo hizo sentirse mejor.

Desde su época de estudiante de medicina había aprendido a lidiar con la muerte de los demás. Especializarse en oncología era como irse a trabajar a una funeraria: si no te gusta la muerte mejor no acercarse. Gran parte de sus pacientes se enfrentaban al diagnóstico poniéndose a llorar, o a los gritos, o rezando —los menos —. Estaba acostumbrado a esa cita ineludible que es la muerte, que reparte mal las cartas y que él debía anunciar sin perder la compostura. No importaba que frente a él estuviera la familia de una adolescente o una joven esposa. Creía tener la piel curtida. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la muerte propia. Al fin y al cabo, esa era la única muerte que realmente contaba.

Un día llegó a su consulta un argentino, Aarón Rosenthal. Ni los nuevos estudios, ni mucho menos los viejos podían darle una esperanza a ese hombre. Cuando se lo dijo, Aarón le respondió con calma:

—Lo que me preocupa no es la muerte en sí, sino el camino.

Manuel pudo reconocer en Rosenthal a alguien que se parecía a él en cuanto al temple de su carácter. Lo sorprendió descubrir que compartían algo más que una condena mortal. Hizo lo que no hacía con otros pacientes, ni siquiera con los que venían de muy lejos: lo invitó a charlar al día siguiente.

Las veces que vio a Aarón solo, hablaron mucho de la muerte próxima. Cuando estaba Leticia, la hija también médica, los temas eran los tratamientos, los cuidados paliativos. A Manuel le gustaba Leticia, tenía una belleza especial, modales de señora y mirada de loba. Aunque enseguida dejaba en claro que tenía hijos y marido.

En la última visita que estuvieron a solas, Aarón planteó el tema que estaba rondando en cada conversación.

—No sirvo para suicidarme, ni quiero llegar a vivir rodeado de sondas, cables, respiradores artificiales. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo se llega a la eutanasia?

—En la mayoría de los países es ilegal.

—No quiero morir en la cama de un hospital después de una larga agonía. Usted me dice que no es legal. Como abogado, le digo que hay muchas cosas legales que son injustas.

—Ya lo sé. Hay médicos en su país que pueden ayudarlo.

—Me imagino que es así. Soy ateo. No necesito a un rabino ni mucho menos a un cura. Pero reconozco que sus palabras de estos días me han resultado mucho más gratificantes que si las hubiera dicho un religioso.

—Los médicos somos los sacerdotes de un culto más cruel que sanador.

—Como sé que me va a entender, tengo un pedido para hacerle: me gustaría que fuera usted el que me ayudara a atravesar rápidamente el camino. Por los honorarios, no va a haber problema. Pero si tiene alguna objeción me imagino que no es económica.

El doctor Cobos García se quedó mirándolo en silencio. Nada en su rostro delataba lo que estaba pensando.

—Tengo muchas excusas que puedo utilizar en un momento así, pero algo que no puedo explicar me obliga a aceptar su propuesta. Usted me mantendrá informado de su situación, también puedo estar en contacto con sus médicos desde aquí. Y cuando llegue al momento adecuado iré a verle.

—Si no es mucho pedir, me gustaría que no venga exclusivamente para eso. Sería mejor que pudiera disfrutar del viaje. Y además me gustaría prolongar un poco más estas charlas que hemos tenido.

Manuel recordó a los personajes de *Extraños en un tren*, que intercambian personas que deben asesinar. A él le habría gustado dejar en manos de Aarón su propio final. Pero ese deseo era técnica y biológicamente imposible.

Un día antes de su muerte, Ellen había podido dibujar al neoyorquino número mil. Era un señor calvo y excedido de peso que miraba perplejo un cuadro de Basquiat en el museo Guggenheim. Se lo mostró y él solo atinó a decirle que seguramente ese hombre no era un neoyorquino sino un turista. Fue el último diálogo que habían tenido con cierta lucidez. Por entonces, hacía cuatro meses que Manuel ya no atendía pacientes, que se ocultaba de los colegas que lo buscaban para ayudarlo. Vivía en una especie de clandestinidad, por y para el amor de Ellen.

Manuel estaba seguro de que si Ellen no se hubiera muerto ese día de octubre, habría sido suyo el cadáver que descubrieron los vecinos. Pero no se sentía agradecido con ella. Al contrario, después de llorarla se puso furioso. No le perdonaba que se hubiera puesto en el medio entre el final previsible y él. Como en *Cumbres borrascosas*, cuando muere Catherine y Heathcliff insulta a su amada por haberlo abandonado para irse al otro mundo.

La enfermedad había puesto las cosas en su lugar: Manuel finalmente se iba a morir. Había entrado en la recta final y no le molestaba. La felicidad era algo lejano que había quedado en el pasado. Viajó a Buenos Aires con el afán de acompañar a Aarón en sus últimos días, charlar con él, conocer una ciudad que le atraía y

eventualmente vivir un romance pasajero con una mujer casada. No conocía a la hija menor de Aarón, salvo por los comentarios que hacían el padre y sus hermanas. Había conseguido despertarle cierta intriga esa periodista arrojada, capaz de meterse en problemas por las causas más diversas. La pintaban casi como una heroína. Cuando finalmente la conoció, se dio cuenta de que no viviría ningún romance con una mujer casada y que, a pesar de todo, la vida le ofrecía una nueva posibilidad de ser feliz.

Ella se acercó con un ejemplar de *Cumbres borrascosas* y, por primera vez en mucho tiempo, Manuel quiso que la muerte no estuviera pisándole los talones.

III

Los mensajes no paraban de caer en su celular como un repiqueteo que recordaba la lluvia sobre un tinglado. Esa mañana había estado jugando al tenis con unos amigos, después almorzó con uno de ellos en el club house y caminó hasta su casa, que quedaba del otro lado del country. A la tarde debía reunirse con sus socios por la compra de una estación de servicio en la zona de Junín. El teléfono seguía con su cantinela, no pensaba atenderlo hasta llegar a su casa y tirarse en el sillón. Pero los mensajes seguían cayendo. ¿Qué habría pasado? Abrió la puerta, entró y sin llegar a sentarse revisó el teléfono. Se quedó congelado de pie en medio del living. Le escribía gente diversa: amigos, ex camaradas de fuerza, su abogado, hasta unos primos lejanos que vivían en Entre Ríos. Todos le escribían por lo mismo: había aparecido un artículo en un portal

de noticias en el que se lo acusaba de golpeador y abusador de su esposa. Ya había tenido que comparecer ante la justicia, pero eso no había trascendido. Ahora todos hablaban de Daniel Morrison, se metían con su intimidad. La culpa era de Andrea y su locura galopante. Maldita Andrea. Mil veces maldita.

Miró la firma de quien había escrito el artículo: Verónica Rosenthal. El apellido le sonaba, pero no recordaba de dónde. Familia militar seguramente no era, mucho menos socia del country: debía ser uno de los pocos countries del país que se podía permitir no tener judíos entre sus socios. No obstante, el apellido lo tenía de algún lado.

Antes que nada, debía calmarse. No tenía que responder a ese ataque impulsivamente. Ya sabía que a Andrea le gustaba hacerse la víctima cuando él contestaba de manera vehemente. Lo mejor era descargarse primero entrenando en su gimnasio. Le pegó un buen rato al punching ball y eso le hizo bien. Se sentía mejor después de una hora intensa. No había como el boxeo. Por más que practicara tenis y golf, dos deportes de gente retirada, el boxeo era el que le devolvía la energía juvenil.

Se pegó una ducha, se vistió con elegante informalidad (pantalón de lino marrón claro, chomba rosada, suéter de hilo blanco, zapatos náuticos marrones con punteras blancas) y les avisó a los socios que debía suspender la reunión con ellos.

Fue al encuentro de Nick y Bono. Se los había recomendado un viejo compañero de armas, que jamás se equivocaba en temas de seguridad. Eran dos hackers jóvenes, de mal aspecto. El flaco, muy alto y pelirrojo, se llamaba Nick. Usaba anteojos de carey y parecía un intelectual piojoso. El otro se llamaba Bono y no era ni alto ni

bajo, ni gordo ni flaco, vestía una remera con el nombre de una banda de rock que no registró. Tenía aspecto de perverso sexual. Fueron ellos los que, a cambio de un pago importante en dólares, le consiguieron el teléfono, la dirección y el nombre de la persona con la que estaba viviendo Andrea. Un dinero bien invertido.

Sabía que una jueza le había prohibido ponerse en contacto con ella, pero también fueron jueces los que persiguieron a su hermano y lo amargaron de tal manera que terminó muriendo. Con él no iban a hacer lo mismo. No iba a obedecer a esa justicia corrupta. Llamó a Andrea sin importarle ni un ápice las consecuencias.

Él sabía controlarse. Cuando su esposa se sorprendió al oírlo, le habló con serenidad, le hizo notar que no estaba enojado.

—Es injusto lo que dice ese artículo de mí.

—Yo le conté de nuestra situación.

—¿Ves? No tenés que hablar con gente que no nos conoce porque después inflan todo. No saben cómo somos nosotros. Deberías ser más justa. ¿O no eras feliz conmigo?

—Lo fui, pero hace rato que estamos mal.

—Vos sabés cuánto te quiero, gorrioncito. Cuando hablás de nosotros no tenés que olvidar los buenos momentos.

Andrea hizo un silencio. Su prima estaría a su lado. ¿La prima le diría qué decir?

—Hay algo más, gorrión. Este tipo de artículos cae muy mal en las fuerzas armadas. Ya bastante tenemos con los talibanes que nos persiguen, como para que nosotros les hagamos el campo orégano a los zurdos.

—Yo lo que quiero es vivir en paz, Daniel. Date cuenta.

—Lo que yo creo es que deberíamos juntarnos para conversar, como seres civilizados y como un matrimonio bien constituido.

—No nos vamos a juntar. Mi abogada me prohibió hablar con vos y mucho más verte.

Daniel estaba comenzando a enfurecerse, sabía que si le mostraba su enojo ella se aferraría a eso para no verlo. Antes de contestarle como él pensaba, prefirió cortarle. Se tuvo que controlar para no revolear el teléfono contra una pared.

Ya lo había decidido: iría a buscarla. Cuando Andrea lo viera no le quedaría otra que dirigirle la palabra. ¿Cómo no podían ponerse de acuerdo dos personas que habían convivido durante décadas? ¿Dónde había quedado esa mujercita que le escribía cartas al frente, que cuidaba el hogar, que lo esperaba siempre con ojos ilusionados? El gran error había sido no imponerse con el tema de la paternidad. Si ella no podía tener hijos, no debió dejarla porfiar con no adoptar un niño. La tendría que haber obligado a ser madre. Ahora ya era tarde, pero no le iba a permitir que lo abandonara.

Se le hizo largo el camino desde Pilar hasta San Telmo. Se sentía nervioso. Hacía ya cerca de un mes que no veía a Andrea y la posibilidad de tenerla frente a él le generaba ansiedad. Dejó el auto en un garaje y se quedó en la vereda de enfrente del departamento de la prima. Él no conocía la casa. Si tenía vista a la calle, ella lo podía ver. No le molestaba. ¿Qué podía hacer ella? ¿Llamar a la policía? Eran absurdos los argumentos lanzados por el fiscal y la jueza, cuando decían que la vida de Andrea corría peligro. Si él quisiera, le tomaría un minuto contratar a un sicario para que la matara. O él mismo podría haber venido armado, cosa que no había hecho. Solo quería hablar con ella.

En el bar de la esquina se desocupó una mesa frente a la ventana. Fue, pidió un café y observó. Desde ahí se veía perfecto el edificio en el que estaba su mujer. No recordaba a la prima, a quien no veía desde hacía muchísimos años, por lo que no podía saber si alguna de las mujeres que entraban o salían era ella. La próxima vez debería pedirles a los hackers que le consiguieran una foto de la prima.

Pasaron dos horas. Ya se había tomado tres cafés sin ver a su esposa. Lo que más le molestaba era no saber si estaba sola o quiénes la acompañaban. No podía quedarse hasta la noche. Volvió a llamarla. Tardó en atender. Cuando lo hizo, lo saludó con desdén.

—Es importante que nos veamos.

—No sé. Tenemos que tomarnos esto con calma.

—Estoy hace tres horas en el bar de enfrente del departamento de San Telmo, con la esperanza de verte pasar.

—No podés acercarte, Daniel. Tenés una orden de restricción impuesta por una jueza.

—Ponete en mi lugar, vos sabés lo que te quiero. Si vos tuvieras que defender un ser querido, ¿no harías lo mismo que yo?

Andrea se quedó callada. Esta vez, Daniel sintió que había dado en el clavo. Y algo le decía que había llamado en el momento justo, que ella estaba sola.

—Está bien —concedió—, voy para allá, pero solo diez minutos. Hay decisiones que ya están tomadas.

Cuando cortaron, en Daniel quedó retumbando la frase final de Andrea y no pudo menos que estar de acuerdo. Había decisiones que ya habían sido tomadas y ni ella ni él podrían modificarlas.

IV

Lo primero que hizo Cecilia Morrison cuando llegó a la habitación fue ponerse a llorar. Era un llanto raro. No había dolor, ni miedo, ni enojo. Lágrimas que no conocía o no recordaba: el llanto liberador de la angustia. Poco más de cuarenta años atrás, ella había leído en el pasaporte: "Valeria Moreno". No preguntó por qué se llamaba así, como cuando uno crece con un nombre que le viene desde sus orígenes. Ella estaba comenzando de nuevo y ese era el que le tocaba en suerte. Aarón lo repitió en voz alta, como queriendo que los dos se acostumbraran. La antigua Cecilia Morrison hizo un último esfuerzo para seguir siendo la que había sido: le pidió que se fuera con ella. Pero él —hombre casado, burgués cobarde— no quiso. Con su no —jamás pronunciado y que, sin embargo, retumbó en todo su cuerpo— Cecilia Morrison terminaba de morir (entonces habría dicho "desaparecer", ahora ya no, con tantos compañeros) y nacía Valeria Moreno, la chica exiliada que buscaría su destino en suelo europeo. Tenía dinero en una cuenta. Podía hacer lo que quisiera. Valeria llegó adonde nunca había pensado llegar. No había sido fácil. Las dudas, los arrepentimientos y los temores no faltaron, pero lo había conseguido. Era quien decidió ser. Durante años había soñado con regresar a Buenos Aires, caminar por calles en las que no se sentía una extranjera. Solo una cosa habías sido más fuerte que sus ganas de volver, al menos temporalmente, a su tierra: el temor y el desprecio que le despertaban su padre y su hermano Walter. No podía caminar pisando el mismo suelo de esas dos personas a las que odiaba. Su padre murió durante la dictadura. Su hermano duró mucho más. Ella barajaba la posibilidad de volver si lo condenaban

por sus crímenes, pero el muy canalla y cobarde murió antes de ser juzgado. Ahora sí, podía regresar. La invitación (la enésima invitación) que le hizo la editorial que publicaba sus libros en la Argentina para visitar la Feria del Libro de Buenos Aires le pareció una buena excusa. Intentó prepararse para los hechos imprevistos. Alguien del Hurlingham podía reconocerla (aunque no creía que las chicas que jugaban al tenis con ella fueran a la Feria del Libro, mucho menos a escuchar a una socióloga feminista), tal vez se cruzaba con algún estudiante de Derecho de aquellos años, pero ni ella se acordaba la cara de sus compañeros y eso debía ser mutuo. Podía ocurrir que un compañero de militancia la descubriera. En ese caso lo negaría con la suficiente fuerza y tranquilidad como para hacer dudar al otro. Lo que no se esperaba era la concatenación de hechos. Momentos antes de una nota, le avisaron que los entrevistadores serían dos y no uno como habían arreglado. La periodista tenía el apellido Rosenthal. Una casualidad, había pensado. Tal vez una señal divina, pero no mucho más. Cuando la vio llegar acompañada de su colega no tuvo dudas de que esa chica era hija de Aarón. El mismo porte, la misma forma de caminar, de entrecerrar los ojos mientras escuchaba, la misma cadencia al hablar, tal como ella recordaba a Aarón. Una casualidad sorprendente, pero posible: la hija de Aarón era periodista y la entrevistaba. No solo eso: le contaba que la había leído y la admiraba. La hija de Aarón. Jamás había imaginado un encuentro así, pero tantos años de ser Valeria Moreno le habían permitido prepararse para una situación de esas características. Las máscaras cayeron cuando Verónica Rosenthal pronunció su nombre: Cecilia Morrison. Después de más de cuarenta años, la hija de Aarón

terminaba con Valeria Moreno y ella volvía a ser la chica que se había enamorado de ese abogado atildado, brillante, decidido. Se autoengañaba cuando creía que simulaba frente a los demás. Ahora se daba cuenta, en el desayuno de un hotel de Buenos Aires, cuatro décadas después de otro hotel a unas pocas cuadras de ahí. Y Verónica la miraba con ojos irónicos que le decían: *sé quién sos*. Y ese "sé quién sos" no remitía tanto a su nombre original como a algo más profundo, más terrible y más verdadero que cualquier otra definición que pudiera dar de sí misma: ella era Cecilia Morrison, la mujer que amaba a Aarón Rosenthal.

V

Muy pocas veces Aarón había llegado a odiar. No se permitía ese tipo de sentimientos. El odio, como el amor, hacen perder tiempo, algo que lo fastidiaba sobremanera. Sin embargo, ahora que le quedaba poco tiempo, odiaba a su cuerpo. Se fatigaba, dolía, no respondía a las indicaciones que le daba, fallaba en la memoria, en los movimientos, en la fuerza; sus órganos se mostraban débiles, poco confiables. El cuerpo se había convertido en un traje incómodo que no podía sacarse.

Esa mañana se había desvanecido mientras se cambiaba, casi sin perder la consciencia, o eso al menos era lo que él pensaba. Por suerte lo había encontrado Antonia y no Verónica. Lo hizo recuperarse con unas sales, en las que él no confiaba. Antonia quiso llamar al doctor Rinaldi, pero él se negó. ¿Qué le iba a decir? ¿Que descansara? Era justamente lo que iba a hacer. Prefirió hablar con el

doctor Manuel Cobos García, al que le comentó su desvanecimiento. El médico español le quitó importancia, pero media hora más tarde llegaba a su casa.

Le tomó el pulso, la presión arterial, la saturación de oxígeno, le miró los ojos. No encontró nada especial. *Salvo que me estoy muriendo*, pensó Aarón.

—No le cuente nada a mis hijas.

—Le voy a ser honesto, Aarón. No me gustan los secretos alrededor de la salud, salvo que estemos hablando con niños. Usted cree que sus hijas no están preparadas para verlo débil y se equivoca.

—No es eso. No soportaría los cuidados extremos a los que me someterían. No me dejarían fumar y hasta me pedirían que haga ejercicios. O llorarían.

—¿Y usted cree que no lloran?

Aarón se quedó pensando unos segundos.

—No deberían.

—Lo hacen. Los únicos que no están al tanto son sus nietos.

—Eso es un alivio.

—Desde que sus hijas se enteraron de su estado de salud, ellas sin ser muy conscientes comenzaron a hacer un duelo. No es fácil, porque usted está vivo y la muerte, por más cercana que esté, es todavía algo abstracto. No puede tocarse.

—Siempre es abstracta porque nunca se toca. A no ser que hable del cadáver.

—No hablo del cuerpo. La muerte se toca, se lo aseguro. Se va a tocar en su escritorio, en la silla que no va a ocupar en las cenas

familiares, en el disco que nadie escucha, en la voz que ya no oyen. La muerte puede ser muy física.

—Cuando murió Miriam, mi esposa, tuve sensaciones parecidas a las que cuenta. Bueno, cambiemos de tema, ¿mis hijas lo están tratando bien? ¿Lo llevan a pasear?

—Tiene tres hijas fantásticas.

Manuel no quiso almorzar a pesar de la insistencia de Antonia, que había preparado un pescado al horno con puré duquesa. Con Aarón, quedaron en desayunar al día siguiente en el Alvear. Manuel lo hacía salir, mantenerse activo.

Aarón almorzó solo. Hojeó el diario mientras comía, costumbre que arrastraba desde su juventud. Fue cerca de las dos de la tarde que lo llamó Sol, la recepcionista del Estudio Rosenthal, una joven que había entrado a trabajar hacía tres años, pero que desde un primer momento se había mostrado como una veterana en lidiar con los abogados y sus manías. Lo sorprendió el llamado. Generalmente, cuando había alguna cuestión profesional, los que se ocupaban de comunicarse con él eran Iñíguez o Federico.

—Perdón, doctor, que lo moleste.

—Más que una molestia tu llamado es un entretenimiento. Así que no te hagás problema. Espero que esté todo bien por ahí.

—Sí, sí. Aunque desde que usted no viene, están perdiendo todos los juicios.

—¿Cómo?

Sol se rio.

—Es un chiste.

Aarón se rio de buena gana. Necesitaba distraerse, sin duda.

—Lo llamo porque pasó algo raro. Hoy se comunicó con el estudio una persona llamada Lila Baños preguntando por usted.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Dijo que era la responsable de prensa de una editorial y que llamaba de parte de una autora que quería encontrarse con usted. Yo le dije que ya no atendía casos nuevos, pero esta mujer insistió con que necesitaba verlo. No era por algo judicial sino personal. Yo pensé que me estaba mintiendo y quería verlo a toda costa para ofrecerle un caso. Le dije que hablara con otro abogado del estudio. Ahí Lila Baños se puso pesadita.

—¿Cómo pesadita?

—Voy a tratar de ser textual con lo que me dijo: "Nena, si te digo que necesito que Aarón Rosenthal atienda a mi autora es porque solo él nos interesa". La escritora se llama Valeria Moreno. ¿La conoce?

Aarón pensó que alguna medicación le estaba produciendo alucinaciones y había escuchado mal el nombre. En todo ese tiempo, Cecilia jamás se había puesto en contacto con él y si bien los primeros años había estado atento a su regreso, la vida fue apagando la expectativa. Ni siquiera cuando tuvo una crisis matrimonial grave, después del nacimiento de Verónica, Aarón intentó saber de Cecilia. Si ella no se ponía en contacto con él, Aarón respetaría su silencio.

Pero ahora se había puesto en contacto.

—Sí, la conozco. ¿Te dejó su teléfono?

—Tengo el de Lila Baños. Se lo paso.

A Aarón le temblaban las manos, no por su enfermedad. Le habrían temblado también hacía diez, veinte, treinta años atrás si

hubiera estado marcando un número que lo llevaría a oír la voz de Cecilia.

Lo atendió Lila Baños, él se presentó y ella, sin ninguna emoción, le dijo que en ese momento la licenciada Moreno estaba dando una entrevista. Le confirmó que estaba en Buenos Aires.

—Me dejó dicho que, si llamaba, armara una reunión con usted. Tiene un cronograma de actividades muy ajustado.

—Bueno, ¿le dejó dicho cuándo podría?

—Sí, yo manejo su agenda. Hoy puede a las 18.30.

Aarón pensó en encontrarse en un bar, pero el mareo de la mañana lo acobardó. ¿Si volvía a pasarle lo mismo? ¿Si el cuerpo no le respondía? Mejor la atendería en su propio escritorio. Si le ocurría algo, al menos Antonia estaría cerca. Le dijo que vendría una persona a visitarlo y su empleada lo miró con cierta desconfianza. Después se acostó a dormir una siesta. Quería estar con toda la energía posible para su encuentro.

En todos esos años, más de una vez se había encontrado pensando en Cecilia. O mejor dicho: en el vínculo que los había unido. Formaba parte de esos recuerdos que son muy vívidos, pero que ya no generan ninguna inquietud. En ningún momento se le había cruzado la idea de que debería haber elegido irse con ella. Aarón estaba muy conforme con las decisiones que había tomado en aquella oportunidad y después. Amaba a Miriam, a sus hijas, había conseguido afianzar un estudio jurídico poderoso.

Ahora que Cecilia reaparecía de manera inesperada, Aarón no dejaba de experimentar la misma inquietud que cuando la esperaba en el estudio y ella llegaba con su vestido multicolor, el pelo lacio, los labios húmedos y los ojos muy pintados, fumando un Virginia Slims.

Se levantó de la siesta, se pegó una ducha y dudó sobre cómo vestirse. Pensó ponerse un traje, pero eso se parecía mucho a como vestía cuando era joven. Su aspecto ya no era como el de aquellos años y quería evitar las comparaciones. Se puso una camisa oscura y encima un saco de lana fina. Le pareció la ropa correcta para un señor setentañero, retirado del mundo judicial, que disfrutaba de su jubilación. A no ser que le diera un ataque de algo delante de ella, no pensaba decirle que estaba muriéndose.

Buscó entre las cosas que tenía guardadas del estudio y que había mudado cuando dejó su puesto. Ahí estaba, en el fondo de una caja, el sobre con la carta que una vez le había escrito Cecilia. Se había prometido no volver a leerla hasta que ella regresara y había cumplido. La abrió; el papel parecía haber adelgazado. El tiempo había atenuado el color de la tinta. Leyó la carta tratando de escuchar la voz de ella en su cabeza. La primera vez que había leído esas líneas enviadas por medio de la empleada de los Morrison, cuyo nombre había olvidado, su mayor temor era que Cecilia apareciera muerta en un enfrentamiento. Cuando guardó el sobre en un cajón de su escritorio y se prometió no abrirlo hasta que ella regresara, no pensó que pasarían más de cuarenta años. Y en el medio el nacimiento de tres hijas y cuatro nietos, la muerte de su esposa, los años de madurez, que lo habían convertido en ese anciano que veía escapar su vida a pasos acelerados. Si fuera a morir en unos pocos días, ¿habría vuelto a leer la carta aunque ella no hubiera aparecido? Seguramente no. Habría quedado en el fondo del cajón, tal vez la leerían sus hijas cuando desarmaran su estudio. Se preguntarían quién podía haberse dirigido a él con esas palabras. Decidió guardarla en el cajón inferior de su escritorio.

Oyó el timbre del portero eléctrico y a Antonia que bajaba a abrir.

Él se acomodaba el pelo, se miraba la ropa, se sentaba derecho, se ponía de pie, se adelantaba pero no tanto como para quedar pegado a la puerta, respiraba hondo, sonreía, contenía el aire, largaba el aire, apretaba y aflojaba los puños.

Como ya le había indicado, Antonia abrió la puerta del escritorio sin golpear y entró Cecilia, pidiendo permiso, y la empleada los dejó a solas. Los dos sonreían. Ella estaba igual que en 1975, porque Aarón la miraba más allá del paso del tiempo y no se detenía en los detalles superficiales de la vejez. Entonces frente a él había una mujer de mirada inquisidora, algo burlona, los movimientos armoniosos, la calidez que imponía su presencia. Exactamente igual que cuatro décadas atrás. Aarón se adelantó y se dieron un abrazo. Estrechó contra él un cuerpo que había besado y acariciado, un cuerpo que se acomodaba perfectamente al suyo.

Los cuerpos tienen memoria.

—Seguís usando la misma colonia alemana —le dijo ella con tono de reproche cariñoso.

—En cambio vos cambiaste de perfume.

—No usaba perfume en los setenta. Nunca te diste cuenta. Qué bruto sos.

Aarón le preguntó qué quería tomar. Antonia trajo café y unas masas secas, que ninguno de los dos comió. Se acomodaron frente a frente. El escritorio los separaba demasiado, pero cualquier otro ordenamiento de las sillas hubiera sido raro.

—¿Hace mucho que enviudaste? —le preguntó Cecilia.

—¿Cómo lo sabés?

—Me invitaste a tu casa. O te separaste o enviudaste, y vos no sos de los que se separan.

Aarón se sonrió. Su argumento era impecable.

—Miriam falleció hace ya nueve años.

—¿Y no te volviste a casar?

—No. ¿Quién querría a un viudo con tres hijas adultas capaces de hacerle la vida imposible a una madrastra?

Ella le contó que era la primera vez que regresaba a la Argentina. Que la noticia de la muerte de su hermano mayor la había alentado a volver.

—¿Terminaste la carrera de abogacía?

—¿No sabés nada de Valeria Moreno? —le preguntó Cecilia.

—¿Debería saberlo?

—Pensé que tal vez habías seguido mi carrera o, al menos, me habrías googleado. Soy socióloga, un poco monotemática con los problemas que debemos soportar las mujeres en nuestra sociedad. Doy clases en una universidad de Barcelona, soy profesora invitada de varias universidades europeas y publiqué varios libros. ¿En serio que no sabés nada?

—Los estudios sociológicos no son mi fuerte. Y no uso Google.

—¿Pero cuando no sabés algo dónde lo buscás?

—Tengo una muy buena enciclopedia. O le pido a mis nietos que busquen por mí.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Tres hijas, cuatro nietos. ¿Vos?

—Ninguno. Pero tengo varios alumnos y alumnas que me quieren y me cuidan como si fueran hijos adoptivos.

—No está mal.

—No me quejo.

—¿Vos enviudaste también?

—Creo que no. No suelo chequear que estén vivos mis ex, pero todo me hace suponer que siguen allá, del otro lado del océano.

—¿Fue duro?

—¿Qué de todo?

—Cambiar de nombre, instalarte en otro país, lejos de los tuyos, empezar de nuevo.

—La experiencia en Córdoba fue lo más parecido al infierno que una persona puede vivir. Cualquier cosa que me ocurriera siempre sería mejor que eso, así que puedo decirte que no, no fue tan duro. Sin embargo, hubo algo que no pude sacarme de encima, y es la culpa. No la culpa judeo-cristiana, sino otra más mortificante, que es la culpa de haber sobrevivido mientras muchos compañeros morían, desaparecían, siempre después de haber soportado jornadas completas de torturas y abusos. Yo sobreviví y nunca dejo de sentirme una privilegiada, una acomodada por ser hija y hermana de militares. Yo no jugaba a la Revolución, Aarón. No era una chica burguesa buscando emociones fuertes. Quería un mundo distinto. Lo sigo queriendo. Estaba dispuesta a todo, pero después de la tortura, todas las torturas imaginables, quise irme de ahí, volver a caminar por una calle, tomar un café en un bar. Yo tuve la suerte de poder salir y la debilidad de aceptar irme del país. ¿Cómo puedo decir que fue duro si volví a estar viva?

—Nunca pensé que jugaras a hacerte la revolucionaria.

—Gracias. Yo sé que me entendiste desde el primer momento.

Cecilia tomó lo que le quedaba de café y se quedó mirando el fondo de la taza como si pudiera leer el futuro o el pasado en la

borra.

—Al principio tenía plata, podía hacer lo que quisiera, viajar por Europa. Enseguida me puse a estudiar, y lo bien que hice, porque la plata que me había habilitado el cerdo de mi hermano duró menos de un año. Encontré trabajo en una consultora que tomaba estudiantes y me fui apañando. Conocí a un hombre con el que convivimos sin casarnos diez años. Me recibí, conseguí trabajos mejores, me separé, publiqué mi primer libro, fui feliz en muchas oportunidades.

—Me alegra mucho que me hayas buscado después de tantos años.

—Te lo prometí, ¿no?

—Es cierto.

—Aunque debo confesarte algo. No pensaba venir a verte. No en este viaje, tal vez en el siguiente. Regresar después de tanto tiempo es para mí un shock del que no es fácil sobreponerse. No tengo familia con la que reencontrarme. Mi hermanito menor ya es un hombre de cincuenta y pico que piensa que estoy muerta. Mis compañeros de militancia, los que sobrevivieron, no van a entender por qué dejé Montoneros y cambié de nombre. Mi intención era seguir bajo el paraguas protector de Valeria Moreno.

—¿Y qué fue lo que te hizo cambiar de opinión?

—Tu hija Verónica. Vino a hacerme una entrevista en el hotel y me dijo que yo era Cecilia Morrison. Me descubrió. Verónica Rosenthal es tu hija, ¿no?

Aarón había adelantado el cuerpo, como queriendo escuchar bien y no perderse una sola palabra. Sonrió al escuchar la última frase.

—Sí, Verónica es mi hija —dijo, sin poder disimular su orgullo.

VI

Se lo había dicho su prima: una mujer puede salir con un tipo solo un mes pero, si tiene un hijo con él, va a mantener el vínculo siempre. En cambio, por más que una mujer haya estado veinte años con un hombre, si no hay hijos de por medio, cuando se separan ese señor se convierte en un extraño, al que tal vez nunca más vuelva a ver. Algo de eso había en su relación con Daniel. Pasó tanto tiempo desde que se conocieron, compartieron tantos momentos, y ahora él ya no formaba parte de su vida. De alguna manera, eso la obligaba a replantearse el pasado: ¿había valido la pena sostener una pareja como la de ellos? ¿Se puede pasar más de treinta años con alguien sin que quede nada? Había sido un error abandonar su carrera de profesora de matemáticas. Hoy tendría una trayectoria, hubiese dado clases en diferentes escuelas, tal vez sería directora de una institución, varias generaciones de alumnos la recordarían con cariño, porque ella podía ser exigente, pero era también generosa y hubiera ayudado a los chicos con problemas para que aprobaran la materia. Hoy nadie se acordaba de ella, no había dejado huella en ningún terreno. El tema hijos ya no estaba en discusión. Fue una decisión suya, quizás la única que se animó a defender a capa y espada. No hubiera sido una buena madre. En cambio, pudo ser una gran profesora y ella misma no se lo permitió. Porque no fue Daniel. Él no quería que siguiera estudiando, prefería que se quedara en casa, pero a ella en el fondo también le gustaba la idea de jugar a la ama de casa perfecta, preparando un "pay" como le gustaba decir a él. Un chicken pay, un apple pay. Esperarlo con la cena, que la casa oliera a limpio y a masa horneada. No le

costó dejar los estudios a cambio de esa imagen idealizada que construyeron juntos. Confusamente, ella relacionaba el comportarse como el ama de casa soñada por él con un premio que recibiría a continuación: el sexo. Podía imaginar cómo él la acariciaría y la tomaría después de comer lo que ella cocinase. Se veía penetrada en todas las posiciones, en todos los lugares de la casa, en el auto, en lugares de naturaleza salvaje. Daniel no era un mal amante, era rudo, viril, tenía un cuerpo atractivo de macho puro. Ella no podía comparar con otros hombres, porque nunca se había acostado con ningún otro, pero algo instintivo le decía que Daniel no disfrutaba o no necesitaba como ella de una vida sexual intensa. Con el tiempo eso le produjo una sensación de frustración que le costaba definir. No era insatisfacción, o al menos eso creía. Tenían relaciones, ella se animaba a innovar algunas veces y él le seguía la corriente, incluso parecía disfrutarlo mucho, aunque no era lo más habitual. El sexo se volvió más mecánico y con intervalos cada vez más amplios entre una noche y otra. Ella hubiera querido que no fuera una obligación o un ejercicio higiénico. Para colmo, a medida que superaba escalafones en el Ejército, Daniel pasaba menos tiempo en casa. Podía ausentarse días, semanas. A ella jamás se le ocurrió serle infiel; la sola idea le daba escalofríos. Prefería satisfacerse a sí misma con la ayuda de la almohada y seguir con su vida. Los últimos años ya no mantenían relaciones sexuales. Nunca supo si él la engañó alguna vez; algo le decía que no era de esa clase de hombres. Podía equivocarse. Al fin y al cabo, Daniel nunca dejó de ser un desconocido. El hecho de ser militar alimentaba ese aire de hombre misterioso. No le hubiera sorprendido ver el nombre de su marido vinculado a alguna actividad secreta propiciada por las

Fuerzas Armadas. Jamás se le ocurrió retomar los estudios en el profesorado y, sin embargo, hacía cursos: de dibujo, de cerámica, de cómo escuchar música clásica. Cuando se mudaron al country, participaba en las reuniones que organizaban sus vecinas para ayudar a escuelas necesitadas de la zona, o para actividades recreativas. Hizo algunas amigas que le permitían olvidarse de los viejos deseos y encontrar objetivos nuevos a corto plazo. Entre las mujeres que frecuentaba en el country había de todo: jóvenes felices con su vida matrimonial, profesionales independientes, infieles, sumisas, madres hartas y otras que vivían a través de los éxitos de sus hijos. ¿Cómo la verían a ella? Fue esa mirada que no podía descifrar la que comenzó a incomodarla. Muy lentamente, pero de manera constante, la semilla de la separación comenzó a crecer en su interior, hasta que un día floreció como una flor negra en su pecho. Tomó la decisión de separarse. Su segunda decisión en la vida que pensaba defender contra todo. Daniel había sido violento e injusto, pero ella nunca sintió miedo de él. Como si la violencia de su ahora exmarido pudiera lastimarla pero no atemorizarla. Le parecían bien las medidas que había conseguido su abogada, estaba convencida de que debía denunciarlo ante la justicia y en los medios. Que todos supieran qué clase de hombre era. Podía matarla, pero no asustarla. Cuando finalmente él consiguió su teléfono y la llamó, ella sintió que hablaba con un desconocido. Eso le dio pena por él, pero también por ella, que había pasado tantos años inútilmente a su lado. Nunca pudo explicarle bien todo lo que ella había pasado en su vida matrimonial. Había faltado esa charla. Aceptó ir a tomar algo con él porque pensó que le debía esa explicación. No quería que Daniel sufriera, no le resultaba indiferente su dolor, tampoco el amor

que de manera brutal e inapropiada le había manifestado todo ese tiempo. ¿Podía matarla? Era militar, manejaba armas. Era una posibilidad. Pero no tuvo ni un poco de miedo cuando, sin decirle a su prima ni a Catalina, se dirigió al bar en el que su exmarido la esperaba.

9. Una verdad incómoda

I

La primera reacción de Verónica luego de cenar con Cecilia Morrison fue llamar a Federico. No a Manuel, tampoco a sus hermanas. Él era la persona a la que necesitaba en ese momento. Tenía que verlo urgente. Lo llamó con el temor de que no pudiera atenderla porque Ángeles había entrado en trabajo de parto. Esa mosquita muerta era capaz de cualquier cosa, incluso de tener un hijo en el momento menos oportuno. Miró el reloj: eran las once de la noche. ¿Quién en su sano juicio tendría un hijo a medianoche? Decidió llamarlo.

Nunca en su vida Verónica se había sentido tan desconcertada como cuando se encontró con Cecilia Morrison en la casa paterna. Fue lo más parecido que pudo haber vivido a descubrir a sus padres teniendo sexo, o a alguno de ellos cogiendo con un tercero.

—Lamento haber tenido que mentirte. No estaba preparada para confesarte la verdad —se apuró a decir Cecilia.

—Te pido disculpas si fui muy inquisitiva. No soy policía ni cura, por lo que no tenías que confesarme nada.

—Verónica —intervino su padre—, Cecilia es una persona que conocí hace mucho tiempo, cuando todavía ninguna de ustedes tres había nacido. Es una historia larga y complicada. Merecés saber muchas cosas, que tal vez yo no te hubiera contado si no fuera por la reaparición de Cecilia.

—Estuvimos hablando de vos y llegamos a la conclusión de que estaría bueno que yo te cuente la verdad. Si no tenés nada más importante que hacer, podríamos ir a comer algo y de paso hablamos.

—¿Ahora?

—Sí, es un poco temprano para cenar, pero yo estoy con jet lag todavía. Me dijo Aarón que acá cerca hay un buen lugar para ir a comer.

Por un momento, Verónica pensó que irían a cenar los tres, pero su padre no las acompañó. La situación resultaba extrañísima. Ella caminando por Las Heras con una intelectual que admiraba, que debía contarle algo ocurrido hace mucho tiempo, historia en la que, por lo visto, su padre había participado. En los próximos días no podría decir qué había comido ni qué vino había tomado. Solo quedaría grabada a fuego la conversación que tuvieron aquella noche.

—Me resulta increíble que nadie antes haya relacionado a Valeria Moreno con vos.

—Yo pensaba lo mismo los primeros años, pero con el tiempo me di cuenta de que la gente es menos observadora y sagaz de lo que uno supone. Además, las personas que conocían a Cecilia jamás se cruzarían con una socióloga como Valeria, sobre todo viviendo en otro país. El riesgo me empezó a parecer cada vez menor.

Antes de contarle su historia, Cecilia quería saber cómo ella y Corso habían descubierto quién era. Verónica le habló de Daniel Morrison y de la denuncia de su exmujer. De la sospecha de que Cecilia fuera asesinada por integrantes de su familia, más precisamente con la participación de su padre y hermano mayor. De la posibilidad de que fuera militante revolucionaria en los años setenta. De las inconsistencias entre las fechas de su muerte y los avisos necrológicos de *La Nación*. Del descubrimiento de la foto en el club Hurlingham, que la llevó a pensar que Cecilia y Valeria eran la misma persona.

Cecilia la dejó hablar sin interrumpirla, pero cuando Verónica concluyó, se mostró muy abatida.

—No puedo creer lo de Daniel. Él siempre fue un buen chico, muy distinto a mi hermano mayor. No me lo imagino violento.

—¿Estuviste en contacto con él todo este tiempo?

—No. Con nadie. Él también debe creer que estoy muerta.

Luego Cecilia le hizo una detallada descripción de su vida y su familia militar. Le contó cómo cayó detenida en Córdoba, cómo su hermano mayor la obligó a cambiar de nombre y a dejarle su parte de la fortuna familiar, y cómo su padre se lavó las manos.

—Qué canalla y siniestro tu hermano.

—Lamento que haya muerto antes de que saliera la sentencia por los delitos de lesa humanidad. Siempre creí que si lo condenaban por esos crímenes, de alguna manera también lo estarían condenando por lo que me hizo a mí.

Cecilia le contó que Aarón, como abogado de la familia Morrison, hizo las gestiones ante las autoridades cordobesas para que la dejaran en libertad.

—Vos probablemente no tenés mucha idea de cómo era el país en ese momento, pero que tu padre haya ido de Buenos Aires a Córdoba a meter la cabeza en la capital de la represión, poco antes del golpe de Estado, fue de un heroísmo extraordinario. Él me salvó la vida.

—Me emociona saberlo. Jamás imaginé que mi padre podría haber tenido un gesto así.

Con el café, a Cecilia se la veía pensativa. Se había quedado callada y miraba el pocillo con demasiada concentración.

—Hay algo que no sabía si contarte o no. Lo consulté con Aarón antes de que vos llegaras y me dijo que lo manejara como yo creyera más conveniente.

—¿Que lo manejaras? ¿Qué tenés que manejar?

—Conocí a Aarón en marzo de1975. Él era el letrado que había contratado mi padre para que se ocupara de sus asuntos legales. Yo había comenzado a militar, aunque nadie de mi entorno lo sabía. Llevaba una doble vida. Desde un primer momento me di cuenta de que Aarón era un hombre extraordinario, no un mero abogado dispuesto a obedecer las arbitrariedades de mi padre. Parecía estar predestinado a hacer grandes cosas. Viniendo de una familia grandilocuente y narcisista, aprendí muy rápidamente a diferenciar el cacareo inútil de unas gallinas que se creen poderosas y un auténtico zorro capaz de devorárselas. Ese era tu padre.

—¿Un zorro? Sí, lo definís muy bien.

—O una pantera: un animal bello, al acecho, dispuesto a atacar cuando fuera necesario. Lo cierto es que me propuse seducirlo. No tenía claro por qué. Podía pensar que era un desafío de chica burguesa, o la búsqueda de un aliado de la chica revolucionaria.

Pero si en algún momento pensé que podía jugar a la mujer seductora, me engañé. No estaba jugando a nada. Eso que sentía era amor. Un amor que lo atravesaba todo: mi vida, mis principios, mis proyectos, mis deseos. Ante esa situación, me sentí aterrada por dos razones: no estaba preparada para amar, pero menos para ser correspondida.

Verónica observaba a Cecilia como se mira un cuadro en un museo de arte moderno: seria, con detenimiento, sin entender muy bien las razones de su existencia. Cecilia, después de hacer una pausa, agregó:

—Nos convertimos en amantes.

Verónica parecía dispuesta a bajar el cuadro de la pared.

—Dijiste marzo de 1975. Mis padres se habían casado dos meses antes. ¿Mi viejo se enganchó con vos a los dos meses de estar casado?

—Estábamos en un mundo paralelo a la realidad. En ese mundo no había nadie más que él y yo. No duraba mucho, porque él, justamente, volvía a su vida cotidiana, de esposa formal, futura madre de sus hijas, ese otro universo del que yo quedaba totalmente afuera.

Verónica pensó en Lucio. Ella también había se había enamorado locamente de un hombre casado. ¿Su padre se había comportado como el maquinista de trenes? ¿Cecilia y ella habían pasado por lo mismo? ¿Cuántas veces había sentido esa sensación de vivir en un mundo paralelo en el que existían solo ella y su amante? Ese amante que después volvía a su casa, a su mujer, a sus amigos y seguramente recordaba los momentos con ella como una alucinación.

Cecilia le había tomado las manos.

—No llores, Verónica.

¿Cómo no iba a llorar si su padre se moría, si Lucio estaba muerto, si el amor se escapa y solo quedan los restos de un sueño, los pobres recuerdos del placer, de algo que una creía que era la felicidad? Lloraba por ella; por su madre esperando a un hombre que tal vez la amara, pero que también amaba a otra; lloraba por Cecilia, que no podía retener nada de ese amor; lloraba por su padre; por Lucio; por Federico, que pronto sería padre con otra. Lloraba porque estaba cansada de fingir una entereza que no tenía. La vida era, definitivamente, una mierda.

II

—Fede, perdoná que te moleste a esta hora.

—¿Pasó algo con Aarón?

—Nada nuevo, pero hoy viví cosas intensas, que necesito compartir con vos. Lo ideal sería vernos, pero no te voy a pedir tanto. ¿Podemos hablar un ratito, aunque sea por teléfono?

Fueron cuarenta minutos en los que Verónica le contó su encuentro con Cecilia y todo lo que hablaron casi palabra por palabra. Federico pensaba que hubiera sido mejor tener esa conversación personalmente, pero ya era tarde para cambiar de opinión. Además, en la habitación Ángeles miraba una serie y lo esperaba.

—Siento como si me hubiera atropellado un camión con acoplado.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Por lo pronto, me voy a dormir a mi departamento. Mañana será otro día. Después veré si hablo con mi viejo. Pensar que hasta hace unas horas tenía que hablar con él para saber si había colaborado en la muerte de una militante montonera y ahora debería hacerlo porque le salvó la vida a su amante y firmaba habeas corpus en plena dictadura.

—Reconozco que Aarón es una caja de sorpresas inesperadas para todos.

—Hay algo más. Cecilia insistió varias veces en que su padre y su hermano mayor eran unos miserables. El hermano, además de pedirle todo lo que ella tenía o podía heredar, le quitó a mi viejo un mapa del pueblo de donde vienen los Rosenthal. Cuando yo era chica, mi viejo me contaba historias. Una de ellas era sobre un valioso mapa del siglo XVI que era de nuestra familia y que un hombre muy malo había robado. Lo recuerdo perfectamente. O sea que años después de que Morrison se lo quitara, él seguía pensando en ese mapa.

—Un auténtico hijo de puta el milico.

—Perdón por la lata. Gracias, Federico. Espero que salga todo bien.

Y cortó, como en las películas, sin darle tiempo a que él se despidiera.

Como buen abogado, Federico había retenido las partes que resultaban significativas. En este caso había dos temas que le llamaron la atención. ¿Por qué Cecilia Morrison fue detenida? ¿Hubo un entregador? Si bien en principio no era un tema que debía interesarle, consideraba que en ese punto estaba la clave de todo lo que ocurrió: la detención, el papel de Aarón, las condiciones del

capitán Morrison. El otro punto era el mapa. Federico no sabía de su existencia, pero por lo visto era importante para Aarón. ¿Dónde había ido a parar? Walter Morrison había muerto siendo teniente coronel. ¿Lo tuvo hasta su muerte? ¿Dónde estaba ahora?

Estos dos puntos se unían a lo que ya sabía: Aarón Rosenthal había presentado habeas corpus por varios detenidos o secuestrados por fuerzas militares durante la dictadura.

¿Fue Aarón consciente de que a pocos meses de crear su estudio había estado a punto de tirar todo por la borda? Si Federico admiraba a Rosenthal por cómo había llevado adelante su labor judicial, no podía dejar de sentir un vértigo de montaña rusa ante sus reacciones viscerales: defender a una guerrillera (¡que era su amante!), perder a su principal cliente, ponerse de culo a oficiales del ejército, usar su firma para salvar a perseguidos, quemarse las manos por algo que no era dinero ni poder, sino un acto de justicia. No era el Rosenthal que conocían en el estudio (salvo Iñíguez, claro está). Federico tenía ganas de abrazar a Aarón.

Ahora debía regresar a la habitación con Ángeles, que veía *The Crown* hasta que él llegaba y ponían la serie que miraban juntos: *The Americans*. Ella no le reprocharía nada por su larga charla con Verónica, ni diría nada irónico al respecto. Federico admiraba eso de Ángeles: donde él y Verónica caminaban, ella volaba. Estaba por encima de las pequeñeces, los celos y los egoísmos. Parecía conformarse con poco, pero eso le permitía tener todo. Era la mejor jugadora de todos ellos.

III

A la mañana siguiente, Verónica no tuvo mucho tiempo para preocuparse por sus cosas. Catalina le había mandado un mensaje de WhatsApp alarmante. Había problemas con Andrea y su ex. Por un momento, Verónica temió lo peor y la llamó apenas leyó el mensaje.

—No, no está muerta, ni herida, ni lastimada. Pero se encontró con él en un bar.

—¿Sabe que hay muchas mujeres que fueron asesinadas en circunstancias similares? El tipo la cita, ella va porque cree que no puede pasar nada malo en un lugar público y él la mata ahí, delante de todos.

—Sí, lo sabe. Le dije algo parecido. Lo que ella aduce es que lo conoce bien, que puede ser violento, pero que no es una violencia ciega, que ella puede prever cuándo va a atacar y que tenía claro que nada malo le podía pasar, no porque estuviera en un lugar público sino por cómo se comportaba él.

—Ay, dios. Es una inconsciente.

—Mi vieja dice que si no la mata el ex, la va a matar ella porque le saca canas verdes.

—¿No van a irse de ahí?

—No es fácil mudarnos. O que ella se vaya a otro lado. Además está claro que el tipo este la va a encontrar. De hecho, la encontró acá.

—Hay que denunciar que rompió la perimetral. Voy a hablar con Veglio de nuevo sobre ese tema.

Verónica cortó con la sensación de que Andrea estaba jugando con fuego, pero no se le ocurría qué podía hacer para evitarlo.

Tenía un mensaje de la noche anterior de Manuel, que no había respondido todavía. Le proponía encontrarse esa misma noche, pero ella no estaba con ánimo para verlo, ni para contestarle siquiera. Debía asumir que se había comportado incorrectamente y pedirle disculpas. Le envió un mensaje de voz, que decía:

—Hola, Manuel. Perdón por mi silencio, pero tuve un día complicado. Es largo de explicar por esta vía, así que si aún te interesa encontrarte conmigo, nos podemos ver. Es más. Te puedo preparar una cena comprada en algún buen boliche de Villa Crespo.

Más tarde Verónica se comunicó con sus hermanas. Tenía que contarles la historia de Cecilia con su padre. No podía cargar con eso sola y, además, quería ver cómo reaccionaban. Mandó un mensaje a "Hermanas Esta Vez Sí", grupo de WhatsApp que había armado su sobrina Clara después de que fracasara el llamado "Hermanas" porque tanto Daniela como Leticia lo habían abandonado. Clara les hizo jurar que se comportarían como adultas.

—Vengan a almorzar. Vero: nada de alcohol —escribió Daniela en el grupo.

Verónica llegó antes que Leticia y acompañó a Daniela a la cocina, en la que estaba preparando el almuerzo para ellas y sus hijos. Era algo a lo que Daniela llamaba "empananchos" y consistía en salchichas bañadas en Savora, envueltas con queso de máquina y una tapa de empanadas que las cubría parcialmente. Mandó veinte empananchos al horno y sirvió dos vasos de soda, mientras devoraban un tubo de papas fritas Pringles, que había llevado Verónica. Leticia llegó unos minutos más tarde.

—¿De nuevo empananchos? —le reprochó a la hermana.

—A los chicos les encanta.

—Pero no estamos en un cumpleaños de ocho años.

—¿Ustedes son conscientes de que entre las tres ya sumamos casi ciento veinte años? —preguntó Verónica para cambiar de tema. A ella le encantaban los empananchos que hacía Daniela. Mientras esperaban que se cocinaran, Leticia preguntó:

—¿Qué onda el gitano? ¿Es puto o no?

—No —dijeron a la vez Daniela y Verónica. Verónica con énfasis y Daniela con un tono más bajo, quizás con algo de culpa. Leticia las miró detenidamente a las dos.

—Supongo los métodos de comprobación de Vero, pero vos, Daniela, ¿cómo te diste cuenta?

—Lo llevé a la milonga. Quise enseñarle a bailar tango. Tuve compañeros de baile gays y se nota la diferencia. Manuel te agarra y se mueve como un hombre.

—Los gays también son hombres, Dani —la aleccionó Leticia.

—Me entendiste lo que quise decir.

—¿Y vos, Vero? ¿Bailaste también?

—Cogimos, no es gay.

—Qué trola que sos —le dijo Daniela mientras abría el horno para controlar la cocción de los empananchos—. ¿Cómo te vas a coger al médico de papá?

—Para empezar, no entiendo cuál es el problema. Pero, además, ni siquiera está acá como médico, sino de visita turística.

Daniela y Leticia cruzaron miradas, que Verónica notó al vuelo.

—¿Qué? ¿No es así?

—No sé —dijo Daniela—, pero la verdad es que se está reuniendo con todos los médicos que atendieron a papá y a él lo acompaña a diario. Raro para alguien que vino a conocer el Obelisco.

—O a cogerse a las minitas fáciles argentinas —dijo Leticia terminando las Pringles.

—Eso decilo por tu hermana —dijo Verónica—. Al menos yo estoy soltera.

—¿Qué decís, tarada? —Daniela se sacó los guantes que se había puesto para mover los empananchos y parecía dispuesta a tirarse encima de Verónica, que se mantuvo calma.

—Que le tenés ganas.

—Como bien diste a entender, yo estoy casada. Los jueguitos de infidelidad dejalos para vos y Federico.

—¡Daniela! —gritó Leticia y a punto estuvo de seguir con una diatriba hacia su hermana psicopedagoga si no hubiera notado que Verónica había agachado la cabeza y parecía dolida, evidentemente no por lo que le había dicho Daniela, con quien tenía esas fintas dialécticas con frecuencia. Verónica levantó la vista y les dijo:

—Descubrí que papá le metía los cuernos a mamá cuando estaban recién casados.

En ese momento entraron Santino y Benjamín. Daniela les gritó que se fueran a su cuarto, cosa que hicieron sin poner peros al notar el tono destemplado de su madre. Las tres se quedaron calladas durante unos segundos. Después de juntar fuerzas, Verónica les contó su diálogo con Cecilia Morrison. Les explicó quién era, lo que había hecho, cómo había reaparecido, el papel de su padre en la vida de esa mujer. Sus hermanas nunca la habían escuchado con tanta atención como en esa oportunidad.

—No puedo creer que el viejo haya sido tan hijo de puta. Dos meses de casado —dijo Leticia cuando Verónica terminó de contarles.

—No podemos juzgarlo sin saber qué ocurría entre ellos —objetó Daniela.

—¿Pero qué puede pasar en un matrimonio de dos meses? ¿Ya se había cansado de su aburrida vida familiar? Ustedes no se acuerdan, pero papá se fue un tiempo de casa cuando ustedes eran muy chicas.

—Yo me acuerdo.

—Yo no —dijo Verónica—. ¿Cómo nunca me hablaron de ese episodio? Me lo contó él hace unos meses.

—¿Y en qué contexto esperabas que te lo contáramos? "Hola, Vero, feliz cumpleaños, el viejo se fue con otra cuando tenías dos años".

—Pobre mamá —Daniela sacó los empananchos. Sirvió varios y los llevó a la habitación de sus hijos. Las otras dos esperaron a que regresara para continuar con la conversación.

—Habría que hablar con papá y preguntarle por qué lo hizo.

—¿Las tres juntas? ¿Tipo una intervención?

—No me parece —dijo Verónica—. Papá está grave, no sabemos cuánto le queda de vida. ¿Qué sentido tiene el reproche? Yo no quiero que se lleve el recuerdo de mí enojada por haberle sido infiel a mamá.

—Además no sabemos nada de la dinámica como pareja de ellos dos. Mirá si mamá le metía los cuernos con el portero y no lo sabemos.

Se quedaron resignadas. Daniela fue a la heladera y sacó unas latas de cerveza.

—Perdón, pero necesito un poco de alcohol.

Comieron los empananchos, tomaron cerveza; por un momento se sintieron unidas en el enojo, la sorpresa y la piedad que les despertaba su padre infiel. No hablaron por unos minutos. Verónica rompió el silencio diciéndoles que había algo más. Daniela y Lucrecia suspiraron profundo.

—No, no es tan grave como lo anterior. Parece que papá tuvo que darle al hermano de Cecilia algo que él tenía y quería mucho.

—Por lo visto, no era su dignidad, porque ya no le quedaba —acotó Leticia. Verónica hizo como que no la escuchó.

—Papá tenía un mapa que había sido de los Rosenthal por muchos años. Siglos. Y tuvo que entregárselo a este milico.

—¿El mapa de los Rosenthal existe? —Lucrecia casi gritaba—. Yo pensé que era un mito inventado por papá.

—¿Vos sabías de su existencia? —preguntó Verónica.

—Bueno, era un cuento con el que me dormía de chiquita.

—A mí también —dijo Daniela.

—Y a mí alguna vez. O sea que a las tres nos contó la historia de un mapa robado por un dictador maligno.

—Yo siempre pensé que era un cuento de los hermanos Grimm. Un mapa escrito en francés.

—Que tenía un castillo en el medio. Como mapa era rarísimo.

—Cuando Benja era chico le compré los cuentos completos de los hermanos Grimm y no estaba la historia de la familia de imprenteros que se pasaban el mapa de generación en generación. Pensé: *ah, tan completos no son*.

—Mi parte favorita era cuando lo traían a América mezclado con dibujos horribles para que los forajidos no pensaran que era un mapa valioso.

—Bueno, chicas. El mapa existe y se lo robó Morrison.

Las tres no cabían en su asombro. Hablaban una encima de otra. Pasaban de la indignación por el robo a la emoción de saber que la historia que les había contado su padre era real.

Lo dijo Daniela, pero lo podría haber dicho Verónica o Leticia:

—Tenemos que recuperar ese mapa, aunque se nos vaya la vida en eso. Vero, ¿cómo hacemos?

IV

No era la primera vez que Rodolfo Corso lo citaba en un lugar extraño, pero esta vez se había superado. Federico tuvo que esperar a que saliera de su clase de zazen en el Centro Okinawense de San Cristóbal, un centro cultural de la comunidad japonesa. Por suerte, Corso apareció pronto y no llevaba puesto un kimono, que era como Federico se lo había imaginado. Se subieron al auto y partieron hacia Barracas.

—Tuve una clase magnífica. En cualquier momento me voy a vivir a Okinawa. ¿Sabías que esa ciudad está llena de hijos de argentinos que a su vez son descendientes de japoneses que vinieron acá al final de la Segunda Guerra Mundial?

—Salvo pedir sushi, desconozco todo lo vinculado a la comunidad japonesa en la Argentina.

—Hay unas japonesitas muy lindas en mi curso. Unas diosas orientales, me animaría a decir. Muero de ganas de comprobar si es verdad lo que se dice de ellas.

Federico no le siguió la conversación porque sabía hacia donde estaba derivando. Prefirió contarle muy someramente el vínculo de Aarón con Cecilia Morrison.

—Qué especial furor por las pasiones tiene esa familia. Zafaste a tiempo —fue el comentario de Corso. Federico se sonrió, aunque se imaginó a sí mismo con una .38 en la mano gatillando en la cabeza del periodista por haber hecho ese comentario. Cambió de tema.

—Che, ¿este Salaberry es un tipo confiable? ¿Podrá ayudarnos?

—Es el tipo que mejor conoce los movimientos guerrilleros en la Argentina. Si no lo sabe él, no lo sabe nadie.

Llegaron a la casa del historiador, que los esperaba con la pava y el mate. Se acomodaron en unos sillones.

—Veo que siguen interesados en la familia Morrison.

Federico le habló de los dos temas que le preocupaban: quién había traicionado a Cecilia Morrison y qué pudo haber pasado con el mapa que pertenecía a la familia Rosenthal.

—Rodolfo ya me había pedido información sobre la chica, así que me tomé la libertad de hacer algunas averiguaciones. Encontré a alguien que era muy cercano a ella, Carlos Nicolau, un profesor de filosofía que se fue al exilio y que regresó en democracia. Por lo que me dicen, Carlos conocía muy bien a Cecilia y había viajado con ella a Córdoba. Se separaron unos minutos antes de que ella fuera detenida.

—Entonces pudo haber sido él quien la traicionó.

—No, no parecería ser así. Dicen que cuando la detuvieron, él se desesperó y estuvo a punto de ir a la central de policía de Córdoba para entregarse a cambio de ella, algo totalmente absurdo. Y luego, pasando por encima de las órdenes de su responsable, Nicolau

contactó a alguien ajeno a la guerrilla para que intercediera. No tengo el nombre de la persona, pero supongo que todos los caminos conducen a Rosenthal. Después Carlos se fue al exilio porque rompió con Montoneros.

Federico movió la cabeza afirmativamente mientras tomaba un mate. Salaberry continuó:

—Conseguí su teléfono y lo llamé. No es que quiero investigar por ustedes, pero no es fácil hacer hablar a esta gente cuando no te conocen. Suponen —en muchos casos con razón— que podés ser miembro de algún servicio de inteligencia. No está mal ser paranoico. Hasta los paranoicos tienen enemigos. Pero yo tengo buena fama y en mí confían. Lo llamé y me contó que había leído dos libros míos. Me felicitó y todo.

—Una buena forma de entrar en conversación.

—Exacto. Le pregunté por Cecilia y se puso reticente. Lamenté muchísimo no hacer esa entrevista in situ para ver su cara y sus reacciones físicas. Pero por cómo me habló, deduzco que este hombre estuvo enamorado de Cecilia.

—Otro más para el álbum —fue el comentario sarcástico de Corso.

—Él está convencido de que no fue nadie de Montoneros quien entregó a la chica. Según él, solo una persona podría saber lo que estaba por hacer Cecilia: su amante. Tiene lógica porque en general estaban los dos miembros de una pareja metidos en una agrupación guerrillera. Cecilia se pudo ir de boca y contarle a su hombre.

—Imposible. El amante era Aarón Rosenthal, el abogado que hizo todo lo posible para liberarla.

—Para ser preciso, Nicolau creía que Cecilia tenía más de un amante en esa época.

—Ah, bueno —dijo Corso falsamente horrorizado.

—¿Puede ser un servicio? —preguntó Federico, que no les prestaba atención a las reacciones del periodista.

—Puede ser. También me dijo que se fue al exilio sabiendo que Cecilia había sido fusilada en Córdoba. Se sorprendió mucho cuando le dije que estaba viva.

Antes de dar por terminada la charla, Federico le preguntó por el mapa, pero Salaberry no supo cómo ayudarlos con ese tema.

Salieron de la casa y se subieron al auto. Antes de arrancar, Federico se puso a escribir mensajes. Le respondieron enseguida.

—Listo. Vamos a tomar un café al Centro.

—Qué tortura.

—Te va a gustar. Además vas a conocer a un trabajador de los sótanos de la democracia.

—¿A un agente de la SIDE?

—Algo así. No preguntes mucho porque es gente susceptible y se pone a la defensiva. Y no es más SIDE, es un tipo de la AFI. Se llama Aurelio. Un encanto.

—Me imagino.

Aurelio estaba sentado a una mesa del café Saint Moritz, con su habitual estilo de profesor de matemáticas. Aunque era imposible saber si era profesor en algo y si se llamaba Aurelio, pero así lo conocía Federico desde los tiempos en que él trabajaba de fiscal. En esa época habían pegado buena onda y se habían ayudado mutuamente en más de una oportunidad. Nadie podía pensar que era un agente de los servicios de inteligencia del Estado y Federico desconocía su rango dentro de la AFI. Lo acompañaba un hombre

mayor, vestido con un pulóver de escote en V marrón y una camisa cuadriculada. Federico y Aurelio se miraron con cierta desconfianza.

—Pensé que venías solo.

—Yo también.

Federico presentó a Corso como un abogado del estudio.

—No quiero parecer maleducado —dijo Aurelio con su tono tranquilo—, pero si el señor Rodolfo es abogado, yo soy Albert Einstein.

—No siempre necesitamos abogados trajeados como Federico —dijo Rodolfo Corso—. Si tenés alguna duda, podés buscarme por mi matrícula profesional del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires. Tomo 49, folio 743.

—No es necesario. Confío en Federico. Él es Marcos.

—Marcos Altieri, para lo que necesite —dijo el hombre y le extendió la mano a Federico y a Rodolfo.

Recién cuando el mozo trajo los cafés de todos, Aurelio se puso a hablar.

—Estuve haciendo algunas averiguaciones sobre el militar que me pediste.

—Dios lo tenga en la gloria —dijo Federico.

—Sin necesidad de hacer una investigación exhaustiva, te puedo asegurar que ese tipo no está en el cielo.

—Te escucho.

—El coronel Walter Morrison, hijo del coronel Guillermo Morrison, no era querido por nadie, ni siquiera por sus compañeros de armas. Parece ser que desde muy joven lo atrapó uno de los peores vicios: la avaricia. En la dictadura, muchos militares hicieron una buena diferencia quedándose con las posesiones de sus víctimas y Morrison

no fue la excepción. Lo que resultaba muy llamativo era su egoísmo. A diferencia de sus colegas, que tendían a repartir en función del rango y del grado de participación en conseguir bienes, Morrison quería todo para él. A fin de conseguirlo, no dudaba en mentir, conspirar y hasta traicionar a sus subordinados. Los canallas que lo rodeaban estaban sorprendidos por el grado de maldad que tenía este hombre. Así que imaginate. Su viuda, una mujer de buena familia, tampoco tiene un buen recuerdo de él, aunque no lo diga en público; se lo contó a una de sus amigas más queridas. Bueno, vamos a los bifes. El mapa que buscás nunca estuvo en su casa de San Isidro.

—¿Lo vendió, se lo regaló a alguien?

—Ahí entra a jugar el amigo Marcos. Le cedo la palabra.

Altieri terminó su café antes de hablar.

—En 1983 yo estaba haciendo el servicio militar en Campo de Mayo, donde también estaba el coronel Morrison. El coronel me tomó como su che pibe y me tenía de asistente para todo. No voy a contarles los detalles porque no vale la pena, pero tuve que enfrentarme a situaciones difíciles, algunas no muy legales. Para ir al punto: yo me acuerdo bien del cuadro del que hablan.

—Era un mapa, no un cuadro —le aclaró Federico.

—Sí, sí, pero él lo tenía como si fuera un cuadro. Estaba colgado en la pared de su oficina y estaba protegido por un vidrio. Yo pensé que era una de esas obras raras de arte que hacen algunos. Más de una vez me quedé mirándolo. Si uno lo miraba bien, se daba cuenta de que había un montón de casitas dibujadas y un montón de texto en otro idioma. No era español, ni inglés. Un día Morrison me pescó mirándolo y me dijo: "Ese mapa se lo gané a un judío, un tipo al que

le gustaba cagar más alto que su culo, pero yo lo cagué a él". Me acuerdo porque me hizo gracia y nos reímos los dos, creo que fue la única vez que lo vi reír. Bueno, no le presté mucha atención a ese cuadro nunca más, pero cuando vino Alfonsín al gobierno, el coronel andaba muy nervioso. Su oficina tenía un cuartito en el que el coronel guardaba muchas cosas que se quedaba de los subversivos.

—¿Qué tipo de cosas?

—Había de todo. Me acuerdo de una guitarra a la que yo le había echado el ojo. Había televisores, radios, lámparas, hasta botellas de whisky. Después tenía también una caja fuerte en la que guardaba plata, joyas y algunos papeles. Bueno, le sigo contando. Cuando llega Alfonsín, el coronel se asusta. "Me van a quitar todo, Altieri, estos putos", decía. Una madrugada nos agarró a mí y al soldado Caminos y nos hizo llenar un camioncito con lo que tenía guardado en el cuarto y la caja fuerte y el cuadro ese del mapa. También cargamos ladrillos, cal y arena. Nos llevó al club Hurlingham, que quedaba ahí nomás. Yo sabía que era ese club porque ya habíamos ido alguna vez a arreglar el techo de un bar que quedaba en medio de un campo de golf. Muy lindo lugar.

Antes de continuar con su historia, Marcos se tomó de un trago el vasito con soda que venía con el café.

—No entramos por la puerta principal del club, por la avenida Roca. No, nos hizo entrar por la parte de atrás, un paso medio abandonado que nadie usaba, por lo que tuvimos que forzar el portón y romper una cadena. Recién amanecía cuando fuimos, y no se veía a nadie dando vueltas por ahí. Entramos y el coronel nos llevó detrás de unas caballerías. Había como un pozo tapiado con maderas. Parecía la entrada de una fuente de agua, como un aljibe,

aunque rectangular. Nos hizo abrir esa puerta de madera, algo que no resultó tan fácil como parecía. Una vez abierta vimos que había una escalera que bajaba a una bodega. El coronel nos hizo cargar hasta esa puerta el contenido del camioncito, aunque él también ayudó. Fueron varios viajes y cuando tuvimos todo junto, lo guardamos en esa bodega. Teníamos unas buenas linternas y hasta un farol de noche que dejamos encendido mientras acomodábamos las cajas. Era como un cuarto de unos tres metros de ancho por unos seis de largo. Estaba lleno de polvo y telas de araña. El cuarto no era totalmente ciego sino que tenía una puerta al fondo que nunca supe adónde daba. Estaba cerrada. Cuando terminamos de poner lo que habíamos llevado, nos hizo salir y tapiar la entrada, pero no con la madera que había antes sino con los ladrillos y el cemento. Entre las cosas que dejamos ahí estaba el mapa.

—¿Y sigue en ese lugar?

—A mí me desafectaron del ejército, pero seguí haciendo changas para el coronel Morrison. Cada tanto recordaba las cosas que había escondido. Una vez me animé a preguntarle si no tenía miedo de que alguien del club entrara y se llevara algo. "Mi tesoro está a salvo, Marquitos", me dijo. Según él, esos túneles eran un santuario del Proceso de Reorganización Nacional, que algún día la gente lo vería como un lugar sagrado.

—¿Los llamó túneles?

—Así es. Pero nosotros no vimos ningún túnel salvo ese cuarto, tal vez continuaba por donde estaba la puerta cerrada.

—¿Y cómo se podría hacer para recuperar el cuadro?

—Yo puedo hacerlo. Puedo meterme, buscarlo y sacarlo. Cuando hicimos el trabajo en el techo del club, nos permitieron bañarnos al

final del día. Pero no nos dejaron ir a los vestuarios, sino que nos llevaron a un chalet que estaba vacío. Después de bañarnos tuvimos que esperar como una hora para que nos vinieran a buscar. En ese rato nos quedamos en el living. Me llamó la atención que en el piso había como una entrada a un subsuelo. Con la ayuda del otro colimba la abrimos. Por lo que nos costó, esa puerta no se debía abrir desde 1900. Abajo había una habitación similar a la de donde dejamos las cosas, pero en vez de tener una puerta en la otra punta, había una especie de arcada que llevaba a algún otro lugar. Hay dos posibilidades. Entro por ahí y llego hasta el cuarto donde está guardado sin que nadie me vea. O voy con herramientas, rompo la tapa de ladrillos y me llevo el cuadro. Esta me parece la mejor opción. Voy encapuchado por si hay cámaras. A la madrugada los de seguridad no van a estar vigilando la parte trasera del club.

El hombre parecía muy seguro de lo que decía.

—¿Cuánto saldría traerme el mapa sano y salvo?

—No es un trabajo sencillo, como se dará cuenta. Diez mil dólares.

Aurelio se indignó:

—Pero Marcos, eso es muchísimo.

—No es un trabajo fácil, señor Aurelio. Estoy cobrando el riesgo que significa.

—Cobrale algo más real.

—No puedo hacerlo por menos de seis mil dólares —dijo Marcos algo enojado.

Federico quiso zanjar lo más rápido posible la disputa:

—Me parece bien seis mil. Dos mil por adelantado y cuatro mil cuando traiga el cuadro. Mañana tiene el adelanto.

Aurelio y Marcos se fueron unos minutos más tarde. Federico y Rodolfo se quedaron a almorzar ahí mismo. Unos sándwiches de jamón crudo y queso y unas cervezas.

—¿Vas a pagar vos eso? ¿Es tu regalo de cumpleaños para tu exsuegro?

—No tengo esa plata disponible. Pero en el estudio siempre hay una buena cantidad de efectivo para casos que lo requieran. Creo que llegó el momento de que hable con Iñíguez.

V

Había estado inquieto gran parte del día. Lo atribuía a la reaparición de Cecilia la tarde anterior y al encuentro posterior de ella con Verónica. Su hija no había regresado ni lo había llamado, por lo que posiblemente estaba tratando de asimilar la información. ¿Debería haber hablado con sus hijas de esa historia? ¿Cuándo? ¿Cuando falleció Miriam? No, era absurdo. Un padre no tiene por qué dar explicaciones a sus hijos de su vida sexual, afectiva o lo que fuera. Miriam y él habían criado a las tres en un ámbito en el que cada uno debía hacerse cargo de sus decisiones. Nunca las censuraron en nada. Una vez que llegaron a la adultez, sus hijas habían llevado la vida que querían, sin reproches paternos. Él reclamaba ese mismo derecho para su vida. Si no lo entendían, peor para ellas.

Sin embargo, no podía dejar de sentir que el vínculo con Cecilia merecía al menos ser conocido, sobre todo por Verónica. Miriam y él habían tenido momentos inestables en la vida matrimonial, pero la

relación con Cecilia era otra cosa. No era una infidelidad. No era una infidelidad. Si lo juzgaban así, se estaban quedando con lo anecdótico y no veían la importancia que tuvo en su vida, en sus decisiones.

Daniela y Leticia eran dignas hijas de Miriam: ordenadas, prácticas, seguras. Verónica era distinta. En esos años, cada vez que su hija menor se metía en problemas por su actividad como periodista, él no podía dejar de pensar en Cecilia. Como si su vínculo con ella hubiera influido en su hija menor. Era arrojada, temeraria, una perseguidora de justicia en un mundo injusto, que no medía consecuencias ni se interesaba en el éxito material. Por eso, más de una vez había estado tentado de decirle: *Verónica, no actúes como Cecilia, no arriesgues tu vida por una causa*. De haber ocurrido eso, no dudaba de que Verónica le hubiera preguntado quién era Cecilia y él le habría contado.

¿Ella lo juzgaría? ¿Lo estaría juzgando en este momento? No le temía al veredicto, aunque deseaba fervorosamente que ella lo entendiera y lo aceptara.

Antonia le había cocinado pollo al horno con papas. Una receta sana y sabrosa, pero no tenía hambre. Se tuvo que esforzar para comer un poco. Durante la tarde tomó una novela del inspector Maigret. Hacía años que no releía alguna. Pensó en los libros de la biblioteca de la casa del Tigre, aquel ejemplar de *Pietr el letón* que se había traído y nunca devuelto. Una o dos veces al año, desde entonces, había leído una novela de Maigret. No era un buen lector de ficción, lo suyo eran libros de política o de historia, no novelas. Pero había algo en las novelas de Simenon que le despertaba una especial felicidad. Le hubiera gustado conocer al comisario Maigret,

charlar con él. Por qué no: acompañarlo en alguna investigación como una especie de Watson.

Leyó gran parte de la tarde, hasta que le empezó a doler la cabeza. Las jaquecas eran recurrentes en esos meses, aunque la medicación las mantenía a raya. No era así ese día. Para colmo, tenía náuseas. Se encerró un par de veces en el baño pensando que podía vomitar. No lo consiguió. Debía llamar al doctor Rinaldi, pero no lo hizo. A Manuel tampoco lo molestaría por algo así.

Primero fue el pensamiento, como si su cerebro tuviera claro lo que le estaba ocurriendo al cuerpo. *Estoy mal, no doy más*, se dijo. Le castañeteaban los dientes, tenía frío. Se le ocurrió una idea que consideró una gran solución: iría a la cocina y le contaría a Antonia. Que ella decidiera qué hacer. Se levantó y fue hacia la planta baja. Por suerte no había llegado a la escalera. Un poco antes le pareció que la casa se movía, que el piso bajo sus pies se estremecía como si hubiera un terremoto. Pero la casa estaba quieta, era su cuerpo el que se agitaba, se tensaba, se sacudía con movimientos más fuertes. Ni se dio cuenta de que estaba tirado en el piso, pero sí notó que tenía los pantalones mojados. No sabía en qué momento se había orinado y esa fue su principal preocupación los segundos previos a perder el conocimiento.

Momentos después oyó voces sin poder identificarlas. Gente que lo tocaba, que lo cargaban a una cama. Creyó soñar que estaba en los tribunales de Talcahuano y no encontraba la puerta de salida, sin embargo no lo vivía como algo negativo. Oyó el ruido de los aparatos que suele haber en un hospital; uno indicaba que estaba vivo, otro marcaba su respiración. Apenas abrió los ojos, confirmó lo que había pensado: estaba internado. No vio a nadie ni nada más,

aunque una voz hablaba a lo lejos, no con él. Cerró los ojos. Soñó nuevamente. Conversaba con gente. Eran conversaciones importantes, pero no recordaba sobre qué. Se despertó al oír de nuevo el ruido de los aparatos y esta vez estaba el doctor Rinaldi, que le tomaba el brazo.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—Para el culo.

Si cerraba los ojos le llegaban las voces de las enfermeras. Había otros pacientes con él, pero no se los oía, solo los aparatitos que indicaban que seguían vivos. Otra vez estaba el doctor Rinaldi.

—¿Y ahora?

—Me siento muy débil. Me duermo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el diálogo anterior con el doctor? ¿Diez minutos, un día?

De a poco fue recuperando el cuerpo. Le habían puesto una sonda para orinar. Tenía unas guías con suero y medicación. Respiraba normalmente. Un enfermero lo bañó con una esponja.

Vio a Leticia y a Daniela: le sonreían, pero parecía que venían de llorar.

—No me voy a morir hoy —les dijo y ellas se rieron, pero él lo decía en serio.

Soñó que lo venía a visitar Miriam, le decía que tenía que volver al departamento porque se había roto un caño de la cocina. Él lamentaba estar internado. Ella no le creía ni una palabra y se iba enojada.

Confusamente vio la sombra de dos personas, se esforzó para despertarse. Eran Federico y Verónica. ¿Qué hacían juntos? ¿Verónica iba a tener un hijo, ya había nacido?

—¿Ya nació? —les preguntó y le respondió Federico.

—Todavía no.

Mejor así. Pero Verónica no parecía embarazada.

—Papá, queríamos decirte que sabemos lo del mapa. Lo del mapa de los Rosenthal y que te lo vamos a traer de vuelta a casa.

Se acordó del mapa de Kamianets-Podilski, las frases en francés. Intentó repetirlas, pero temió que Federico le corrigiera la pronunciación y se quedó callado. El mapa que su abuelo le dio a su padre y que él heredó. ¿Qué era lo que Federico y Verónica sabían? ¿Que lo había entregado a ese militar para que no mataran a su mujer?

—Lo tiene un militar —les dijo.

—Sabemos dónde está y lo vamos a buscar.

—Mejor no. No quiero que le pase nada a ella.

—Cecilia está bien —dijo Verónica.

Aarón cerró los ojos y se hizo el dormido. Esperaba que se fueran antes de que se le escaparan las lágrimas.

10. Los túneles

I

Los lunes eran días de planificación para el resto de la semana. En general, estaba todo tan bien organizado que los imprevistos nunca eran un problema. A veces fallaba el proveedor de verduras, pero él tenía dos o tres proveedores alternativos que le permitían mantener la calidad de los ingredientes. Se acordó de cuando, unos cuarenta años atrás, un sábado por la mañana su padre se había quedado sin paltas para el menú del almuerzo. Su madre y él salieron raudos de la casa de Lanús, tomaron el colectivo 37 y fueron hasta el mercado de Sarmiento y Montevideo. Llevaban una bolsa resistente de hacer las compras y en un puesto del mercado la llenaron de paltas. Pero cuando caminaban por Corrientes hacia el subte, que los dejaría en la estación Federico Lacroze para tomar el tren hasta Rubén Darío, pasaron por el cine Los Ángeles. Había una función matutina y gratuita de una película de Disney, que ahora él no podía recordar. A su madre le pareció una buena idea entrar con la bolsa llena de paltas y ver juntos una película. Llegaron al Hurlingham pasadas las trece. Su padre estaba furioso, algo que parecía no preocupar

especialmente a su madre, que le había regalado —en ese momento él aún no lo sabía— un recuerdo maravilloso.

Al concesionario del Hurlingham Club le hubiera gustado ser escritor, o periodista, o las dos cosas, para poder escribir esos recuerdos. Muchas veces se preguntaba qué habría sido de su vida si, en vez de seguir la actividad familiar, se hubiese dedicado a la escritura, su sueño de chico y hasta de adolescente. ¿Cómo sería su vida en caso de haberse convertido en escritor? Estaría viajando por el mundo, participando en eventos con gente famosa, tendría amores en cada puerto, la gente lo reconocería en la calle, tal vez tendría una decena de hijos con distintas esposas. Una vida llena de emociones, no como la suya: se había casado con una chica de Morón (algo lógico trabajando todo el día en Hurlingham), tenía solo dos hijos y los únicos que lo reconocían eran los puesteros del Mercado Central y algunos carniceros. Se preguntaba si el mucho dinero ganado en todos esos años compensaba no haber seguido sus sueños. En todo caso, ya era tarde para comenzar una carrera como escritor de recuerdos familiares. Estaba por cumplir cincuenta años. ¿No tenía esa edad su padre cuando casi renuncia al Hurlingham?

Edith lo llamó para que viera la calidad del cordero patagónico que acababan de traer. Fueron hasta la cámara frigorífica, construida por su padre en los años setenta y que a él le despertaba por entonces un miedo atroz de quedarse encerrado. Cuando asumió el mando de la concesión, hizo poner un timbre en el interior de la cámara. Unos años más tarde, le agregó un control electrónico para abrir la puerta desde adentro. Prevenciones innecesarias: en cuarenta años nadie se había quedado encerrado.

Observó la calidad de la carne: cara, pero muy superior a la habitual. El costo no era problema: lo trasladaría directamente al precio del plato y los ingleses lo pagarían sin chistar. Encontraba cierto placer en seguir diciéndoles "ingleses" a los socios, a pesar de que en los últimos años los que menos concurrían eran súbditos británicos o sus descendientes.

Mientras volvía a su oficina —que quedaba en el primer piso, sobre la cocina—, su secretaria le dijo que lo esperaba una mujer. Se llamaba Verónica Rosenthal.

II

Horas antes de que Aarón se descompusiera, Verónica había recibido la visita de Manuel, que llegó con una botella de Jim Beam Rye. Verónica pensaba cocinarle unos fideos italianos con una receta que había aprendido de Federico: pedacitos de panceta, ajo y brócoli. Saltaba todo junto y luego le agregaba la pasta cocida en agua salada. Mezclaba y agregaba crema de leche y queso rallado en abundancia. Pimienta negra y listo.

Como el plato se hacía rápido, a Verónica le pareció que lo mejor era que antes cogieran. Así se lo hizo saber a Manuel y estuvieron de acuerdo. Lo que más le atraía de Manuel era esa capacidad lúdica con la que se conectaba con ella. Le gustaba también que su cuerpo moreno no terminara de definirse entre la dulzura de un cuerpo femenino y la ferocidad de un gitano áspero. Podía ser brusco, pero eso formaba parte más de una estrategia que de una limitación. Como cuando le susurraba poemas mientras la acariciaba, o

mientras iba y venía desnudo buscando un vaso de whisky o un porro. No había estrategia de seducción de Manuel que a Verónica no le hiciera mella. Entraba en todas como una chica inocente. Le atraían todos los Manuel que descubría. Quería conocer más, que todos se la cogieran. Millones de Manuel que alimentaran esa ninfomanía andalusí.

Había quedado exhausta, bocabajo, el pelo sobre la cara, transpirada, con ganas nada más de sentir la mano de él acariciándole la espalda. Cerró los ojos y se hubiera dormido si él no se hubiese puesto a hablar.

—Tengo algo que decirte, bonita.

Cada vez que un hombre se expresaba de esa manera, sabía que estaba en el comienzo de algo malo. Apretó los ojos durante unos segundos. No se animó a darse vuelta. Lo que tuviera que decirle, que se lo dijera ya.

—Te escucho.

—Llevo unos días pensando en esto. En realidad, desde que te conocí en casa de tu padre. Nunca entendí por qué a las mujeres os gusta tanto *Cumbres borrascosas*. Es un libro misógino, machista, con uno de los protagonistas más desagradables de la historia de la literatura. Cuando una mujer me dice que le gusta Heathcliff y muere por la historia de amor de él con Catherine, me dan ganas de insultarla. ¿No has aprendido nada, niña?, le diría. ¿Y los personajes femeninos que parecen solo responder a su calentura? La hija cuando llega a adolescente y hace todo lo contrario de lo que le dicen los adultos, la cuñada de Catherine que se escapa con Heathcliff y después se arrepiente. La propia Catherine: cuando lees su historia te das cuenta enseguida de que a esa chica le faltaba en

verdad un buen polvo. Me desilusionaría mucho si me dijeras que es tu libro favorito y que te calienta Heathcliff.

Mientras él le hablaba ella se dio vuelta tratando de ver si estaba siendo irónico, pero no: parecía realmente preocupado. Verónica no se decidía si tirársele encima y cogérselo de nuevo o responder seriamente. Estaba convencida de que si daba una respuesta irónica, o tonta, o despreocupada, él no se lo perdonaría. Así que se puso a reflexionar sobre lo que él planteaba y decidió contestarle con honestidad.

—No es mi novela favorita, pero sí me conmovió mucho cuando la leí por primera vez. Me gusta que Heathcliff esté tan obsesionado por el amor a Catherine.

—Bah, un amor que destruye al resto de las personas. Eso no es amor, es narcisismo mal encauzado.

—Te juro que yo no soy así —dijo Verónica abrazándolo.

—Los judíos no juran.

—Claro que juramos. Es cultural, no religioso. Si juro por la vida de una de mis hermanas y miento, sé que la condeno a morir.

—El juramento cristiano es otra cosa, pero bueno, no nos vayamos a la teología.

Verónica se levantó para preparar la cena mientras Manuel contestaba unos correos atrasados. Había puesto la olla con agua y se preparaba a cortar la panceta cuando sonó su celular. Era Daniela.

—Tuvimos que internar a papá. Tuvo convulsiones. Está en terapia intensiva, pero compensado.

Cuando cortó, Manuel apareció con su celular.

—Acabo de hablar con el doctor Rinaldi.

—Me avisó Daniela.

Verónica apagó el fuego, guardó de nuevo la panceta en la heladera, se terminaron de vestir y salieron rápido hacia el Hospital Alemán. Manejaba de manera imprudente, no tanto porque estuviera apurada sino porque su cabeza estaba ya en el hospital, junto a su padre. Manuel volvió a hablar con el médico de cabecera de Aarón. Cuando cortó, le pidió a Verónica:

—Ten cuidado, bonita. Tenemos que llegar al hospital, pero no en una ambulancia.

—¿Qué te dijo Rinaldi?

—Estable, aunque no está fuera de peligro, con unos cuidados correctos saldrá adelante.

Verónica frenó en el semáforo en rojo. Tenía ganas de dejar el auto ahí mismo y seguir corriendo. La lentitud del tránsito la estaba liquidando.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí, cuando se ponga bien. ¿Cuán bien se va a poner, en qué momento va a volver a descompensarse, a tener nuevas convulsiones?

—Cada vez más pronto, cada vez va a ser más difícil recuperarlo, hacer que se sienta bien. Su cuerpo va a caer considerablemente, incluso ahora, cuando salga de esta.

—Mi papá no merece este calvario.

—Nadie lo merece, Vero. Es un momento crítico. Ahora hay que conseguir que vuelva a estar lo mejor posible.

Verónica movió la cabeza afirmativamente y se concentró en el tránsito. Agradecía en silencio que Manuel no hubiera intentado

ninguna fórmula de consuelo.

III

Había que reconocer algo: Mario Iñíguez nunca le cayó bien a Federico. Ahora cualquiera podía decir (y seguramente lo decían en el estudio) que estaba caliente porque Iñíguez se había quedado con el puesto que la mayoría imaginaba que era para él. A Federico eso lo tenía sin cuidado. Su antipatía nació cuando entró en el estudio e Iñíguez lo trataba como si fuera un cadete. Si eso hubiera sido así solo al comienzo, podía considerarse un error comprensible. Al fin y al cabo entró al estudio como el último orejón del tarro. Pero cuando se recibió y empezó a participar activamente, Iñíguez pasó de usarlo como cadete a ignorarlo. No le informaba nunca nada, lo mantenía afuera siempre que podía. Con los años esa actitud fue disminuyendo, sobre todo cuando Aarón le otorgó a Federico el diez por ciento del estudio, el mismo porcentaje que tenía Iñíguez.

Federico no ignoraba el talento de Iñíguez, ni le interesaba hacerle algún tipo de guerra interna. Al contrario, jamás le quitaba colaboración. Ahora que Federico era el abogado más activo del estudio, Iñíguez mantenía su aura de prócer, que se había convertido en veneración cuando Aarón, insólitamente, lo nombró su sucesor.

A Federico nada de eso le importaba.

Se dirigió al despacho de Iñíguez, que charlaba con Rivadavia, otro de los socios. Federico se acomodó en una silla y espero a que el nieto del chozno del héroe patrio se retirase para hablar.

—Necesito dos mil dólares y voy a necesitar unos cuatro mil más.

—Perfecto. Hacé la nota habitual y listo.

—Con ese dinero vamos a recuperar el mapa que pertenecía a Aarón.

—¿Un mapa? ¿Qué mapa?

—El que dio a cambio de que no mataran a Cecilia Morrison.

—No estoy al tanto.

Federico bufó con cierto regocijo: tenía frente a él un Iñíguez auténtico.

—Mario, si algún día me llevan a juicio, deseo fervientemente que seas testigo de mi parte. Vamos a hacer al revés. Yo te muestro mis cartas y después vos me mostrás las tuyas.

Federico le contó todo lo que sabía: desde el vínculo de Cecilia Morrison con Aarón, hasta su reaparición. Recién entonces, Iñíguez pareció soltarse.

—¿Cecilia Morrison está acá, en Buenos Aires?

—Se reencontró con Aarón después de cuarenta años.

—Eso sí que no lo vi venir. ¿Y dónde está el mapa? ¿En la casa del fallecido Morrison?

—No. Parece que lo mantuvo en su oficina en Campo de Mayo, pero cuando la dictadura se caía a pedazos, Morrison hizo esconder todos sus tesoros de guerra en un cuarto subterráneo del club Hurlingham.

—Tiene sentido: el club y Campo de Mayo están casi pegados y eran dos territorios que los Morrison tenían a su disposición.

—Bueno, uno de los que en aquel momento trasladó los objetos se ofreció a ir a sacarlo del club a cambio de dinero.

Federico sacó los dólares de la caja fuerte y fue al encuentro de Marcos Altieri, que lo esperaba en un bar de mala muerte en

Floresta y parecía estar un poco bebido. Si bien eso no tenía por qué ser un problema, Federico le lanzó una filípica acerca de que debía estar muy atento cuando llevara adelante su misión. Nada de alcohol ni de drogas en la previa, no detenerse a buscar otros elementos valiosos en ese sótano. Solo debía encontrar el cuadro y traerlo. Cumplir con lo pedido. Altieri tenía la actitud sumisa del que después hace lo que quiere y generalmente lo hace mal. A Federico no le quedaba más que entregarse a su suerte.

Antes de regresar a su departamento, compró un pollo al spiedo con papas fritas. Ángeles lo esperaba para mostrarle los regalos para el bebé que su hermana Carolina había traído de Suiza, donde vivía desde hacía años: unos enteritos, un cambiador que se volvía bolso, un colgante para poner sobre la cuna.

Mientras cenaban, Federico le contó todo lo vinculado con Cecilia Morrison y el mapa. Ángeles escuchaba con atención mientras mordisqueaba las alitas de pollo, su parte favorita.

—¿Dónde quedaste en encontrarte con ese tal Altieri?

—En el mismo bar donde lo vi hoy. Ahí me va a entregar el mapa y yo los cuatro mil dólares.

Ángeles negó con la cabeza.

—Hiciste mal. Tendrías que acompañarlo hasta el club y esperar que salga con el mapa. Así te asegurás de que no pierda el mapa en el asiento del colectivo.

—No creo que sea tan torpe.

—¿Y si se complica? ¿Si lo ve alguien de seguridad sacando el mapa? ¿Si lo rompe sin querer?

—Prefiero confiar.

—Yo no. Llamalo a Altieri y decile que vas con él.

Federico le habría hecho caso si no fuera porque en ese momento sonó su celular. Era Daniela: habían internado de urgencia a Aarón. Federico fue al hospital y se olvidó de Altieri.

En el hospital se encontró con las hermanas Rosenthal, con los maridos y con un tipo que se presentó como un amigo de la familia. Era un médico español, que había atendido a Aarón en Nueva York. Si no fuera por el aspecto gay que lo delataba, Federico habría pensado que intentaba levantarse a Verónica, porque no se separaba de ella y le hablaba al oído. El médico español dijo que estaba fuera de peligro, pero que debía seguir en terapia intensiva.

No tenía mucho sentido quedarse a pasar la noche. Además, Ángeles ya estaba en los días previos a la fecha de parto. En un momento pensó en llevar aparte a Verónica para contarle lo que estaba haciendo para conseguir el mapa. Estaba a punto de despedirse, cuando sonó el teléfono: era Aurelio. Se alejó para poder hablar tranquilo.

—Malas noticias —dijo sin preámbulos—. Nuestro hombre tuvo un accidente laboral.

—¿Un accidente laboral?

—Fue al lugar donde tenía que desarrollar su actividad y tropezó con unos señores enojados.

—¿Antes o después?

—Antes. No llegó ni a sacar un ladrillo de la tapia.

—¿Seguridad del club?

—No, lo estaban esperando. Gente ajena al club. Eso está chequeado.

—¿Vive?

—Digamos que sí, pero quedó maltrecho. No va a poder hacer nada de lo que hace una persona normal en los próximos dos meses.

—Qué cagada.

—Olvidate de las dos lucas. Esa guita es el equivalente a la ART.

—¿Y quién puede hacer el laburo?

—Mirá, ahora hay gente que está alerta. No entraría por ese lugar. Intentaría sorprender, pero te digo algo: tratá de no hacer nada salvo que sea imperativo. Dejá pasar un tiempito. Acá ya hubo ruido. La mayoría de mis compañeros no trabajó en tiempos de la dictadura, pero son nostálgicos de aquellos años. Con los milicos no se jode, Federico. Ni siquiera ahora que están de capa caída.

IV

Verónica vio que Federico se alejaba para hablar con alguien por teléfono. A esa hora de la noche con la única persona que podía estar hablando era con Ángeles. Seguro que lo estaba controlando, a ver dónde estaba, con quién, qué hacía. Había mujeres así. Por suerte ella no era de esa clase, no tenía alma de esposa. A Federico se notaba que no le gustaba que lo controlaran porque estaba muy serio mientras hablaba. Asentía, pero no parecía conforme. *Rebelate, no dejés que una mosquita muerta te domine*, pensaba ella, mientras Manuel le decía algo.

—Te lo repito: no dejan entrar a nadie salvo en los horarios de visita. Hasta que no lo pasen a una habitación común vas a poder verlo muy poco. Lo mejor es ir a descansar y volver mañana.

En eso se acercó Federico.

—Vero, ¿podemos hablar unos minutos?

Verónica y él se alejaron.

—Busquemos un bar —dijo él. Por lo visto la charla iba a durar más de dos minutos.

—Acá en el hospital hay uno.

—Prefiero afuera. El mundo de los hospitales me produce incomodidad.

Salieron a la avenida Pueyrredón y se metieron en el primer café que encontraron abierto.

—Hay algo de lo que te quiero hablar —repitió Federico.

—Yo también tengo algo que hablar con vos.

—Lo mío es sobre el mapa que Aarón entregó a Morrison.

—Yo quería hablarte de lo mismo.

Se sonrieron. Maldita sonrisa de gato feliz que podía sacar Federico en algunas circunstancias. Para cortar ese clima, a Verónica no se lo ocurrió otra cosa que preguntar si faltaba mucho para el parto y cómo lo llevaba Ángeles. Su tono mesurado fue captado por Federico, que le respondió de la misma manera. Era la primera vez que hablaban del tema sin que fuera una discusión. Él, por su parte, le preguntó:

—¿Qué onda el médico español? Parece muy integrado a la vida de ustedes.

—Atendió a papá en Nueva York. Es un médico muy capo. Y se hizo amigo del viejo. Se lleva muy bien con las hermanas Rosenthal.

—Es gay, ¿no?

—Si es gay, no lo está demostrando. Volviendo al tema que nos convoca: con Daniela y Leticia llegamos a la conclusión de que ese

mapa era muy importante para mi viejo y deberíamos recuperarlo.

—Me alegra saber que estoy en sintonía con las hermanas Rosenthal.

Federico le contó los pasos que había dado para averiguar su paradero y lo que había ocurrido con el hombre que iba a sacarlo del Hurlingham.

—No puedo creer que todo gire alrededor de ese club. ¿Cómo hacemos para llegar al mapa?

—Mi contacto dice que lo mejor es esperar un tiempo.

—Si algo no tenemos es tiempo. ¿No se puede hacer que un juez allane el lugar?

—No hay base jurídica para eso. Habría que probar al menos la sospecha de que está guardado ahí, que fue tomado por la fuerza, algo difícil sin comprometer a Cecilia Morrison. Y llevaría mucho tiempo ese camino.

—Tenemos que entrar al club.

—Hacerlo como estaba planeado es imposible. Quizás haya otro acceso a los túneles.

—Lo que no me queda claro es cómo se enteraron de que ese tipo iba a meterse en ese sótano. ¿Pudo haber sido tu contacto el que habló de más?

—No, para nada.

—Y además, ¿a quién le interesa ese lugar? Walter Morrison está muerto. ¿Al hermano menor? ¿Sería el escondite de Morrison solamente o también de otros militares?

En ese momento, Manuel entró al bar y fue hacia ellos. Verónica se sintió en falta, como si estuviera haciendo algo malo o ridículo tomando un café con Federico.

—Perdonad que os interrumpa —dijo sentándose a la mesa—. Es que todos se fueron y yo decidí ir a tomarme algo. Qué casualidad.

Lo que menos parecía era una casualidad. Verónica no dudaba de que Manuel había ido a marcar territorio. Le molestó un poco ese gesto, pero no tanto.

—Tenemos un problema con un mapa que era de mi padre. Es una historia un poco larga.

—No tengo prisa —dijo Manuel sonriéndoles a los dos. Verónica lo puso al tanto de la situación.

—Vaya, debe ser un mapa importante para Aarón. Me parece una pasada que queráis rescatarlo. Dime, bonita, ¿cómo se llamaba el club?

—Hurlingham.

—Igual hay que pensar bien qué vamos a hacer —dijo Federico, algo incómodo en compartir detalles con el médico español—. Me parece que deberíamos buscar más información sobre esos túneles. Podemos suponer que su existencia es conocida por los socios o los directivos.

Manuel apoyó su mano sobre la de Verónica:

—Quizás tú podrías hacer una noticia sobre los restaurantes de los clubes de comunidades europeas en Argentina.

V

Le pareció que lo más práctico era alquilar un auto para ir hasta el country donde vivía su hermano. Cecilia Morrison observaba la ciudad mientras manejaba, tan distinta a la que había dejado. Ni

siquiera existía por aquel entonces la autopista por la que ahora transitaba. Debía tomar después la avenida General Paz y, más adelante, la Panamericana. Esos edificios que descubría a los costados no estaban cuando ella se fue, ni habían nacido los que manejaban a su alrededor. Qué sensación rara la de estar en una ciudad distinta, pero que le seguía resultando su propia ciudad.

Cuando llegó a Buenos Aires no le interesaba ponerse en contacto con su hermano menor, pero tampoco con Aarón. Su idea antes que nada era reencontrarse con el lugar: recuperar el paisaje, los olores, las calles, las comidas, los bares, el sonido de la gente hablando como ella. Mirar, oler, saborear. La aparición de Verónica Rosenthal la había llevado a modificar sus planes y no se arrepentía. El encuentro con Aarón había movilizado en ella sentimientos que creía perdidos. Ahí estaba él, viejo, algo pelado, con arrugas, pero mantenía la mirada intensa, cargada de ese fuego que solo tienen unos pocos. La voz era como la recordaba. Su perfume de colonia alemana también. No había pasado un minuto en su presencia y ya le pareció que recuperaba al Aarón que ella conociera. ¿Cómo la había visto él? A ella la tenían sin cuidado los años. Distinto hubiera sido si se hubiesen reencontrado a los cuarenta, incluso a los cincuenta; pero a su edad, la incipiente vejez era una medalla por haber vivido. Y además, ella sabía que seguía estando muy bien. Lo que le preocupaba era que él no se diera cuenta de que era la misma. Tenía ganas de preguntarle: "¿Me ves?, ¿soy yo?". Pero no hizo falta: en un momento Aarón, hablando de su hija, le dijo "ella es como vos", no le dijo "ella es como eras vos". Que él hubiera descartado el verbo en tiempo pasado era un reconocimiento. La veía como la había visto.

El encuentro con Aarón le había hecho bien, ¿por qué no repetir la experiencia con Daniel? Sobre todo a partir de lo que le había dicho Verónica: su hermano estaba metido en un caso de violencia de género. Le costaba creerlo. El chico que ella recordaba habría sido incapaz de hacer algo así. De su hermano Walter no le hubiera extrañado nada, pero Daniel siempre había sido distinto. No se parecía a su padre, no imitaba a Walter. Había seguido la escuela militar más como tradición familiar que por convencimiento. Cecilia tenía que hablar con él. Estaba convencida de que era posible sacarlo de la espiral de violencia alimentada y fagocitada por el patriarcado.

Verónica le había conseguido la dirección y el teléfono, pero no quiso llamarlo. ¿Cómo explicarle quién era en una llamada? Necesitaba verlo, hablar con él directamente. Que viviera en un country complicaba ese primer encuentro.

Se detuvo en la barrera de acceso al barrio privado. El hombre de la caseta de seguridad le preguntó adónde iba y luego su nombre.

—Valeria Moreno.

El guarda se comunicó con la casa de Daniel. Cecilia notó que a su hermano o a la persona que estaba del otro lado de la línea no le decía nada ese nombre.

—Dígale que le traigo noticias de su hermana Cecilia.

El guarda la miró con cierta desconfianza, pero repitió lo que ella había dicho. Cuando cortó, le pidió que abriera el baúl para revisarlo. Tuvo que mostrar también su pasaporte. El hombre le indicó cómo llegar. El camino era sencillo, no había cómo perderse.

Cecilia avanzó con el auto a diez kilómetros por hora con la ventanilla baja y observó ese paisaje bucólico, que de alguna

manera le recordaba al Hurlingham.

Llegó a la casa en la que predominaba el color celeste, al estilo californiano. Estacionó y caminó hacia la puerta. Daniel abrió antes de que ella llegara a la entrada.

—Hola, Daniel.

El cuerpo de su hermano quedó paralizado, la miraba sin poder entender.

—No puede ser, no podés ser vos —dijo con voz temblorosa.

—Sí, Daniel, soy yo: Cecilia.

Daniel movió la cabeza negativamente. Retrocedió unos pasos. Cecilia se acercó, quería darle un abrazo, pero él adelantó las manos rechazando el contacto.

—No deberías haber venido.

—Vine porque quería saber de vos.

—Vos estás muerta.

—Estuve muerta, para sobrevivir. Sé que Walter te mintió.

—Te equivocás. Walter no me mintió.

—Sí, te dijo que estaba muerta y en realidad quería sacarme del medio para quedarse con todo.

—No entendés. Walter no me mintió. Siempre supe que no habías muerto en Córdoba, que te escapaste como una rata a Europa. Que estabas con los terroristas. Traicionaste a papá, a Walter, a mí. Nos hubieras matado a todos nosotros con tus amigos subversivos. Lo único que le reprocho a Walter es que haya impedido que te mataran de verdad. Andate de acá y no vuelvas. No quiero saber nada de vos.

Daniel le cerró la puerta en la cara. Cecilia quedó boqueando como si hubiera corrido una maratón. Le faltaba el aire. Debía

moverse e irse, pero no podía. Atinó a llamarlo en voz alta, inútilmente. No iba a llorar, eso no. Ni le iba a rogar. Tampoco explicarle. ¿Explicarle qué? Y no iba a recriminarle que se hubiera convertido en un mal bicho. Debía irse de ahí. Hizo un esfuerzo supremo y se subió al auto. Arrancó y se fue mientras sentía que una catarata de mierda caía encima de ella.

VI

Hacía más de seis meses que Verónica y Federico no estaban en contacto, pero desde el encuentro para hablar sobre los vínculos de Aarón con los Morrison, se habían visto con cierta habitualidad. Por eso Verónica no se sorprendió cuando se lo volvió a cruzar en la sala de espera de la terapia intensiva. Ella lo vio antes y lo pudo observar unos segundos sin que él se diera cuenta. Le pareció que estaba triste. ¿Sería por el estado de salud de Aarón, por su vida matrimonial o lo que fuera su vínculo con Ángeles? Federico nunca le había dicho qué pensaba sobre ser padre. Seguramente había reflexionado mucho sobre el tema. Más allá del enojo, del dolor y de sus miedos, a Verónica le interesaba conocer cómo se sentía. Por más que esa cuestión pudiera despertarle a ella un sufrimiento que no estaba dispuesta a mesurar en ese momento. Si tenía que ser duro, que lo fuera. Si no era capaz de soportar la felicidad de Federico por la paternidad, entonces no estaba preparada para seguir adelante. Pero ya fuera por su padre, o por la vida matrimonial, en ese momento Federico era un hombre que cargaba con una tristeza que le encorvaba la espalda.

—Qué madrugador —le dijo tontamente Verónica, porque eran las diez de la mañana y él se despertaba siempre mucho más temprano. En todo caso, la que había madrugado era ella. Federico no se lo hizo notar.

—¿Estás saliendo con el médico? —dijo sin mediar nada más.

—Algo así.

—Me pareció.

—Pero vos pensabas que era gay.

—Hasta que vi cómo te miraba.

—¿Y cómo me miraba?

—Como te miro yo. Quiero decir, como lo hace un varón cuando desea a alguien.

Punto para Federico. Había roto varios temas tabúes sobre los que no conversaban y había mostrado una sutil capacidad de observación sobre los propios hombres, algo que a Verónica le sorprendió. Al fin y al cabo, Federico era un abogado, no reflexionaba sobre el deseo. Le debía estar haciendo bien la terapia.

—¿Sabés qué pienso? Cuando entremos a ver a mi papá deberíamos decirle que vamos a recuperar el mapa.

—¿Y si no lo conseguimos? ¿Si no podemos llegar o si no está? Hay más posibilidades de fracasar que de tener éxito. Porque no depende solo de que podamos entrar a ese búnker exótico sino de que ahí esté el mapa. Se pudo haber arruinado, o tal vez lo destruyeron.

—No importa. Hay que decírselo. Porque si no lo conseguimos al menos es una buena oportunidad para que mi padre sepa que conocemos toda su historia y que no hay reproches.

¿No había reproches? A pesar de lo que acababa de afirmar, Verónica no estaba tan segura. Si esa historia hubiera saltado años atrás, ella se lo habría recriminado. ¿Cómo había sido capaz de arriesgar su vida y su futuro profesional por alguien que no era su esposa? Pero ahora las circunstancias eran otras y ella no debía molestarse, al menos visiblemente.

Ni Daniela, ni Leticia, ni Manuel aparecieron esa mañana. Sus hermanas irían al turno tarde de visitas. Estaban ellos dos solos, como habrían hecho de seguir siendo pareja. Apareció la enfermera y habilitó la entrada de los familiares. Su padre estaba despierto, como resignado a tener que soportar la presencia de sus hijas. Verónica no necesitaba que él lo expresara para saber que no quería que lo vieran en esa situación. No solo estaba mal físicamente, sino que su cabeza funcionaba de manera confusa. Creyó notar que su padre pensaba que ellos dos eran pareja, que ella estaba embarazada. Tal vez lo había soñado. Verónica le habló del mapa, le dijo que lo irían a buscar y el padre asintió con tanta naturalidad, que ella sospechó que no estaba prestando atención ni comprendiendo. Qué difícil era reconocer a alguien en terapia intensiva como la persona a la que se ha visto vivir, trabajar o apasionarse. Nada vital quedaba en una camilla, en esos camisones horribles de los internados. Cuando terminó la visita, Verónica sintió alivio por alejarse de esa habitación. En el pasillo, el médico les explicó que Aarón estaba mejor, que los valores clínicos habían mejorado mucho más rápido de lo esperado. Ella, en cambio, tenía ganas de decirle que ese no era su padre, que le devolvieran al hombre que reinaba en su casa, en el estudio y en la vida de su

familia. Pero ese doctor no tenía pinta de entender qué es lo que se pierde cuando alguien debe entregarse a una internación.

VII

Una de las ventajas de ser médico es que no hay que respetar los horarios de visita, siempre y cuando, claro está, se cuente con el aval del responsable. El doctor Rinaldi le había permitido entrar a la sala de terapia intensiva cuando lo considerase necesario. Además, la fama de Manuel como eminencia que atendía en Nueva York y su simpatía con las y los enfermeros —de quienes aprendió sus nombres— le facilitaban moverse en el hospital como un médico más.

Manuel no abusaba de su prebenda, pero esa tarde fue a visitar a Aarón para anunciarle lo que le había informado Rinaldi: lo pasarían a una habitación común. Ya estaba recuperado de sus convulsiones y no tenía sentido mantenerlo en terapia intensiva. Cuando Manuel entró a la sala, Aarón tenía los ojos cerrados, pero debía estar despierto, porque los abrió apenas estuvo a su lado.

—Buenos días, Aarón.

—Difícil acá saber si es de día o de noche. Estas luces son horribles.

—Hay buenas noticias. Te van a pasar a una habitación y vas a poder ver el sol o las estrellas.

—No quiero. No quiero que me pasen a ningún lado.

—¿Piensas quedarte en la UCI?

—Quiero que me dejen ir a mi casa.

—Eso dentro de unos días, antes tiene que estar todo controlado en una habitación común.

—¿Qué control? Ya sabemos lo que tengo y qué me puede pasar.

—Te tienes que recuperar y llegar con más fuerza a tu casa.

—Ya está, Manuel.

—¿Ya está? ¿Estás seguro?

—Sí. No voy a vivir ninguna agonía. Ya lo hablamos.

—Todavía no la estás viviendo.

—Eso es relativo, pero no está en discusión. Te hice venir para que me acompañes en mi decisión y creo que llegó el momento.

—¿Crees?

—No, estoy seguro. Pero no es tan simple lo que quiero. Necesito una semana más.

—Pues, hombre, si quieres tienes mucho más de una semana.

—No, lo que necesito es una semana mejor de las últimas que he tenido. No quiero dolores, no quiero debilidades. Quiero tener energía, un cerebro que no se confunda. Quiero un milagro.

—Los milagros no existen.

—Pero los medicamentos sí.

—Por supuesto. Pero su efecto no se sostiene en el tiempo. Puedo hacer que corras una maratón mañana, pero al terminarla te morirías.

—No quiero correr una maratón. Quiero vivir a pleno una semana. Pensaba que me iría después de que mi cuerpo y mi mente comenzaran a debilitarse y ya no pudiera controlarlo.

—Eso era en lo que habíamos quedado.

—Me preocupa el tema de la incontinencia.

—Cuando te quiten la sonda no deberías volver a tener problemas, salvo que vuelvas a tener convulsiones, pero eso no debería volver a pasar en los próximos días.

—En una semana voy a estar muerto, pero quiero estar vivo mañana. Plenamente.

—No puede ser mañana porque todavía tienes que recuperar algunos niveles, pero podrías sentirte bien en dos o tres días y desde ahí tendrías la posibilidad de mostrarte entero y activo, pongamos, una semana. Porque lo que quieres es que te vean así. ¿O me equivoco?

—Que me vean bien. Que Cecilia no tenga el recuerdo de estar frente a un moribundo. No contaba con su presencia en estos días y eso me hizo cambiar levemente mi decisión. No esperar a que empiece a apagarme. Prender todas las luces aunque después llegue el apagón. ¿Me entendés?

—Perfectamente. Puedes contar conmigo. Pero acepta pasar un par de días en una cómoda habitación individual.

—Está bien. Con una condición: no quiero visitas, ni de mis hijas. Pueden estar sin mí dos días. No me gusta que hayan venido acá. No deberían dejar entrar a nadie. Que me vean llegar a mi casa caminando y dispuesto a vivir.

—No habrá visitas, aunque las Rosenthal se quejen.

Se quedaron unos minutos en silencio, con el ruido molesto de los instrumentales que controlaban cada cama, como asimilando lo que se habían dicho. Aarón trató de girar un poco el cuerpo, cansado de estar en la misma posición. Manuel lo ayudó.

—¿Vos qué harías en mi lugar?

—Lo mismo. Es lo que voy a hacer cuando me toque.

VIII

Verónica había averiguado que el concesionario gastronómico del Hurlingham estaba en el cargo desde hacía más de dos décadas. No era de la comunidad inglesa, ni parecía tener vínculos con el mundo militar. Le pareció que era la persona adecuada para intentar sacarle información. Ella iría tanteando por dónde ir. No sería la primera vez que convirtiera una entrevista en un interrogatorio. Casi que lo disfrutaba.

Le pareció reconocer la voz del hombre que las atendió cuando fueron a comer con Paula y Catalina y que les había facilitado los álbumes de fotos. La excusa utilizada para llamarlo había funcionado. El tipo estaba contento con que hicieran una nota sobre la gastronomía del club. De hecho, la invitó a almorzar y probar algunos de sus platos más característicos. La gula habitual de Verónica —que por algo era periodista— le pareció una buena forma de matar dos pájaros de un tiro.

Llegó al club en el auto de su padre y no pudo dejar de pensar que él y Cecilia se habían conocido ahí. Él también habría llegado al club un día, recién casado, tratando de hacer buena letra y así conseguir un cliente para su estudio. En aquel momento, su padre debía tener siete u ocho años menos que ella ahora. Más o menos la edad que Verónica tenía cuando conoció a Lucio y se enamoró perdidamente de ese hombre casado y acosado por sus fantasmas. A pesar del tiempo transcurrido, la imagen de Lucio aparecía siempre nítida. Todas las imágenes, las hermosas y la última.

Estacionó y caminó rumbo al restaurante, pero lo encontró cerrado. Se sorprendió. Preguntó a un empleado y le dijo que fuera

al “comedor chico”: otro salón más pequeño que se encontraba al lado. Pudo entrar, pero no había nadie. El empleado, que la había acompañado, se ofreció a anunciarla. El concesionario apareció unos minutos después. Era el tipo de la vez anterior. El hombre era robusto, despeinado, y llevaba una camisa a cuadros, que no se usaba desde hacía dos décadas. A Verónica le recordaba a un profesor de Geografía que había tenido en tercer año. El tipo sonreía amigablemente.

—Un gusto conocerte —le dijo.

—Nos conocimos cuando vine a almorzar con unas amigas hace unos días.

El hombre pareció recordar.

—Cierto, querían ver fotos viejas.

—¿Está cerrado el restaurante?

—Sí, los lunes es nuestro franco.

—Podría haber venido otro día —dijo Verónica acomodándose en la silla que le ofrecía.

—Yo prefería hacer la entrevista un día tranquilo —dijo el concesionario sentándose frente a ella; había algo irónico en la mirada que desconcertaba a Verónica—.Preparé un menú especial para que puedas degustar algunas especialidades de nuestra carta. De entrada, mayonesa de ave y también un gravlax de salmón, que no es muy británico, pero es nuestra última incorporación al menú y funciona muy bien. De principal, lomo a la Wellington, y quiero que pruebes unas verduras gratinadas que son una delicia.

—No voy a poder comer tanto.

—Son porciones pequeñas, para que pruebes. Si te gustan, podés volver cuando quieras y con quien quieras a comer una porción

completa.

—Tendré que regresar con mis amigas.

—Serán bienvenidas. Y de postre, nuestro apple pie. Pero no te podés ir sin probar nuestros scones. Por ser vos, los amasé yo mismo esta mañana.

—Ah, bueno. No esperaba un servicio así.

—Todo sea porque hagas una nota hablando bien de la comida del club.

En ese momento apareció una moza trayendo el servicio de mesa y agua.

—Decidí hace unos años que hay dos servicios que damos gratis: el agua y el café. Me parece un buen gesto hacia nuestros socios. Tenemos una buena carta de vinos. Puedo elegir uno, pero se me hace que vos conocés de vinos más que yo.

Verónica suspiró. Dudaba.

—Es una tentación, pero tengo que trabajar. Prefiero tomar agua.

—Yo pensaba que solo los policías no toman alcohol cuando trabajan. Y que los periodistas se emborrachan siempre que pueden.

—Es una imagen tendenciosa, que no puedo negar ni afirmar.

Llegaron las entradas, en porciones pequeñas. El concesionario tampoco tomó alcohol. Verónica se sentía un poco culpable con el despliegue de comida. Estaba obligada a sostener la farsa de la nota gastronómica al menos hasta que llegara el apple pie, que le despertaba cierta ilusión, no así los scones, que ya los había probado la vez anterior y le parecieron un poco secos. Debería retrasar las preguntas importantes hasta después del postre.

—¿Hace cuánto que estás a cargo del restaurante del club?

—En realidad, lo heredé.

—¿Cómo es eso?

—Mi padre fue concesionario desde 1974. Yo empecé a trabajar en 1975.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho.

—Eso es explotación infantil.

—Tal cual. Decidí ponerme a trabajar después de que un tipo le hiciera un chiste a mi madre. Le dijo que yo iba a comerme la fortuna de la familia. Me propuse demostrar lo contrario, así que empecé lavando la vajilla no engrasada —copas, vasos, tazas—, que se lavan aparte de los platos, fuentes y cubiertos. Como rompí un par de copas, sabiamente me pusieron de cadete. La concesión abarca los dos comedores y una serie de puestos que están distribuidos por el club, por lo que se necesita que alguien vaya de uno a otro llevando los elementos faltantes. Cualquier otro empleado hubiera hecho ese trabajo caminando, yo lo hacía corriendo. Se me iba la vida en llegar a tiempo con las pajitas o los sobrecitos de mayonesa. Creo que al año siguiente empecé a hacer las adiciones los días de semana, que venía muy poca gente.

—Así que pasaste por todos los cargos del universo gastronómico.

—Algo así. Cuando terminé la secundaria, tuve que decidir entre mi vocación y el éxito profesional. En realidad, las vocaciones hay que ponerlas a prueba, y yo no lo hice. Opté por quedarme, estudiar cocina, algo de administración de empresas, algo de contabilidad y un poco de enología. Digamos que hice mi propia carrera gastronómica.

La moza trajo el lomo a la Wellington.

—La receta es de mi padre, que no era cocinero, pero se las ingeniaba. Las verduras fueron preparadas como me enseñaron en la escuela de cocina.

En el tono confiado que usaba el tipo había algo que no terminaba de cerrarle a Verónica. Se suponía que ella manejaba el juego y tenía las mejores cartas, pero la charla no funcionaba como ella esperaba. La inquietaba sentirse tan cómoda. Podría pasarse toda la tarde probando platos, escuchando la vida aburrida de un hombre que administraba cocinas y bares.

—Leí que el club es proveedor de carne del palacio de Buckingham.

—Una exageración. Nos han pedido alguna vez que seleccionemos la carne, pero no somos exportadores. Solo aconsejamos cortes y posibles proveedores.

—Este es un club con muchos años, que ha vivido diversos hechos históricos.

—Así es, por acá han pasado artistas, deportistas de elite, políticos, empresarios, diplomáticos, gente de la realeza europea. No todos los días, pero cada tanto viene alguna visita extraordinaria.

—Tal vez recuerdes algunos socios de otras épocas.

El concesionario la miró con una sonrisa desconfiada. Apoyó las manos en el borde de la mesa.

—Verónica Rosenthal, te conozco.

Ahora le tocó a Verónica, como si fuera un espejo, mirar con desconfianza al tipo. ¿Qué le quería decir? Iba a contestarle cuando él se le adelantó.

—Acá en frente, en la avenida Roca, hay un cafecito y un kiosco de revistas. En los setenta paraba un tipo muy simpático, al que le

decían Garrafa. No viene a cuento de nada esto, pero se me cruzó por la mente. Lo que sí viene a cuento es que ese kiosco me salvó la vida, es decir, me salvó de morirme de aburrimiento. Compraba historietas y, con el tiempo, otros tipos de revistas. Así durante años hasta ahora. ¿Y sabés qué revista leía todas las semanas desde que empezó a salir?

—No sé —dijo algo perpleja Verónica.

—Vamos, no me desilusiones. Te doy una posibilidad más.

Verónica comenzó a comprender.

—*Nuestro Tiempo*.

—He leído con mucho placer y bastante admiración tus trabajos. Te los podría citar casi todos, pero no quiero atemorizarte. Es más: dejé de comprar *Nuestro Tiempo* cuando vos y otros periodistas se fueron. Ya no es lo mismo. Y te leo en *Malas Noticias*. Así que hay dos opciones: o por alguna oscura razón te degradaron y te mandaron a hacer notas tontas sobre restaurantes o estás haciendo una investigación y pretendés que te dé alguna información.

No había espacio para mentir, o para inventar una excusa. En esos casos, lo mejor era buscar una derrota digna con la verdad.

—Estoy haciendo una investigación periodística y pensé que el concesionario del Hurlingham Club podía ser una buena fuente.

—¿Sobre qué?

—¿Hay muchos temas posibles? —intentó contraatacar Verónica.

—En una época tuvimos un ingeniero pedófilo, unos hermanos gemelos que lavaban dinero; un sindicalista quiso hacerse socio, a él le pusieron bolilla negra, pero al poco tiempo se asoció a la esposa maestra jardinera, dueña de medio country en Canning. Tenemos de socios a empresarios y jueces que arreglan sus demandas en el Bar

Americano. Y si nos metemos con los polistas, hay temas de todo tipo: abusos, delitos económicos, escándalos románticos. ¿Cuál es tu tema?

—Los túneles del club.

El concesionario lanzó una carcajada.

—¿Los túneles? ¿Qué pueden tener de interesante?

—Pueden llevarte a un lugar donde un militar escondió sus recuerdos de la represión durante la dictadura.

Ahora se puso serio y se quedó pensando.

—¿Vos estás hablando del anexo de Jorge Newbery?

—¿Qué es el anexo de Jorge Newbery?

—Es un sótano que está en la otra punta del club, casi llegando a la siguiente estación de trenes, Jorge Newbery.

—Creo que estamos hablando de lo mismo. ¿Qué sabés de ese lugar?

—Nadie le prestó nunca mucha atención a esa parte del club. Aunque cuando yo era chico me gustaba ir hasta ahí. Los lunes un cuidador de caballos me llevaba a dar vueltas en un petiso de polo a cambio de un paquete de cigarrillos. Los lunes, como habrás visto, no hay socios dando vueltas. Yo podía usar las instalaciones como si fuera socio, algo a lo que jamás me hubiera animado los demás días. Siempre pensé que se notaba que no pertenecía al club porque no era rubio. Ahora pienso que no era solo el color de pelo lo que marcaba la diferencia. Bueno, mantuve la costumbre de cabalgar hasta bien entrada la adolescencia, porque aprendí a andar solo y me gustaba. Seguí llevándole cigarrillos al cuidador, pero ya no me tenía que acompañar. Recorría los lugares más alejados e inhóspitos para que no notaran las huellas de caballo.

”En mis recorridos por el club yo había descubierto varias escaleras subterráneas. Una en el salón de al lado, otra en un antiguo chalet que está pasando el estacionamiento, otra cerca de las caballerizas, y algunas otras más lejos todavía. Me parecía que formaban parte de la locura de la comunidad inglesa, que tenía preparados unos refugios antibombas, o algo así.

”La del chalet la conocía bien. Daba a un sótano. Cuando tenía unos diez años entramos con mi primo y con el novio de una de mis hermanas. Iluminamos con una linterna y lo único que encontramos fueron unas ratas enormes, como las que se ven al costado de la vía, acá afuera. Y telas de arañas, por todos lados, como en una película de terror. El sótano terminaba en un pasadizo que, me imagino, comunicaba con los otros sótanos, pero quién iba a tener ganas de meterse con esas ratas de por medio.

”En una oportunidad noté movimientos raros en la escalera que estaba en la zona de las caballerizas. Fue a fines de 1983; no era verano todavía, pero faltaba poco porque recuerdo el calor de ese día. Yo volvía de mi paseo a caballo muy tranquilo, cuando vi pasar una camioneta por la ruta que está al otro lado. Al principio no le di importancia. Sin embargo, me llamó la atención cuando la vi detenida más adelante, frente a un acceso del club que nadie usaba. Era una época en la que la curiosidad era el principal motor de mis actos. En vez de seguir derecho, me desvié y fui hacia unos árboles donde até el caballo y me acerqué un poco sin ser visto. Había unos pibes que tenían pinta de colimbas, con ropa de fajina, que bajaban cosas de la camioneta y las llevaban hasta la entrada del sótano. Abrieron la puerta del piso y empezaron a meter las cajas que traían. Había un par de televisores. ¿Se pensaban mudar?, me preguntaba.

Lo loco es que estos pibes eran guiados por un militar al que yo conocía. Se llamaba Morrison de apellido. No recuerdo el nombre. Ah, sí, Walter, el hijo del viejo Guillermo y hermano de uno que se llama Daniel. Me acuerdo de Walter porque me trataba para el culo. De hecho, no me quise quedar más tiempo ahí por temor a que me descubriera y Morrison armara un escándalo, sobre todo porque yo usaba los caballos de los socios. Pero regresé unos días más tarde y descubrí que habían tapiado todo. Era imposible entrar por ahí sin romper el piso de cemento que habían construido, parecía la base para un monumento. Eso fue lo que pensé ese día: van a poner un monumento encima, pero no ocurrió.

”Al poco tiempo olvidé ese episodio y no volví más a ese rincón”.

—Por casualidad, ¿viste que descargaran un cuadro?

—No lo recuerdo. Había cajas, tal vez cuadros, pero no sé.

—Eso es lo que busco: un mapa enmarcado que guardó Walter Morrison.

—Casualmente, Daniel Morrison anduvo por acá en estos días.

—¿Cuándo?

—Creo que el sábado. Ya no es socio, pero sigue vinculado a otros y seguramente lo invitaron. Almorzó en el comedor grande. Lo vi, pero no me acerqué a saludarlo.

—Tengo una mala sensación.

—Vos querés meterte en ese sótano, ¿no?

—Sí.

Mientras la dejaba sola comiendo la porción de apple pie, el concesionario se fue a buscar algo. Reapareció un momento después con una mochila. Le mostró lo que había adentro: un destornillador,

una pequeña hacha, un cuchillo grande, dos linternas, unas botellas de agua.

—El destornillador lo voy a necesitar para abrir la compuerta, el cuchillo por si hay que luchar con ratas, el hacha por si hay que tirar una puerta abajo. Las linternas son obvias y el agua por si nos quedamos encerrados. Llevamos también los celulares, pero no sé si hay señal allá abajo. Y me tomé la libertad de avisarle a mi secretaria que si no aparezco en una hora llame a la gente de seguridad del club y a un comisario de la zona con el que nos llevamos bien. Las precauciones están tomadas. Vamos.

—¿Puedo dejarle una propina a la moza?

—Me parece correcto.

Fueron hacia el comedor grande, que estaba vacío y tenía un aspecto fantasmal. El concesionario movió una mesa: abajo había una compuerta hecha con la misma madera que el piso. Casi no se la distinguía. Se agachó y se puso a trabajar con el destornillador.

—Creo que yendo desde acá, el camino hasta el otro sótano es el más corto. Me imagino que abajo voy a poder ubicarme, pero también puede ser que nos perdamos.

—Necesitaríamos una brújula.

—Tengo una en el celular, pero no sé usarla. Confiemos en el natural sentido de la orientación que poseemos los varones.

A Verónica le pareció un comentario machista, pero prefirió no dar esa batalla. El concesionario abrió la compuerta y apuntó con la linterna el interior. No se veía mucho: una escalera llena de polvo y telarañas.

—Lo bueno es que no se ven ratas. Bajemos. Yo primero, vos seguime.

Era una habitación subterránea vacía. El olor a humedad era menos desagradable de lo que Verónica había sospechado, pero resultaba incómodo el piso levemente arenoso, que daba la sensación de estar llenándose de tierra. Cada uno con su linterna avanzaron hacia una arcada. Atrás había otra, pero esa los alejaría. Al menos el sentido de la orientación en un primer momento no estaba fallando.

El concesionario se puso delante y avanzaron. No se veían ratas y las telarañas no eran tan intimidatorias como había dicho. Sin embargo, el pasillo resultaba mucho más amenazador. Debía tener un poco menos de dos metros de altura y no era muy ancho. En todos caso, no tan ancho como para impedir que una araña les tocara el hombro si estiraba una de sus seis patas. El aire también parecía más cargado de polvo y el hombre tosió.

—Alergia puta.

Avanzaban con cuidado, con la sensación de que en cualquier momento se iba a desprender el techo o, lo que era peor, aparecería un muerto vivo, o un muerto muerto.

—Ahora entiendo y respeto la gran decisión que tomé a los diez años de no meterme en estos pasadizos del orto.

—¿Por la alergia?

—Más bien por la cantidad de monstruos que pueden habitar este lugar. Todos los ingleses tienen escondidos un cadáver en su armario y me temo que los socios del club decidieron dejarlos en estos túneles.

El cine de terror hacía estragos en la cabeza de Verónica y por lo visto también en la del concesionario.

Después de recorrer unos treinta metros, desembocaron en un cuarto similar al anterior, solo que en este había unas maderas tiradas en el piso que parecían podridas. Se pegaron un buen susto cuando alumbraron una de las paredes y una colección infinita de cucarachas huyó hacia todos lados como si fueran un fuego artificial de *Los locos Addams*.

Se metieron en el pasillo siguiente y llegaron a otro cuarto, pero este tenía dos arcadas que se abrían hacia dos diagonales distintas.

—Si no me equivoco, deberíamos tomar el camino derecho.

Fueron por ese lado, ya más acostumbrados a la situación. El silencio que reinaba en todo el recorrido resultaba preocupante. ¿No había nadie arriba de ellos o estaban totalmente aislados? Como fuera, llegaron a una puerta de madera. La primera y única puerta cerrada que habían cruzado hasta ese momento. El concesionario la iluminó y la inspeccionó con detenimiento.

—Mirá cómo está la puerta: llena de polvo. Fijate el picaporte —se acercó para alumbrarlo mejor—: Limpio. Alguien pasó su mano por él hace no mucho.

—Daniel Morrison.

—O el fantasma de su padre. O el fantasma de la B. Todo es posible.

La puerta estaba cerrada con llave. El concesionario sacó el hacha y comenzó a romper alrededor de la cerradura. No era una puerta muy sólida, por lo que cedió después de unos cuantos hachazos.

Ante ellos se abrió la cueva de los cuarenta ladrones que encontró Alí Babá. Era un espacio de unos treinta metros cuadrados repleto de cosas. Las paredes y el piso estaban cubiertos de cajas apiladas, televisores antiguos y objetos sueltos. En un rincón había un tapado

de piel arruinado que parecía un animal prehistórico. Empezaron a revisar todo: había teteras de porcelana, cubiertos de plata, encendedores Zippo, relojes Rolex, bolígrafos Montblanc. También había cuadros, que examinaron uno por uno con detenimiento, pero ninguno era el mapa que estaban buscando. Y aunque siguieron revolviendo el lugar un buen rato, no lo encontraron.

Verónica se sentó sobre uno de los televisores. Tenía la cara y las manos sucias, el pelo y la ropa llenos de tierra. Se sentía agotada y también pesada por todo lo que había comido. Una sensación de frustración le cubrió todo el cuerpo.

—No puedo creer que estemos acá y el mapa ya no esté.

—Todo parece indicar que se lo llevó Morrison.

—Hace más de treinta años que estaba acá. ¿Por qué ahora? ¿Quién le avisó que lo estábamos buscando?

—No me gusta opinar sin saber, pero si hay militares de por medio, podrían ser los servicios de inteligencia. Especialmente, si vos o alguien de tu entorno estuvo preguntando por el mapa.

El concesionario le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

Desanduvieron el camino de pasajes subterráneos sin la emoción que los había impulsado en el camino de ida. Subieron callados. El concesionario la hizo esperar un minuto y reapareció con un paquete de scones.

—Llevátelos. Los hice para vos. Es también una receta paterna.

—La nota gastronómica era una excusa, pero ahora siento que la tengo que escribir para hablar muy bien de tu cocina y tu atención.

—Es mi oficio. Como el tuyo escribir.

—¿Te molestaría que un colega periodista vuelva a revisar lo que encontramos y escriba una nota sobre los robos de un militar de la

dictadura?

—Casi que te lo estaba por pedir. Seguramente esto me va a complicar, pero hace rato que estoy pensando en dejar el club. Decile que me llame.

Verónica se fue pensando que Rodolfo Corso podía escribir un excelente artículo sobre ese tema. Mientras tanto su cabeza había entrado en un loop de preguntas: ¿Cómo era que Daniel Morrison se les había adelantado? ¿Lo había escondido en otra parte, lo había destruido? Verónica iba a tener que enfrentarse a ese tipo.

11. La vida que decido

I

Andrea tenía claro que ya no le interesaba seguir con Daniel. No había sido una decisión apresurada, ni fruto de un enojo. Durante años había ido calando en su cuerpo la necesidad de tener una vida por fuera del matrimonio. No deseaba una sucesión de aventuras ni de emociones fuertes, más bien una vida propia en la que pudiera elegir, decidir y encaminar el rumbo de sus acciones sin dar cuentas a nadie.

Seguramente, muchas separaciones y posteriores divorcios se producían porque los integrantes de una pareja se detestaban. No era el caso. Ella no tenía nada en contra de Daniel. No había sido un mal marido: era atento, dispuesto a darle los gustos cuando ella los manifestaba. Tenía comportamientos autoritarios, que se debían más que nada a su formación profesional y al hecho de venir de una familia cuyos vínculos se basaban en el orden y el sometimiento. Pero no tenía duda de que Daniel era mejor persona que su hermano y su padre.

El destino de su exmarido no le resultaba indiferente. Si bien ella priorizaba su propio bienestar, no quería que él sufriera. Lo ideal era

que se separaran y Daniel pudiera rearmar su vida. Seguramente había solteras, separadas o viudas a las que les encantaría estar con alguien como él, un hombre que seguía siendo apuesto y casi no había ganado peso desde que dejara la vida de militar activo.

Sin embargo, cuando se encontraron en el bar lo vio mal vestido, justamente él, que siempre se ocupaba con especial cuidado de la ropa que se ponía. Tenía ojeras de no dormir, el color de la piel parecía más pálido. Le dio tanta lástima que le tomó la mano sobre la mesa.

Pero bastó que se pusiera a hablar para que Daniel sacara de adentro ese odio que la asustaba. Lo extraño era que el odio no se dirigía a ella sino a Verónica Rosenthal, autora del artículo que lo exponía como un hombre violento y acosador. Le recriminó que hablara con la periodista, pero era un reproche más de fastidio que de enojo, como cuando ella compraba en un comercio que él consideraba inapropiado. Para colmo, Verónica era hija de un abogado que los Morrison detestaban.

Daniel le contó que lo había llamado mucha gente que no entendía lo que estaba pasando entre ellos. Conocidos y amigos lo interrogaban como si lo que planteaba el artículo fuera verdad. Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas, le dijo que no podía seguir así. Lo estaban persiguiendo como habían perseguido siempre a su familia.

Daniel lloraba y a Andrea se le estrujaba el corazón. Pensaba que tal vez no había sido lo más acertado dar esa entrevista. No porque Verónica la hubiera manipulado o algo así. Ella había contado su calvario, el comportamiento de Daniel, la inoperancia policial y el lavado de manos de la Justicia, que no la protegía. Todo eso era

verdad, pero la nota obviamente no podía dar cuenta de los sentimientos encontrados de Andrea ante Daniel. No quería hundirlo, solo mantenerlo alejado. Y, paradójicamente, ese artículo ahora lo hacía ver más humano y más sufriente. Lo quería lejos, pero no lo quería preso, ni hostigado, ni mancillado.

Para colmo, Daniel confesó algo que nunca había dicho: que se equivocó, que no debió reaccionar mal, que no lo volvería a hacer. A Andrea le alcanzaba que él hiciera esa declaración ante la justicia para dar por terminado el conflicto. Daniel le reconocía el derecho a separarse y a comenzar una vida nueva. Eso era, justamente, lo que ella quería. A su vez, Andrea le enumeró todo lo que había sufrido con sus actitudes, le dijo que se había sentido desprotegida ante su violencia. En ese punto, Daniel la interrumpió: jamás le hubiera hecho nada. Le preguntó si ella no se daba cuenta de que esa violencia le hacía más daño a él que a nadie. Antes aparecería él muerto que ella con el menor rasguño.

Andrea no quiso profundizar en los golpes que había recibido. Él parecía entender por dónde iba lo que ella planteaba. Daniel quería demostrarle su buena voluntad. No soportaba que se hubiera mudado al departamento de Paraguay. No por el hecho de haberse ido a vivir sola, sino porque ese lugar era impropio para ella. Un dos ambientes pequeño, oscuro, gris, cuando ella tenía una casa enorme, rodeada de espacios verdes, donde podía hacer todo lo que le gustaba, pasear, reunirse con sus vecinas amigas. Andrea le aclaró que no iba a volver con él. Daniel se apresuró a decirle que ya lo sabía. Su propuesta era que ella regresara a la casa de Pilar. Él se mudaría en un tiempo. Primero tenía que viajar a Tucumán por cuestiones profesionales durante varios días, tal vez semanas. Luego

regresaría y se llevaría sus cosas a otra parte. Tal vez se mudara al casco de estancia que les quedaba en el sur de Córdoba.

Andrea no estaba segura. Él le pidió que no tomara una decisión apresurada, que lo pensara bien. Que en tres días él estaría de viaje y ella podía quedarse en la casa. Es más: podía decirle a la prima que se mudara con ella, o a su sobrina. Que hiciera con la casa lo que quisiera. Al fin y al cabo, ellos se habían mudado allí por su iniciativa.

Eso era cierto. Habían comprado el terreno del country como inversión, pero cuando los negocios de los hermanos Morrison comenzaron a naufragar, Andrea le propuso construir una linda propiedad en el terreno y vender la mansión de Villa Urquiza. Con la diferencia podrían vivir muy cómodos. Ella se encargó de tomar las decisiones sobre la casa: las dos plantas, los ambientes, el diseño, la fachada. Fue ella la que quiso la pileta, porque a Daniel no le interesaba. Había elegido la decoración, los materiales, los colores, las flores del jardín. Esa casa era la prolongación de su propia personalidad. Daniel tenía razón acerca de que ella se merecía ese lugar y no el triste departamento de Barrio Norte.

Sin embargo, tenía sus dudas. ¿No la ataba demasiado a Daniel? ¿Sería capaz él de respetar su privacidad? Había solo una manera de saberlo: regresando a la casa y poniéndolo a prueba. Si todo iba bien, se quedaría. Si él se mostraba como un energúmeno, ella no dudaría en armar de nuevo su valija e irse lejos. Podía manejar la situación.

II

Una vez que se pusieron de acuerdo con que no había nota alrededor de Cecilia Morrison, Rodolfo Corso siguió trabajando el tema, no porque quisiera retomar el conflicto de Cecilia en primera persona sino porque le interesaba saber cómo un militar podía manipular la vida y la muerte de las personas, incluso antes de que empezara la dictadura. No tenía muy claro por dónde avanzar, ni siquiera estaba seguro de encontrar material suficiente para un artículo, quizás debía buscar otro enfoque. En todo caso, investigar un poco no le vendría mal.

Su amigo Carlos Salaberry le consiguió el contacto de Carlos Nicolau, el profesor de filosofía con quien Cecilia Morrison había compartido militancia. El exmontonero se había alejado de la agrupación guerrillera y se había ido al exilio unos meses antes de que comenzara el gobierno militar, un recorrido bastante parecido al de Cecilia Morrison. Desde su regreso al país a mediados de los años ochenta, Carlos no volvió a participar en política. No era un hombre que diera entrevistas, pero conocía a Salaberry de sus tiempos de estudiantes y confiaba en su discreción. Corso había prometido no nombrarlo en la nota, si es que llegaba a escribir algo, pero le interesaba hablar con él.

Carlos daba clases en un secundario de Almagro, así que quedaron en encontrarse en La Orquídea de Corrientes. Corso se pidió una cerveza, que tomó antes de que llegara Carlos. El exguerrillero era un poco impuntual. Cuando finalmente apareció, Corso pasó al café, al igual que su entrevistado.

—¿Viste la serie del profesor de filosofía? La serie española —preguntó Rodolfo.

—Ah, no la vi. Me hablaron mucho, sobre todo mis alumnos. Debe ser buena, pero mejor no la veo porque me voy a deprimir. Es difícil encontrar alumnos interesados en los presocráticos o en el imperativo categórico.

—Ya me parecía que la ficción mentía.

—Tal vez no miente. Siempre hay profesores que intentan relacionar la complejidad de la materia con lo cotidiano. La filosofía se presta para eso. Pero yo no soy muy optimista, no creo que los adolescentes se preocupen por estos temas.

—Vos das clases desde hace décadas, ¿no es agotador enseñar algo que no quieren aprender?

—Ya podría haberme jubilado. Es cierto. A ver, cómo te explico. Fijate en los defensores que van a buscar el gol al área rival en cada córner. ¿Cuántos goles hacen? Hay algunos que tienen muchos, otros unos pocos y hay quienes no hicieron ninguno. Sin embargo, van. ¿Sabés por qué?

—¿Porque los manda el técnico?

—No. O tal vez sí. Pero hay una razón más importante: van porque la ilusión de la proximidad del éxito es más fuerte que la acumulación de fracasos en el pasado. El mejor defensor debe tener un gol cada cuarenta córners. Bueno, yo doy clases por la excepción, por el pibe o la piba que encuentra en la filosofía una herramienta para pensar, para vivir o para entretenerse. Lo malo es que ya no me están quedando piernas para ir a buscar más cabezazos al área contraria.

Rodolfo Corso notó que Carlos formaba parte de esos hombres con los que él se podía entender: los que escondían detrás de un profundo fracaso, una vida satisfactoria, tranquila, previsible. Había

intentado hacer la revolución y ahora se conformaba con encontrar al estudiante inquieto.

—El mundo es de los aguafiestas, de los que gritan que el rey está vestido, pero los demás están desnudos —agregó Carlos, con cierta amargura impostada.

—¿Tomás ginebra?

Rodolfo llamó al mozo y pidió dos Bols. Le preguntó si él había descubierto las injusticias gracias a un profesor del secundario. Eso dio pie para entrar en el tema de la militancia. Carlos le contó sus orígenes, su adolescencia politizada, cómo se fue acercando a los grupos de izquierda y se decantó por el peronismo revolucionario.

—Igualmente, había una inquietud, la sensación de que algo no me cerraba.

—¿La violencia política?

—No, con eso no tenía mayor problema. Creía que la violencia era la respuesta a situaciones intrínsecamente cargadas de una violencia real o simbólica. No, lo que me hacía ruido era la obediencia. La entendía, pero me costaba aceptarla.

—Por eso terminás yéndote.

—En parte. Todo siempre es más complejo, pero a veces se expresa de manera simple. Podría decirte que tal o cual hecho puntual me hizo tomar la decisión de irme de Montoneros y del país, lo que sería injusto, porque se trata de procesos más complicados. Pero la tentación de decir "me fui porque no soportaba tal o cual cosa" siempre está presente.

—Vos eras cercano a Cecilia Morrison, ¿no?

—Sí, éramos amigos. ¿Estás al tanto de su historia?

—La conozco bastante bien.

—Bueno, yo podría decir que tomé la decisión de irme de Montoneros cuando sin consultar a nadie me puse en contacto con un abogado para que intentara salvarla. Pero no es así exactamente.

—Te pusiste en contacto con Aarón Rosenthal.

—Exacto. El socio de Mario Iñíguez, el abogado que consiguió que me sacaran cuando estuve detenido.

Rodolfo se quedó mirándolo sorprendido: ¿qué tenía que ver Mario Iñíguez en todo esto?

—¿Vos estabas preso e Iñíguez te defendió?

—Estaba detenido junto a otros compañeros e Iñíguez fue el abogado que nos representó.

—Me sorprendés. En realidad, vengo de sorpresa en sorpresa, porque nunca había imaginado que Rosenthal podía tener una amante guerrillera. Ahora me decís que Iñíguez también defendía militantes. Falta que descubra que estos dos leguleyos eran amigos del Che Guevara y la hacemos completa.

—No creo que lo fueran. Está claro que los dos estaban bajo el embrujo de Cecilia. No se hubieran comprometido si no fuera por ella.

—Bueno, por lo visto Cecilia tenía cierta capacidad especial para conseguir que los hombres hicieran cosas por ella. Y te incluyo en el listado.

Carlos sonrió, como si lo hubieran encontrado en falta.

—Todos estábamos un poco enamorados de Cecilia. Es verdad.

—Pero vos le dijiste a Salaberry que creías que a Cecilia la traicionó su amante. ¿Por qué Aarón haría eso y después se arriesgaría para sacarla del país?

—Yo no dije exactamente eso. Es cierto que desconfío de su amante, pero no de Rosenthal. Yo creo que el traidor fue Iñíguez.

—No entiendo.

—Cecilia era muy bocona en cuestiones sexuales, como éramos casi todos en esa época. Nos gustaba alardear de nuestras conquistas amorosas. Cecilia contaba sin ningún prurito con quién se acostaba. Si podía escandalizar, mejor. Y meterse con los abogados de su padre era casi una diversión para ella. Primero fue amante de Iñíguez, pero creo que no duraron mucho tiempo, porque ella estaba muy enganchada con Rosenthal.

—¿Y qué te llevó a desconfiar de Iñíguez?

—Los detenidos éramos tres. Dos que estábamos metidos hasta las manos y un tercero que era un perejil, no tenía nada que ver con nosotros. Bueno, el perejil quedó preso y a nosotros nos soltaron.

—Eso no prueba nada, salvo que el tercer detenido tenía muy mala suerte.

—No le interesó mucho liberarlo. Como si lo que quisiera fuera otra cosa.

—¿Qué podía querer?

—Ocuparse solo de los que estábamos dentro de la Orga. Iñíguez preguntaba mucho, se mostraba muy atento y se hacía el tonto, pero intentaba sacarnos datos duros, esos que después se comparten con los servicios.

—¿Vos decís que Iñíguez estaba en contacto con los servicios de inteligencia?

—Muy pocos de nuestra organización sabían que Cecilia era correo con la cúpula montonera que estaba en Córdoba. Viajamos dos: uno que llevaba los datos y otro que no. Los que la detuvieron sabían

que era ella la que tenía todo. Me consta que en esos días se veía poco con Rosenthal, pero había estado en contacto con Iñíguez. No me extrañaría que ella le contara lo que iba a hacer y adonde. Por eso recurrí a Rosenthal y no a Iñíguez cuando busqué a alguien que la fuera a sacar.

III

Cuando Verónica le preguntó a Manuel qué quería hacer, él le respondió:

—Caminar contigo.

Fue lo que hicieron. Lo pasó a buscar por el hotel y anduvieron primero por Recoleta, después tomaron Junín y bajaron hasta Corrientes. Verónica quería llevarlo a comer pizza a Güerrín o al Palacio de la Pizza, según donde los agarrara el hambre.

Manuel estaba fascinado con las librerías que vendían libros en oferta. Verónica prefería llevarlo a lugares con catálogos más actualizados, pero Manuel se aburría un poco viendo libros que le resultaba fácil encontrar en Madrid o Sevilla.

—Eso cuando viajo a mi antigua patria. Pero también compro mucho por internet.

Le gustaban las librerías que lo sorprendían con ediciones de los años ochenta: viejos best sellers venidos a menos que se ofrecían de a dos o de a tres. Se sentía tentado de comprar, pero lo inquietaba tener que viajar con tantos volúmenes.

—Dejámelos y te los llevo cuando vaya a Nueva York.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Cuándo te gustaría verme allá?

—Mañana mismo.

Verónica se rio. Obviamente que lo decía para mostrarse seductor o atento, pero no pudo evitar el placer de escuchar que le dijeran algo lindo. Los tipos demostrativos no abundaban.

Pasaron tanto tiempo viendo libros que al llegar a la altura de Güerrín tuvieron que detenerse a comer. Había algo de cola, pero Verónica, cual Virgilio de las pizzerías, lo condujo al salón del fondo, donde encontraron mesas disponibles.

—Estás a punto de comer una de las dos mejores pizzas del mundo.

—¿Y cuál es la otra?

—El Palacio de la Pizza, pero no creo que vayamos hoy. Después de un almuerzo, creo que nos merecemos una siesta en tu hotel. En mi departamento la cama no está hecha.

—Vale, pero no sé para qué querríamos la cama hecha. En cuanto a la otra pizzería, podemos venir mañana o pasado.

Verónica pidió una grande de muzzarella y tres cuartos de moscato. No le gustaban, por lo general, los vinos dulces, salvo el moscato con la pizza.

—Ostras, es más dulce que el vino de misa que mi madre le robaba al cura.

—Nunca voy a entender por qué dicen "ostras" y no "hostias".

—Porque somos respetuosos con Dios. Por eso exclamamos "jolines" y no el vulgar "joder".

—Cuando yo era chica, un amigo decía "me cache en die" y yo pensaba que hablaba en francés. Pero era para evitar decir "me cago en dios". Lo que no entiendo del pensamiento cristiano es por qué

tienen insultos religiosos deformados. Insulten a Dios, o sean respetuosos y métanse con la madre, la hermana o la mierda. Me parece escandaloso que piensen en Dios y decidan respetarlo después de haber imaginado el insulto, justo con Él, que todo lo oye.

—Te entiendo a pesar de tu farragosa explicación. ¿Eres atea?

—Obvio. ¿Vos creés en Dios?

—Soy andaluz y le rezo a la Virgen de la Macarena. El ateísmo es un invento de gente gris, sin imaginación.

—¿Querés que te recuerde los crímenes del cristianismo, las persecuciones a judíos, negros, indígenas y musulmanes?, ¿o sería ponerme muy altisonante?"

—¿Tú no eres judía y feminista?

—Digamos que sí a ambas, para no entrar en detalles.

—Bueno, entonces deberías entender mejor que nadie el cristianismo. Cada cuerpo es un templo sagrado. Nuestro cuerpo es una iglesia en la que conviven Dios, el devoto y el Espíritu Santo. Nadie tiene derecho a meterse en él para espiar lo que hablan Dios y su feligrés. Tú me hablas de política, de poder, de jerarquías eclesiásticas. Yo te hablo de lo sagrado.

—Dios no existe, Manuel, madurá.

—Dios existe en mi cuerpo, que es mi iglesia. Madura tú, triste atea amargada.

La pizza llegó a tiempo para que la discusión no escalase y comenzara una guerra de religión. Una más. Manuel estuvo de acuerdo con que era la pizza más rica del mundo, aunque quizás lo dijera para compensar sus desencuentros religiosos.

—Me ha caído muy bien Federico. Es un tío muy majo.

—Suele caer bien.

—Y ha sido muy provechoso veros juntos. Se nota que sois dos personas que se quieren.

—Sí, nos tenemos aprecio más allá de que cortamos.

Manuel terminó lo que quedaba del vino repartiéndolo entre los dos vasos.

—Vale, si tú lo dices.

No regresaron a pie, sino que tomaron un taxi. A Verónica le gustaba la sensación de estar de vacaciones cada vez que entraba a la habitación del hotel. Se desnudaron y cogieron. Después de acabar, Verónica deseaba seguir devorando todo lo que no podía tocar: el cerebro, los sentimientos, las ideas, los recuerdos, los planes de ese hombre, pero le resultaba más fácil con su cuerpo que con lo intangible. A pesar de que Manuel era un libro abierto en el que se podía leer su vida, a pesar de que ella no veía ni sospechaba zonas oscuras, había una opacidad que él alimentaba con sutileza. Si pudiera romperla, si pudiera comerse sus sueños como lo hacía con su boca o su verga, ella se arrojaría sin medir consecuencias. ¿Por qué mierda el amor no le entregaba esa última certeza?

Manuel se levantó de la cama y fue hacia el placard, desnudo. Verónica se quedó mirándole las piernas, el culo, la espalda, su belleza andaluza, su maldición gitana.

—Ayer entré a una librería de segunda mano y me encontré con un tesoro, que compré para regalarte. Cuídalo como si fuera mi corazón.

El título del libro era *Octubre Rojo en Asturias*, tenía un subtítulo entre paréntesis: "Historia de la revolución". Decía también "Por el minero José Canel, Adaptación de J. Díaz Fernández". Sobre un fondo beige muy claro, todos los elementos de la tapa estaban en

rojo: los títulos, la imagen de unos revolucionarios llevando un rifle y una bandera, y hasta el precio de sesenta centavos. Parecía una edición muy antigua.

—¿Has oído hablar de la revolución de Asturias de 1934?

—Lamentablemente, no.

—Fue una insurrección obrera, sobre todo de mineros, que lograron imponer por quince días un gobierno socialista en algunas poblaciones de Asturias. Esto fue antes de la Guerra Civil. Como todas las insurrecciones de izquierda, terminó rápidamente con una masacre en manos de las fuerzas militares. Este libro se escribió en el calor de la revolución, el auténtico autor es Díaz Fernández. Y mira este detalle: la revolución fue, como todas las que valen la pena, en octubre. El libro salió publicado en agosto del año siguiente en la Argentina, antes que en España. Y esta es una edición original.

Verónica buscó la editorial. Era el diario *Noticias Gráficas*.

—Qué hermoso regalo, Manuel. ¡Gracias!

—Una crónica revolucionaria para una periodista rebelde. Y después de leer este libro, tienes que seguir con la crónica que escribió en esos días sobre el mismo levantamiento Manuel Chaves Nogales; ¿has leído a Chaves Nogales?

—Me estás humillando. No, no lo leí. No sé quién es.

Manuel se tiró encima de ella y la abrazó con fuerza. Le tomó la cara y le volvió a preguntar.

—¿No has leído a Chaves Nogales y sigues viviendo? No se puede vivir sin leerlo.

Empezó a pellizcarla, a hacerle cosquillas, a besarla, mientras le seguía hablando:

—Es una de las mejores prosas en lengua española junto a Cervantes, Borges y algún otro que se me escapa. Pero él está ahí arriba. Vistámonos y vayamos a una librería a comprar todos los libros de Manuel Chaves Nogales.

Verónica reía tratando de defenderse de las cosquillas. No se vistieron, no salieron a comprar más libros. Si se podía tener un orgasmo mental, Verónica acababa de tener uno.

IV

Aarón tenía tres hijas y, sin embargo, Cecilia solo había tenido contacto con Verónica. Era cierto que la chica la había buscado con la excusa de hacerle una entrevista. Aarón mismo le había pedido que hablara con ella, no con las hermanas, cuya existencia no terminaba de corporizarse y se le confundían. No sabía cuál era la médica y cual la psicopedagoga. En cambio, tenía claro quién era Verónica: la que "se parece a vos", le había dicho Aarón. Pero después de conocerla descubrió que la hija menor de su antiguo amante se parecía más que nada a él.

Verónica la llamó para decirle que Aarón había tenido una descompensación y permanecía internado en el Hospital Alemán. Cecilia fue para allá con la inquietud de cruzarse a las tres hermanas Rosenthal, o a los nietos de él y de Miriam, pero no había nadie. La visita vespertina en terapia intensiva comenzaba en dos horas y era muy limitada en horario, cantidad y calidad de visitantes. Llamó a Verónica y quedaron en encontrarse en El Olmo una hora más tarde.

Aprovechó el tiempo para ir a comprar un ejemplar de *Biografía del patriarcado*, su último libro publicado en España, pero que se conseguía en alguna librería de Buenos Aires. Era una historia del patriarcado en Occidente contada como si fuera la vida de un varón. El final del libro era más ingenioso que real: un patriarcado con principio de Alzheimer, que comenzaba a olvidar su pasado. Así que se vio obligada, para ser honesta con ella misma, a agregar un epílogo planteando una tesis menos optimista y más polémica: el patriarcado no se olvida de nada, se adapta a los tiempos para no perder el poder y no duda en levantar banderas feministas si lo necesita para sostenerse.

Consiguió el libro, al doble de lo que valía en España, y se lo dedicó a Verónica. Una dedicatoria sencilla, sin sentimentalismos ni ninguna referencia a Aarón. Eso sí: firmó Cecilia. Sin apellido. Era la primera vez que escribía su nombre verdadero en cuarenta años.

Llegó antes que Verónica. Creía haber estado en ese bar alguna vez en los setenta, pero no lo reconocía, tampoco las avenidas Santa Fe y Pueyrredón, pero sí podía reconocer el andar de los porteños. Caminaban distinto a los catalanes o a los madrileños. No sabía explicarlo, pero lo notaba.

Verónica llegó, recibió el libro y le agradeció, pero estaba claro que se sentía inquieta. A pesar de la charla tan íntima que habían tenido la vez anterior, la hija de Aarón no terminaba de sentirse cómoda con ella. Se mantenía a la defensiva, como a punto de reprocharle algo. Sin embargo, la conversación tomó otro giro cuando Verónica le habló de la enfermedad de Aarón. Tenía un cáncer terminal. No dejaba de ser irónico que Aarón no hubiera

hablado directamente con ellas dos de temas conflictivos y tuvieran que hacerlo por él.

—No sabía siquiera que estaba vivo cuando llegué, ni pensaba averiguarlo. Vos conseguiste que volviera a pensar en tu padre, que me alegrara verlo. La felicidad que recuperé ahora se mezcla con el dolor, pero pienso en vos, en tus hermanas. Deben estar pasándola muy mal.

—Hasta hace unos meses mi viejo era inmortal. Que él se muriera era algo impensable. Mi mamá murió de manera sorpresiva, fueron pocos días de incertidumbre y un dolor como de un rayo fulminante. Ahora es como si estuviéramos quemándonos de a poco, todos los días duele. Hacés tu vida, te reís, la pasás bien, pero hay un nudo en el pecho que no se desarma con nada. A veces pienso que se va a desatar cuando se muera y no, no quiero que se desate, pero vivir así es, como mínimo, angustiante.

Cecilia tomó la mano de Verónica. Fueron unos segundos en los que sintió que habían desparecido los resquemores. Le hubiera gustado tener una hija así, parecida a Aarón. La chica buscó un pañuelo en la cartera, se quitó los anteojos y se sonó la nariz.

Verónica se lo sugirió y Cecilia estuvo de acuerdo: no iría a visitar a Aarón mientras estuviera internado en terapia intensiva; tampoco si lo pasaban a una habitación común. No tenía sentido que ella lo viera como una persona convaleciente, vestido con un camisolín absurdo, en posición horizontal, entre otros desquicios de la vida hospitalaria. Verónica la mantendría al tanto de las novedades y Cecilia esperaría a que le dieran el alta para volver a verlo.

Dos días después recibió un mensaje de Verónica diciendo que había salido de terapia intensiva, pero que seguiría internado un

tiempo corto. La siguiente comunicación telefónica no fue un mensaje de WhatsApp sino una llamada. El propio Aarón estaba del otro lado. Lucía jovial, despreocupado. Le preguntó si todavía estaba en Buenos Aires o si ya había partido. Quedaron en almorzar el viernes siguiente.

Fueron al Club Alemán, un restaurante que quedaba en el piso 21 de un edificio sobre avenida Corrientes. Tenía una buena vista de la ciudad, aunque Cecilia le reprochó la onda un poco pomposa del lugar.

—Si te gustan los bodegones, entonces tenés que salir con Verónica. Le encanta andar por lugares en los que todavía sirven soda de sifón.

—¿Y a vos no?

—Solo a los que no tomaron soda de sifón durante toda su infancia puede resultarle atractivo eso.

Retomaron algunos temas que habían dejado inconclusos la vez anterior. Cecilia le contó de manera más detallada su vida en España, sus parejas, la decisión de no ser madre.

—No fue una determinación muy consciente. Creo que nunca me sentí cómoda con alguien como para plantearle ser padres y tampoco deseaba serlo sola. Los años pasaron y un poco me arrepiento. No es algo grave, pero hoy me gustaría tener las preocupaciones de una madre.

Más adelante, como continuando su pensamiento sobre la maternidad, agregó:

—Los Morrison no tuvimos hijos. Mi padre siempre soñó con tener nietos. Su modelo de vida era el de su enemigo personal: el general Lanusse. Quería una familia numerosa para que las nuevas

generaciones se hicieran cargo de manejar sus negocios. Me alegra muchísimo que los Morrison no hayan dejado descendencia.

—¿Pensás reclamarle a tu hermano la parte que te corresponde?

—No. No vine a eso. Yo tengo mi sueldo de profesora, y también tengo lo que gano con las conferencias y los libros. Vivo bien, viajo, tengo para mis consumos culturales. No necesito nada más.

Aarón manejaba las preguntas, pero había algo que ella quería saber. Él no había hablado de su descompensación ni de su enfermedad y ella no quería hacerse la tonta con ese tema.

—¿Por qué no me contaste de tu cáncer?

—Bueno, lo tengo en el cuerpo, pero no me animaría a decir que es mío en términos de poseerlo, porque si fuera así lo dejaría tirado en un cesto de basura. No es "mi" cáncer, pero está acá, en mi cuerpo. Es verdad que no te dije nada. ¿Por qué arruinar el buen momento de volver a vernos con algo así?

—Yo te lo hubiera dicho.

—Reconocer la enfermedad es mostrarse débil, necesitado de cuidados o de conmiseración. Nada de eso quería que pasara entre nosotros.

—Y ahora que lo sé, ¿qué pensás?

—Por un lado, me tranquiliza, ocultártelo tenía algo de jugar sucio. Por otra parte, lamento mucho que nuestro reencuentro sea tan efímero. Es injusto no poder planificar vernos en Europa, tal vez recorrer caminos juntos.

—Esos caminos que no recorrimos cuando éramos jóvenes. ¿Pero por qué no podrías?

—No me queda mucho tiempo, Cecilia. Esa es la verdad.

—Se te ve muy bien.

—Pero ya se me vio mal, muy mal, y solo queda empeorar. Lo de hoy es la fuerza que vos me devolviste.

Después del café, decidieron caminar por Puerto Madero, el barrio que Cecilia no conocía. Se sorprendió con esa Buenos Aires que le resultaba ajena. Como si hablara de cosas sin importancia, Aarón le contó sus planes:

—Cuando estuve en Nueva York, conocí a un médico fantástico, no tanto porque me pueda curar (de hecho, solo confirmó lo que habían dicho los especialistas argentinos) sino porque transmitía una sabiduría que me daba tranquilidad ante la proximidad de la muerte. Le pedí que viniera a Buenos Aires a ayudarme a morir. No quiero ser una carga para los demás, ni sentir lástima por mí mismo. Él está a favor de la eutanasia y aunque es ilegal, no tiene problema en ponerla en práctica cuando el paciente se ve empujado hacia la muerte. Yo ya no puedo disimular más mi malestar, la sensación de que cada día estoy peor. Hablé con los médicos de acá y también estuvieron de acuerdo. Creo que se sintieron aliviados al no tener que hacerlo ellos.

—Si la eutanasia no es legal, como ocurre en la Argentina, entonces ese doctor va a cometer un delito.

—No te olvides de que soy abogado. Y lo legal me tiene sin cuidado. Hay formas de que yo pueda morir sin que el médico español sea acusado de nada. Pensaba hacerlo ya, porque no tiene sentido estirar todo esto. Bah, no tenía sentido. Con tu regreso recuperé las ganas de compartir el tiempo con vos, aunque fuera solo esto: verte, charlar un poco, llevarme de vos algo más que el recuerdo de 1975. Así que lo postergamos por unos días, pero es una decisión tomada.

—Me voy a quedar hasta el final, Aarón.

—No es necesario. Podemos despedirnos una tarde de estas, hasta te puedo acompañar a Ezeiza si te vas pronto.

—A ver si lo entendés. Nunca dejé de quererte, ni de desearte, ni de putearte porque decidiste seguir con tu vida de esposo burgués. Pero me resigné a no tenerte. Ahora apareció esto: vos aquí, un señor mayor muy bien puesto, que mantiene todo lo que amé intacto, alguien que está vivo, pero se va a morir muy pronto. Nos alejamos una vez en la vida. Te pido, te ruego, que me dejes estar con vos hasta que decidas ya no seguir más. No voy a proponerte que cambies tus planes por mí. Solo te pido que me dejes estar a tu lado lo que te queda de vida.

Aarón le pasó un brazo por encima de los hombros. Ella sintió ese brazo protector, que le transmitía seguridad en un mundo que se destruía a su alrededor. ¿Pero hay algún momento en el que el mundo no se esté destruyendo? Y como seguimos siendo lo que fuimos, Cecilia se frenó en seco, como hubiera hecho a los veintipico de años, se puso frente a él y le besó los labios.

V

Aarón había decidido hablar con Daniela. Sentía que su hija del medio era la que mejor podía entender lo que estaba ocurriendo. Más que un examen serio de las circunstancias, lo movía el instinto paterno. Como abogado, jamás se hubiera permitido hacer algo así: descartar el análisis para seguir a su corazón.

Se le cruzó la idea de pedirles perdón, dar explicaciones, pero no le parecía justo. ¿Por qué alguien debería pedirle perdón a una hija por seguir el camino de sus deseos? No lo haría: a futuro, si ellas llegaban a vivir una situación similar, la podrían sobrellevar mejor sin importar de qué lado de la infidelidad se encontraran.

Daniela llegó con knishes hechos por ella. Mientras almorzaban, como si estuvieran hablando de bueyes perdidos, Aarón le dijo:

—Seguramente Verónica les contó de Cecilia.

—Sí, pa. Nos contó.

El tono también decía "y no quiero saber nada más, ni se te ocurra hacerme confidencias". Así que Aarón decidió ir al hueso.

—Quería contarte, y contarles también a tus hermanas, que Cecilia se va a mudar acá mientras esté en Buenos Aires.

Daniela lo miró entrecerrando los ojos, típica mirada de sus hijas cuando algo no las convencía.

—¿Mudarse cómo?

—Mudarse. Va a venir a vivir a esta casa.

—¿Le vas a dar una habitación?

—Sí, claro. No la voy a hacer dormir en el living.

—O sea que va a dormir acá.

—Eso es lo que solemos llamar "mudarse".

—¿Todas las noches?

—Eso tendríamos que preguntárselo a ella, pero creo que sí. Tal vez se vaya algún día, como hace tu hermana.

—Pero Verónica es de la familia, desgraciadamente.

—No digas eso de tu hermana. Cecilia no es de la familia. Eso está claro para todas las partes implicadas…

—No hay partes implicadas, no es un juicio que lleva adelante el Estudio Rosenthal.

—Es mi forma de expresarme. Mis disculpas. Todos sabemos que Cecilia es parte de mi pasado. A los dos nos parece bien transitar este momento juntos, considerando las particularidades de, justamente, nuestra historia.

Daniela se comió un knishe, lo masticó como si el knishe fuera lo que le había dicho su padre y tuviera que saborear cada parte para saber si le gustaba o no, si lo aceptaba o no, si se ponía a gritar o no. Aarón la observaba como miran al jurado los participantes de un concurso de cocina.

—Si a vos te parece bien, a mí también —fue el veredicto.

Aarón le pidió que se quedara hasta más tarde, porque Cecilia vendría en un par de horas, pero Daniela adujo que tenía que atender a unos niños con problemas escolares.

A quien tuvo que darle una explicación un poco más detallada fue a Antonia. Si bien no puso ningún reparo, pareció estresarse cuando le pidió que le preparase un cuarto. Preguntó si tenía hábitos que ella debía conocer. Pregunta que le resultó rarísima a Aarón, por lo que le pidió que fuera más específica. Si la señora (así la llamó) desayunaba algo en particular, si había productos que no comía (por ejemplo, si era vegetariana), si sufría de alergias de algún tipo, si debía darle una copia de las llaves, en qué momento podía hacerle la habitación, si tenía problema de que lavara su ropa en el lavarropas o si había prendas que debía lavar a mano. Aarón se sintió superado por la cantidad de pensamientos que tenía Antonia sobre alguien, por lo que se limitó a responder:

—No creo que Cecilia (podés llamarla así) sea muy melindrosa con nada. Preguntale a ella ante cualquier duda. Y sí, dale una copia de las llaves.

Aarón estuvo las horas siguientes atento al timbre como nunca lo había estado en su vida. Cuando finalmente sonó, sintió la tentación de ir a abrir la puerta, algo que nunca hacía, por lo que se contuvo. Cecilia apareció con una valija grande, un carry-on y un bolso de mano, como cualquier pasajera de avión con equipaje abundante. En el camino desde la entrada a su escritorio, Antonia ya había aprovechado para plantearle algunas de sus dudas, pero supo retirarse cuando se encontraron con Aarón.

Cecilia se instaló en un cuarto que había usado Aarón durante los últimos días de enfermedad de Miriam, cuando ella le pidió dormir sola. Ahora era él quien se quedaría en la cama matrimonial. Si todo salía como esperaba, moriría en la misma cama que su esposa. Entre tanto, Cecilia estaría a unos pocos metros, quizás sufriendo igual que él había sufrido mientras Miriam agonizaba.

Tal como lo había supuesto, sus otras dos hijas se enteraron rápidamente de que Cecilia se mudaba a la casa. Leticia lo llamó por teléfono, le dijo que no le parecía correcto, que él necesitaba tranquilidad, que por más que hubiera tenido una historia con esa mujer, ella era una desconocida incluso para él y que, por lo tanto, no podía llevarla a vivir allí. Que una reacción como la suya podía ser consecuencia de la misma enfermedad, por lo que le pedía que revisara sus decisiones. Aarón terminó enojándose con su hija y cortaron ambos de mala manera.

Con Verónica resultó más fácil. Apareció a la tarde y dio todo por hecho, como si Cecilia ya estuviera en la casa desde antes. Tomaron

el té los tres juntos, pero apenas pudo se retiró a su cuarto y al rato se había vuelto a ir de la casa, algo que hacía habitualmente, pero Aarón no pudo dejar de pensar que quizás esa actitud era una reacción contra la presencia de Cecilia. Se dijo a sí mismo que debía ignorar cualquier indirecta proveniente de sus hijas. Y las directas también.

La casa entró en un ritmo que no tenía desde que las chicas eran solteras. La presencia de Cecilia resultó menos problemática de lo que pensaba, con algunos momentos muy memorables, como cuando Santino le preguntó delante de todos si ella era su abuela. Porque hubo una reunión de toda la familia Rosenthal con Cecilia. Fue idea de ella. Quiso agasajar a las hijas de Aarón preparándoles una paella como había aprendido a hacer en España. Le pidió consejo a Antonia sobre dónde comprar lo que necesitaba, buscó por todos lados hasta conseguir el arroz bomba y el azafrán que ella usaba. El domingo al mediodía se llenó de nietos, hijas, los dos yernos y Manuel. Aarón especuló con decirle también a Federico, pero le pareció que podía resultar incómodo para Verónica. Igualmente, organizaría un almuerzo con él y Cecilia. Al fin y al cabo, Federico era como un hijo.

El almuerzo fluyó con la calma que le imprimieron las chicas, ocupadas en contar anécdotas de sus hijos o recordar historias propias de infancia, que Cecilia escuchaba como una tía llegada de lejos. Ella mantenía un perfil bajo, hablaba poco, preguntaba mostrando interés en la vida cotidiana de las hermanas. Tal vez como gesto de buena voluntad, Verónica fue hasta su cuarto y les mostró a todos el libro de Cecilia y contó cómo lo había leído al comienzo de su carrera. Manuel era el más interesado en conocer las

teorías sociológicas feministas de Cecilia y era el que más preguntas le hacía. Leticia, en cambio, casi no habló.

Cuando se fueron todos —incluida Antonia, que también se había retirado—, Cecilia y Aarón sintieron el cansancio feliz de un matrimonio que acaba de disfrutar de una jornada en familia. Sin la presencia de Cecilia, Aarón no hubiera podido llevar adelante el papel de anfitrión como lo había hecho ese mediodía. Se sentía raro, como si su vida se hubiera reescrito en el último tramo para darle continuidad a un sentimiento nacido décadas atrás. Esa salida suya, torpe y apresurada, de un hotel de Avenida de Mayo, continuaba de pronto en su casa con la reaparición de Cecilia. El tiempo daba un salto, la vida que tuvo y la que pudo haber tenido convivían en un almuerzo dominical unos días antes de su muerte. Era un premio, una despedida, un sueño del que ya no despertaría.

Pasaron el resto de la tarde juntos, vieron una película. Aarón se sentía agotado, pero resistió hasta que cenaron una ensalada que preparó ella. Él se acostó y Cecilia, como hacía todas esas noches, se acostó a su lado y permaneció despierta hasta que él se quedó dormido. Entraba en el sueño con la placidez de la que había carecido desde que empezó a sospechar que tenía una enfermedad mortal.

Al día siguiente, Cecilia le dijo que lo invitaba a ir a un bar. Quería ir al Florida Garden.

—Te recuerdo que nuestra primera cita fue ahí, vos llegaste con un paraguas ridículo y nunca entramos.

No llovía como aquella vez, ni hacía frío, pero ellos, los de entonces, eran los mismos. En esta oportunidad entraron, tomaron un café y un cognac, Aarón salió un momento a fumar. Estaba

atardeciendo y los edificios de Buenos Aires se cargaban de una luz dorada única.

—Vamos, ya pagué.

Aarón se sorprendió. No sabía que ella estaba apurada por volver.

—Pensaba pedirme un segundo café.

—No hay tiempo que perder. ¿Sabías que el hotel alojamiento al que fuimos sigue existiendo? Pero ahora se llama albergue transitorio. Me gustaba más hotel que albergue.

Aarón no entendía.

—¿Volvemos a casa?

—No, corazón, vamos a ir al ahora llamado albergue transitorio de Tres Sargentos.

—Estás loca. No podemos ir. Estamos viejos.

—¿Viejos?

—Se van a burlar de nosotros.

—¿Quiénes? ¿El recepcionista? ¿Los transeúntes? ¿Las parejas que nos crucemos? Si alguno de los dos llegara al hotel de la mano de una persona cuarenta años menor a todos les parecería algo normal. ¿Por qué va a ser anormal entonces que lleguemos juntos?

Caminaron hacia el hotel, ella se había tomado del brazo de él, algo que no había hecho aquella noche de lluvia. Aarón pidió una habitación y el hombre de la ventanilla ni lo miró. Tal vez no era tan raro que la gente mayor fuera a un albergue transitorio.

En la habitación, Aarón se puso a reír, era una risa enorme, incontrolable y contagiosa. Cecilia intentaba calmarlo, pero ella también se reía. Todo era tan absurdo, tan imposiblemente absurdo. No debía estar ahí con la mujer que amó en su juventud. ¿La amó realmente? Eso ya no importaba. Había preguntas que estaban de

más, planteos que no debía hacerse. Tal vez estaba agonizando en una terapia intensiva y era todo un sueño. Intentó oír más allá de la habitación para ver si se escuchaba el ruido de los aparatos médicos, pero solo oyó gemidos de gente disfrutando del sexo. Gente que debía tener veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años menos que ellos. No debía ser un sueño de un hombre muriéndose en terapia intensiva, sino el final, real y palpable, de una vida, la suya. Adiós a ese cuerpo que ahora besaba y acariciaba otro cuerpo, adiós a los sentidos, a los recuerdos, a todo lo que hacía a eso que era su existencia. Dijo "Cecilia" en un murmullo, la nombró varias veces. Ahora que ya no reía, ahora que acariciaba y sentía las manos de ella sobre su cuerpo, ahora que recuperaba el sentido del deseo, de esa felicidad íntima de estar con alguien que se ama, Aarón tenía ganas de llorar. Por primera y única vez pensó: *no quiero morirme*. Como era un hombre práctico y realista, decidió no repetírselo más.

VI

El grupo de hermanas en WhatsApp tuvo una semana intensa. Cuando Daniela tiró la bomba de que Cecilia se iba a vivir con su padre, ninguna de las tres podía parar de escribir, superponiendo opiniones, quejas, argumentos y contraargumentos. Leticia estaba furiosa y tuvieron que contenerla para que no saliera hacia la casa paterna para echar a la intrusa. A Verónica también le resultaba extraño y molesto. Su padre nunca se había mostrado muy afectuoso con nadie, ni con Miriam, ni con sus hijas, y ahora se rebajaba a una historia cursi de amor. Daniela objetó la palabra

“cursi” y agregó que ninguna de ellas estaba capacitada para decir qué era y qué no era amor. Verónica continuó con su línea de pensamiento sin prestar mucha atención a la respuesta de Daniela y escribió que era incómodo convivir con una desconocida, que ella se había mudado para estar más tiempo con su padre y ahora sentía que le habían quitado ese lugar. Leticia estuvo de acuerdo.

Cuando la conversación bajó en intensidad, Daniela se animó a hacer algunos comentarios graciosos que no cayeron bien en Verónica y Leticia:

Si debían llamarla mamá.

Si “esos dos” cogerían.

Que Verónica no se preocupara si en medio de la noche oía gemir a la vieja.

Cuando Leticia y Verónica amenazaron con bajarse del grupo, Daniela cesó de hacer chistes y se llamó a silencio.

Al día siguiente, ya comentaban con cierta normalidad la presencia de Cecilia, y hubo algún regodeo cuando se la figuraron lidiando con los nietos que irían a instalarse durante el fin de semana. Hasta Leticia la empezó a llamar irónicamente “la abuela”. Cuando Aarón las invitó a almorzar el domingo con los chicos y los maridos, porque Cecilia quería cocinarles, Verónica puso “sin comentarios” y, extrañamente, las tres estuvieron de acuerdo.

No toda la actividad de Verónica en WhatsApp pasaba por el grupo de hermanas. De las cosas extrañas que le podían ocurrir, había una que no hubiera podido imaginar nunca: tomar el celular y encontrar que Rodolfo Corso había armado un grupo de WhatsApp y la había incorporado. Mucho más cuando el grupo, llamado

pomposamente “La justicia militar es sangrienta”, se componía de tres personas: ella, él y Federico.

Al rato de que se armara apareció un mensaje del administrador:

Rodolfo: “Muchaches, tengo novedades que creo son importantes sobre los Morrison, Aarón et al. Los espero en La Embajada del Café, Av. de Mayo al 600. Hoy 15hs? Pueden?”

A Verónica le molestó que le imitara la oración sin signo de pregunta de apertura, pero sobre todo la irritó que armara un grupo con Federico sin consultarla. Encima se quería hacer el deconstruido —algo que no era en absoluto— y usaba lenguaje inclusivo.

Verónica esperó a que respondiera Federico, que se limitó a poner un simple “ok”. Dejó pasar unos minutos más y puso: “Bueno. Que sea rápido. Día complicado”.

Cuando Federico y ella llegaron, Rodolfo Corso ya estaba ahí y devoraba un bife de cuadril con huevo y papas fritas. No había tenido tiempo de almorzar. Fede y ella se limitaron a pedir café, mientras Rodolfo se pedía otra gaseosa.

—Coca light. No zero, light.

El mozo lo miró con fastidio, pero no dijo nada.

—Este bar ya no es lo que era en los noventa —murmuró Corso, y después levantó la voz—: Antes que nada, les pido disculpas por haberlos hecho venir a esta parte de la ciudad por la que no suelen andar mucho, aunque siempre está bueno recordar que nuestra Plaza de Mayo tiene una belleza singular, que a veces olvidamos. Les recomiendo que, después del café, vayan a un banco de la plaza y observen las manzanas circundantes. Me lo agradecerán.

—Me adelanto para ganar tiempo y ya te doy las gracias. ¿Podrías decirnos sin muchas vueltas por qué nos reuniste?

Rodolfo no hizo demasiado caso al pedido de Verónica y les contó en detalle las razones de su encuentro con Carlos Nicolau y qué habían hablado. Finalmente, llegó al punto que le importaba: Cecilia e Iñíguez habían sido amantes. Era muy probable que en aquel entonces Cecilia le hubiera contado de su viaje a Córdoba y eso lo ponía a Iñíguez en un lugar destacado como posible informante de las fuerzas policíacas y militares.

—Los cité a los dos no solo porque están interesados en averiguar qué pasó en aquellos días de 1975, sino porque el implicado es ni más ni menos que el actual director del Estudio Rosenthal, además de amigo de toda la vida de Aarón y némesis de Federico.

—No es mi némesis —se defendió Federico—, ni siquiera nos llevamos mal.

—¿Vos me estás diciendo que mi viejo convivió durante cuarenta años con un tipo que lo traicionó y le hizo arriesgar su vida?

—Hay una posibilidad más que importante al respecto. Por eso deberíamos andar con cuidado hasta confirmar la información.

—Voy a hablar con Cecilia —se ofreció Verónica.

—Vas a tener que hablar de amantes, de traiciones, de socios del estudio. Hay muchas cuestiones afectivas para ustedes dos y por un momento me permito dudar de vuestra ecuanimidad para evaluar la información nueva. Déjenme a mí con esto y les comparto lo que averigüe.

—No, prefiero hablar yo. Justamente por todo lo que decís.

—Ahora que lo pienso —dijo Federico—, Iñíguez sabía que íbamos a ir al club a rescatar el mapa. Después Altieri apareció golpeado.

—Y Daniel Morrison retiró el mapa del refugio donde estuvo escondido cuarenta años —agregó Verónica.

—Por lo tanto, Iñíguez le informó a Morrison. ¿Pero cómo es que siguen en contacto? Hace mil años que la familia Morrison no tiene vínculos con el Estudio Rosenthal.

Sonó el celular. Era Catalina.

—Hola, Vero. Pasaron un montón de cosas estos días. Te las resumo. Andrea volvió a vivir a la casa del country del exmarido.

—¿Pero cómo volvió, está loca? La va a matar.

—Pará, él no está. Le dejó la casa. Yo me vine con ella para cuidarla.

—Tienen que irse de ahí.

—Él se mudó. Estamos solas en la casa. Y adiviná qué encontramos en un cuarto de trastos: un mapa antiguo que creo que es el de tu viejo. ¿Por qué no venís?

12. El pasado que vuelve

I

Cada día ser un hombre mejor. Esa había sido su consigna desde que llegó a la adultez. A lo largo de su vida, lo que cambió fue su concepto de excelencia. La idea de cómo ser mejor no era la misma a los veinte que a los cuarenta. Quizás a esa edad, a los cuarenta, había llegado a exigirse más. También fue la época de su última ilusión, cuando el nombre de Mario Iñíguez sonó para la Corte Suprema. No había constitucionalistas de su nivel en los tribunales, razón por la que muchos pensaron que podía ser el hombre indicado, pero al final todo quedó en un coqueteo con dirigentes radicales. Siempre había desconfiado de la política y ese episodio solo sirvió para confirmar sus peores apreciaciones sobre los partidos y sus dirigentes.

Ser un hombre mejor a los treinta era ser cada vez más poderoso. Él sabía que le faltaba iniciativa empresarial, que muchas veces un estudio de abogados no era más que una PyME a la que hay que hacer crecer con una estrategia de empresario, no de leguleyo. Por eso se había pegado a Aarón Rosenthal, que podía manejar el estudio como si fuera una fábrica de galletitas.

Iñíguez miró la hora: en cuarenta minutos debía estar en la casa de su hijo para llevar a su nieto menor a la clase de equitación. Se lo había prometido. En los últimos años, ser un hombre mejor era disfrutar de la familia: de sus hijos, que habían alcanzado también el éxito; de los nietos, a los que adoraba; y de su esposa, que lo acompañaba y le brindaba apoyo desde que se conocieron.

Aarón le había garantizado el camino al poder, al éxito económico, al prestigio profesional. De nada servía ser el mejor si no estaba en el ámbito correcto que lo exhibiera, lo pusiera en la vidriera más mirada y también la más temida. Eso era el Estudio Rosenthal.

Un hombre mejor: que cada cliente fuera también un punto de contacto para acumular poder. Su ojo avizor se dio cuenta muy rápido de que los Morrison eran la puerta de entrada al universo de las Fuerzas Armadas, que más temprano que tarde manejarían el país. Si él les era útil, ellos iban a saber recompensarlo. No con dinero —de eso se ocupaba Rosenthal—, sino con acceso a los sectores más poderosos.

Cecilia era una chica muy atractiva. Cualquier tipo se hubiera agarrado un metejón con la hija de Guillermo Morrison. Iñíguez jugó con la idea de seducirla y casarse con ella. Eso resolvería muchos problemas: una esposa bella y de alcurnia que lo haría formar parte de una familia de la elite militar. Después de una cena en el club Hurlingham, quedaron en verse. Un posible noviazgo se abría como posibilidad.

A pesar de que se acostaron mucho más rápido de lo que él hubiera pensado, Cecilia nunca quiso ser una novia tradicional. Parecía solo querer divertirse, disfrutar el momento. No buscaba un novio, mucho menos un esposo. Iñíguez mantuvo, sin embargo, la

ilusión de que en algún momento cambiaría de opinión y esas noches de sexo se convertirían en la pasión de dos novios. No fue así. Ella cortó con él de manera tan tranquila y cuidadosa que mantuvieron la amistad. No se iba a convertir en su esposa, pero podía ser la amiga que lo acercara más a su padre y su hermano.

Muy pronto descubrió que Cecilia era la amante de Rosenthal. El buen esposo andaba metido en problemas de polleras. Por primera y tal vez única vez se planteó mandar a cagar a Aarón y armar su propio estudio; pero el buen tino primó e hizo como si nada. Sin embargo, la semilla del odio se había instalado en él.

Cuando Cecilia reapareció y le pidió que defendiera a unos subversivos —algo que Aarón se había negado a hacer—, Iñíguez descubrió dos cosas: que Rosenthal era capaz de resguardar el bienestar del estudio, incluso si tenía que actuar contra su propio deseo, y que él podía aprovechar la situación. No, no quería volver con ella. Jamás le perdonaría que lo hubiera dejado. Si era una militante guerrillera, podría sonsacarle información, infiltrarse de manera imperceptible y pasar todo lo que supiera a integrantes de las Fuerzas Armadas. Ponerse del lado del futuro ganador.

Los Morrison siempre estuvieron al tanto de que él defendería a los tres acusados. Dos eran parte de la guerrilla y el tercero un pobre hombre que había caído por error. Walter Morrison le dijo que se concentrara en los dos subversivos y dejara caer al otro. Fue lo que hizo. Se ganó la confianza de sus representados. Solo tenía que esperar que le habilitaran la llegada a personajes más importante de Montoneros. Volvió a encontrase con Cecilia y se convirtió en su confidente: ella le contaba los problemas con Aarón, el "burgués casado".

Fue él mismo quien le pidió a Guillermo Morrison que representara una farsa y lo pusiera en evidencia ante Rosenthal. Eso volvería más creíble su accionar si la guerrilla lo estaba vigilando. No era fácil jugar a dos puntas, podía ligar un tiro en cualquier momento.

Iñíguez se veía a sí mismo como un gran estratega, alguien capaz de mover hilos en las sombras para su provecho. Con Cecilia sobreactuaba su compromiso, le ofrecía ayuda legal, pero también práctica: podía quedarse en su departamento el tiempo que quisiera. No se veían seguido porque ella no quería exponerse. En una reunión que hicieron en una plaza de la zona sur de la ciudad, Cecilia se mostró nerviosa. Iñíguez insistió en llevarla a su departamento. Ella no aceptó, pero le dio a entender que tenía que trasladar información de inteligencia importante para los cuadros superiores de Montoneros. Con la sutileza de la que Iñíguez era capaz consiguió que ella le contara que viajaría a Córdoba al día siguiente. Fue tan sencillo que por un momento se preguntó si Cecilia no le estaba tendiendo una trampa. Una prueba para que se expusiera. En ese caso, él no dudaba de que algún comando subversivo lo mataría. Después de estar horas analizando detenidamente lo que ella le había confesado, llegó a la conclusión de que le había dicho la verdad. ¿Avisarles al padre, al hermano? Corría el riesgo de que la rescataran, Cecilia se daría cuenta de que solo él podía haberle contado a los Morrison. Entonces debía recurrir a otros contactos. Se acordó de un viejo profesor del que se había hecho amigo durante sus años de estudiante, que había sido militante de un grupo de ultraderecha y había defendido a policías en juicios polémicos. Fue ese profesor el que lo contactó con Telleldín, el jefe de policía de Córdoba. Si los Morrison querían

rescatarla, él se ofrecería para hacerlo. Si la querían muerta, él no haría nada para que cambiaran de opinión.

No había considerado que Rosenthal se fuera a involucrar hasta el caracú para salvarla. Trastornó todo, presionó a Walter Morrison, le hizo un desplante al coronel, fue él mismo a Córdoba a meterse en la boca del lobo y volvió de allá como un príncipe de cuento infantil después de rescatar a la bella durmiente o algo así.

Cuando Elías, el padre de Miriam, llamó buscando a Aarón porque su mujer estaba internada, Iñíguez inventó una excusa convincente, tanto que Elías le dijo que no se preocupara, que Miriam ya estaba recuperada y podía esperar a que su marido regresara a Buenos Aires esa tarde.

No fue lo que Iñíguez le transmitió esa madrugada a Aarón. Fue así que Cecilia pidió que él la acompañara. No estaba en sus planes y, sin embargo, sintió una fuerte satisfacción al no permitirle a Aarón que se despidiera de su amante en el aeropuerto. Nunca más, ni Aarón ni él, sabrían de ella.

Se había equivocado. Primero, el periodista amigo de Federico Córdova. Después el propio Federico, que averiguó dónde escondían los Morrison sus tesoros de la represión. Tuvo que avisarle al inútil de Daniel Morrison para que tomara cartas en el asunto y no permitieran que Federico y los Rosenthal se salieran con la suya. Daniel lo llamó luego para decirle que todo estaba bajo control.

Sin embargo, una intranquilidad le recorría el cuerpo. Desde que se había enterado de que Cecilia Morrison estaba en Buenos Aires, no podía dormir en paz. El temor de que un día ella apareciera y le dijera:

—Sé la verdad, sé lo que hiciste en aquel diciembre de 1975.

II

Verónica llamó a la doctora Veglio para ponerse al tanto de lo que estaba ocurriendo con Andrea. El hecho de que la exmujer de Morrison hubiera decidido volver a la casa del country le parecía sumamente peligroso.

—Eso no es todo —le dijo Diana Veglio con tono de resignación—, Andrea pidió no ser querellante contra su exmarido. Quitó la denuncia.

—Pero ese tipo no puede quedar impune, además es un peligro.

—Claro. Igualmente la causa continúa, quiera o no quiera Andrea. Hablé con la fiscal y me dijo que no me preocupara, que ellos iban a seguir adelante con todo.

—Lo más preocupante es que vuelva con un tipo golpeador.

—Ella dice que volvió a la casa, pero no con él.

Cortó. Mientras hablaba con Veglio, Catalina le había mandado fotos del mapa de la familia Rosenthal.

Verónica no pudo contenerse. Fue a ver a su padre, que tomaba el té con Cecilia en el living, como dos viejos burgueses jubilados o dos niños jugando a las visitas.

—Tengo algo para mostrarte. Decime si es el tuyo.

Verónica le mostró el celular. El padre miró intrigado. Cuando se dio cuenta de qué era lo que estaba viendo se le llenaron los ojos de lágrimas. Verónica no esperaba una reacción tan fuerte y lo abrazó. Cecilia observaba todo sin entender. Aarón se secó los ojos e intentó recuperar su don de gentes. Le pasó el celular a Cecilia.

—¿Te acordás haberlo visto en mi despacho? —le preguntó—. Mi hija dice que lo va a traer de vuelta a casa.

—Todavía no lo conseguí —aclaró Verónica—, pero lo tengo ubicado. Está en la casa de Daniel Morrison.

—¿En lo de mi hermano?

—Sí, pero ya no vive él ahí, sino su exesposa.

Verónica le reenvío las imágenes a Federico diciéndole "ya casi lo tenemos".

Decidió ir al country. No le gustaba viajar hasta Pilar. Odiaba alejarse de la ciudad, como si siempre tuviera que estar a no más de quince minutos de una estación de subte. Odiaba la Panamericana con sus automovilistas torpes, con camioneros pasados de merca, con autos que corrían como si fueran Rayo McQueen. Sobre todo, odiaba los countries y esa falsa idea de vivir en contacto con la naturaleza, alejados de cualquier mal, violencia o injusticia. Y los tipos de seguridad que se creían los San Pedro de un cielo pequeñoburgués con club house. Puteaba contra todo y contra todos.

Se anunció en la entrada, llamaron a la casa, le revisaron el auto y la dejaron entrar. Siguió las indicaciones y llegó hasta la propiedad de dos plantas rodeada por unos árboles que todavía eran retoños. Cata salió a recibirla.

En el living estaba Andrea. Lo primero que Verónica le dijo fue:

—Andrea, ¿qué hiciste? No tenías que mudarte acá.

—Tranquila, está todo bien. Mi exmarido dejó la casa y solo falta que se lleve sus cosas. Ah, tenemos el mapa de tu padre.

—Sí, sí. Pero me preocupa tu mudanza.

—Esta casa la pensé, la decoré y la armé yo. Es mi casa. Me parece lógico vivir acá. Por otro lado, él ya había averiguado dónde estaba parando. Cualquier lugar podría ser peligroso.

—Yo le dije lo mismo. Por las dudas me quedo gran parte del tiempo con ella. Al menos hasta ver cómo reacciona este hombre.

—¿Dónde está él?

—Tuvo que viajar a Tucumán. Creo que tu nota lo asustó mucho y recapacitó. Sabe que cualquier desastre que haga, por mínimo que sea, va a repercutir en sus relaciones personales y profesionales.

Catalina tomó del brazo a Verónica.

—Vení que te muestro el mapa.

Fueron a una habitación pequeña atiborrada de electrodomésticos en desuso, algunos muebles viejos y libros apilados. En un costado, apoyado en el suelo, se encontraba el mapa. Como estaba enmarcado, el vidrio lo había protegido de posibles daños. Verónica se agachó hasta quedar a la altura del mapa y pasó una mano por encima del vidrio. Pensó en su padre, en su abuelo Rosenthal, que había fallecido cuando ella era muy pequeña. Pensó en el padre de su abuelo y en todas las generaciones que habían hecho de ese objeto una forma de pertenencia. Los protegía y los identificaba. Si pensaba en la historia de Europa, los pogromos que debieron haber soportado su familia y las demás familias judías, ese mapa era el símbolo de la supervivencia. A punto estuvo de perderse en manos de gente de mierda, que no sabía el valor que tenía; lo hubieran destruido como habían hecho con todo lo que odiaban.

—Ya hablé con Andrea y me dijo que quiere que te lo lleves.

—Gracias. —Verónica se puso de pie y le dio un abrazo a Catalina. Después tomó el mapa, fue al living y le agradeció también a Andrea, que parecía muy contenta.

—Vos y tu familia merecen tener ese cuadrito en su casa.

Antes de irse, Verónica volvió a recomendarles que estuvieran alertas y que ante el menor problema se comunicaran con ella o con la doctora Veglio.

Subió al auto. Acomodó el mapa en el asiento de atrás, acostado para que no se golpeara.

Recorrió el camino hasta la puerta del country a diez kilómetros por hora, se cruzó con algunas personas que hacían footing, una madre con niños, tres adolescentes con uniforme de colegio privado. Llegó a la entrada y se detuvo frente a la barrera. Saludó al guarda, que revisó de nuevo el auto, algo que ni siquiera la inquietó. Pero cuando le pidieron que esperase, pensó que tal vez algo estaba saliendo mal. El guarda volvió a acercarse.

—¿Tiene alguna autorización para llevar ese cuadro?

—No, me lo dio la dueña de casa. Puede llamarla para confirmarlo.

Habló por teléfono, después con otro guarda. La miraban y se consultaban entre ellos. Uno se acercó a hablar de nuevo y como ella estaba atenta a ese hombre, no se dio cuenta de que el otro guarda había rodeado el auto, había abierto la puerta trasera, que no estaba trabada, e intentó retirar el cuadro.

—Ey, ¿qué hacés? —le gritó Verónica.

El que respondió fue el guarda que estaba al lado de ella y que, de alguna manera, le estaba obturando la salida del vehículo.

—La señora Morrison no está autorizada para entregar nada de la casa. Hablamos con el coronel Morrison y nos repitió que no puede sacar nada de ahí.

Verónica abrió la puerta, empujando al guarda y fue hacia el otro que se llevaba el cuadro a la cabina.

—Traé eso para acá.

El tipo que estaba delante intentó detenerla, pero ella se lo sacó de encima.

—Señora, cálmese.

—Devolveme eso que es mío.

—Es de la familia Morrison y se lo vamos a devolver a ellos.

—Dámelo o te reviento.

Fue todo muy confuso, porque el tipo que había quedado atrás le dobló el brazo izquierdo en el momento en que ella quiso golpear con la mano derecha al otro guarda. Un dolor enorme le recorrió el brazo y la espalda, se tropezó y cayó de rodillas mientras gritaba y uno de los guardas llamaba por handy a la policía, que apareció cinco minutos más tarde mientras la tenían tirada en el piso. Las personas que entraban y salían del country preguntaban qué pasaba y ellos respondían "un intento de robo".

La policía llegó al mismo tiempo que Catalina y Andrea, que fueron corriendo apenas se enteraron de lo que ocurría. Ellas explicaron que el cuadro era un regalo de la señora Morrison.

El problema, según la policía, no era lo del cuadro, que podía haber sido una confusión, sino que Verónica había intentado golpear a un guarda. Nuevos llamados telefónicos. Verónica, ya más calmada, tenía la cara lastimada por rasparse contra el suelo cuando "se cayó", según explicaron los hombres de seguridad. Llamó a Federico, pero no lo encontró. Le escribió un mensaje y no tuvo respuesta.

Después de veinte minutos y de tomarle los datos, la dejaron salir sin el mapa, que quedó bajo la custodia de Andrea. Los guardas quisieron dejarlo en la cabina, pero Andrea se puso firme y no se

animaron a escalar el conflicto. Por lo visto, los uniformados tampoco tenían muy claro qué tenían que hacer.

A Verónica le informaron que tenía la entrada prohibida al country y que eso sería comunicado a la administración. Cata le hizo un gesto para que se tranquilizara. Verónica salió del country con una furia y una angustia que luchaban en su garganta por imponerse.

Antes de subir a la Panamericana, tiró el auto a la banquina y le dio varios golpes al volante, como le hubiera gustado pegarles a los tipos de seguridad. Federico la llamó varias veces. No lo atendió. Se había enojado también con él por no haber estado disponible cuando lo necesitaba. Sin embargo, tenía que hablar con alguien de lo sucedido. Podría haber llamado a Paula, que salvo en el tema hombres siempre le daba la razón, o a Rodolfo, que siempre tenía claro qué hacer y qué se había hecho mal, o a Patricia, que la hubiera contenido como una madre, o a María Magdalena, que la habría cuidado como una hermana, que al fin y al cabo, lo había sido en el convento. Pensó en llamar a Daniela o a Leticia, que estaban al tanto de la búsqueda del mapa y hubiesen hecho cualquier cosa por conseguirlo, como ella. Pero no: llamó a Cecilia. La llamó porque era con la única que se sentía cómoda llorando y diciéndole que había fracasado y que no sabía qué hacer, que no quería fallarle al padre, que se estaba muriendo y ella era incapaz de darle un poco de tranquilidad.

Cecilia la escuchó, le hizo preguntas absurdas, que de alguna manera la calmaron: si había podido golpear al guarda, si la cara le había quedado muy marcada, si no se había lastimado algún hueso, qué argumentaron los sabuesos del country. Si uno era un gordito medio petiso con el pelo que parecía mal teñido de amarillo. Sí, era

el que le había quitado el mapa. Ella lo recordaba de la vez que había ido a ver a su hermano.

—Esperame un segundo, que tengo una duda y quiero preguntarle a tu padre.

—¿Estás con mi papa? No le cuentes nada.

—Vos tranquila.

Un minuto o dos más tarde Cecilia volvió a hablarle.

—Listo. Espero que mi hermano no me haya puesto en el listado de personas indeseables que no pueden entrar al country.

—Como yo. ¿Pero vas a ir? ¿Qué vas a hacer?

—Eso es lo que le consulté a tu padre. Si el marco era importante como el mapa y me dijo que no. Lo había hecho enmarcar él porque no le gustaba el que tenía antes. Así que vamos a hacer algo muy sencillo, voy a llegar mañana a la mañana con un tubo de los que usan los arquitectos y diseñadores. Se lo voy a mostrar a los guardas. Ni van a notar que tiene los bordes interiores forrados. En el medio entre el forro y el plástico voy a guardar el mapa cuando salga. Nadie va a desconfiar de nada.

III

Apenas se podía concentrar en la causa que llevaba adelante representando al CEO de una empresa que ensamblaba celulares en Tierra del Fuego, a quien acusaban de contrabando. Por primera vez en su vida sentía que las cuestiones judiciales no le despertaban ninguna emoción. ¿Qué diferencia había, además de la económica, entre ganar y perder un juicio de esas características? Su cabeza

pasaba más tiempo tratando de resolver lo que ocurría alrededor de los Rosenthal que en otra cosa. El estudio le parecía vacío y sin ningún interés desde que supo que Aarón estaba por morirse. Si bien siempre había sentido un gran afecto por el padre de Verónica, ahora también se daba cuenta de que lo necesitaba, de que su vida profesional y afectiva se había armado alrededor de él sin que lo notara. Pronto Aarón estaría muerto y su relación con Verónica hacía tiempo que había estallado por los aires.

—¿No quiere perder a Aarón o no quiere perder a Verónica? —le preguntó el licenciado Cohen, mientras tintineaba con sus dedos sobre su escritorio, costumbre que a Federico lo enervaba.

—¿Y si no quiero perder a ninguno de los dos?

—Le tengo malas noticias: ya los perdió.

—No estaría tan seguro.

—Si estuviera seguro de algo, no vendría acá. Salvo que descubra que tampoco quiere perderme a mí, pero no me llamo Rosenthal. Se lo explico fácil, Federico, para que lo pueda entender. Usted está viviendo dos duelos a la vez. Uno es un duelo en tiempo y forma porque es el amor que se murió entre usted y la chica esa. Todavía no consigue convertir el dolor en nostalgia. Cuando lo haga, lo invito una cerveza.

—No me parecería bien ir a tomar alcohol con mi terapeuta.

—Cómo le cuesta romper preconceptos, eh. Por otra parte, la muerte cercana de su exsuegro y mentor lo obliga a anticipar el duelo, lo que no está mal porque cuando se muera hay una parte del duelo que ya lo va a tener elaborado. Es como adelantar trabajo. Incluso se va a sentir levemente (muy levemente) feliz, porque todo va a cobrar sentido con esa muerte. En este momento, a usted lo

confunde el dolor que siente, le arruina su capacidad de trabajar y hasta le complica su relación con la otra. Y acá escúcheme bien que esto vale la plata que paga cada semana: no se engañe, no son duelos que se anulan. No es reconquistando a Verónica que va a dejar de sufrir por la muerte de Aarón. No es dolor lo que tiene que entregar a Verónica para que ella vuelva con usted. Termine con esas fantasías idiotas. Amantazgo y patriarcado, asuntos separados.

—¿Y qué sabe si yo quiero volver con ella?

—No sea gil. Es lo único que le interesa. Se imagina recuperando su amor para que juntos tapen el vacío que va a dejar Aarón en sus corazones. No way. No es así. Ella seguro que lo tiene claro y lo va a sacar carpiendo si insiste.

—Yo a Ángeles cada día la quiero más.

—Escúchese parafraseando canciones de la hinchada de Boca. ¿Qué me va a decir ahora? Que sus afectos suben y bajan, suben y bajan. Parece un ascensor, Federico.

—¿No se puede amar a dos personas?

—¿Y usted que cree?

—Que sí.

—Entonces sí.

—¿Y si creo que no?

—Entonces no. El amor no se puede objetivar ni medir. Hoy queremos, mañana no sabemos. Si usted cree que ama a las dos, entonces ama a las dos. No hay confusión posible. Cuando alguien dice "estaba confundida" —disculpe que ponga el ejemplo en femenino—, en realidad es ahora que está confundida y no entiende qué le pasó. Cuando sintió que amaba, amaba. Puede haber negación, pero no confusión. Ahora váyase y déjeme solo.

—Espere que no terminé. Verónica parece que anda con un médico español, que vino a atender a Aarón o algo así.

—Ajá, ¿y qué quiere que le diga al respecto?

—Algo.

—Un polvo más, un polvo menos. Unas manitas tomadas y un juramento de amor eterno. Paparruchadas. No se preocupe. Usted juega en otra liga con Verónica. Deje que se divierta. Eso sí: si el gallego le hace un pibe, ahí sí que va a tener que venir tres veces por semana. Le prometo que le hago precio si eso ocurre.

IV

Ya no sentía la angustia de la tarde, cuando se tuvo que ir del country sin el mapa. Había estado tan cerca de conseguirlo y un par de simios con uniforme habían logrado arrebatarle lo que tanto deseaba. Confiaba en que Cecilia consiguiera sacarlo de ese lugar horrible y llevárselo a su padre. No dejaba de ser un acto de justicia que la persona que había impulsado a Aarón a entregar su más preciado bien fuera la responsable de traerlo de vuelta.

Verónica dejaría el tema Iñíguez para después, cuando pudieran hablar tranquilas, a solas. Había algo que le costaba mucho reconocer: siempre se había sentido la tercera hija de Miriam, no la más chica. Como si su madre quisiera a sus hijas por orden de aparición y ella fuera la más lejana. No pensaba que su madre no la hubiera querido, pero estaba segura de que Leticia era su favorita y que a Daniela la quería un poco más que a ella. Era absurdo, a esa altura de su vida, sentirse contenta porque había establecido con

una antigua amante de su padre un vínculo materno que no la relegaba. Cecilia prefería la compañía de Verónica por sobre las de sus hermanas. Y eso le alcanzaba.

Había intentado comunicarse con Manuel porque tenían planeado encontrarse a la noche, pero no le había contestado los mensajes ni atendió cuando lo llamó. Verónica se pegó una ducha. De su encuentro con los guardas del country le quedaba un raspón apenas visible en la cara y un moretón en el muslo, que no sabía en qué momento se había producido. Tendría que haber ido a depilarse y ya era tarde. Se pasó la Epilady mientras pensaba que debía ponerse a escribir algún artículo, porque Patricia se iba a enojar si seguía haciendo la plancha, reescribiendo cables y alguna nota mal escrita que le pasaba María Magdalena. Su compañera tampoco tenía vocación de editora y le pedía seguido que la ayudara con algún artículo peleado con el idioma, la sintaxis y la gramática. Verónica tenía la leve sospecha de que el espacio que ella dejaba lo iba ocupando Greta, la pasante, que se ofrecía a hacer todas las notas, salir a la calle, buscar fuentes (que no tenía, pero que el pajero de Corso le pasaba sin problema), redactar hasta los avisos fúnebres.

Volvió a llamar a Manuel antes de vestirse y de nuevo no atendió. Cuando ya comenzaba a preocuparse, recibió un mensaje que decía: "Hola, bonita. Estoy un poco malo y sin ánimo para salir. Mi plan es ibuprofeno, sopita y a dormir como un bebé. Perdón. Hablamos mañana".

Ese era el día que toda mujer debía recordar: no cuando lo vio por primera vez al tipo, no cuando alguno de los dos armó la primera salida, no la primera cita, ni tampoco el primer garche. Lo que debía recordar, porque tarde o temprano eso se volvería habitual, era la

primera vez que el tipo buscaba una excusa para no verla. Había llegado ese día. No debería haberse pasado la Epilady. Lo que tenía que hacer era ir al hotel para chequear que no estuviera con alguna zorra de esas que rondan en los hoteles de lujo. O con algún taxiboy.

Se vistió con lo primero que encontró, guardó en su cartera una tirita de ibuprofeno y fue hasta el hotel. Podía pasar sin problema hasta la habitación, pero le pareció un poco invasivo. Tomó una foto del medicamento y se la envió: "Te traje ibuprofeno. Estoy en el lobby". Unos segundos más tarde recibió la respuesta: "Sube".

En el tiempo que le llevó llegar hasta la habitación, Verónica se arrepintió. Había sido una reacción fuera de lugar ir hasta ahí. ¿Qué quería? ¿Agarrarlo infraganti? Era una tarada por reaccionar así.

Manuel le abrió la puerta y la hizo pasar. Estaba demacrado, el pelo revuelto, los ojos un poco colorados. Se lo veía caído como si tuviera una gripe severa.

—No te doy un beso porque debo tener un aliento del demonio.

—No es problema. Eso sí: me contagiarías la gripe.

Manuel fue hacia el baño.

—Lo que tengo no es contagioso.

—¿Qué tenés?

Dejó la puerta abierta y se cepilló los dientes.

—Ahora sí puedo saludarte.

Le dio un beso corto. Verónica no debería haber ido.

—No me dijiste qué tenés.

—Ah, una enfermedad que de vez en cuando me provoca unos síntomas incómodos. Más que nada dolor de todos los músculos y las articulaciones. ¿Te acuerdas que hablamos del cuerpo como un

templo? Bueno, por como se sacuden mis huesos, debo tener adentro un cura haciendo un exorcismo a Linda Blair.

—¿Hace mucho que estás así? ¿Es algo importante?

—No mucho. Más que importante diría que es insistente.

Manuel se metió en la cama. Ella se quedó de pie mirándolo.

—¿Tomaste algo?

—Solo lo que me recetó el doctor Cobos García, un tipo poco fiable.

—Perdón.

—¿Por qué?

—Por venir a molestarte en plena noche, vos enfermo. Yo una pelotuda.

—Na de na, corazón. Ya que has venido vas a trabajar. Prepara dos tés y nos los tomamos juntos. Luego, tengo una fantasía loca que puedes hacer realidad.

—Fantasía y loca son mis segundo y tercer nombre.

—Quiero que me acaricies el pelo un rato, hasta que me quede dormido. Te pediría que me cantes una canción de cuna, pero no creo que sea necesario. Me gustaría dormirme sabiendo que estás a mi lado. Pero después, por favor, vete.

Fue lo que hizo. Preparó los tés con agua de la pava eléctrica, los tomaron casi en silencio. Manuel hacía un esfuerzo para sonreírle y eso la ponía peor. Después él se estiró en la cama, cerró los ojos y ella le acarició la cara y el pelo. Pensó que ese gesto, más que ayudarlo, impediría que se durmiera, pero al rato su respiración se volvió acompasada. Lo observó con amor, con ganas de abrazarlo, de decirle *te quiero*, pero debía contenerse. Se puso de pie, apagó la

luz y salió del cuarto, menos arrepentida que cuando había llegado. Había estado con él y lo había cuidado unos minutos.

Cecilia había arreglado todo para que al mediodía se reunieran en la casa de Aarón. A esa hora ella ya estaría de vuelta con el mapa. Solo la familia. Irían las hermanas, sus sobrinos, obviamente Cecilia. Los yernos no porque se debían a sus actividades profesionales, que no suspendían salvo que hubiera un terremoto o algo similar. Verónica pensó que en esas circunstancias también debía estar Federico. Lo llamó.

—Hola —dijo, no "hola, Vero". El tono neutro, sin mostrar ninguna emoción. Se oían ruidos de la calle.

—Hola, Fede. ¿Te molesto, estás ocupado?

—No, estoy llegando a mi departamento.

—Ah, ¿están viviendo juntos?

—Sí. Ángeles está casi en fecha y lo más práctico es que estemos bajo el mismo techo. ¿Conseguiste el mapa?

—Quise sacarlo, pero no pude porque la seguridad del country no lo permitió. Pero mañana lo va a retirar Cecilia. Así que al mediodía le queremos dar la sorpresa a papá y estaría bueno que vinieras.

Hubo un silencio de algunos segundos. Verónica insistió:

—Hola, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Gracias por la invitación. Ahí estaré. Es que me quedé pensando.

—¿En qué pensás?

—Si yo le contara esto que me decís a mi terapeuta…

—¿La invitación?

—Eso no. Que mañana Cecilia va a sacar el mapa de la casa del hermano. Mi psicólogo diría: "Si es tan sencillo es porque hay un

truco. Esa gente no se equivoca”.

—¿Vos creés que puede pasar algo? ¿Ser una trampa?

—¿Por qué no? Casi matan a Altieri. Morrison parece dispuesto a todo. No va a entregar el mapa así porque sí. No habría que dejarla ir sola. Yo puedo acompañarla.

A partir de ese momento comenzó un intercambio de llamadas telefónicas entre Cecilia, Verónica y Federico. El argumento que esgrimió Cecilia para ir sola era que llamaría menos la atención que si fuera con Federico. Si su hermano tenía vigilada a Andrea porque la celaba, la presencia de un hombre encendería todas las alarmas. Si se enteraba de que había ido ella, podía considerarlo una intromisión. Se enojaría más con Cecilia que con Andrea. La presencia de Verónica quedaba descartada después del episodio de esa tarde. Al final, se pusieron de acuerdo: Cecilia iría sola, pero Verónica y Federico esperarían en otro auto a un kilómetro de ahí. Si tardaba en salir y no se comunicaba con ellos, llamarían a la policía e informarían de esto a los guardas, que podían estar comprados por Morrison, pero que no iban a querer aparecer como cómplices de un posible crimen. Porque ellos evaluaban el peor escenario: que Morrison se pusiera violento con su exesposa, o con su hermana.

Verónica puso el despertador para las seis de la mañana. Ella tenía el auto de su padre, pero Federico prefería pasar a buscarla en el suyo. Verónica quedó en preparar un termo con café. Poco después de las cinco la despertó el celular. Era Federico. Pensó lo peor: que a Cecilia le había pasado algo grave. Pero su llamado no tenía nada que ver con los Rosenthal y sus problemas. Era por una cuestión de la flamante familia Córdova.

—Vero, disculpá que te moleste, pero Ángeles está con contracciones cada quince minutos. El obstetra dice que vayamos ya para la clínica. No puedo dejarla sola o con la hermana.

Verónica le dijo que priorizase el nacimiento de su hijo. Que la mantuviera al tanto de lo que ocurriera en la maternidad y que ella le escribiría para avisarle cuando tuvieran el mapa. Que se quedara tranquilo, que todo iba a salir bien. En la clínica y en el country. En una de dos, Verónica estaba equivocada.

V

Catalina y Andrea regresaron a la casa llevando con ellas el cuadro. Andrea estaba furiosa por lo que había ocurrido, mientras que Cata se sentía aterrada por la violencia de los hombres de seguridad. Morrison controlaba a esos tipos, estaban siendo vigiladas por ellos. ¿Y si no las dejaban salir? ¿No era como vivir en el interior de una cárcel?

El enojo de Andrea se debía a no poder disponer de los bienes de la casa. En ningún momento con su exmarido habían hablado de que ella no pudiera decidir sobre lo que poseían. No sabía cómo había ido a parar ese cuadro a la familia Morrison, pero no dudaba del reclamo de Verónica y su padre. Había que devolvérselo. Si no era ese día, sería después de que hablara con Daniel. No estaba dispuesta a dejarse avasallar. Lo consideraba como un paso atrás respecto de lo que habían convenido.

Al llegar a la casa, dejaron el cuadro en la habitación de los trastos viejos. Cata habló con su madre para ponerla al tanto.

Roxana consideró que los hechos eran preocupantes. Le pidió a su prima que no llamara a Morrison hasta el día siguiente. A Andrea le pareció una exageración, pero también se sentía agotada, así que prefería hablar con él en otro momento.

Una hora más tarde, Andrea recibió el llamado de Cecilia. Además del plan para retirar el mapa, hablaron un buen rato, porque eran cuñadas pero nada sabía una de la otra. Cecilia iría para el country al otro día. Quedaron en desayunar juntas.

A la mañana siguiente, Andrea se levantó muy temprano, encargó medialunas y limpió meticulosamente el living y la cocina.

Desde el control de ingreso avisaron que estaba Valeria Moreno, y Andrea —que sabía lo de su cambio de nombre— autorizó la entrada. Cuando estuvieron frente a frente, se dieron un abrazo.

—Ahora que me separo, me vengo a enterar de que tengo una cuñada.

—Separada o no, espero que sigamos en contacto a partir de ahora —insistió Andrea.

—Eso te convierte en mi único familiar, porque mi hermano no quiso saber nada de mí.

Catalina también participó del desayuno, y luego se retiró a su habitación para dejarlas charlar a solas. La familia Morrison no era un tema que le interesara especialmente y ya había escuchado demasiado. Le escribió a Verónica para informarle que Cecilia estaba en la casa y se llevaría el cuadro. Su amiga lo sabía, incluso le dijo que estaba cerca, esperando la salida de Cecilia.

Después de cortar, Catalina oyó el ruido de un motor deteniéndose delante de la puerta de la casa. Se asomó a la ventana y vio que era

Morrison. El militar bajó del auto y dio un portazo. A Catalina le pareció que su corazón se detenía.

Se acercó a la puerta para escuchar, pero no se animó a salir de la habitación. No era necesario porque Morrison hablaba a los gritos. Le reprochó a Andrea que dejara pasar a su hermana. Cecilia le pidió que se calmara, le aseguró que se iría en unos minutos, cuando lo viera tranquilo a él. Andrea le aclaró que Cecilia se llevaría el cuadro, porque pertenecía a la familia Rosenthal y no a los Morrison, que se lo habían apropiado a cambio de dejar con vida a Cecilia. Morrison la insultó. Catalina oyó el ruido de la vajilla rota y gritos de Cecilia y Andrea. Catalina no podía ver lo que ocurría, pero podía presentirlo a través de lo que escuchaba. Debió acercarse a Andrea y pegarle. Gemido de Andrea. Gritos de Cecilia pidiendo que se detuviera. Los pasos de Morrison yendo hacia la cocina. La insistencia de Andrea preguntándole qué hacía, rogándole que se calmara. Más insultos para las dos. La reaparición en el living de Morrison. Gritos de terror. Ruido de muebles corriéndose o cayendo. Cecilia que hablaba en voz alta, pero tratando de mostrarse tranquila inútilmente. Silencio.

Por un momento, Catalina supuso que ya había pasado lo peor, pero en realidad fue la calma previa a la tragedia: por los gritos supo que Morrison le había clavado un cuchillo a Andrea. Oyó los alaridos de las mujeres, los gemidos de dolor y el ruido de un cuerpo que caía y se golpeaba contra un mueble. Andrea debía estar en el piso, desmayada o muerta.

Catalina se tapó la boca, temblaba y lloraba tratando de contener sus propios gritos. Se alejó de la puerta y tomó el celular, que se le cayó de las manos por los temblores que sufría. Por suerte estaba abierta la conversación de WhatsApp con Verónica. La llamó por la

aplicación. Como pudo, conteniéndose de gritar para que el militar no la escuchara, dijo:

—Vino Morrison, las está matando. Nos va a matar a todas.

El celular se le volvió a caer de las manos y cuando volvió a levantarlo, Verónica ya había cortado. Mientras tanto se oían los aullidos de Cecilia pidiendo que no la lastimara, rogándole por favor que no le hiciera nada más. Debía estar corriendo por el living, la cocina. ¿Había cerrado Morrison las puertas con llave para que no pudieran escaparse?

Catalina sabía que apenas se dejara de escuchar a Cecilia, la siguiente sería ella. Se acurrucó del otro lado de la cama, como si estar lejos de la puerta le diera más tiempo para sobrevivir. Encontró el celular y le mandó un mensaje de voz a Verónica:

—Andrea no se oye, Cecilia grita, se quiere escapar. La puerta está cerrada con llave.

Tal vez fueron unos segundos más tarde, tal vez unos minutos, cuando oyó otro auto que llegaba. Se asomó: ojalá fuera la policía, pero no. Vio a Verónica. Estaba sola e iba a entrar.

VI

No preparó el termo con café que le había prometido a Federico. No tenía sentido si iba a estar sola en el auto. Compró un café doble cortado y un tostado en la YPF. Se detuvo en una banquina, al borde del country. Estaba cerca, pero no tan cerca como para que algún guarda de seguridad viniera a pedirle que circulara. Supuso que el

perímetro del country debía estar vigilado por cámaras y que la estarían grabando.

El café estaba todavía caliente, pero el tostado se había enfriado. Nada grave. Miró la hora: Cecilia y Andrea ya se habrían reunido. Debía ser fuerte para las cuñadas encontrarse después de ignorar por años la existencia de la otra. ¿De qué hablarían?

¿De qué hablaban su padre y Cecilia? ¿Recordarían el pasado, repasarían el día en que se enamoraron? ¿Habría sido amor o solo un garche? Bah, varios garches seguramente. A Cecilia le debía gustar coger, aunque su padre no daba el tipo. O sí. Mejor no pensar eso. ¿Qué cosas triviales compartían? ¿Se habrían reconocido en sus gestos, en sus costumbres, en su forma de hablar, de callarse, de sonreír? Cecilia había sobrevivido. Por su cabeza se cruzó el recuerdo de Lucio. Se imaginaba reencontrándolo a los setenta años. Un Lucio viejo, jubilado, panzón, un poco pelado pero no mucho, paseando a sus nietos. ¿Y ella? Sería igual a Cecilia. Las mujeres mayores sin hijos son madres de las mujeres jóvenes sin hijos. Eso las acercaba, las hacía solidarias, quererse un poco más que con el resto. Por eso Cecilia la elegía a ella sobre sus hermanas. ¿Tendría que haber tenido un hijo con Federico? ¿Ese hijo? Definitivamente no. No había dudas. Tal vez algún día, o tal vez no. Y de vieja adoptaría a una treintañera sin hijos. Ni siquiera era necesario que la treintañera y ella lo hablaran. Se reconocerían, como se reconocen los enanos apenas se ven.

Le gustaría ver a ese Lucio de setenta y pico. Que le sonriera, la abrazara, le mordiera la nuca. Cecilia había tenido más suerte que ella. Aarón había tenido más suerte que ella. *Tuvieron una suerte distinta y basta*, se dijo, para cortar con sus pensamientos un poco

deprimentes. Miró la hora: no había novedades, seguramente Andrea y Cecilia la estaban pasando bien.

Eran los momentos en que extrañaba haber dejado el cigarrillo. Buscó unos chicles que tenía en la guantera. Eran horribles, pero servían para pasar el rato. Como algunos hombres. Se rio, hablaba sola, estaba enloqueciendo. No le diría nada a Paula. Igual su amiga ya sospechaba que estaba loca. Paula del orto.

Atendió el llamado de Catalina como si fuera la continuación de su pensamiento. Amiga Paula, amiga Cata. Le iba a preguntar qué pensaba ella de su salud mental, cuando el rayo cayó sobre su cabeza. El susurro entrecortado de Catalina, que apenas podía entenderse. La desesperación. Soltó el celular y puso el auto en marcha. Salió a toda velocidad y fue un milagro que no chocara con algún otro vehículo.

Llegó a la entrada del country. Tocó bocina con insistencia. Aparecieron los dos tipos de seguridad que estaban el día anterior.

—Morrison está atacando a su esposa —les gritó. Los guardas parecían desconcertados.

—Un momento —dijo uno mientras le hacía un gesto al otro para que averiguara telefónicamente qué estaba pasando.

—Llamen a la policía —gritó nuevamente Verónica. El guarda le hizo un gesto con las manos para indicarle que se calmara.

El paso entre la vida y la muerte, entre sobrevivir o quedarla para siempre podía ser un segundo, el momento en el que el guarda le hacía un gesto, o el otro marcaba un número telefónico. Verónica no estaba dispuesta a regalar esos segundos. Aceleró y rompió la barrera, para enojo de los guardas. Mejor. Ahora sí llamarían a la policía.

Llegó a la casa y le pareció oír gritos, pero cuando bajó del auto ya no se oía nada. Un silencio agobiante cubría el lugar. Intentó abrir la puerta, que parecía cerrada con llave o pasador. Gritó el nombre de Andrea, mientras iba a la parte posterior de la casa. Probó si la puerta trasera estaba abierta, pero tampoco. Los ventanales tenían las cortinas corridas, por lo que no podía ver hacia adentro. Miró el parque buscando algo contundente y vio un enano de jardín. Lo tomó y lo arrojó sobre el vidrio, que se rompió pero no se hizo trizas. Tuvo que pegar unas patadas para hacer espacio y poder pasar sin cortarse. Entró a la casa.

Vio un cuerpo tirado y reconoció a Cecilia. Fue hacia ella, sangraba, respiraba con dificultad. Había que parar la hemorragia antes de que fuera demasiado tarde.

Oyó unos pasos a su espalda. Se dio vuelta rápidamente, aunque no lo suficiente porque Morrison ya estaba a su lado. Antes de que Verónica pudiera reaccionar, el tipo le golpeó la cabeza con el mismo enano de jardín que ella había usado para romper el vidrio del ventanal.

Verónica se desvaneció unos instantes. Un fuerte dolor en el cuero cabelludo la despertó y pegó un grito. Estaba tirada en el piso y el tipo la arrastraba por el living hacia la cocina como un cavernícola. Intentó resistirse, pero le resultaba imposible, no tenía fuerza en los brazos ni en las piernas.

Mientras la arrastraba pudo ver tirado en el piso el cuerpo de Andrea. No se movía. Había sangre por todas partes: en los muebles, las paredes, el piso. El cuerpo de Verónica se deslizaba sobre ese líquido viscoso. El olor a sangre y deyecciones le invadió el

olfato. Quiso volver a gritar, pero no pudo porque vomitó. El estómago se le contraía y no podía contenerlo.

Había hecho todo mal. La culpa era de ella. Eso era lo que se repetía en ese momento. Estaba aterrada por lo que le ocurría, pero sobre todo por ver a las otras mujeres tiradas en el piso. Ya era tarde.

Cuando dejó de vomitar, se dio cuenta de que lloraba y estaba medio ahogada porque Morrison ahora la tomaba del cuello. Por un instante pensó que la ahorcaría, pero no; fue para acomodar mejor el cuerpo en el piso de la cocina. La soltó. Ella intentó levantarse y salir de ahí. El tipo le metió una patada en las costillas y Verónica cayó nuevamente sobre las baldosas. Se quedó quieta, ni siquiera podía ponerse en posición fetal, que era lo que deseaba: doblarse sobre sí misma, cerrar los ojos, respirar.

—Vas a pagar lo que hiciste. Ese artículo de mierda. No me vas a destruir, ni vos ni nadie.

Morrison puso un cuchillo en la mano izquierda de Verónica y la llevó hasta la muñeca derecha. Presionó y le cortó las venas. Luego cambió de brazo.

—Van a pensar que primero las mataste a ellas y después te suicidaste.

Verónica apenas oía, mantenía los ojos abiertos haciendo un gran esfuerzo.

—Por fin se va a hacer justicia.

Verónica batallaba por mantener activos los pulmones; hacer entrar y salir aire le costaba cada vez más. Faltaba poco para que muriese desangrada. La idea era liberadora. No sentiría más ese

terrible dolor en la cabeza, en la espalda, en el estómago. El ardor infinito de los brazos.

El tipo hizo un gesto extrañísimo, aunque en esas circunstancias todo resultaba extraño. Se arrodilló frente a ella y empezó a rezar una oración cristiana:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia…

Verónica no podía más, cerró los ojos, así que no vio lo que sucedió a continuación. Solo oyó un disparo. Con la poca fuerza que le quedaba levantó los párpados. Morrison seguía arrodillado, pero ahora tenía los ojos muy abiertos, más de lo normal. El tipo intentó ponerse de pie inútilmente: cayó hacia delante, tocando las piernas de Verónica. Atrás de él apareció Catalina, que seguía apuntando con el arma, como si temiera que Morrison reaccionara.

—Ambulancia —llegó a decir Verónica antes de que dejara de percibir el mundo a su alrededor.

13. Paternidad

I

Imaginó muchas veces esa situación y en todas mantenía la calma. La realidad fue muy distinta, y la tranquilidad, una quimera. Ángeles tenía preparado el bolso hacía dos meses y él solo debía cargarlo el día del parto. Por supuesto, una vez que subieron al auto rumbo a la clínica, tuvo que regresar al departamento porque se lo olvidó. Rayó el coche contra la pared del garaje y, si no chocó al salir, fue porque la camioneta con la que se cruzó venía a poca velocidad y pudo frenar a tiempo.

Federico manejaba mirando de reojo a Ángeles, como si teniéndola bajo el control de su mirada evitara que el bebé naciera ahí mismo. Llegaron a la clínica sin ninguna complicación, aunque no podía dejar el auto estacionado en la puerta sobre la avenida Pueyrredón. Ángeles le aseguró que estaba bien, que podía entrar sola. Federico la vio bajar y caminar hacia el interior de la Suizo con una dignidad que lo emocionó. Buscó un estacionamiento en esa misma cuadra, pero al no encontrar ninguno dobló por Arenales y dejó el auto en un lugar prohibido, de carga y descarga. Si se lo llevaba la grúa no le importaba. Regresó a la clínica, no vio a

Ángeles, por lo que supuso que la habían llevado a una sala de parto. Preguntó en recepción y lo enviaron a Obstetricia.

Una enfermera, vestida como una campesina suiza, le indicó lo que tenía que hacer. Lo hizo pasar a un cuarto y le dijo que se pusiera por encima de su ropa un pantalón y una casaca, que parecían el uniforme de un enfermero. Nunca fue tan cierta la frase de Napoleón de "Vísteme despacio que estoy apurado". Como había varios uniformes disponibles, se puso el primero que encontró y le quedó chico. Se lo quitó y pasó al siguiente, que le resultó apretado. No estaba para seguir probándose ropa. Su hijo estaba por nacer. Salió con la ropa ajustada y mal puesta. La enfermera no lo retó, como temía, y lo condujo a la sala de parto, donde Ángeles ya estaba ubicada en una camilla de parto. Parecía tranquila y le sonrió al verlo. Federico le tomó la mano, pero ella enseguida se la soltó porque empezó una nueva contracción y no quería a nadie cerca.

—Ya viene —dijo el obstetra—. Vamos, Ángeles, que en un rato lo tenemos.

Y así fue el truco de magia: en un momento no había nada, al momento siguiente había un pibe recién nacido berreando. Magia, milagro, algo que no tenía una explicación racional. Ahí estaba su hijo, un ser que lo acompañaría el resto de sus días. Se suponía que llorar era bueno para el bebé, pero también para él, que no pudo evitar que le saltaran las lágrimas. Ángeles estaba transpirada y exultante, con el rostro feliz, como después de un orgasmo. Federico le besó la frente y le acarició el brazo. Mientras, una enfermera ponía al bebé sobre la madre. Él obstetra felicitó a Ángeles y luego, por primera vez en esa mañana, se dirigió a Federico. Hizo un

comentario que seguramente era gracioso, pero él no registraba nada. Miraba a su hijo. Miraba a Fabricio.

El nombre lo había propuesto Ángeles, como un homenaje a su abuelo materno. Durante mucho tiempo, Federico pensó que el nombre más adecuado para su hijo sería Aarón. Le hubiera gustado llamarlo así, pero habría sido un escándalo. No por Ángeles, que tenía aprecio por quien había sido también su jefe, sino por Verónica, que lo habría tomado como una provocación. Más allá de algunas diferencias filosóficas, Aarón siempre había sido un padre para él, pero que además se comportó con hidalguía, sin hacerle ningún reproche después de lo ocurrido, y siempre se despedía mandándole saludos para Ángeles. Algo más: su exsuegro le había enviado de regalo, por medio de Daniela, una cuna, regalo que en su momento había hecho a sus propios nietos. Ni Daniela ni él dijeron nada, pero tanto las hermanas como Federico tenían claro que Verónica no debía enterarse de ese obsequio.

Una enfermera tomó al bebé y lo llevó hasta una habitación, separada de la sala por un vidrio. Federico vio cómo ponían de pie al bebé y lo hacían caminar. ¡Y caminaba! No tenía ni diez minutos y ya sabía caminar. Por unos instantes creyó que su hijo era un superdotado. Después le explicaron que era parte de una prueba de rutina que se le hace al recién nacido y que la mayoría de los bebés reaccionan así.

Cuando salió de la sala, Federico se encontró con los padres de Ángeles y con Carolina, la hermana mayor, que había venido especialmente de Suiza para acompañarla. Al rato llegaron también sus propios padres, que ahora eran abuelos. Había en todos un clima de camaradería y alivio, como ocurre siempre con los

familiares después de un parto sin complicaciones. La pregunta que más se repetía era cuánto pesaba Fabricio. Por lo visto eso muy importante para todos. Tres kilos seiscientos.

Federico no se enteró de lo ocurrido en el country de Pilar hasta después del mediodía, cuando lo llamó Daniela. Intentaba estar calmada, aunque era evidente que tenía los nervios destrozados. Verónica estaba herida, pero fuera de peligro. La habían llevado al Hospital Alemán. El estado de gloria en el que se encontraba desde el nacimiento de su hijo se hizo trizas.

Con la excusa de comprar algo para almorzar, Federico salió de la Suizo y se fue casi corriendo hasta el Alemán. Por suerte quedaba a una cuadra. Ahí se encontró con las dos hermanas Rosenthal. Leticia le explicó que el estado de Verónica no era grave, pero había recibido muchos golpes y unos cortes de cuchillo. Ahora estaba descansando. A Aarón no le habían dicho nada todavía y tal vez no lo hicieran. Cecilia también estaba fuera de peligro, aunque había sufrido una fuerte contusión en la cabeza y había perdido bastante sangre. Podría haber muerto con ese golpe, si le hubiera dado de lleno.

Ni Daniela ni Leticia conocían bien los detalles, pero sabían que todo había sido obra de Daniel Morrison. El militar había regresado a la casa del country, había asesinado a puñaladas a su ex y luego había intentado hacer lo mismo con su hermana. La llegada providencial de Verónica la había salvado.

Andrea estaba muerta. Como un personaje trágico, se había dirigido hacia su destino sin que nadie lo pudiera evitar. Todos sabían cómo podía terminar, pero nadie la convenció para torcer el camino a su muerte.

—¿Y qué pasó con Morrison?

—En la casa también estaba Catalina, la amiga de Verónica. Le pegó un tiro al tipo, pero no lo mató. Lo llevaron al Hospital Militar. Parece que el hijo de puta zafó y va a sobrevivir.

Entre ese día y el siguiente, Federico debió bajar dos o tres kilos. Iba y volvía de la clínica al hospital y del hospital a la clínica, casi no comió ni volvió a su casa, pasando de la euforia a la angustia en un segundo, hablando con la familia de Ángeles y las hermanas de Verónica, alternadamente. No vio a Verónica hasta el final del segundo día: ella ya estaba mejor y eso le quitó la angustia. Sin embargo, sentía que la única persona que le transmitía paz era Ángeles. Regresaba feliz al cuarto en el que ella estaba con el bebé. Sabía que no era irónica, ni cínica, ni se tragaba los celos cuando le preguntaba por el estado de Verónica, mientras le daba la teta a Fabricio.

II

Segundos antes de que Verónica abriera los ojos en la cama del hospital, tuvo como una breve pesadilla: se desangraba en la casa de Andrea. Un líquido negro brotaba de sus muñecas. Se despertó con un sobresalto. La realidad resultó tan onírica como la pesadilla, pero menos angustiante: estaba acostada en una habitación de hospital. Tenía las muñecas vendadas sin la menor mácula. A su lado estaba Paula.

—Hola.

—¿Cómo te sentís?

—Rara. Saben que no me intenté suicidar, ¿no?

—Sí, te lo hizo el sorete ese, el milico.

A Verónica todo le resultaba un esfuerzo; cerró los ojos unos segundos y los volvió a abrir.

—¿Cecilia?

—En otra habitación de este mismo pasillo.

—¿Está bien?

—Sí, le pusieron un aparatito por el que le pasan oxígeno, pero escuché que se lo van a quitar porque ya no lo necesita.

—¿Y Andrea? ¿Y Cata?

—Cata está en su casa, con su madre. La tuvieron que sedar porque se puso muy mal después de dispararle al milico. Pero está perfecta. Andrea falleció. La mató el hijo de puta.

Verónica quiso llorar con fuerza, enfurecerse, pero las lágrimas le salían suaves de los ojos. No tenía energía ni para enojarse.

—No, no puede ser.

—Vos, Cata y la mamá de Cata hicieron todo lo posible, Vero. Pobre mina, se confió.

Se había confiado y ella también. No había insistido lo suficiente para que Andrea no se quedara con su ex, no la mantuvo a salvo. Sabía que podía ocurrir. Se lo dijo Patricia. ¿Cómo no actuó como las circunstancias lo merecían?

Paula le secó las lágrimas con un pañuelito de papel.

—No fue tu culpa, Vero. Ni de Andrea. Toda la culpa es de esa mierda, que encima sobrevivió. Bueh, mejor que no se murió, así Cata no queda traumada. Esos soretes no mueren con nada.

Estaba menstruando. Alguien, una enfermera seguramente, le había puesto una toalla femenina. Le pidió a Paula que le fuera a

comprar tampones. Fue y volvió en pocos minutos.

Paula le hizo un comentario que le pareció desubicado.

—Me di cuenta de que estabas fuera de peligro cuando te vi dormir. No sabés cómo roncabas.

—Yo no ronco.

—¿En serio, Vero, no sabés que roncás como un camionero borracho?

—Andá a cagar.

Más tarde apareció Manuel en compañía de un médico. Verónica se alegró de verlo, aunque seguramente su aspecto era un desastre.

—Tengo que volver a casa —dijo.

No quería quedarse internada, preocupando aún más a su padre.

—En circunstancias normales —le dijo el médico—, debería quedarse un par de días. Pero el doctor Cobos García me dice que él mismo se hará cargo de las curaciones que necesiten las dos pacientes, así que mañana a la mañana, si no tienen complicaciones, podrán irse.

Paula se retiró a tomar un café y Manuel se quedó con ella. Le trajeron el almuerzo: pollo hervido, puré de calabaza, una manzana asada, que era lo que más ganas tenía de comer. Como todavía le dolían los brazos, Manuel le cortó el pollo. Le gustó que él la atendiera y le hablara de cosas superficiales.

—Conocí Nueva Pompeya. Qué barrio tan lleno de vida. Y esos espacios enormes por donde están los hospitales, luego las chabolas. Caminé todo el día por ahí. Creo que ya he visto todo lo que me interesa de esta ciudad.

—¿Eso quiere decir que te vas?

—No todavía.

Manuel le acarició un brazo y la cara. El poder curativo de una mano acariciando.

—Mejor así. Te necesito para ponerme bien. Ya lo dijo el médico.

Sus dos hermanas llegaron juntas. Leticia la trató primero como a una paciente, contradiciendo todo lo dicho por los doctores y las enfermeras. Le pintó un panorama catastrófico de lo que le podía pasar si abandonaba la cama del hospital. Daniela le hizo gestos con la cabeza para darle a entender que Leticia exageraba. Fue Daniela la que le contó lo que pasó con el mapa.

—Lo rescató Federico.

—¿Federico?

—A la mañana nació Fabricio y a la tarde se fue a buscar el mapa al country. Y lo consiguió.

—¿Pero cómo?

—Ah, preguntale a él cuando venga a visitarte.

En un momento en que se quedó sola, Verónica se levantó para ir al baño y colocarse el tampón. La angustia que se había asentado en su pecho disminuía un poco con las horas. Se sentía con un poco más de fuerza, la suficiente para ir hasta la habitación de Cecilia. Pensaba que las enfermeras no la iban a dejar andar por el pasillo, pero no se cruzó con nadie. Después de entrar en dos habitaciones, dio con la de Cecilia. Ya no tenía el respirador. Parecía estar bien. Sin embargo, apenas la vio, Cecilia se puso a llorar.

—Andrea… —dijo y no pudo terminar la frase.

—Lo sé.

Verónica la abrazó. Era la primera vez que veía a Cecilia en ese estado de indefensión. Mientras la abrazaba, Verónica sintió que compartían algo más. Ya no era solo la antigua amante de su padre,

la pensadora que la fascinaba. También las hermanaba el dolor por la muerte de esa mujer que las dos apenas conocían.

Con los minutos, Cecilia recuperó su estilo habitual. Viendo a Verónica que apenas tenía puesto un camisolín, le dijo.

—Te va a agarrar frío.

—No soy friolenta.

Verónica estaba sentada al borde de la cama. Cecilia le tomó la mano.

—Gracias por venir a buscarme.

—Fue Cata la que me avisó que estaba todo mal. Cuando te vi tirada, pensé que te había matado.

—Lo intentó. Aunque no sé, creo que lo que le interesaba era matar a Andrea, y lo consiguió.

—Cada vez que lo pienso…

Se volvieron a quedar calladas. Verónica tomó fuerzas y sacó un tema que le daba vueltas en la cabeza desde que se había reunido con Federico y Rodolfo.

—Cecilia, el periodista que estaba conmigo cuando nos conocimos estaba investigando sobre el tema Montoneros.

—Un tema nada sencillo.

—Sí, seguramente. Entre la gente que entrevistó está un tal Carlos, que es profesor de filosofía en colegios secundarios.

—Carlos —exclamó—, me alegra saber que está vivo.

—Bueno, hablaron de vos, de lo que había ocurrido en Córdoba. Por lo visto, él te conoce bien.

—Sí, éramos muy amigos.

—Por lo que contó, llegamos a la conclusión de que la única persona que pudo haberte traicionado es Mario Iñíguez. Quería

decírtelo.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabías?

—Tuve cuarenta años para pensar y darme cuenta. Ustedes, con un par de días de investigación, creen saber más que yo. Una forma sutil de hacer mansplaining.

Verónica se sintió en falta.

—Sí, perdón. ¿Y qué pensás hacer?

—Llegué a Buenos Aires con intención de no interactuar con nadie del pasado. Terminé en casa de tu padre y casi asesinada por mi hermano menor. No pensaba en Mario, por la simple razón de que no me interesa la venganza ni reclamar nada.

—Se quedó con el control del Estudio Rosenthal.

—Eso no debería ser así. Mario traicionó la confianza de tu padre.

—No solo por temas políticos.

—Es verdad. No solo en cuestiones políticas.

Verónica volvió a su cama a pedido de la enfermera, que la encontró fuera de su habitación. Algo se había enturbiado en la conversación con Cecilia. Tal vez se estaba metiendo demasiado en su vida. No debía repetirlo. Pero tenía que hacer algo con Iñíguez. ¿Reemplazar en el Estudio al traidor de Iñíguez por el traidor de Federico? Había hecho todo lo posible para convencer a sus hermanas de que Iñíguez era la mejor opción y de que Federico no estaba capacitado para dirigir un estudio tan grande.

Una vez más, Verónica había conseguido atraer con su pensamiento a Federico, que golpeó la puerta y luego pasó.

—Felicitaciones por Fabricio —dijo Verónica—. ¿Cómo está Ángeles?

—Gracias, ahí está, luchando con la etiqueta de primeriza. Creo que se la va a dejar por años.

A Verónica le resultaba difícil esa conversación. Un año atrás vivían juntos, habían encontrado en el otro a la persona con la que querían compartir sus vidas. Una ilusión que duró muy poco. Ahora él era padre y la madre no era ella, sino una amante convertida en pareja, quizás muy pronto en esposa. Él no solo se había comportado mal, sino que había armado su existencia lejos de ella. Los meses que pasaron sin verse, Verónica pensaba en Federico como alguien que le era ajeno, y que lo sería aún más cuando se convirtiera en padre. Pero no. Ahí lo tenía a Federico sentado en su cama, de manera muy formal y cuidadosa. Era él, el de siempre, la paternidad no lo había cambiado ni un poquito.

—Contame cómo hiciste para recuperar el mapa.

Federico le refirió los detalles ante su mirada atenta. Ahora el mapa permanecía guardado en su departamento hasta que Verónica y Cecilia volvieran a la casa y pudieran estar presentes cuando se lo entregaran a Aarón. Verónica notó que volvía a sentirse débil. Tenía ganas de dormir un rato, pero por otra parte no quería que Federico se fuera. Hizo un esfuerzo para decirle:

—Hacelo mierda a Iñiguez, como sea.

—Algo de eso ya hice esta mañana.

—¿Qué hiciste?

—Cuando estés mejor te cuento.

Federico tuvo que haber notado que estaba durmiéndose, porque se puso de pie, la arropó bien y le pasó la mano por la frente. Se despertó recién cuando la enfermera le trajo la cena.

III

Federico tuvo un panorama claro de lo ocurrido en el country de Pilar pocas horas después de los hechos, cuando pudo hablar con Joaquín Leroy, el fiscal del juzgado de San Isidro que tenía a cargo la causa. Se conocían desde hacía años, por lo que no resultó difícil acceder a la información, sobre todo porque Leroy estaba preocupado por la presencia de la hija de Aarón y, según creía el fiscal, pareja de Federico.

—Cuando Verónica Rosenthal esté en condiciones le voy a tener que tomar declaración.

—¿Puede estar imputada por algo?

—Si me atengo a lo que dicen los guardas de la caseta de entrada al country, debería averiguar por qué entró a la fuerza, pero considerando que hay una occisa, un homicida, una mujer que disparó supuestamente en legítima defensa, otras dos heridas por el homicida, una de ellas de filiación poco clara, no voy a perder tiempo por una barrera de mierda rota.

—Femicida, el responsable es femicida.

—Sí, Federico, femicida. Parecés la secretaria de mi juzgado. Al femicida, si sobrevive, le van a tocar muchos años en la gayola, considerando el vínculo con la víctima. Igualmente, le voy a tener que tomar testimonio a Rosenthal hija.

—Pero se puede retrasar hasta que esté recuperada.

—Por supuesto. Contá con eso.

— Con respecto a la otra mujer herida, te puedo pasar información para aclarar su identidad.

—Me sería muy útil.

—Te tengo que pedir un favor.

—¿Para qué estamos los fiscales si no es para imputar y hacer favores?

—En esa casa había algo que pertenece a Aarón.

—¿Es algo de valor pecuniario? Porque si es así, hay que hacer un inventario de lo que se encuentre.

—Es un cuadro.

—Ahora es un Picasso auténtico.

—No, nada que ver. Es un mapa enmarcado. Era del viejo de Aarón, tiene un valor afectivo y fue a parar a esa casa. Nulo valor económico. Tanto la esposa de Morrison como la hermana, que está internada, querían devolverle el cuadro a Aarón. En parte, los hechos se desencadenaron por eso.

—Entonces no debería tocarlo, porque es una prueba.

—Olvidate, el tipo estaba obsesionado con la esposa y con la hermana. Por distintos motivos las quería muertas. El cuadro no es importante. Si lo necesitás periciar te lo devuelvo.

—Para que me lo devuelvas primero debería dejar que te lo lleves.

—Dale, Marcelo. Es una boludez y lo hacés feliz a Aarón. Vos sabés lo que vale una sonrisa de Aarón en el mercado de sonrisas judiciales.

—Hagamos una cosa: vamos juntos a la casa. Te lo llevás, pero antes lo reviso. No sea cosa que tenga escondido un kilo de merca o algo así.

Ni los guardas ni los policías que se habían dispuesto a la entrada del country revisaron el auto del juzgado en el que llegaron Federico y Leroy. La casa había sido perimetrada y tenía dos policías de consigna que saludaron respetuosamente al fiscal, quien les hizo un

par de preguntas de rutina antes de ingresar. Ahí estaba todavía el auto de Aarón Rosenthal. Federico tomó nota mental de que debería hacer las diligencias correspondientes para recuperar el vehículo.

El interior de la casa parecía el escenario de una película de terror. Había manchas de sangre por todas partes. Debían caminar con cuidado para no pisarlas. El vidrio de la puerta ventana estaba destrozado, sillas y otros muebles tirados por el piso. Un olor nauseabundo cubría el living y la cocina. Leroy lo dejó moverse por toda la casa en busca del mapa, pero no tuvo que andar demasiado. El tubo para planos que había llevado Cecilia estaba tirado debajo de una mesa. Lo revisó pensando que no encontraría nada ahí. Sin embargo, Cecilia había tenido tiempo de quitar el mapa del marco y guardarlo. Ahí estaba: lo extendió y lo observó. Leroy se acercó a verlo.

—¿Tanto quilombo por ese dibujo? Parece hecho por mi sobrino.

—Usted no entiende nada, señor fiscal.

Después de la visita al country, Federico regresó a la Suizo para quedarse un rato con Ángeles. Tomó un café con Carolina, el primero a solas desde que su cuñada había llegado de Suiza. Resultó mucho más agradable de lo que él suponía. Por lo visto, Federico le caía bien, aunque Carolina no evitó hacerle comentarios y advertencias sobre cómo debía esforzarse por hacer feliz a Ángeles, cuidar a Fabricio y permitir que su hermana volviera a la actividad profesional lo más pronto posible. Federico se apuró a aclararle que haría todo eso y que cuando Ángeles se sintiera con fuerzas y ganas de volver al estudio, él se quedaría a cuidar al pequeño. Carolina pareció conforme con las respuestas.

Más tarde fue hasta el Alemán, pero no pudo ver a Verónica. Según Leticia, estaba bien a pesar de que había perdido sangre.

Si bien Ángeles le insistió para que se fuera a dormir al departamento, como la habitación tenía una pequeña cama libre, decidió quedarse en la clínica. Le resultaba muy agradable tener en brazos a Fabricio, tan frágil que parecía. Le fascinaba que cuando lloraba, si lo levantaba y le hablaba, el bebé volvía a dormirse, siempre y cuando no tuviera hambre. Parecía un corderito cuando se agarraba a la teta de la madre. Federico debía hacer un esfuerzo para salir de ese mundo, aunque una parte suya siguiera muy atenta a lo que pudiera ocurrir con Verónica.

Extrañamente, pudo dormir mucho más de lo que esperaba y a la mañana muy temprano fue para el departamento, se pegó una ducha y se cambió. Desde que hablaron con Rodolfo Corso sobre el papel jugado por Iñíguez, sentía que tenía que hablar con él. No iba a dejar que pasara más tiempo. Decidió hacerlo ese mismo día.

Llegó temprano al estudio, un poco antes de lo habitual. Tuvo que esperar casi media hora hasta que apareció Iñíguez, con su habitual andar tranquilo. En esos cuarenta años, el estudio era la parte de su vida que más tiempo le ocupaba. Había pasado más horas con los demás abogados, meritorios y recepcionistas que con su familia. Como Federico y Aarón, Iñíguez priorizaba el trabajo por sobre la vida cotidiana. Estaban cortados con el mismo paño. Federico respiró profundo y fue al despacho de su colega.

—Necesito hablar con vos.

Iñíguez tenía un café doble y una medialuna sobre su escritorio. Le hizo un gesto para que se acomodase. Mojó la medialuna en el

café, costumbre que Federico detestaba. Tuvo ganas de sacarle la medialuna y revolearla contra una pared.

—Finalmente, el mapa de la familia Rosenthal vuelve a Aarón.

—Genial. Se lo llevaron del Hurlingham, ¿no?

—No, porque quien lo tenía escondido en el club fue puesto en aviso y a Altieri le dieron una paliza que casi lo mata.

—Qué increíble. Espero que esté bien.

—El que tenía el mapa era Daniel Morrison, hermano de Walter, hijo de Guillermo. Una familia de canallas.

—Es posible.

—Daniel sacó el mapa del club y lo llevó a su casa en un country de Pilar. Se suponía que Morrison ya no vivía ahí, sino su exesposa. Cecilia Morrison fue a buscarlo para devolvérselo a Aarón, pero el milico apareció de sorpresa. Mató a su mujer, hirió a su hermana Cecilia y también atacó a Verónica.

Iñíguez lo miró con los ojos muy abiertos, se limpió la mano con una servilleta de papel.

—Pero qué desastre.

—Te podría hacer preguntas, podría tratar de probar que fuiste vos el que marcó a Altieri con Daniel Morrison. Seguramente lo hiciste y es grave.

—Te estás confundiendo, Federico.

—Eso es grave, pero lo imperdonable es que hace cuarenta años hayas mandado a la muerte a Cecilia, que había sido tu amante, y que hayas arriesgado la vida de Aarón, que te había traído al estudio e hizo todo para que tuvieras la vida que llevás.

Iñíguez lanzó una carcajada. El rostro de Federico permanecía inmutable.

—¿Aarón hizo qué? ¿Yo qué hice a Cecilia? Estás leyendo muchas novelas policiales.

—Mis cartas: el testimonio de Carlos, un profesor de filosofía que vos conocés, la propia Cecilia, incluso no te extrañe que Daniel Morrison te mande al frente. Pero insisto: no quiero probar nada porque ya lo sé, y lo saben las hijas de Aarón. Él no está al tanto porque no tenemos ganas de mezclar el final de su vida con el descubrimiento de que su compañero en estos cuarenta años es una rata inmunda que lo traicionó.

Iñíguez se puso de pie, como para echarlo o para pelear. Federico se quedó sentado. Iñíguez golpeó con los nudillos el escritorio. Sin sentarse le dijo:

—¿Qué pretendés, Federico, con estos jueguitos? ¿Quedarte con el estudio, hacerlo el estudio Córdova Rosenthal? Hay que tener una imaginación calenturienta para inventar algo así.

—Hoy hacé lo que quieras, pero en algún momento del día escribí tu carta de renuncia y mañana ya no vuelvas. Ya no sos parte de este estudio.

Iñíguez volvió a reírse, pero esta vez había enojo y tensión contenidos en su carcajada. Se repantigó en su sillón.

—¿Vos me vas a echar? ¿Vos, tu esposa Ángeles y tu amante Verónica, o viceversa?

—Escuchame, Iñíguez. Hay algo sobre lo que no tengo pruebas y solo sospechas. Entre la vez que entregaste a Cecilia y tu último aviso a Daniel Morrison tuvo que haber habido otras traiciones tuyas, o buchoneadas. Me imagino que te habrás sentido importante al pasarle información a los Morrison y tal vez a otros milicos. Eras uno de los tantos buches que tenían los servicios de inteligencia. Eso se

tuvo que mantener durante la dictadura. Vos debés saber que toda la información de inteligencia se procesaba, se archivaba. Gran parte seguramente se destruyó, pero siempre quedan testigos, algunos papelitos con nombres. ¿Cuánto tiempo creés que me puede costar encontrarlos? Vos también sabés muy bien que el Estudio Rosenthal puede conseguirlo a un precio razonable.

—No seas idiota. No hay nada de eso. ¿O creés que esos tipos jugaban a tener un diario personal y anotaban de verdad? "Querido diario: hoy un abogado me dijo que un correo montonero viaja a Córdoba". Si creés eso, sos más pelotudo de lo que pensaba.

—¿Y quién te dijo que me interesa la verdad? Me alcanzaría con tenerte en tiempo y lugar para que sea creíble. Hay gente que puede inventarlos si no existen. No creo que me salga muy caro conseguir que el hijo de Telleldín diga que eras informante de su padre. ¿Y si esa información sale en la prensa? El gran abogado constitucionalista, un vulgar buchón de los servicios, entregó a militantes que decía defender, los espió, los vendió por unos pesos.

Ahora, Iñíguez estaba serio. Seguía furioso, pero se lo veía cansado.

—No voy a renunciar a mi parte societaria de este estudio que yo construí e hice grande.

—El Estudio Rosenthal sin Aarón y sin mí no vale nada. Eso es lo que te va a tocar. El diez por ciento de nada.

Federico se puso de pie para retirarse.

—Mario, me conocés. Sabés que te estoy ofreciendo un buen trato al decirte que te vayas y nada más. No solo puedo destruirte con lo que te dije, te puedo hacer bolsa de muchas maneras. ¿O no te acordás que fui el que te ayudó con tu hijo? ¿Cuántos años le

hubieran tocado si no hacíamos la ingeniería que hicimos para salvarlo? ¿Sabe tu mujer lo de la chica esa, cómo se llamaba? ¿Helena?

Federico estaba seguro de que Iñiguez jamás se mostraría como un hombre acorralado. Décadas acorralando a otros le habían enseñado a disimular cuando se sentía perdido.

—OK, te dejo el estudio para que te hagas cargo. Veo los números y te mando la cifra. Nada que no sea razonable. Y, por supuesto, nada de meterme en problemas. El que se va a terminar arrepintiendo de esto sos vos.

Iñiguez se comportaba como si estuvieran negociando un aumento de las ganancias, o la compraventa de un auto. Federico se fue sin saludarlo. Se dirigió a la recepcionista.

—Al mediodía, cuando los abogados te hagan el pedido del almuerzo, decile a Iñíguez que por orden mía el estudio ya no cubre su comida.

—Es un chiste, ¿no?

—Es lo más serio que vas a escuchar de mí en tu vida. Y si se resiste, decile que me llame. Aunque no creo que caiga tan bajo.

Federico pensó que tenía mucho trabajo atrasado, pero debía postergarlo una vez más. Ángeles y su hijo estarían esperándolo, no veía la hora de estar con ellos. Verónica seguramente ya recibía visitas, estaría ahí para tranquilizarla con respecto al mapa. Le parecieron dos planes muy buenos para llevar adelante ese día.

IV

Daniela y Paula llevaron a Verónica a su departamento de Villa Crespo, mientras Cecilia fue para la casa de Aarón en compañía de Leticia y Manuel. Si bien la idea era no decirle la verdad de lo ocurrido a Aarón, algo deberían inventar, sobre todo por la ausencia de Cecilia.

—Aarón ya no tiene un buen manejo de los tiempos —dijo Manuel —. Con decirle que estuviste dando una conferencia o algo así, él lo va a tomar como algo natural.

Cuando llegaron al departamento, Daniela le preguntó a Verónica cómo se sentía.

—Me duelen un poco las muñecas y la espalda.

—Te pregunto por la paternidad de Federico.

Verónica tenía poco para decir al respecto. Hacía rato que se había hecho a la idea. Que el bebé hubiera nacido no le cambiaba mucho, pero reconocía que le llamaba la atención ver la reacción de Federico.

—Tiene los ojos de un tipo enamorado.

Quizás la paternidad fuera así. ¿Habría tenido esa mirada su padre cuando ellas nacieron? No parecía un hombre capaz de esas manifestaciones. Aunque tal vez estaba siendo injusta, porque en los últimos años había sido un padre amoroso. Si lo pensaba bien, los mejores años de Aarón como padre habían sido desde que se había muerto Miriam. Se había involucrado más en la vida sus hijas. Verónica no era de prestarles mucha atención a sus padres. Quizás ella era la que cambió como hija cuando murió su madre. En todo caso, le hubiera gustado ver los ojos de su padre ante cada nacimiento de su progenie. ¿Pensaría en los hijos que no había tenido con Cecilia?

Lo primero que hizo Verónica apenas llegó a su departamento fue llamar a Catalina. Su amiga le contó que la tuvieron un par de horas en el country, la interrogaron largamente, pero después la dejaron ir. Para entonces ya había llegado su madre. Fue un drama, porque se sentía culpable de no haber estado para cuidar a Andrea. Como si ella hubiera podido hacer algo. El cuerpo de Andrea seguía en la morgue. Si lo autorizaban, iban a cremarlo. No harían ningún velorio. No tenía sentido. Verónica le pidió que le avisara, porque quería estar con ella en ese momento. Catalina le dijo que tenía muchas ganas de verla y Verónica respondió que le pasaba lo mismo. Era lo que realmente sentía.

Daniela se fue después de almorzar, pero Paula se quedó hasta el atardecer. María Magdalena la llamó y arreglaron para cenar con Rodolfo Corso en el departamento de Verónica.

Paula había contratado Netflix y ofreció su clave para compartirla. Vieron tres capítulos de la primera temporada de *The Killing* y después se fue porque tenía que prepararle la cena a su hijo.

Antes de que llegara María Magdalena, Verónica se pegó una ducha, bajó al chino a comprar algo para picar y café, que se había acabado. No quiso cargar mucho porque le dolían los brazos. Llamó a Manuel. Como tenía un tono raro, ella le hizo el chiste de si ya se había cansado de ella y él le contestó en serio que no. Tuvo que aclararle que lo había dicho en broma. Manuel le confirmó que pasaría a última hora para hacerle las curaciones en las heridas.

—Nada me gusta más que la idea de que juguemos al doctor —le dijo ella tratando de mostrarse divertida, pero sin conseguirlo.

María Magdalena llegó temprano con un pastel de papa hecho por ella. Abrieron una botella de vino, cortaron un brie y un parmesano,

que había traído María para poner encima del pastel de papa, pero que decidieron comerlo en la picada. María quería saber si lo de Manuel iba en serio.

—En más de un punto siento que es mi hombre ideal. Disfruta con las mismas cosas que yo, la pasamos genial, muero cuando habla en andaluz. A su lado, Federico parece en blanco y negro. Quisiera dar el paso siguiente, pero no sé cuál es.

—Él no se va a poner un consultorio en Palermo. ¿Estás dispuesta a irte con él a Nueva York?

—Sí, estoy dispuesta. ¿Qué me ataría a la Argentina? Puedo vivir en otro país. Extrañaría a mis amigas, un poco menos a mis hermanas y sobrinos, la comida, las calles, ir a ver a Atlanta, pero podría intentar empezar una vida nueva en una ciudad cosmopolita.

—¿Sabés qué creo? Que debés hacerlo.

Al rato llegó Rodolfo Corso trayendo dos botellas de vino y un salamín mercedino, que le había regalado un ladrón de bancos. La conversación fue hacia temas más generales y luego se dedicaron a criticar a Patricia (un clásico) y a Greta (la nueva obsesión de Verónica).

—Esa chica no es periodista, no tiene instinto, ni escritura, ni fuentes, ni la iniciativa apropiada.

—Es muy buena, Vero. Le falta madurar.

—Y está bastante bien la pendeja.

—No podés ser tan viejo pajero.

Después de comer, Rodo sacó el tema de la investigación sobre los túneles del Hurlingham y los botines de guerra de la dictadura escondidos ahí.

—Creo que deberíamos escribirla juntos —propuso Rodo.

—Pero vos podés solo.

—Yo voy a hacer el inventario de lo que hay, pero me gustaría tratar de rastrear el origen de algunos objetos al menos. Todo lo importante ya lo hiciste vos: conseguiste que te dejaran entrar, que el tipo del restaurante te contara varios detalles fundamentales. Es absurdo que vos seas mi fuente.

Verónica se quedó pensando. No le disgustaba la idea. Recordó a Altieri, el hombre que iba a entrar a rescatar el mapa y al que casi matan de una paliza. Recordó a Morrison, que se les había adelantado gracias al soplo de Iñíguez. De pronto, se le cruzó una idea. Mientras comían helado, se puso a buscar una foto de Iñíguez en la web del estudio.

—Tengo un pálpito. Vamos a ver si se me cumple —les dijo Verónica a los otros dos que la miraban. Estaban acostumbrados a esa cara de enajenada cuando encontraba la punta del ovillo de alguna nota.

Le envió al concesionario del Hurlingham la foto de Iñíguez y le preguntó si había visto en el club a ese hombre. Al rato, él la llamó.

—¿Cómo no lo voy a conocer a Mario Iñíguez? Es socio desde que tengo memoria. Mi padre le hizo el catering del casamiento en una quinta de San Isidro cuando yo era chico todavía.

—¿Tenía algún contacto con Daniel Morrison?

—Te diría que era muy difícil no verlos juntos. De hecho, la última vez que vino Morrison también estuvo el doctor Iñíguez.

—¿Podrías encontrar imágenes de cámaras de seguridad de los dos juntos de ese último encuentro?

—Claro. Te las copio.

Verónica cortó exultante.

—Lo tengo a Iñíguez mezclado con el femicida Morrison, cómplice de la familia Morrison y su museo subterráneo del terror. Hagamos la nota, Rodo, y lo hago mierda al hijo de puta de Iñíguez.

Rodo y Verónica fumaron un porro. Mientras tanto María Magdalena le revisó la biblioteca y tomó prestado *El mundo moderno y la cuestión judía*, de Edgar Morin. Vero lavó la fuente Pirex en la que había venido el pastel de papa. Levantaron todo lo que habían usado. Después sus amigos periodistas se fueron.

Manuel tardó más de una hora en llegar. Verónica se caía de sueño, pero aguantó lo más despierta posible. Por un momento se le cruzó el recuerdo de Chicha; su perrita había quedado en la casa de Recoleta. La extrañaba dando vueltas a su alrededor antes de dormirse pegada a ella. ¿Federico dormiría con Fabricio pegado a él o el bebé pasaría toda la noche en la cuna? Debía ser Ángeles la que se levantaba si lloraba.

Sonó el timbre antes de que siguiera desarrollando sus ideas sobre la paternidad de Federico. Bajó a abrirle a Manuel, que parecía tan demacrado como la última vez que se vieron a solas.

—Quiero revisar tus muñecas y cada uno de los golpes.

—Ya no me duele casi nada.

No traía un maletín de médico, pero sí una mochila en la que tenía todo lo que necesitaba. Se lavó las manos y después se puso a manipular gasas y desinfectante, que pasó en cada herida.

—¿Cómo estamos, Manuel? ¿Cómo estamos nosotros juntos?

—Pues creo que muy bien.

—Te veo lejano.

—Son tiempos revueltos, mi niña. Hace cuarenta y ocho horas me cuidabas tú a mí, me preparabas un rico té y ahora soy yo el que

está viendo cómo evolucionan tus heridas. No puedes negar la intensidad de nuestra relación.

Tuvieron sexo en el living, Manuel tratando de que Verónica no se lastimara o que no se le abrieran las heridas de los brazos, Verónica sintiéndose débil y liviana como un pájaro. No fueron a la cama. Ella trajo una botella con agua fría que bebieron entera. Verónica se acurrucó unos minutos sobre él. Se quedaron entredormidos, pero al rato, Manuel se levantó y se vistió para irse.

—Nos vemos mañana en la casa de tu padre.

—Lo que se dice una visita de médico.

V

Milanesas con papas fritas. Ese fue el menú que preparó Antonia para la familia Rosenthal, Cecilia y Federico. Se habían citado al mediodía para darle a Aarón el bendito mapa. Verónica llegó un poco más temprano para usar el lavarropas de la casa y estar un rato con Chicha, que le hizo todas las fiestas posibles. No era una perra resentida. *No se parece a mí*, pensó Verónica.

Aarón estaba como siempre: impecablemente vestido, olía a colonia y si bien se movía con lentitud, no se notaba ningún empeoramiento. Distinto fue cuando hablaron, porque Aarón parecía no haber notado la ausencia de Verónica, ni estaba muy interesado por el encuentro familiar. La comprobación de que el cerebro de su padre había comenzado a fallar, dejó a Verónica desolada, pero no se animó a decírselo a nadie.

De a poco fueron cayendo los invitados. Los cuatro nietos se encerraron en el cuarto que usaban para los videojuegos. Las madres parecían contentas con esa decisión. Cecilia estaba en el estudio con Aarón. Federico fue el último en llegar con el mapa guardado en el tubo que había llevado Cecilia.

Ya estaban todos. Daniela arrió a los chicos para que fueran al living. Se acomodaron en el piso, tirados aquí y allá. Los chicos ponían el toque informal que necesitaban en ese momento. Nuria alzó a Chicha y se sentó con ella en uno de los sillones. Leticia fue a buscar a Aarón y a Cecilia, que seguían en el escritorio.

—La familia reunida a pleno —exclamó Aarón cuando entró al living, sonreía y trataba de caminar despreocupado, pero seguía del brazo de Leticia.

—No es para menos —dijo Daniela—. El mapa de la familia Rosenthal regresa a casa.

—Gracias a Cecilia, a Fede y a Vero, que se esforzaron para que lo tengas —agregó Leticia.

—Es todo de ellas, Aarón, yo lo único que hice fue ser el cadete que retira el paquete en un punto y lo lleva a otro.

—Lo peor de todo —dijo a Aarón señalando a Federico con el dedo— es que realmente lo pensás. Mis hijas deberían aprender de tu humildad y eficiencia.

—La humildad está sobrevalorada —Verónica se sentó al lado de su padre.

—Dale, Benja, entregale el mapa al abuelo.

Aarón desplegó el mapa con total facilidad y lo extendió sobre la mesa ratona. Se quedó mirándolo ante los ojos atentos de todos.

—Pensé que no iba a volver a verlo —dijo con voz quebrada.

—Como a mí.

Se rieron de la frase de Cecilia, lo que menos querían era que el padre se emocionara más de la cuenta, pero Aarón siempre parecía más fuerte que cualquier debilidad física o dolencia que lo aquejara.

Aarón se puso a leer el texto escrito en francés para admiración de sus nietos. Después se quedó pensando. Miraba el mapa como si en su traza pudiera leer la historia de su familia.

—Cuando yo era chico, debía tener la edad de Santino, papá estuvo a punto de vender el mapa a un anticuario. Estábamos muy mal económicamente y a él le pareció que venderlo nos iba a dar el dinero suficiente para salir adelante. Se lo llevó, pero regresó unas horas más tarde. Estaba agotado, los ojos rojos seguramente de llorar. Traía el mapa con él. "No pude hacerlo", nos dijo, "el legado de mi padre, de mi abuelo, de todos mis ancestros no está a la venta". Después le pidió perdón a mamá por su falta de valentía. Mi mamá le dijo "José, vamos a salir adelante, no te mortifiques. Ni se te ocurra vender el mapa. No es tuyo. Es de tus nietos". Debió decir nietas, porque es de ustedes tres.

—¿Y mío no? —preguntó Nuria, abrazada a Chicha.

Después pasaron al comedor y almorzaron las milanesas con papas fritas que había cocinado Antonia. Aarón estuvo casi todo el tiempo callado, observando a sus hijas y a sus nietos.

Cuando ya estaban por el café apareció Manuel, compartió la parte final de la charla y acompañó luego a Aarón, que parecía un poco fatigado, a su cuarto. Pero antes de retirarse, Aarón tuvo una reacción extraña. Se dirigió a Federico y le dio un abrazo.

—Cuidala a Verónica. Ella va a decir que no necesita que nadie la cuide, pero no es verdad.

Federico movió la cabeza afirmativamente, intentó decir algo, pero no le salieron las palabras adecuadas. Solo dijo:

—Es difícil lidiar con los Rosenthal.

—No te quejes de los Rosenthal —se metió Leticia—. Papá, andá a descansar un rato, que tus nietos después quieren jugar con vos a no sé qué jueguito de la play.

Al rato, reapareció Manuel solo. Como todavía los adultos estaban en el living, les dijo que quería aprovechar para hablarles. Todos se miraron entre sí. Salvo que anunciara que regresaba a Nueva York, no había otro tema posible que la salud de Aarón.

—No tengo claro si este es el mejor o el peor momento para que les explique algunas cosas. Estos días que estuvisteis internadas, la salud de Aarón se deterioró bastante. Tuvo episodios de confusión mental, problemas urológicos, fuertes neuralgias que lo tuvieron en cama casi sin poder comer. El tema de la alimentación también es importante, porque está comiendo muy poco.

—¿Todos esos síntomas no eran ya bastante habituales? —preguntó Daniela.

—Sí, pero no todos juntos. Es como un barco que tiene una pérdida; la tapas, mejora, tiene otra pérdida, la cubres, de alguna manera mejora. Y un día todas esas filtraciones aparecen juntas. En esa situación nos encontramos.

—La medicación que recibe, ¿no es excesiva? ¿No le estará haciendo mal? —preguntó Leticia, que seguramente ya había hablado de ese tema con Manuel en varias ocasiones.

—Sí y no. Sí, porque realmente recibe una batería de medicamentos que un cuerpo, en circunstancias normales, no debería recibir. Pero no estamos en circunstancias normales. No son

solo paliativos, sino que intentan retrasar los efectos de la enfermedad. Pero como tú supones, no podemos seguir así mucho tiempo.

—¿Qué querés decir con eso? —preguntó Verónica.

—Aarón sabe muy bien cuál es su situación y la conoce desde hace mucho tiempo, incluso antes de que viniera a verme. Es un hombre inteligente y sensible. Hablamos mucho durante esos días: si hay algo que no quería ni quiere es una agonía inútil, un cuerpo que no respondiera. Me dijo que estaba dispuesto a acortar los tiempos de su vida a cambio de ganar en calidad. En ese momento quedamos en que yo iba a ayudarlo a cumplir su objetivo.

Leticia le preguntó en un tono más bajo, como si no quisiera que la escucharan fuera de esa habitación:

—¿Estás hablando de eutanasia?

—Sí. Vuestro padre temía no tener la fuerza suficiente, física o espiritual, para concretarlo. Yo me ofrecí a hacerlo por él, obviamente, con los estándares médicos habituales de los países en los que la eutanasia está permitida.

—Entonces vos no viniste a pasar unas vacaciones —dijo Verónica.

—He seguido la evolución de vuestro padre estos meses, me mantengo en contacto con sus médicos de aquí, incluso hemos hablado Leticia y yo en varias ocasiones. Más allá de lo que digan los estudios clínicos, Aarón tomó una decisión y me pidió que viajara. Le gustaba la idea de que no viniera de un día para otro.

—Y se te dio por hacer turismo.

—Pará, Verónica —la amonestó Daniela.

—Estoy aquí para cumplir con lo que le prometí a Aarón. Nadie debería sufrir dolores, ni la degradación del cuerpo a niveles

inhumanos. La gente debe poder decidir qué hacer con la ayuda de médicos responsables. Estoy porque le he cogido cariño a Aarón, pero también porque tengo la certeza de que hay que hacer esto. Ni tu padre ni yo queremos comprometer a nadie del personal médico, más allá de que ciertos medicamentos los tengo que conseguir aquí, pero eso es mi problema. Los médicos de Aarón están al tanto y más allá de algunas dudas, concuerdan en lo que haremos.

—Hubiera sido más justo que dijeras todo esto cuando nos conocimos, ¿no?

—Creo que no. No era mi intención adelantar nada, ni a ti ni a tus hermanas hasta que Aarón estuviera preparado y decidido a hacerlo.

Hubo luego un silencio. No había mucho más que hablar. Todos estaban metidos en sus pensamientos. Comenzaban a tomar consciencia de que ese almuerzo familiar había sido el último que compartirían todos juntos con su padre. Daniela y Leticia se llevaron a sus hijos, ya que no tenía sentido fatigar más al abuelo. Cecilia fue a su habitación. Manuel dijo que se quedaría, porque en una hora llegaría el doctor Rinaldi. Verónica y Federico salieron juntos. En la calle, Federico le dijo:

—Tendría que haberle dicho lo importante que ha sido para mí.

—Se lo dijiste de mil maneras distintas estos años.

—Me pidió que te cuidara.

—En su cabeza nosotros seguimos juntos.

—Debe ser eso.

No dijeron nada más. Se dieron un beso en la mejilla y partieron cada uno por su lado.

Verónica caminó unas cuadras sin pensar en nada. Su cabeza no procesaba lo que había ocurrido unos minutos antes, solo respondía

a la información fáctica: detenerse en un semáforo en rojo, evitar pisar mierda de perro, dejar pasar a unos adolescentes apurados. Sin darse cuenta había caminado hacia el cementerio de la Recoleta. Se sentó en la plaza de enfrente. ¿Cuántos años hacía que no se sentaba en un banco de plaza? Recordaba una vez, a la salida del ILSE, en plaza Lavalle, cerca del estudio de su padre. Había pasado más de una hora sola tratando de entender por qué su mejor amiga había hablado mal de ella con su segunda mejor amiga. Había dicho cosas horribles de ella. Hasta ese momento ningún pibe le había roto el corazón, pero la desilusión que sentía por la actitud de su amiga se parecía mucho a destruir un vínculo amoroso que ella creía eterno. Verónica la había insultado, había conseguido ser brutal: le había pegado con palabras mucho más fuertes que las piñas que hubiera podido dar un varón. Las ganas de tirarle del pelo no habían faltado, pero no se animó a tanto. Se sentó en medio de esa plaza sin alma que daba al Palacio de Justicia. Pensó en tomarse un colectivo e irse hasta la casa de sus abuelos, pensó en tirarse debajo de un subte, pensó en cogerse al hermano mayor de su amiga, pensó en dejar la escuela. No hizo nada de eso, pero en esa hora que permaneció sentada en el banco de la plaza, tomó consciencia de que el mundo era cruel e injusto y que todos iban a morir, como había muerto esa amistad.

Veintipico de años después volvía a sentarse en un banco de plaza, pero no tenía ganas de pensar. No había ninguna alternativa a la muerte de su padre. Solo le quedaba entregarse mansamente a los ciclos de la existencia. Ese mundo que ella veía desde su asiento ya no era el de su padre, encerrado en su habitación, tomando una medicación que le estiraba un día más la vida, y a punto de tomar

otra que se la iba a quitar definitivamente. *Es el tiempo, boluda*, pensó. El tiempo que todo lo corroe y termina por destruir lo más preciado, por más esfuerzo que uno ponga en mantenerlo: una amistad, un amor, un padre. Todo se le escapaba.

Se puso de pie y volvió a la casa. Se habían ido todos salvo Antonia y Cecilia. Su padre dormía. Se asomó a la habitación y lo miró. Respiraba tranquilo. ¿Estaría soñando? ¿Habrá alguna forma de felicidad en esos últimos momentos? Verónica entró a la habitación y se puso en cuclillas frente a él. No quería despertarlo, pero no pudo evitar tocarle la cabeza. Su padre siguió durmiendo. Verónica se puso de pie y ahora sí se dirigió a su departamento.

14. Los adioses

I

—Vos no vas a llorar, ¿no?

—Si me lo preguntás así, de sopetón, me voy a poner a llorar ya.

—No lo hagas. ¿Cómo era el proverbio chino? "Si de noche lloras por el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas".

—¿Es chino? Yo creo que lo leí en una *Asterix*.

—Todos los meses durante años te compré los volúmenes de *Asterix*. ¿Te acordás por qué?

—Claro. Uno de los momentos más vergonzosos de mi vida. Y eso que tengo muchos.

—Le habías robado a una compañera de cuarto grado un ejemplar de *Asterix* y tuvo que ir tu madre a devolvérselo.

—Fue en tercero. Y no lo robé, lo tomé prestado de su mochila y pensaba devolvérselo alguna vez.

—Tu madre se enojó mucho.

—Me sacudió como si fuera un salero.

—Yo creía que se solucionaba todo comprándote todas las revistas de *Asterix* que hubiera. Cada mes te traía una.

—Me hubiera gustado que me las leyeras de noche.

—Nunca fui esa clase de padre. No era de leerles a ustedes tres, ni estaba muy presente en el día a día.

—Pero no te olvidabas nunca de traerme las *Asterix*. Todavía las tengo todas.

—Me gustaba verte leer.

—Me acuerdo algunas frases de la traducción española: "Los romanos están majaretas". No sabía qué era majareta, pero me encantaba. Ahora que lo pienso los personajes de *Asterix* hablaban como Manuel.

—Es un gran médico Manuel. Y una excelente persona. Tiene el alma vieja, como yo.

—Él te tiene un aprecio muy especial. Se nota esa coincidencia de almas.

—Entendió todo apenas me vio en su consultorio.

—¿Qué cosa?

—Que mi vida debía terminar antes de que me matara la enfermedad. No quería la humillación de perder el control de mi cuerpo.

—Te prometió una muerte digna.

—Ese es el punto. No me ofreció eso. Me dijo que no había nada digno en morirse. Me ofreció vivir. Me dijo que ese día no me iba a morir, ni tal vez el siguiente. Por lo tanto, tenía dos días para vivir. O tal vez un mes, o tal vez más. Salí de esa primera consulta dándome cuenta de lo suertudo que era. Iba a poder vivir esa semana con mis hijas, tal vez unas semanas más con mis nietos. ¿No era hermoso eso?

—Muy hermoso.

—Desde que me diagnosticaron el cáncer, vivo como dentro de un sueño. Me cuesta entender la realidad de estos meses como parte de mi vida, sobre todo si la comparo con mi vida anterior. Es como si lo que me pasaba hace un año o más fuera más real que lo que me está ocurriendo ahora.

—¿Y eso te angustia?

—No. Me sorprende. En los sueños nos encontramos con gente que no conocemos o que no vemos desde hace años, aparecen o desaparecen de manera arbitraria. No es lógico que Manuel haya ocupado un lugar tan importante en mi vida, o que haya reaparecido Cecilia. Quizás estoy soñando. Estoy tirado en la cama de un hospital, inconsciente, con un respirador artificial, quizás el mapa que ustedes trajeron de vuelta forma parte de este sueño de persona moribunda.

—No, papá. Estás despierto y yo estoy a tu lado.

—De chica jugabas a ser abogada.

—¿Yo? No me acuerdo.

—Vos jugabas a ser abogada, Leticia médica y Daniela maestra. Con tu madre podíamos prever qué iba a ser cada una de ustedes cuando fueran adultas. Confieso que con vos me ilusioné.

—Según Manuel, los judíos no podemos confesarnos. Piensa que es un atributo de los cristianos.

—No está mal confesarse. A ver qué te puedo confesar. Que he sido muy feliz, aunque gran parte de mi vida la idea de felicidad me parecía absurda, sin sentido.

—¿Fuiste feliz con mamá?

—Claro. Los dos lo fuimos. Con ella podía mostrarme como realmente soy o como era. Y también con ustedes. Una familia es

eso: el lugar donde uno puede ser lo que realmente es.

—No estoy de acuerdo. A veces la familia es el ámbito donde menos podemos ser nosotros mismos. Cuántos padres e hijos hay simulando una vida que no es la de ellos.

—Puede ser que tengas razón. En todo caso, no es lo que me pasó a mí. Con tu madre me sentía un poco más yo de lo que era el resto del tiempo.

—Pa, ¿pensás en la muerte?

—Sí, mucho. Comencé a pensar seriamente en la muerte cuando pasó lo de tu mamá. Fue un golpe duro para mí verla apagarse tan rápidamente. Y cuando nos dejó, yo pensaba que me iba a morir pronto. No era lógico que ella no siguiera viviendo, que no ocupara un lugar en mi presente. De pronto, todo se convirtió en pasado, y el día a día me resultaba insoportable sin ella.

—Nunca nos dijiste nada.

—¿Para qué? Los hijos no escuchan. A veces me pregunto qué es lo que mis padres hubieran querido que yo supiera y no supe escuchar.

—¿Hay algo que querés que sepa?

—Seguramente, pero ahora no sabría decirte qué. Te vas a dar cuenta cuando pienses en mí, te entre una duda y no sepas la respuesta. Eso que intentás saber, te lo habré dicho y no me prestaste atención. O tal vez no se me ocurrió que podía interesarte.

—¿Creés que hay algo más allá cuando uno se muere?

—Algo me dice que no hay nada. Por otra parte, no pierdo la ilusión de volver a encontrarme con tu madre. Sería en una dimensión distinta, no como una continuidad de este mundo. Me

gustaría hablar de nuevo con ella. Ahora que sé que me queda poco tiempo, siento un poco de ansiedad ante esa posibilidad.

—Sería maravilloso que te pasara algo así.

—No me gustaría que hubiera transmigración de almas a costa de no llevarme nada de esta vida. Eso me parece insoportable: que la muerte signifique una vida nueva, pero cortar todo contacto con ustedes, mis hijas, mis nietos. Pasar a otra vida y no saber nada de mis chicas, no recordarlas. Cerrar los ojos, abrirlos como un bebé recién nacido y no recordar nada de mi familia en esta vida, sería horrible. No me molesta morirme, pero sí no poder seguir viéndolas como hasta ahora.

—Bastante poco nos veías. Siempre pensé que querías más al estudio jurídico que a nosotras.

—No seas mala. Hice lo que pude.

—Te estoy cargando. Hiciste mucho, pa, muchísimo por todas nosotras.

—Quiero que seas feliz, que no sufras.

—Voy a hacer lo posible. Te lo prometo.

II

Aarón murió poco después. Manuel había preparado la habitación para que Aarón pudiera pasar las últimas horas junto a sus hijas, ya que él no había querido ver a nadie más. Creía que el almuerzo había sido un hermoso adiós como para arruinarlo con despedidas. Solo quería hablar con ellas.

Cecilia no parecía sorprendida por la decisión de Aarón, pero Verónica sí se sorprendió cuando vio que la antigua amante de su padre había preparado sus valijas y se disponía a partir.

—No quiero verlo muerto. No quiero llorar sobre su cadáver. Tuve la suerte de compartir estos días con él. Quiero quedarme con los recuerdos de estas semanas. Me voy, Verónica. Espero que lo entiendas.

—¿Entonces no te avisamos nada?

Cecilia hizo un gesto de resignación: ¿qué podían informarle que no supiera que iba a ocurrir?

—Ahora voy al hotel y mañana regreso a España. No creo que vuelva a la Argentina. Decidí que voy a seguir llamándome Valeria Moreno, como me bautizó Aarón. Voy a seguir con la vida que tenía antes de viajar. Eso sí: me gustaría volver a verte. Mi casa en Barcelona está abierta para vos.

Se abrazaron. Cecilia se fue con tal decisión que Verónica dudó entre admirarla o reprocharle ese final.

Primero pasó Leticia, se quedó en la habitación cerca de media hora. Salió con el llanto contenido hasta alejarse del cuarto. Se abrazó a las hermanas y se pusieron a llorar las tres juntas. Habían acordado que pasaría Daniela, pero ella no quería entrar y que él se diera cuenta de que su hija estuvo llorando. Manuel las tranquilizó diciendo que había tiempo, que podían esperar unas horas sin problema. Verónica fue a preparar mate y encontró unas galletitas caseras que había hecho Antonia, que también estaba llorando en la cocina. Verónica se quedó un rato, trató de tranquilizarla y regresó con las hermanas. Las tres tomaron mate, comieron las galletitas, hablaron de Federico y de Manuel. Por primera vez a Verónica no le

molestó que se metieran salvajemente con su vida. Cuando Daniela se sintió con ánimo, pasó a despedirse de su padre. En el ínterin llegó Federico, que se quedó con las chicas. Verónica fue a cambiar la yerba del mate. Cuando regresó, Daniela estaba sentada en el sillón, llorando con la cabeza gacha. Federico estaba frente a ella en cuclillas y le tenía las manos mientras le hablaba. Leticia observaba llorando desde el otro sillón. Verónica abrazó a Daniela, mientras se iba serenando. Cuando se incorporó fue hacia el cuarto de su padre. Al salir no volvió al living, sino a su habitación. Se tiró en la cama y se quedó mirando el techo otra media hora, oyendo su propia respiración. Después fue al encuentro de sus hermanas y de Federico. Manuel se había agregado al grupo. Daniela y Leticia parecían más calmadas. Verónica se acostó en posición fetal sobre el sillón largo y apoyó la cabeza sobre Leticia, que le acarició el pelo. Manuel les avisó que Aarón ya estaba dormido, descansaba plácidamente y que los últimos momentos serían muy tranquilos para él. Cuando los hizo pasar al cuarto ya no estaban las vías usadas para inyectar la medicación. Nada indicaba que Aarón había recibido algún tipo de tratamiento. Las chicas se sentaron en la cama. Daniela y Verónica le tenían las manos, blandas y cálidas. Leticia intercambió algunas frases con Manuel, que luego salió del cuarto. La hermana mayor fue hacia Federico y se quedó con él. Nadie lloraba. Manuel regresó un rato más tarde y comprobó el fallecimiento de Aarón. Las chicas le dieron un beso a su padre. Después Federico hizo lo mismo. Cuando salieron, afuera estaban los maridos de Daniela y Leticia y sus hijos. También estaba Antonia, que estrujaba un pañuelo de tela y casi no se mantenía en pie. Verónica la abrazó y trató de consolarla. Un minuto después llegó el

doctor Rinaldi para constatar oficialmente la muerte de Aarón Rosenthal.

III

Las horas siguientes fueron tan horribles como son siempre los velorios y los entierros. Un largo día, que no diferenciaba la mañana de la noche, recibiendo condolencias, llorando de a ratos, respetando rituales en los que no se cree, ni se necesitan. Por suerte, los cuñados se hicieron cargo de la casa velatoria y de hacer todos los trámites (elección de féretro incluido) para enterrar a Aarón en el cementerio de La Tablada. Verónica ni siquiera protestó cuando al cajón lo trasladaron siete varones, ni por los rezos religiosos, ni por la presencia de algunos primos y parientes lejanos Rosenthal con los que no se llevaba bien.

Hubiera querido que nada de eso existiera, hubiera preferido quedarse sola encerrada en su departamento. O rodeada de sus seres queridos, como hicieron después del entierro. Al regresar de La Tablada, Verónica notó que Federico y Manuel se habían ido juntos. Le intrigaba saber de qué hablarían ellos dos solos, cómo se tratarían. Llegaron un poco más tarde a la casa y trajeron facturas. Extrañamente, o no, comieron las facturas con mucho ánimo, como si de pronto la vida volviera a hacerse presente.

Antonia se quedaría unos días más y después se iría. Leticia no había conseguido convencerla para que siguiera trabajando en su casa. Hacía tiempo que Antonia estaba jubilada, pero se había quedado por el afecto que la unía a la familia. Una vez más, Antonia

y Chicha serían las únicas que pasarían la noche en la casa. Verónica no tenía ganas de irse a su departamento. Le preguntó a Manuel si podía acompañarlo al hotel.

Comieron unas hamburguesas en un boliche de la zona. El velatorio y el entierro parecían haber ocurrido hacía muchísimo tiempo. A pesar de eso, a Verónica le costaba entender que si regresaba a la casa no encontraría al padre en su escritorio, leyendo causas judiciales, un poco fastidiado por ser interrumpido, pero con la sonrisa que guardaba siempre para su hija menor.

Ninguno de los dos tenía muchas ganas de hablar, pero necesitaban estar juntos. Cogieron, miraron televisión y se quedaron dormidos. Verónica no pensaba en nada, no deseaba nada, no podía proyectar nada. A la mañana siguiente, el mundo comenzaría de nuevo para ella.

IV

Patricia le había dicho que se tomara el tiempo que necesitaba para volver a la revista. Verónica calculó que con dos días sería suficiente para reinstalarse en su departamento en Villa Crespo, en compañía de Chicha. Marcelo, el portero del edificio, le reprochó que no hubiera aprovechado su ausencia para pintar, pero se alegró de que volviera a instalarse a tiempo completo.

Regresar a la rutina implicaba varios cambios. Por lo pronto, ya no vería tan seguido a sus hermanas. Desde que Verónica tenía unos veinte años se había ido alejando de Leticia y Daniela. Se encontraban en cumpleaños familiares, en alguna cena con sus

padres, cuando todavía vivía Miriam, pero no mucho más. La maternidad las había acercado un poco porque a Verónica le gustaba ver a sus sobrinos, llevarlos a pasear, o que se quedaran en su departamento. No mucho más que eso. No solían llamarse para ver en qué andaban, no se interesaban especialmente en la vida profesional de las otras, no conocían los detalles cotidianos de sus vidas. El grupo de WhatsApp les había dado una oportunidad para compartir nimiedades. Verónica sabía que las otras dos sí se veían y charlaban sin su presencia. Esa había sido la dinámica desde los tiempos en que las mayores iban a la colonia de verano y ella se quedaba con sus abuelos maternos. Aunque no lo confesaran, tanto Daniela como Leticia tenían celos de su vínculo con los abuelos Elías y Esther. A la vez, en su infancia, Verónica estaba convencida de que su madre quería más a sus hermanas mayores, porque eran más lindas e inteligentes que ella. A la distancia, las tres pensarían que todo eso era una pavada y, sin embargo, seguía funcionando en la dinámica afectiva. Se querían con ese amor de hermanas, que incluía un poco de indiferencia y maltrato mutuos.

Había otros cambios evidentes: ya no iría a la casa de Recoleta, no estarían ahí ni su padre ni Antonia. Además debía trasladar las cosas de su adolescencia y —junto a sus hermanas— decidir qué hacer con la propiedad. Federico pronto iba a necesitar una habitación más para el bebé. Le podrían prestar o alquilar a bajo costo la casa, aunque seguramente él no iba a querer. Además, sería difícil que Ángeles aceptara mantener su habitación tal como la dejó cuando se fue a vivir sola. Mala idea.

En esos primeros días de duelo, la sensación más intensa fue el alivio. Su padre finalmente había muerto. No era que deseara su

muerte, pero no quería verlo sufrir, vivir pendiente de lo ineludible. No lo había hablado con sus hermanas ni con nadie, pero ahora se daba cuenta de que parte importante del duelo lo había comenzado a vivir hacía meses, en aquel almuerzo en el cual su padre se animó a contarle que tenía una enfermedad terminal.

Se lo había contado solamente a Manuel, que la escuchaba con atención, como seguramente lo había hecho con su padre desde que se conocieran en Nueva York. Por un momento se le cruzó una duda absurda y se la preguntó:

—Vos no estarás conmigo para contenerme, ¿no? ¿No te pagó mi viejo para que hagas esto?

Manuel se rio sorprendido.

—Tía, que tienes una imaginación digna de Stephen King. Aterradora también, por cierto.

Verónica le había pedido que la acompañara esa mañana a la casa de su padre. No se animaba a enfrentarse sola con los recuerdos. Lo pasó a buscar por el hotel, lo esperó en el lobby y salieron juntos. Manuel había perdido un poco su locuacidad y Verónica pensaba más de lo que hablaba, por lo que la conversación no resultó muy fluida. Él la tomó de la mano, un gesto que compensaba de buena manera las palabras que faltaban. Verónica no recordaba cuánto tiempo hacía que no iba por la calle de la mano de un hombre. Federico no acostumbraba a hacerlo, como mucho la pasaba el brazo por los hombros a la salida de un restaurante y caminaban así unos metros. Pero de la mano, como dos novios, no lo hacía desde que era muy joven. Verónica le apretó los dedos, como aferrándose a él.

Las cortinas de la casa estaban cerradas y las lámparas apagadas, lo que alimentaba el aspecto lúgubre y solitario del lugar. Verónica

abrió las ventanas para que entrara la luz del sol. Sin embargo, no cambiaba demasiado lo que transmitían esas paredes: la ausencia definitiva de su padre y de todo lo que giraba a su alrededor. Una casa sin vida.

—Así que mi padre no te contrató para contenerme —le dijo ella para llenar el vacío con palabras.

—Sería muy romántico que tú te enteraras de que soy una especie de gigoló que cuido a jovencitas tristes y que mientras lo hago me enamoro de ellas. Pero no, no es verdad. Nadie me pagó para convertirme en tu amante, o en tu amado, valgan ambas posibilidades, pero sí es verdad que me enamoré de ti, si me dejas decírtelo.

—Ey, ¿lo decís en serio?

—Con toda la seriedad que se puede usar para afirmar un sentimiento tan volátil.

—Ahora no te arrepientas.

—No es mi intención.

Verónica lo beso con dedicación y después se abrazaron un buen rato, en silencio.

—Pero a veces el amor no es suficiente —dijo Manuel.

Verónica buscó los ojos de él y algo no le gustó, pero no se animó a planteárselo, ni quería seguir hablando. Solo deseaba quedarse con su declaración de amor, dejar que esas palabras le recorrieran el cuerpo como si fueran las manos de Manuel desnudándola. Le dio la espalda y se alejó. Se dirigió al estudio del padre y él fue tras ella.

Estaba todo impecable, como siempre dejaba la casa Antonia. Aarón también era una persona ordenada. Su escritorio no

abundaba en papeles ni en libros, ni en adminículos típicos como lapiceros o calendarios.

—Cuando era chica creía que mi papá era juez. No tenía clara la diferencia. Había visto películas o dibujos animados donde aparecían jueces. Él tenía ese aspecto, sentado en su sillón, en este escritorio, que era también como una nave espacial. Imponía mucho respeto, pero no miedo. Me gustaba verlo y pensar que él era el juez que decidía qué era bueno y qué era malo en el mundo.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que era un simple leguleyo?

—Bueno, mi padre nunca fue un simple abogado. Con los años descubrí que había jueces que se sentían intimidados por él. Nunca viví como una desilusión saber que era abogado, porque afloraron antes otros sentimientos: la convicción de que le interesaban más las causas judiciales que sus hijas, que yo.

—¿No te echaba cuenta?

—Digamos que mostraba una atención flotante, poco concentrada. Se olvidaba de todo lo vinculado a nosotras. Por suerte estaba mi mamá para ponerlo en caja.

Verónica recorrió la biblioteca que había contra la pared. Los enormes códigos, los volúmenes de *La Ley*, los libros de sus colegas. Y los escritos por él: no eran muchos, tan solo cuatro. Todos respondían a cuestiones técnicas del Derecho. Verónica los sacó del estante.

—Me los voy a llevar. No los voy a leer jamás, pero los quiero tener conmigo.

En un rincón de la biblioteca se destacaba una colección de libros, porque eran muy distintos en su aspecto a los volúmenes dedicados

al derecho, generalmente encuadernados y de colores oscuros. Se trataba de su colección de novelas policiales.

—Mi viejo no leía ficción, salvo las novelas del inspector Maigret.

—No leía pero tenía un muy buen gusto literario. Esas novelas de Simenon te dan sed. Maigret se pasa el día bebiendo calvados, grog de vino, licores caseros, vamos, lo que venga.

Verónica, que no había leído ninguna de esas novelas y que no le despertaban especial interés, al menos hasta ese momento, tomó una al azar: *Pietr el letón*.

—Tomá, llevátela como recuerdo suyo.

—¿De veras? Gracias, Verónica.

Había también fotos: de ellas en todas las edades, de Miriam. Ninguna de los cinco juntos —como sí había en otras partes de la casa—. A Verónica le hubiera gustado llevárselas también, pero pensó que antes debía hablar con sus hermanas. Tarde o temprano tenían que juntarse para ver qué hacían con tantos recuerdos, qué harían con la ropa de él, con su biblioteca judicial y con todas las demás cosas: los artefactos, los muebles, la casa. La idea le resultaba desconsoladora.

—Es raro, porque toda la casa me parece parte del pasado, pero acá, en su escritorio, siento que hay algo que todavía late.

Abrió un cajón y encontró un paquete de cigarrillos. Si cerraba los ojos y se concentraba podía oler el tabaco, como cuando era chica y le parecía horrible. O cuando era adolescente y entraba subrepticiamente para robarle algunos cigarrillos sueltos. Se guardó el paquete en un bolsillo.

Sin intención de buscar nada, casi como un gesto no pensado, abrió el último cajón del escritorio. No estaba cerrado con llave, pero

la humedad, los herrajes un poco viejos y no usados hace mucho (esa fue una conclusión a posteriori) hicieron que Verónica tuviera que hacer más fuerza para abrirlo, lo que generó que el contenido se moviera. Nada le habría llamado la atención de no ser porque dentro de las típicas carpetas que usaba su padre apareció el borde de una foto. Pensó que sería un retrato de familia, pero al tirar de ella y sacarla vio que era la imagen de una chica. Posaba con un fondo patagónico de árboles, lago, montañas nevadas. La chica sonreía. Debía tener unos veintipico de años, aunque la foto color no era muy buena. El fotógrafo parecía más interesado en dejar testimonio de la majestuosidad del paisaje que en remarcar los rasgos de la joven, una morocha de pelo muy negro y largo, vestida con ropa invernal: un pulóver rosa con rombos violetas, un jean gastado; los zapatos debían ser botitas, pero resultaba imposible saberlo. La foto dejaba mucho que desear, pero tenía dos méritos. La fecha al pie, impreso sobre el borde blanco: 24/09/82. Del otro lado, una frase escrita con letra femenina: "Qué quedará de nuestro amor? Marisa". Lo primero que notó Verónica fue que la tal Marisa no usaba signo de interrogación de apertura, como hacía ella con los mensajes de WhatsApp. Lo segundo es que la chica tuvo que haber sido una amante de su padre. Otra más, tal vez esa con la que se había ido cuando ella era pequeña y de la que sus hermanas nunca le habían hablado. Verónica ahora podría haberle respondido a la joven: no queda nada. O quizás sí: quedaba la foto, los recuerdos de esa chica si seguía viva. Sintió pena por su madre, por Cecilia, por la mujer de la foto. Por su padre también. Porque nada de esos amores, o al menos de esas pasiones que había vivido, quedaría.

¿Qué otros secretos había en ese cajón, en ese escritorio, en esa casa? ¿Debía descubrirlos o dejar que se perdieran, como las preguntas que nunca hizo y ya no podría hacer?

—¿Estás bien, bonita? Parece que has visto al diablo.

—Una diabla —dijo y le mostró la foto—. No es ningún familiar, por lo que supongo que fue una amante de mi padre.

—Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena, con los ojos de misterio y el alma llena de pena.

—Esa lo que tiene lleno es el pulóver. Se nota que es tetona la hija de puta. Pará, acabás de citar algo, ¿no? Y no sé qué es. Te odio que hagas lo mismo que yo.

—Ah, sí. "La morena de mi copla", que cantábamos en mi tuna cuando estudiaba medicina en Sevilla. ¿No deberías dejar estas cosas en su lugar? Quizás no te siente bien revisar un pasado que no te pertenece.

—Mi padre tuvo tiempo de quemar todo esto. Si no lo hizo, fue porque quería que lo viéramos.

—O tal vez le producía mucho dolor destruir su pasado y no fue capaz.

Verónica revisaba las hojas, carpetas, recortes. No entendía bien lo que veía. Tal vez la mayoría de los papeles no era más que aspectos inocuos de la vida de Aarón, pero casi al fondo descubrió una carta. No tuvo que leerla, ni fijarse en la fecha (que, por otra parte, no tenía), para darse cuenta de que la había escrito Cecilia. Reconoció la letra. Tal vez porque la había conocido, le dio algo de pudor leerla ahí y comentarla con Manuel. Volvió a poner todo en el cajón, pero se guardó la carta, junto a los cigarrillos.

Verónica se dirigió a su cuarto. Quería llevarse algunos libros a su biblioteca de Villa Crespo y también una caja de su época de estudiante de Ciencias de la Comunicación, incluso la tesina con la que se había recibido: "La disputa moral y política de la Argentina a través de las Aguafuertes de Roberto Arlt".

Buscó un libro y se lo dio a Manuel, que se había recostado en su cama y la miraba hacer.

—Este te lo regalo yo. Es una de mis autoras favoritas.

—*Los galgos, los galgos*. Sara Gallardo —leyó en la tapa Manuel—. No conozco a la autora.

—Te va a gustar. Es la historia de un amor desencontrado. O un par de amores. Y habría que definir qué es un desencuentro amoroso.

—Ya, mejor la leo.

Manuel estaba preocupado. Parecía rumiar algo que no se animaba a lanzar. Verónica quería evitar cualquier conversación seria.

—Tenemos que hablar, Vero.

—También podemos no hacerlo.

—No, tengo que hablar con vos —dijo, usando el voseo por primera y, quizás, única vez—. ¿Quieres que vayamos a tu apartamento? ¿O a un bar?

—Si es necesario que hablemos, entonces acá está bien.

Manuel se acomodó y se sentó al borde de la cama. Verónica evitó sentarse a su lado y se acomodó en la silla del escritorio de aspecto escolar. Una tensión nerviosa le recorrió el cuerpo a pesar suyo.

—Me vuelvo a Nueva York en dos días.

—¿Por qué tan pronto? Si tenés que dejar el hotel, podés venir a casa.

—No creo que sea posible.

—No se trata de creer sino de querer.

Manuel parecía sopesar la protesta, o estaba pensando en cómo decirle lo que seguía. Como fuera, se quedó en silencio varios segundos.

—Necesito volver, tengo pacientes a los que no he podido atender como corresponde estas semanas.

—No te digo de ir con vos, pero podría viajar pronto para allá, si me recibís, por supuesto.

—¿De vacaciones?

—Podemos verlo como unas vacaciones. Aunque yo preferiría pensarlo desde otro lugar: las ganas de compartir un proyecto de vida con vos.

—Eso no es posible, Vero. Lo siento en el alma, pero no puede ser así.

Verónica sonrió desconcertada.

—¿O me equivoco o hace un momento me dijiste que te habías enamorado de mí? ¿Se te pasó en un ratito? ¿Porque no reconocí la canción, esa de la copla?

—Nada de eso. Te amo, Verónica de mi corazón. Jamás pensé que este viaje iba a significar volver a experimentar un sentimiento así. Durante años viví como una sombra hasta que apareciste a unos metros de aquí, con tu ejemplar de *Cumbres borrascosas* y sentí mirándote a los ojos que me había encontrado con la mujer de mi vida, nuevamente.

—¿Entonces? Si me amás, si no me mentiste y estás soltero, si no tenés una fobia especial hacia los grandes sentimientos, nada impide que yo vaya a tu encuentro y probemos estirar esto unas décadas, cuatro o cinco estaría bastante bien.

—Ese es el problema. No me queda ese tiempo. Cuando te conocí, tuve dos sentimientos contradictorios: la felicidad de encontrarte, porque no me daba cuenta pero te estaba buscando, te he buscado desde que tenía tres o cuatro años, a veces te aparecías en el rostro o en el cuerpo de otra. Una vez fuiste otra, no te lo niego. Pero ahora eras tú, finalmente. Nada podía hacerme más feliz. Pero por otra parte pensé que era una tragedia que nos enamorásemos. Estoy enfermo, Vero. Tengo una enfermedad degenerativa en su etapa inicial. Esto quiere decir que poco a poco voy a ir perdiendo las funciones de mi cuerpo. De hecho, hay días en que me siento fatal y solo puedo soportarlo tomando medicamentos o sustancias.

—No. No es verdad.

—Y no quiero estar dentro de unos meses en una silla de ruedas. Por eso me entendí tan bien con tu padre. Compartimos el problema y también cómo solucionarlo.

—¿Mi papá sabía esto?

—No. Preferí no decírselo.

Verónica movió enérgicamente la cabeza. Se puso de pie. Manuel la imitó.

—No es verdad. Me estás mintiendo. No sé por qué inventás todo esto. Tenés una mente perversa y cruel. No podés jugar conmigo de esta manera.

—Te amo, pero no podemos estar juntos, por nuestro bien. No quiero que me veas de otra manera que como estoy ahora y eso no

va a durar. No quiero que te conviertas en mi enfermera.

—¿Y por qué no me dejás decidir a mí? ¿No importa lo que yo siento, lo que estoy dispuesta a hacer?

—No quiero que me veas morir. No quiero que me veas el día antes de mi muerte. No quiero que estés ahí viviendo un nuevo duelo adelantado.

—No es verdad —insistió Verónica al borde del llanto. Manuel la abrazó. Ella tenía el cuerpo tenso, no quiso entregarse a ese abrazo, porque hacerlo significaba reconocer lo que no estaba dispuesta a aceptar. Lo empujó, le empezó a pegar golpes de puños. Manuel apenas se defendía.

—Mi alma, mi vida, mi Vero.

Los dos lloraban y, al darse cuenta, Verónica lo abrazó, se aferró a él como queriendo que no se escapara, que no saliera de esa habitación, que no se fuera de su vida. No lo iba a permitir.

—¿Por qué me hacés esto? ¿Por qué dejaste que este amor me arrase? ¿Por qué no me lo dijiste cuando nos conocimos?

Manuel trató de calmar su llanto.

—Porque hay veces que uno no sabe, no puede o no quiere negarse a la posibilidad de ser feliz. No tuve fuerzas.

—Pero ahora querés dejarme.

—No te dejo. Soy como un elefante que se va a su cementerio, como esos viejos japoneses que suben a un monte para morirse. La muerte es un asunto solitario, siempre. Morimos tan solos como nacemos. Lo único que nos acompaña en ese instante es el recuerdo de esos momentos en los que fuimos felices. Vas a estar ahí conmigo. Me voy a morir con una sonrisa recordándote.

Verónica había puesto toda su fuerza en ese abrazo. No tenía nada para decir, ni para argumentar. Oía la voz de él que, a pesar de las circunstancias, le quitaban la angustia. Manuel, consciente de eso, siguió hablándole hasta que ella se aflojó y cayó sentada sobre la cama.

—Mi vuelo sale en dos días. Podemos pasar ese tiempo juntos. Nada nos lo impide.

Verónica levantó la vista, lo miró a los ojos.

—¿Tenés la fuerza para impedirme que esté con vos en los próximos meses? Entonces yo tengo que tener la fuerza para que nos separemos ahora mismo. Si no vamos a seguir juntos, ya no lo estamos. Si vamos a entrar en el desierto, yo ya estoy en el desierto.

—Eres un ser hermoso, Vero. Sigue brillando.

Manuel tomó los dos libros que ella le había regalado y que habían quedado sobre la almohada. Se dio media vuelta y salió de la habitación. No hubo una sola palabra más. Verónica se desplomó en la cama. Miró el techo, la lámpara naranja de aspecto pop. Mantuvo los ojos abiertos un buen rato, el tiempo suficiente hasta que pudo ponerse de pie. Salió a la calle. Maquinalmente, tocó el paquete de cigarrillos de su padre y la carta de Cecilia. Miró la gente, los autos, los colectivos. Se sintió sola. Una vez más, sola.

Epílogo

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya

15. Amor constante más allá de la muerte

I

Mi dulce Vero:

Perdóname por enviarte este correo cuando hace unos días atrás te dije que debíamos dejar de vernos. No es mi intención decirte una cosa y hacer otra. No quiero volverte loca, ni angustiarte, ni nada malo. Nuestra despedida fue tan abrupta que no sé hasta qué punto he sabido expresar mis sentimientos hacia ti, niña de mi alma. Me había imaginado que pasaríamos los últimos dos días juntos, pero tu decisión, sabia y muy apropiada, nos llevó a separarnos en casa de tu padre. Sin duda, era lo mejor que podíamos hacer y te agradezco que fueras capaz de tomarla. Por cierto, reparé en la referencia a Borges pero no me pareció el momento adecuado para hacértelo notar.

Salí de esa casa, que jamás olvidaré, con el corazón convertido en un balón pisado por un coche: deforme e inútil. Debería habérmelo arrancado allí mismo y haberlo tirado a un cubo de basura.

Cuando vivía mi temporada en el infierno, más de una vez tuve la certeza de que me iba a morir pronto. No puedo dejar de pensar que el amor de Ellen hizo que yo me salvara y ella pereciera. Desde

entonces he vivido como una sombra o un fantasma. Y las sombras y los fantasmas no se enamoran, ni sienten grandes pasiones. Yo creía que todo eso había terminado con Ellen y que jamás volvería a conocer los temores y los temblores del amor. Pero te conocí. Y odié mi muerte próxima como solo se puede odiar a la muerte: con miedo, con resentimiento, con angustia.

¿Cuánto tiempo se necesita para amar de una vez y para siempre a una persona? Alguien diría que lo nuestro fue un enamoramiento y que eso no es amor, tal vez una infatuación erótica (¿existe infatuación en español o se la he robado al inglés?). Pero tú y yo sabemos la respuesta: una mirada, una caricia. Y tu risa, mujer. Y cierta torpeza de la que no eres consciente. Podría seguir con todos los boleros que se han escrito, con todas las canciones de Enrique Iglesias y solo así podría expresar una parte de mis sentimientos.

No quiero ser pesado, ni empalagoso, pero hay algo que debo decirte, porque me parece importante para tu vida futura.

No dudo de tu amor hacia mí, que es tan mutuo como solo lo pueden expresar las comedias románticas de Hollywood. Siento que no hayamos tenido tiempo de hacer nuestro listado de películas favoritas.

Me he desviado de tema, pero vuelvo: no dudo de tu amor, pero me resulta evidente que también quieres a otra persona. Me imagino este diálogo, los dos en tu cama o en la del hotel que ya echo de menos, y con tu cara de inocencia que sabes poner me preguntarías: "¿De quién?". De Federico, evidentemente. Y no pongas en duda lo que dice un médico que ha sabido tratar pacientes por evidencia.

Seguramente, piensas aquello de "donde hubo fuego, cenizas quedan". Dirás que hubo mucho tiempo de amor entre ustedes y que cortaron de una manera repentina por su infidelidad o por el embarazo de la otra chica. Pero no estoy hablando de cenizas, tampoco de fuego. Hablo de la leña, el carbón y algún otro elemento que se utilice para encender el fuego. Eso es lo que tenéis vosotros guardado, el uno para el otro. No digo que vayáis a sacarlo hoy o mañana, pero ahí está. Lo cuidáis, incluso de vosotros mismos. Os queréis, joder. El día que uséis esa leña o ese carbón va a arder como un bosque en la canícula.

Y no lo niegues. Lo he visto con mis propios ojos. Un poco me ha mosqueado, debo confesarlo. He soñado despierto con romperle una botella en la cabeza al santurrón de Federico, lo habría hecho si me hubiera dado la mínima oportunidad, pero reconozco que se comportó como un caballero.

El amor es una suma de amores, querida. Salvo en esas novelas griegas en las que ambos protagonistas llegaban vírgenes de sexo, pero sobre todo vírgenes de afecto, no puede pensarse en un amor sin antecedentes. Podemos amar porque ya lo hemos hecho, ya hemos sufrido y gozado. Lo lógico sería que uno pudiera amar a varias personas a la vez. No digo follar, que es fácil hacerlo con varios o varias, digo amar, digo sufrir, digo querer compartir la vida.

Me resulta menos dura nuestra separación sabiendo que guardas carbón y leña en tu corazón. Tú sabrás cuándo será el momento de encenderlo. Me equivoco. No creo que ni tú ni nadie sepa cuándo hay que quemarse. No podrás controlarlo.

Un pequeño incidente genético no me permite compartir estas idas y vueltas de nuestros sentimientos. Aquí me quedo, en esta

ciudad que no me vio nacer, pero que adopté como propia. Cuidaré a mis pacientes, me dejaré cuidar. Te recordaré cada día, cada hora. Seguiré compartiendo contigo sonrisas que no verás, pero que te pertenecen.

No volveré a escribirte. No es bueno para mí, ni para ti, ni para el pueblo judío, ni para el pueblo gitano, ni para mi corazón andaluz, ni para tus ojos ávidos de porteña.

Estos días he recitado mucho un poema de mi poeta favorito, el insigne don Francisco de Quevedo. Es un texto clásico, que tal vez hayas leído en el colegio, al menos a mí me lo hicieron leer. Me lo recito y pienso en ti. Digamos que si tengo que entregarte unas palabras finales, que sean las de alguien que ha sabido decir las cosas mejor de lo que podría decirlas yo. Se llama "Amor constante más allá de la muerte". Es para ti, Verónica.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Te quiero. Tuyo,
Manuel

II

Gitano mío:

Acabo de recibir el correo que tanto temía, pero que sabía que tarde o temprano iba a llegar.

Te escribo aunque no me vayas a leer, porque no creo en nada, ni en la vida después de la muerte, ni en las vidas pasadas y futuras, ni en que nos vamos a reencontrar en alguna parte. Te escribo porque es lo único que sé hacer, que me quita la angustia, aunque hoy la escritura no pueda hacer nada contra el dolor y la tristeza. Sé muy bien que con vos murió la mitad de nuestra historia y la otra mitad terminará por perderse cuando yo esté muerta. Es lo que hay. Ser feliz es también dejar de serlo, la felicidad se desvanece en la inmensidad del tiempo y del espacio. También el dolor, si sirve de consuelo. No, no sirve.

En estos dos meses te escribí varias cartas, pero no me animé a enviarte ninguna. Las guardo, no las releo, tal vez nunca lo haga, aunque tampoco creo que me anime a borrarlas. Solo espero que mi recuerdo te haya acompañado y te haya hecho más leve este

recorrido final, como me acompaña a mí tu amorosa presencia. Salgo a la calle, me pongo a hacer una nota, me reúno con amigos y pienso: ahora llego y le escribo a Manuel. Eso me hace sonreír, no veo la hora de sentarme a contarte todas las pavadas que me pasan por la cabeza y el resto del cuerpo.

No es mi intención hablar con un muerto. Sé que esta carta va a ser la última.

Mi papá decía que eras un alma vieja como él. Leo y releo la carta (en papel, a mano, no como este simulacro) que le escribió Cecilia y no puedo dejar de pensar que esa chica que le escribía desde la clandestinidad (la doble clandestinidad de ser amante y guerrillera) podría ser yo. Mi padre y vos eran las montañas que viajeras como Cecilia y yo —cargando mochilas pesadas de sueños y deseos— necesitamos escalar para alcanzar cierto sosiego. Por distintos motivos no lo conseguimos.

Siempre me asombró de vos la capacidad de saber quién soy. Veías en mi interior, me leías de la manera correcta. De manera similar, aunque con menos detalles por razones obvias, también mi padre sabía quién era y quién no quería ser. Los dos nombraron a Federico, los dos lo hicieron desde un lugar que me asombra. Vieron en mi interior y salieron para decírmelo.

Te cuento un hecho ocurrido hace unos días, que confirma tus presunciones o, al menos, las proyecta hacia un lugar que no me animo a mirar, ni imaginar. El Estudio Rosenthal ya no existe. Se disolvió. Cada abogado tomó distintos caminos. Mis hermanas y yo coincidimos en que Federico era el heredero que nuestro padre hubiera querido para su labor. A su vez, no sería lógico que tuviera que cargar con una tradición familiar que no quisimos continuar sus

hijas. Pero se nos ocurrió una gran idea: decidimos que las oficinas del antiguo Estudio Rosenthal pasen a ser las oficinas del actual Estudio Córdova. ¿Puede ser que recién me dé cuenta de que Federico tiene un apellido andaluz? Federico aceptó en parte: se quedó con las oficinas, pero no quiso la donación sino que las va a comprar en cuotas. Al menos, le ahorramos mudar los archivos y es el dueño oficial de todos los expedientes del Estudio Rosenthal. Hasta se quedó con la recepcionista, el pasante y el hacker. No sé si contratará los servicios de la madre de su hijo, o si ella se irá a trabajar a otro lado. Es buena abogada, yo recomendaría que la contrate.

Cuando ya estaba funcionando con su propia firma, me pareció un buen gesto de mi parte ir a saludarlo y llevarle un regalo de inauguración. Una planta, como si se hubiera mudado, aunque no se mudó nada. Era también en parte una broma, porque a Federico no le gustan las plantas, jamás cuidó una. Sabía que terminaría en un rincón con la recepcionista poniéndole agua todas las mañanas. Sí, había un poco de maldad.

Llegué con mi potus, sorprendí a Federico que, un poco avergonzado, me llevó a su nuevo despacho, o sea al antiguo escritorio de mi padre. Parecía un chico descubierto mientras jugaba a ser un superhéroe. Me convidó un café, hablamos de su paternidad. Juro que no fui irónica en ningún momento y que mis preguntas eran absolutamente interesadas. Después hablamos de vos. Era la primera vez que podía contarle a alguien lo importante que eras en mi vida. El ambiente se había cargado de un aire muy íntimo. Le conté tu teoría del fuego, sobre la madera y el carbón. Se quedó pensando y después me dijo que tenías razón. Me dijo que no

quería desgastarnos con peleas y reproches. Yo pensé: *la única que tiene derecho a enojarse y reprochar soy yo*, pero no se lo dije. Menos mal, porque enseguida agregó que había algo más que no quería y era estar lejos de mi vida. Yo asentí con la cabeza, como si no me diera cuenta de la importancia de lo que acababa de confesarme. *Salí de ahí, maravilla*, me dije. Así que me puse de pie, le di una excusa cualquiera para irme rápido. Lo fui a saludar y él me abrazó. Por un momento pensé que se iba a poner a llorar. Tal vez porque los últimos abrazos, con él y con otra gente, fueron acompañados de llanto. Pero no. Me abrazó con una ternura infinita y me dijo gracias. Nos separamos y yo lo besé. Le di un beso en los labios. Un beso suave, más cargado de dulzura que de cualquier connotación erótica. Nos miramos sorprendidos. No estábamos haciendo lo correcto. Él me dio otro beso tan dulce como el que le di yo. Y yo le volví a responder, pero esta vez sin separarnos y el beso perdió las características más dulces y fue otra cosa. Un leño que se encendía, pero que por el bien de todos, o al menos de él y de mí, decidimos apagarlo inmediatamente.

Salí y caminé durante muchas cuadras y lo primero que se me ocurrió es que mi padre tal vez hubiera besado en ese despacho a Cecilia. Después pensé en vos, en que te causaría satisfacción ver que tus observaciones estaban en lo cierto. No, realmente no te hubiera gustado nada. Le hubieras partido una botella en la cabeza, si estuvieras acá.

Pero no estabas. Ni vas a estar. No puede ser que te extrañe hasta cuando beso a otro, aunque ese otro sea Federico. Creo que me va a seguir pasando el resto de mis días. Leí muchas veces el poema de Góngora. Lo escucho en mi cabeza con tu voz de andaluz. A mí

también me hubiera gustado haberte mandado un poema, uno que me hizo pensar mucho en vos estos meses. En una de las cartas que te escribí y no te envié, había copiado completo un poema de la uruguaya Idea Vilariño, que se llama “Ya no”.

Adiós, Manuel. No me abrazarás nunca como esa noche. No volveré a tocarte.

Marzo-Agosto 2024



«Y le dio un suave beso en los labios. En ese breve momento sintió que podía compartir los sueños con ese hombre que lloraba».

Verónica Rosenthal, nuestra audaz periodista de investigación, pasa por una etapa dolorosa e incierta: su padre, Aarón Rosenthal, uno de los abogados más prestigiosos de la Argentina, tiene una enfermedad terminal. Además, Federico, su expareja, está por tener un bebé con una joven colega. Su mundo está destrozado, y Vero decide poner en pausa su vida para dedicarse a cuidar a Aarón y aprovechar el último tiempo con él. Así, conoce de primera mano la historia de amor que tuvo con una hermosa militante en los años 70, hija de la familia militar y de quien no sabe nada hace más de cuarenta años.

Por otra parte, Manuel Cobos García, un renombrado médico sevillano que vive en Estados Unidos, adopta a Aarón como su paciente favorito y se muda a Buenos Aires, donde empieza a frecuentar a su familia. Cuando conoce a Verónica, estalla una

pasión imprevista e irrefrenable que les va a cambiar la vida a los dos.

La nueva entrega de la saga de Verónica Rosenthal nos ofrece una historia repleta de aventuras, secretos, declaraciones de amor y el doloroso final que implican todas las despedidas.



SERGIO OLGUÍN

Nació en Buenos Aires en 1967. Es escritor y periodista. Fundó la revista de cultura *V de Vian*, fue cofundador y el primer director de la revista de cine *El Amante* y director de la revista literaria *La Mujer de mi Vida*. Sus artículos han aparecido en los diarios *Página/12*, *La Nación*, *Crítica de la Argentina* y *El País* de Montevideo. Editó, entre otras, las antologías *Los mejores cuentos argentinos*, *La selección argentina* y *Perón Vuelve*. *Cuentos sobre peronismo*. Publicó los libros de cuentos *Las griegas* y *Los hombres son todos iguales* y las novelas *Lanús*, *Filo*, *Oscura monótona sangre* (Premio Tusquets 2009), *1982* y la saga de la periodista Verónica Rosenthal, compuesta por *La fragilidad de los cuerpos*, *Las extranjeras*, *No hay amores felices*, *La mejor enemiga* y *Media Verónica*. También es autor de las novelas juveniles *El equipo de los sueños*, *Springfield* y *Cómo cocinar un plato volador* (Premio White Ravens 2011). Varios de sus libros han sido traducidos al alemán, francés, inglés e italiano. En 2014 recibió el Diploma al Mérito de la Fundación Konex como uno de los cinco mejores novelistas del período 2011-2013. Fue coguionista de la película *El Ángel* en 2018.

Foto del autor: © Alejandra López

Otros títulos de Sergio Olguín en

penguinlibros.com



Olguín, Sergio
Media Verónica / Sergio Olguín. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-194-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Martina Zangari
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

© 2025, Sergio Olguín

Edición en formato digital: abril de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-631-301-194-0

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Primera parte

1. Negocios en el Hurlingham Club
    - I
    - II
    - III
    - IV
    - V
2. Doble vida
    - I
    - II
    - III
    - IV
    - V
    - VI
3. Siguiendo una sombra
    - I
    - II
    - III
    - IV
4. Un mapa es solo un mapa
    - I
    - II
    - III
    - IV
    - V
    - VI
    - VII
    - VIII

Segunda parte

5. Verónica inicia
    - I
    - II
    - III

IV
V
VI
VII
6. Descubrimientos inesperados
I
II
III
IV
V
VI
VII
7. El regreso
I
II
III
IV
V
VI
8. Los otros
I
II
III
IV
V
VI
9. Una verdad incómoda
I
II
III
IV
V
10. Los túneles
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
11. La vida que decido
I
II

III
IV
V
VI
12. El pasado que vuelve
I
II
III
IV
V
VI
13. Paternidad
I
II
III
IV
V
14. Los adioses
I
II
III
IV
Epílogo
15. Amor constante más allá de la muerte
I
II
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Sergio Olguín
Créditos